
LA ANOMALÍA SOCIAL DE LA TRANSICIÓN

Movimiento estudiantil e izquierda
universitaria en el Chile de los
noventa (1987 - 2000)

Luis Thielemann Hernández



TIEMPO
ROBADO
EDITORAS

La anomalía social de la Transición.

Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa
(1987-2000)

Luis Thielemann H. - 1ª ed. - Santiago, Tiempo robado, 2016.

213pp.; 15,5 x 21 cm.

ISBN 978-956-9364-07-5

RPI A-266939



Copyleft



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editorial, edición, año).



No comercial: no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.



Los autores, las integrantes de Tiempo robado editoras, de Quimantú y los colaboradores destinan su trabajo y los potenciales ingresos generados por esta edición al fomento de nuevas publicaciones de las editoriales.

Diseño portada: Paula Bravo

Diseño y diagramación: Tiempo robado editoras

Edición: Tiempo robado editoras

Tipografía: Adobe Garamond Pro

Impreso en Santiago de Chile

LA ANOMALÍA SOCIAL DE LA TRANSICIÓN

**Movimiento estudiantil e izquierda
universitaria en el Chile de los
noventa (1987-2000)**

Luis Thielemann Hernández



**TIEMPO
ROBADO
EDITORAS**

ÍNDICE

PRÓLOGO. La anomalía intelectual... o el intento de una anomalía social de explicarse a sí misma. VÍCTOR ORELLANA	7
INTRODUCCIÓN	33
CAPÍTULO 1. De la caída de Federici a la despolitización (1987-1990).....	47
CAPÍTULO 2. La crisis del movimiento estudiantil del siglo xx (1990-1994).....	75
CAPÍTULO 3. Por el derecho a endeudarse: la crisis permanente del sistema público de educación y el sujeto que la enfrentó.....	93
CAPÍTULO 4. La reconstrucción “en caliente” del movimiento estudiantil (1992-1996).....	103
CAPÍTULO 5. Las movilizaciones de 1997.....	157
CAPÍTULO 6. Los años de reflujo (1998-2000).....	169
CONCLUSIONES	193
ADENDA. Algunas notas sobre el ascenso del movimiento estudiantil de masas (2000-2006).....	199
BIBLIOGRAFÍA	211

PRÓLOGO

La anomalía intelectual... o el intento de una anomalía social de explicarse a sí misma

Víctor Orellana C.¹

Este prólogo ensaya una interpretación sociológica del movimiento estudiantil de las últimas décadas. Comienza con una breve anécdota. Como todo buen texto, el libro que tiene en sus manos hizo que la experiencia propia –la que en el próximo párrafo se narra– fuese visible en una dimensión nueva para quien escribe estas letras. Mi propósito es que al finalizar este prólogo, el lector entenderá el camino y sentido de tal reflexión, y podrá iniciar la lectura de la obra historiográfica de Thielemann con más elementos para su interpretación sociológica y política.

El suceso no es muy reciente pero sí es significativo para estos tiempos. Corría el año 2000, y el conflicto era el exorbitante precio del pase escolar, entonces administrado por los transportistas privados. Me correspondía estar en el Centro de Alumnos del Liceo de Aplicación A-9, en Santiago. Recuerdo nítidamente que la posición oficial de la FESES (Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago) y del Partido Comunista, que la conducía, era pedir al Estado un subsidio para los empresarios del transporte, con tal de disminuir el precio final a pagar por el estudiantado. No sabría explicar bien por qué, pero esa solución me parecía entonces inaceptable. No entendía el problema en su plenitud, no era un crítico informado ni sabía lo que era la subsidiariedad, pero creíamos que no era correcto poner los recursos del Estado a merced de la ganancia privada. Lejos de un despunte personal, era un sentimiento que brotaba del mismo modo en gran parte de los estudiantes organizados. Era obvio para nosotros, de una misteriosa e intuitiva obviedad, pero polémico para muchos. Fue una posición política que a la postre se impuso, pues tal grupo se proyectó como fundador y conductor de la ACES (Asamblea Coordinadora

¹ Fundación Nodo XXI

de Estudiantes Secundarios) en “El Mochilazo” de 2001, terminando con años de hegemonía comunista en el movimiento estudiantil secundario. Era aquella demanda, el retorno del pase escolar al Estado, como derecho social, la que nos parecía más radical y más transformadora. No era la más popular en el activo político ni en la izquierda constituida, pero fue la que finalmente se instaló. Y la que se logró ganar, tras una intensa movilización y posterior negociación con las autoridades.

¿Por qué sucedió esto? ¿Fue un golpe de vanguardia? ¿Por qué no se siguió la lógica de demandar subsidios? ¿Estaba escrito tal giro en las estructuras sociales? ¿Dio la ACES una conducción que la FESES no hubiera podido ofrecer? Explicar este actor social pasa por responder todas estas preguntas. El movimiento estudiantil parece representar como nadie a la sociedad de este tiempo histórico y ser su principal oposición social al mismo tiempo. Nuestro problema es dar a tales rasgos una explicación racional y con sentido, y sobre su base, proponernos tareas más ambiciosas, sean intelectuales o políticas, en la medida que nos hacemos conscientes de esta historia, como actores y participantes de la misma.

La obra de Thielemann lo intenta a través de una investigación histórica. Y tal como el objeto de estudio que trata, recorre su camino a contracorriente. Una anomalía intelectual, rebelde en el plano de las ideas, se pregunta por el origen histórico de una anomalía social, de la rebeldía que ejemplifica la comentada anécdota. Vale la pena cargar las tintas en esto. Es que vivimos tiempos en que las ideas dominantes nos limitan la vista a la superficie de las cosas con tal de ocultar su fondo. El espacio que se ha ganado el movimiento estudiantil, en permanente lucha contra lo establecido, hoy es analizado —y hasta adulado!— por los mismos ojos dominantes que se negaron a observar las condiciones de su aparición. Su rebeldía es puesta hoy, entonces, bajo lógicas que distan mucho de aquellas que animaron su construcción y las visiones que edifica de sí mismo, y que se formulan, de hecho, para impedir el avance de la rebeldía a otros planos, dificultando la toma de consciencia de los sujetos sobre el real proceso que explica su existencia.

No pocas veces, vestidos de ropajes “críticos”, y presentados por esto mismo como una especie de falsa democratización intelectual, estos preceptos de época nos llevan a sobredimensionar las cualidades emotivas de los sucesos, el impacto inmediato que generan, sus aspectos más visibles

y coloridos. Nos hacen detenernos en las anécdotas, en lugar de tratar de explicarlas. Si la crisis de legitimidad de la política se reduce a escándalos de corrupción de individuos, y conduce la mirada a las cualidades morales y personales de los dirigentes; los éxitos deportivos asimismo son presentados como resultado de la “mentalidad ganadora” de los jugadores. El movimiento estudiantil, uno de los acontecimientos más relevantes del Chile actual, no es la excepción. Su estética, sus formas, su impacto, sus líderes se relevan en desmedro de otros aspectos, y sobre su análisis se construyen las interpretaciones más divulgadas que hay de él. Incluso las más informadas y académicas.

Corriendo el riesgo que esto supone, Thielemann se rebela contra el reinado de la inmediatez y la espectacularidad “posmodernas”, y sobre todo, contra su institucionalización como academia “crítica”. Lo hace recuperando la tradición de la historia social, de la disciplina que justamente busca en lo que no es aparente el antecedente real de los sucesos. Es que, aunque tome muchísimo más trabajo que elaborar un par de frases pegajosas o premoniciones sin base, no sería posible comprender el movimiento estudiantil –con la anécdota aquí apuntada incluida– si no se revisa su evolución histórica, sus raíces, sus especificidades, sus actores.

El presente trabajo se inserta, además, en un esfuerzo colectivo de comprensión del presente. Este es otro de sus rasgos a contracorriente, en un país en que buena parte de su intelectualidad naturaliza –a veces sin advertirlo siquiera– el individualismo del capitalismo académico. En torno a la Fundación Nodo XXI se ha ido construyendo una lectura sobre el Chile actual que este libro complementa y enriquece, de la mano de uno de sus investigadores más destacados.

Hacia una sociología histórica del movimiento estudiantil de los noventa

Para una interpretación sociológica del movimiento estudiantil es fundamental comprender sus condiciones de posibilidad en relación a la profunda transformación neoliberal que experimenta Chile en las últimas décadas. Esta tarea ha guiado buena parte del trabajo del grupo de investigadores de la Fundación Nodo XXI, quienes, cuestionando las explicaciones inmediatistas del movimiento estudiantil –aquellas que lo reducían

a una cuestión juvenil o al rechazo a Piñera en 2011— sitúan sus raíces en contradicciones estructurales de la modernización neoliberal (Ruiz Encina & Boccardo, 2014; Ruiz Encina, 2015). Las líneas que siguen son producto de esa reflexión colectiva.

Ante la desaparición de los mecanismos clásicos de integración social del capitalismo occidental y del desarrollismo latinoamericano, por la construcción de lo que Ruiz llama “neoliberalismo avanzado”, la educación termina siendo, en la percepción de los sujetos, la única posibilidad de acceso individual o familiar a mejores posiciones en la estructura social. Se trata de posiciones enclavadas en el creciente y dominante sector servicios, que demandan en el trabajo el uso de las capacidades lingüísticas. Allí la educación juega un papel clave en cuanto informa del espacio que ocupa el sujeto en la estratificada topografía del lenguaje de una sociedad.

Pero mercantilizada en extremo, la educación al mismo tiempo que promete superar la desigualdad, la agudiza. Y lo hace por la vía de instalar un sistema segregado de baja calidad promedio y altísimos costos. Cobra por su estafa el endeudamiento de millones de personas vía *vouchers* públicos. Un verdadero monstruo rentista que se nutre de impuestos toma el lugar de la alicaída educación pública. Pomposas promesas de vida profesional se canjean luego en el mercado laboral por empleos precarios, que si bien pueden representar un mejoramiento de las condiciones de vida en comparación con la generación pasada, dejan a la mayoría de los sujetos en el mismo lugar relativo en la sociedad del que se originan (Orellana, 2011).

Rompen en la educación contradicciones materiales y simbólicas, que hacen de la fuerza social estudiantil la que más visiblemente anuncia los conflictos de clase del “neoliberalismo avanzado”, por su acelerada masificación de mercado (Ruiz Encina, 2015). Mientras en 1990 la cobertura de la enseñanza terciaria era la misma que en 1973 (15%), en 2011 llegaba a más del 60% (Bellei, Cabalin, & Orellana, 2014). El endeudamiento y las expectativas frustradas acompañan, a través de la expansión educativa, la formación de una amplia fuerza social productiva para el sector terciario. Es este relevante sector de la sociedad el que resiente, en el plano simbólico, la traición de su promesa de “clase media”. Promovida como tal por el régimen, encubre una experiencia de vida propia de trabajadores, con su alienación arquetípica, esté o no oculta tras un título profesional, se dé

o no en el sector terciario, se use o no el lenguaje como principal medio productivo, se tenga o no acceso al consumo y al crédito.

Es la expresión local, específica, de un proceso de modernización que atraviesa todo el mundo occidental: la “educacionalización” de las oportunidades sociales (Altbach, Reisberg, & Rumbley, 2009). Pero lo que en los países centrales conduce a la formación de la moderna *clase de servicio*, de un espacio de vida típicamente “profesional” que llega al cuarto o al tercio de la estructura ocupacional, y que es la base para buena parte de la literatura, cine y televisión contemporáneas, en Chile tales posiciones apenas rodean a la élite (Ruiz Encina & Boccardo, 2014). El resto, la enorme mayoría de la población, carece de las garantías sociales que en esos países hacen posible la existencia de una clase trabajadora, y experimentan por tanto una vida inestable, precaria y de múltiples vaivenes. Una vida en que el mercado penetra rincones inusitados, y escurre sus incertezas e inseguridades a tales planos, instalando el conocido malestar de este tiempo histórico. De la ausencia de garantías sociales en dicho panorama, el discurso educacionista, que en el mundo desarrollado se formula para ampliar las capas directivas y profesionales como camino de movilidad efectivamente existente, en Chile se lanza como procesamiento simbólico de tal inestabilidad, acompañado con las loas a la resiliencia y la industria de la autoayuda. Una cuestión que ya no tiene nada que ver con el capital humano ni con la sociedad del conocimiento, sino simplemente con la sobrevivencia en la jungla neoliberal criolla.

La educación privada masificada entonces no atiza la formación de esta *clase de servicio* sino justamente difumina su inexistencia, produciendo una fuerza productiva para empleos en el sector terciario de baja productividad, los propios de un modelo extractivista, rentista y altamente financiarizado. No es que no exista educación ni se aprenda nada, es que existe y se aprende para tales empleos y no para la promesa de alto profesional por la que se cobra. Es así como la desindustrialización perpetrada en los ochenta abre el espacio a esta nueva clase trabajadora, que por su tamaño y relación con los sectores más dinámicos de la economía, expresa como nadie este tiempo histórico. La educación representa entonces su proceso de formación, y de su inclusión en ella, los sujetos esperan obtener el mejor lugar posible en las nuevas plazas laborales, jugándose tanto su

futuro como el de su familia. De la preocupación por la educación de los hijos hasta el cálculo de rentabilidad de los estudios superiores; todo ello concentra las expectativas de mejoramiento social y por ende convoca buena parte de los esfuerzos de los sujetos para salir adelante.

Es la estudiantil, entonces, una fuerza que se erige a partir de tales anhelos y contradicciones, expresada como organización y movilización de sus contingentes juveniles. En tal empeño forja una alianza social que articula los restos de los viejos sectores medios con los mal llamados “sectores medios emergentes”, el producto más original –y de mayor peso en la estructura ocupacional– del neoliberalismo chileno. Instala una polaridad social que apunta a la élite y a toda la estructura de oportunidades, develando el triste papel de la educación en ella, y deja fuera de juego, por esto mismo, el empeño de la clase dirigente de poner la dicotomía dictadura-democracia como conflicto social y político sustantivo de la sociedad.

Ciertamente, no basta esta condición para la aparición del movimiento estudiantil contemporáneo. Limitarse a ella como explicación puede ser tan peligroso como negarla. Echando mano a la ampliamente discutida –y hoy ampliamente olvidada– relación dialéctica entre estructura y proceso, es necesario incorporar en el análisis el estudio histórico-concreto de la fuerza social en cuestión. Un examen detallado del proceso específico de este sector social, de sus antecedentes, de sus raíces, que amalgaman de manera vital el encuentro de lo nuevo y lo viejo, de lo estructural y lo coyuntural.

Por eso resulta pertinente la mirada sobre los noventa, como antecedente directo de la década siguiente, la de las enormes manifestaciones de 2006 y 2011. De las entrañas del movimiento estudiantil de una época en que la educación superior aún no se masifica como lo hará en la década siguiente, surgen los ingredientes necesarios para que aquellos conjuntos humanos que le siguieron pudiesen concretamente actuar como lo hicieron, y estructurar las alianzas sociales que hoy se expresan en los patrones de acción del movimiento secundario, en la unidad de la CONFECH y en su programa. Para que tales rasgos –hoy tan apreciados y tristemente reducidos a imágenes y fugaces *selfie*– pudiesen ser inventados, divulgados e internalizados, fue necesario este lento proceso de construcción y gestación del movimiento estudiantil y sus grupos más organizados. Sólo de esta manera, histórica, compleja, confusa a veces, la polaridad social neoliberal

que hoy dibuja el movimiento pudo aparecer. Ni una mecánica estructura ni una ocurrencia de la “vanguardia” agotan la maduración concreta de una fuerza social, aunque por cierto actúan en ella. Lo que la explica es la complejidad de un proceso socio-histórico, en que tales dimensiones de la realidad se determinan mutuamente. Nada más, pero nada menos.

Hay dos ciclos del movimiento estudiantil que son relevantes entender para esta historia. Dos paradójales fracasos, como base de aprendizajes que habilitan determinados rasgos en los movimientos posteriores, pues alimentan la reflexión de grupos que, siendo minoritarios, contribuyen a la memoria e historicidad de los estudiantes. Así se cocinan los ingredientes necesarios para que se articule de determinada manera el acople entre las contradicciones estructurales anotadas y el proceso histórico. Todo en un derrotero complejo, no lineal, al que se suman otras dimensiones, también mutuamente determinadas.

a) De la Reforma a la normalización y el plebiscito de 1988

La primera de estas derrotas es la caída de Federici de la rectoría de la Universidad de Chile en 1987. Para la generación de Germán Quintana y Carolina Tohá –por mencionar dos de sus dirigentes más visibles–, este evento constituye una de las mayores victorias del movimiento universitario en su lucha contra la Dictadura. Y va a ser divulgado por los relatos oficiales en adelante como anticipación estudiantil del triunfo del No.

Por supuesto, ese relato es sólo un mito. Seguido en su génesis y en sus consecuencias, el movimiento que destrona a Federici –y levanta a Jaime Lavados– es más bien la subordinación del movimiento estudiantil a la conducción de la derecha académica moderada de la Universidad de Chile. La demanda de transformación y reconstrucción de la universidad pública, heredera de la pelea por la Reforma, sería reducida entonces a la lucha por la “normalización”, como salida puramente formal del control militar, reacción a los excesos de su gestión y no a su proyecto. La polaridad social clásica del movimiento estudiantil de los sesenta, que lo llevaba a enfrentarse con la élite y su control general sobre la sociedad, era reemplazada con la oposición al dictador como prioridad fundamental.

Se instala así en el ámbito académico, con respaldo de masas estudiantiles, un consenso político cuya fragua elitaria se da por esos mismos años

en los pasillos del “Foro de Educación Superior”. Durante toda la segunda mitad de los ochenta, intelectuales concertacionistas –como Brunner y los hermanos Lavados, Jaime y Hugo, hoy conocidos defensores del mercado– discuten y elaboran una agenda de consenso de largo plazo para la educación superior con los intelectuales del Centro de Estudios Públicos (CEP). Esta agenda lleva a aceptar el principio de subsidiariedad del Estado y la centralidad del mercado como agente de desarrollo de la educación; o dicho en negativo, a abandonar el programa modernizador de la Reforma del ciclo histórico anterior, y más ampliamente, la idea de la educación pública. Sin que se trate de una imposición conspirativa, sino justamente política y abierta, el movimiento que da lugar a la salida a Federici –leído acertadamente por Thielemann– es el momento en que dicha conducción adquiere respaldo de masas, desplazando a la izquierda radical. Se encamina la lucha social en la línea del plebiscito y la salida pactada de la dictadura.

Pero es más que la aceptación de un programa universitario de continuidad. Los rasgos específicos del movimiento son interpretados por los dirigentes de entonces como un cambio más hondo en la acción estudiantil. Ésta iría de un reclamo político y centrado en la transformación y apertura de la universidad pública, a la expresión de distintos intereses culturales y juveniles, diversos y cambiantes. De la polaridad con la élite en los sesenta se pasa a la oposición al dictador, y de ella, a la disolución de toda polaridad constitutiva. La teoría de los “nuevos movimientos sociales”, de gran divulgación entonces en los círculos de la renovación socialista, es tomada como arma intelectual por la Concertación juvenil para dar por liquidado el antiguo peso del movimiento estudiantil en la sociedad.

Por eso el empeño de estos dirigentes –como Tohá, Quintana y Elizalde– en despolitizar la acción estudiantil y llevar sus instancias representativas al Estado, como gestión de intereses diversos, culturales, académicos y juveniles. La idea de que la FECH pasara a ser parte formal del Estado, miembro pleno de lo que posteriormente sería el INJUV,² sintetiza la nueva concepción que se impone en esos años: la ausencia de conflicto y la gestión administrativa de los intereses sociales. Pero estos cuadros no esperan que las organizaciones estudiantiles les sigan, y emprenden un

² Instituto Nacional de la Juventud, creado en 1991 en el primer gobierno de la posdictadura (N. de las E.)

rumbo propio al aparato público, en una relación siempre tensa con su condición de dirigentes sociales. Aparecen nombres que hoy se asocian a SQM³ y que ya entonces, como conjunto político, serían cuestionados por las bases estudiantiles por oscuros manejos del dinero en las organizaciones.

En ese vergonzoso desplome por corrupción parece el movimiento estudiantil de los ochenta y se plantan las semillas para su reaparición en los noventa. Ante el éxodo concertacionista hacia el Estado es la izquierda radical y la izquierda social quienes, como campo organizado, asumen la tarea de sostener los espacios formales e impulsar la acción estudiantil reivindicativa. Así se abre el claro para que este sector político, expulsado del pacto de la Transición, recupere alguna vitalidad.

Pero, ciertamente, la voluntad de la izquierda estudiantil no puede por sí sola edificar un movimiento social masivo. Es un problema estructural el que le permite conectarse con una demanda de base, y a partir de tal vínculo, encontrar el camino para la construcción del movimiento de los noventa. Tal puente sería la crisis de las universidades tradicionales, y en especial, las falencias del financiamiento estudiantil, concretamente expresadas en los sempiternos déficit del Fondo de Crédito Solidario creado a inicios de los noventa.

b) La anomalía social de la Transición: los estertores del viejo Chile

Mientras en toda la sociedad se instalan nuevos mecanismos mercadizados de integración y movilidad social —son los años del mito del “jaguar”, del consumo, de los nuevos *malls* y de la masificación del crédito—, los antiguos ascensores de movilidad social, cargados con sus mitologías clásicas y densas concepciones del mundo, crujen y se hunden cada vez más en su crisis de sentido. Esas son las universidades tradicionales, olvidadas por un Estado que promueve con celeridad los mercados y la integración vía consumo, y que adopta otros códigos culturales.

Aquella crisis de la universidad tradicional expresa la crisis de la antigua clase media de empleo estatal, la bisagra del sistema político del Chile desarrollista. Liquidada como articulación social del pacto entre clases, lentamente comienza a perder su antigua preeminencia cultural y

³ Sociedad Química y Minera de Chile (SQM o Soquimich) denunciada por realizar aportes ilegales a la política (N. de las E.)

su prestigio. Queda aturdida en los noventa esperando una democratización que nunca llega; más que por interés en la democracia, como medio para recuperar su sitio de privilegio en la sociedad chilena. Las élites abandonan estas casas de estudio y crean las suyas propias; el Estado también las abandona y las deja a su propio amparo. La crisis universitaria es la de estas clases medias, de su mundo, a fin de cuentas. Crisis de su cultura europeizante en un contexto de “norteamericanización” de masas, de su impronta política en una sociedad de consumo, de sus reflexiones pesadas en medio de la hegemonía de la farándula, y un largo etc. Es aquella crisis la que hábilmente lee una parte de la izquierda radical, de signo comunista. Combina el reclamo corporativo de los estudiantes –el eslabón débil del ascensor social descompuesto– con un proyecto de reconstrucción de la antigua universidad pública. Tal formulación, en su versión más elaborada, proviene del campo académico de izquierda y crítico de la Universidad de Chile, el mismo que había sido desplazado por la hegemonía concertacionista erigida en el ciclo anterior.

Esta es la anomalía social de la Transición, la que estalla con inusitada fuerza en 1997 y 1998. La entidad cultural que también, además de salir a las calles en los pies de sus jóvenes estudiantes, escribe los mejores cuestionamientos a la democracia pactada, en la pluma de Moulian y Lechner (Moulian, 1997; PNUD, 1998). Aunque nutridos capilares la entrelazan con los bordes de la alianza social dominante, se incuban aquí un acervo cultural que se resiste al peso arrollador de la “modernización” pregonada por los Brunner y los Tironi. Un reclamo democrático que no acepta la manía por la “gobernabilidad” de Boeninger, y que protesta ante el hecho que Pinochet se incorpore al Senado. Pero también, y acá aporta con originalidad Thielemann, es la juventud que no acepta la letanía de Los Tres o Javiera Parra –la amarga música de la Transición– y sigue a Los Miserables y a los Fiskales Ad-Hoc. Que se rebela ante el mito del “no estoy ni ahí” y crea sus propios espacios de contracultura, disfrutada y cultivada en paros y tomas universitarias como casi en ninguna parte. Es toda esa entidad cultural, diversa y rica, anclada en las universidades –sobrevivientes de la avalancha neoliberal pero en crisis permanente por sus propios efectos–, la que pone en el tapete las deudas de una democracia restringida y de una mercantilización desatada. En el plano estudiantil, es la generación

liderada por Roco y Mlynarz, ambos comunistas, y de más atrás por otras expresiones de izquierda radical y social, entre las que destaca la SurDA, antecedente de la actual Izquierda Autónoma. Son nuevas generaciones de jóvenes de izquierda que se enfrentan a los Quintana y a las Tohá, ahora parte del Gobierno, y defensores de la modernización de mercado.

Como se sabe, este movimiento, con sus innegables luces y aciertos, tampoco pudo romper el peso de la Transición pactada. Por eso cabe el término fracaso. Incapaz de producir una crisis política que abra espacio a su proyecto de reconstrucción del viejo Estado, el movimiento queda atrapado en las demandas corporativas de los estrechos sectores sociales que le cobijan: la clase media tradicional y su deficiente mecanismo de promoción popular. La demanda de transformación interna de la universidad, a fines de los noventa, se limita a aspectos formales de democratización, y a nivel externo, todo se reduce al financiamiento estudiantil con la consigna del “arancel diferenciado”. La idea de “gratuidad”, que incluía un cuestionamiento más profundo al autofinanciamiento y al régimen de mercado, es desplazada entonces por una aproximación más posibilista. Se trata de un reclamo por “arancel diferenciado” que únicamente expresa la demanda corporativa de aquellos estudiantes, y que por lo mismo, no se generaliza ni se amplifica a otros conflictos sociales.

Aunque el aumento de las ayudas estudiantiles y la democratización parcial de algunas universidades son indiscutibles y posibles sólo por la lucha social, el movimiento de los noventa se retira del escenario demostrando la dureza de la dominación concertacionista, la firmeza de un Chile neoliberal al que la lucha social no es capaz de torcer o siquiera de agrietar. Las masivas manifestaciones de fines de los noventa apenas llegan a pocas decenas de miles de jóvenes en las calles. El resto de la sociedad chilena se empeña en otra lucha: la del “uno contra uno” que puntualiza Ruiz, el salir adelante en la vida en el Chile de esa época (Ruiz Encina, 2015). Como administración de dicho panorama, la Concertación maneja este problema –y todo el resto, cabe agregar– con una eficaz dominación tecnocrática. Es la solidez que le da la bonanza económica y el pacto interelitario de la Transición, y que permite consolidar la desarticulación social esencial a dicho acuerdo.

El movimiento estudiantil experimenta entonces el reflujo. Habrá que recorrer la reflexión en el estudiantado y en sus grupos más organizados sobre este proceso –el decaimiento post-1998–, para encontrar las primeras respuestas que explicarán la conducta de estos grupos años después. Tal como la derrota de fines de los ochenta se lleva consigo a la conducción concertacionista, el reflujo de los noventa hunde la hegemonía comunista. Incapaz de romper la Transición o ser incluido en la política tras ese ciclo de movilizaciones –que además expresaron a otros actores del viejo Chile como los profesores y los mineros del carbón–, el Partido Comunista intentaría más tarde, con idas y vueltas hasta hoy, un acercamiento a la Concertación. En el terreno del movimiento estudiantil es el turno de la izquierda radical crítica, donde se encuentra la SURDA. Pero es el momento de mucho más que eso. Lo es de una izquierda social que en todo el continente busca caminos que cuestionan los partidos tradicionales, incluidos los de la izquierda. A tono con Seattle, y con los “Foros Sociales”, se incuban nuevas miradas. Estímulos de la joven izquierda que se rearma en el reflujo de los noventa.

CAE + VOCEROS:

las bases sociales e históricas del movimiento estudiantil contemporáneo

a) Los aprendizajes tras el reflujo de los noventa

Es importante detenerse en este momento. Aquí se instalan cuestiones que harán posible el movimiento estudiantil del 2000 en adelante. Son reflexiones y respuestas de campos organizados de estudiantes, que no se limitan a una pura organización ni pueden reducirse a ocurrencias dirigenciales puntuales. Estas expresan, de manera compleja, un proceso colectivo de aprendizaje de sus dos fracasos históricos anteriores. Aquella memoria permanece en grupos minoritarios, es cierto, pero de incidencia en movimientos locales y masivos puntuales, que a su vez actúan como referentes ante el conjunto de la organización estudiantil y su activo. En un proceso histórico complejo, este es el modo en cómo se instalan algunos patrones de acción, tras la crítica de las experiencias inmediatamente anteriores. Este aprendizaje estudiantil coincide con la profundización del mercado educativo, y por lo mismo, de su masificación en el nivel superior. Es de este modo que resulta posible el

encuentro de nuevos sectores sociales con estos nuevos rasgos organizativos, identitarios y políticos del movimiento estudiantil.

En el activismo estudiantil de la época hay una enorme valoración de la autonomía política y de la horizontalidad, entendida como expansión de la democracia frente a un movimiento social que replicaba el presidencialismo y el verticalismo de la sociedad. No es sólo una cuestión organizativa, sino sustancial: autonomía política es autonomía del Partido Comunista y de la Concertación, de sus formas, de sus políticas, de sus líderes; de su conducción que ha llevado al movimiento a constantes derrotas. También se instala una búsqueda sistemática –en distintos planos– por llegar a sectores sociales más amplios, a estudiantes de instituciones privadas o a aquellos que, en las instituciones tradicionales, no se sienten expresados por la estética o por los códigos culturales de la crítica de los noventa a la Transición. Se asume así una suerte de herejía que pone en cuestión a las figuras más sentidas de la izquierda; mientras el movimiento de los noventa las levantaba y las reverenciaba, a inicios de los 2000 se les evitaba. Se trataba de sumar al movimiento a quienes no fueran de izquierda, a quienes no conocieran esas luchas, a las personas que habían sido incluidas en los dispositivos de integración sobre los que escribieran –en sentidos distintos– los Moulian y los Tironi.

En términos programáticos, se buscaba un nuevo proyecto de educación antineoliberal. Se criticó con mucha fuerza la manía nostálgica por reconstruir el viejo Estado. La idea de reconstrucción de la vieja universidad pública, reducida a las élites, se percibía incapaz de apropiarse del presente. Había que realizar una transformación más honda, más profunda. Es el carácter del Estado entonces –no sólo su tamaño o presencia económica– el problema, aquel que reduce las prestaciones sociales a subsidios, becas o créditos. Así se asume una bandera que se propone superar la pura demanda económica, al mismo tiempo que dichas limitaciones concretas se buscan en múltiples planos, no sólo en el económico.

Se instala también una preocupación por el poder local, por la participación en las instancias más cercanas e inmediatas, por la construcción de proyectos sociales alternativos que, eficaces localmente, dialogaran con un entorno global. Es la época de la revaloración de las comunidades, de la disputa por lo cotidiano como rasgo fundamental de la acción social transformadora.

Estas reflexiones van a imponer atributos al futuro movimiento estudiantil que hoy aparecen casi como cuestiones naturales. Este proceso no es inmediato ni mecánico, sino complejo, lleno de idas y vueltas. La instalación de “voceros” antes que “dirigentes”, las asambleas de base como espacios de definición, los sistemas de contraloría y revocación de las bases sociales sobre sus dirigentes, la ampliación de las organizaciones a estudiantes de instituciones privadas, el uso de una estética distinta de la tradicional de la izquierda (más a tono con las diversas épocas y estéticas propiamente sociales de los sectores en cuestión), el rechazo a demandas puramente corporativas o su articulación con las de fondo; en fin, se trata de elementos introducidos en esta época, en relación dialéctica con los procesos de ampliación de la matrícula de la educación superior que se acelera en los 2000 y que heterogeniza sus bases sociales. Estos rasgos no sustituyen a los anteriores, sino que se mezclan en una síntesis original, que es el fenotipo del movimiento estudiantil de nuestros días (Bellei *et al.*, 2014).

La izquierda universitaria, expresiva de este lento proceso de cambio, se estructura en torno a la disputa entre la izquierda tradicional y la de signo alternativo. Es esta última la que más presiona por ampliar las bases de sustentación social del movimiento, incorporando a nuevos segmentos, sea dentro o fuera de las instituciones tradicionales. Y son estos nuevos aspectos del movimiento estudiantil del siglo XXI aquellos que, en un proceso análogo o similar al anterior de los noventa, habilitan los canales para que nuevos contingentes sociales expresen a través de ellos, esta vez no sólo la crisis de sentido de los viejos sectores medios, sino las contradicciones nítidamente neoliberales de la gran mayoría de los chilenos.

b) Las contradicciones neoliberales: la educación como explotación

En paralelo, la educación superior ha seguido su desarrollo de mercado. No sólo ella, sino un amplio conjunto de servicios sociales y actividades económicas en que el Estado ha jugado un papel clave para dinamizarlas. Como salida a la crisis asiática de 1998, el Estado abre nuevos espacios de acumulación rentista, subsidios y mercados, favoreciendo al gran capital en desmedro del pequeño y mediano; a tal grado que incluso convoca el reclamo de neoliberales ortodoxos defensores de condiciones de competencia (Goldfarb, 2007). Es la gestión de Ricardo Lagos al final de su

mandato, que por esto se gana el reconocimiento definitivo del empresariado. Así se inicia un nuevo ciclo de crecimiento económico.

La instalación del CAE (Crédito con Aval del Estado) y de la Ley de Acreditación en Educación Superior son la expresión en la enseñanza terciaria de esta agenda. Pero aquí la cesión de las arcas fiscales al negocio privado—incluida la banca— se endulza con retórica de izquierda y consignas de integración social. Al decir de Lagos “7 de cada 10 estudiantes de educación superior son profesionales primera generación” se le atribuye a la enseñanza terciaria, desde la política oficial, el peso de buena parte de las expectativas de mejoramiento social de la época. Se reeditan para el caso chileno los discursos del capital humano y la movilidad social, y este es el principal mérito de Brunner, ser capaz de compatibilizar ambas cuestiones con lenguaje progresista.⁴ Pero como se dijo arriba, en nuestro país poco tiene que ver la educación en ello. Esta es la mezcla explosiva. El semillero de la contradicción que detonará al final de la década del dos mil, y que continúa abierta hasta hoy. El lucrativo negocio de la segregación que, justamente, se monta a partir de la traición a esta promesa, y de la exigencia creciente de subsidios fiscales.

Producido en democracia, sin que se pueda culpar de ello a la dictadura, este polvorín social es un ícono de las desigualdades actuales. Y es directamente encabezado por figuras progresistas. Antiguos dirigentes estudiantiles, activos militantes concertacionistas en el gobierno de Lagos—Tohá, Peñailillo, Elizalde, etc.—, hacen las tareas en diputaciones, gabinetes y espacios de segundo orden mientras las figuras principales—los Lagos, Brunner, Armanet, Lavados, Tironi, y otros tantos más— los comandan. Juntos constituyen un polo político que, con retórica progresista y tono agresivo hacia la derecha, abre la llave de los recursos fiscales al rentismo privado para proveer derechos. Se vuelven el puente de una operación de gigantesco poder económico, y por ende, como casta política y con los “reguladores técnicos” que la rodean, comienzan a representar no ya el interés del Estado democrático o de la socialdemocracia, sino derechamente el afán empresarial. Es el brazo político del rentismo, y su favorito, por cuanto todavía puede alegar bases democráticas y de centroizquierda.

⁴ Este argumento está mejor desarrollado en la columna “Brunner y la paradoja del progresismo neoliberal”, en <http://ellibero.cl/opinion/brunner-y-la-paradoja-del-progresismo-neoliberal-en-educacion/>

De ahí la ironía que quienes quisieron enterrar al movimiento estudiantil a inicios de los noventa, sean ahora sus principales constructores. Eso sí, esta vez de la vereda de su adversario. De la vereda de la élite y de su franja de verdaderos altos profesionales, los formuladores de la ideología educacionalista que disfraza su posición de mérito y progresismo. En su profundización de la “normalidad democrática”, en la gestión y construcción de lo que sin honestidad intelectual llamaron “Estado social de derechos”, allí se encuentran frente a una fuerza social que les alega no por su impureza ideológica, como lo hizo la izquierda, ni por su responsabilidad en la Unidad Popular, como lo hizo la derecha; sino por su interés de clase. Por los dolores que su conducta política ha causado en la vida de las personas al mercantilizar sus derechos, por la traición de su promesa democrática y de genuina modernidad. Por eso no la apaciguan con su chantaje del “Sí y el No”, por eso no la reducen al “conservadurismo estatista” que formula Brunner, por eso no pueden negarla como puro violentismo o acción de grupos sediciosos, como gusta intentar a la derecha. Es un movimiento que trae la polaridad verdadera de la sociedad chilena, entre una élite ultraenriquecida y una enorme mayoría social a la que se le receta mercado y se le conculcan derechos. De ahí su fuerza irreductible para los dispositivos de control social ensayados hasta aquí.

Así encontramos en el proceso histórico, las razones que explican por qué es el movimiento estudiantil el que canaliza la deuda de la educación como promesa de movilidad. Opuesto al CAE en 2005, el movimiento se expande lentamente tras la movilización de ese año a las instituciones privadas. El déficit del Fondo Solidario ya no es el problema, sino toda la educación como estafa histórica. Ya no se trata de la cerrazón de la vieja universidad, sino de la traición a las expectativas del “consumidor de esperanza”, el estudiante del siglo XXI. Este movimiento apoya en 2006 a los secundarios, y de su portada con la foto de las “manos alzadas”, el aprendizaje del valor de la autonomía política sale de los círculos más organizados y llega hasta sus bases. Es por eso que estalla 2011, no contra el gobierno de Sebastián Piñera como cuestión fundamental ni por el apoyo obtenido de la Concertación. Es algo más profundo, que viene gestándose hace décadas. Por toda esta historia, es el movimiento estudiantil el que sella la alianza social entre la entidad tradicional y crítica de la Transición, anclada en los estertores de la

antigua clase media estatal, y los amplios contingentes humanos integrados vía mercado. La entidad cultural que vuelve compatible lo que, a ojo desnudo, parecería imposible.

Disgregado el campo laboral, y por ende procesada –por ahora– la fuerza de antaño del movimiento de trabajadores, es la educación la que canaliza las expectativas de clase. De las nuevas clases sociales, del nuevo pueblo chileno forjado por el neoliberalismo, de sus anhelos y expectativas de integración social (Ruiz Encina, 2015). De su descontento se levanta entonces esta fuerza, que adquiere historicidad en la sobrevivencia de las luchas pasadas, y acoge nuevos contingentes sociales. Es un movimiento que, a diferencia de las organizaciones de profesores, por ejemplo, se abre a las instituciones privadas. Que barre múltiples muros sociales, de discriminación, culturales, de género; todo para integrar lo que otras formas de acción subalterna no han podido unir de manera orgánica. Un movimiento que busca salir de los códigos de la vieja política, incluso en una dimensión estética. Que madura un activo de organización sostenido como prácticamente único espacio de sobrevivencia de la izquierda radical, expulsada de la política por la Transición, y que le brinda historicidad y capacidad reflexiva. Un movimiento que, como ningún otro, devela al enemigo sustantivo, transversal al “Sí y al No”, y conquista la legitimidad social suficiente para agrietar sus discursos, sus ruidos y fantasmas.

Aquí están las bases del movimiento estudiantil actual. Un proceso histórico de aprendizaje, de crítica y discusión en un campo activo de estudiantes, heredero de pesadas derrotas y lastres, que sabe mejor que nadie el precio a pagar por la pérdida de autonomía política. Que ha entendido la necesidad de nuevas formas organizativas, que por enraizadas que estén hoy, no son tan nuevas. Un proceso de constitución de una casta progresista, con cuadros originados en el propio movimiento estudiantil, que abre la llave al rentismo privado, generando contradicciones novísimas que alimentan, con una masificación acelerada de la matrícula, este movimiento estudiantil del que hablamos. De tal arreglo histórico surgen entonces las contradicciones y sus canales de expresión. 2006 y 2011 son productos de este proceso histórico; la suma compleja e histórica de la anomalía social de los noventa, de las críticas a esa restringida democracia, y a las contradicciones nítidamente neoliberales.

A modo de conclusión:**el movimiento estudiantil y los monstruos del claroscuro**

No es entonces la simple heterogenización del estudiantado, a partir de la masificación de la enseñanza terciaria, la que actúa por sí misma. Tampoco es un despunte mediático o de vanguardia. Es la historia. Compleja, viva, enredada, con múltiples planos que en todo momento se determinan mutuamente. Esta historia cocina a fuego lento –¡y a veces no tan lento!– la fuerza social que aprovecha el decaimiento general de la legitimidad de la política. Aunque en 2006 pudo ser desoída por la casta, tras 2011 conquista un lugar definitivo. Como se titula el libro que mejor cuenta la gesta de 2011, el movimiento con justicia puede decir “llegamos para quedarnos” (Figueroa, 2012).

Es un espacio ocupado no sólo por sus cúpulas o por los grupos que origina y que intentan proyectarse políticamente, sino un espacio real, orgánico, que construye capilaridad hacia millones de familias, y que alcanza con ello presencia efectiva en múltiples esferas sociales. Son carreras organizadas, que se encuentran en facultades, que a su vez se federan y luego se confederan. Son miles en todo Chile, que tienen actividades permanentes, que construyen vida estudiantil, que además de marchar organizan encuentros recreativos y culturales, que sostienen actividades académicas, que generan espacios para que se creen amistades, parejas y luego nuevas familias. Es un contrapoder que no sin limitaciones políticas y culturales, no sin retrocesos, gatilla transformaciones locales en diversos espacios, construye lentamente una nueva educación, que rebalsa hacia académicos e investigadores que forman parte de esta fuerza transformadora. Es un segmento de sociedad, una producción de relaciones sociales cuyo combustible son las contradicciones neoliberales dominantes y la crisis de la vieja clase media de empleo estatal. Todo en una base estudiantil potencial (de nivel superior) –hoy– de más de 1.200.000 chilenos, y que se proyecta a una incipiente organización de profesionales endeudados con la educación, en el referente “Deuda Educativa”. Por eso esta fuerza social sigue allí. Por el enorme peso de la educación en la sociedad, y de los estudiantes organizados en el conflicto educacional. Es el movimiento estudiantil, entonces, el que construye la capilaridad más firme y estable para que las clases subalternas se hagan presente en la vida

nacional. Para que se articulen, a pesar de sus diferencias y diversos grados de constitución. Tal capilaridad y tal alianza es, finalmente, su avance máspreciado en el Chile neoliberal.

Hasta aquí llega la sociología histórica y se inicia la política. Evidentemente, quien escribe estas letras es un participante interesado en que el movimiento estudiantil prevalezca. Y es imperativo hoy entender una cosa: esta trinchera debe defenderse permanentemente. El camino que se ha construido a contracorriente, y con la autonomía política de la Transición como principio esencial, no tiene garantía de éxito. La autonomía se juega a cada instante. Mientras la legitimidad de la política cae, y se instala lo que Ruiz llama *vacío político* (Ruiz Encina, 2015), vale la pena recordar a Gramsci: “el viejo mundo se muere... el nuevo tarda en aparecer... y en ese claroscuro surgen los monstruos”.

La sobrevivencia del movimiento estudiantil, y con él, de los avances de las clases subalternas, es puesta en duda por monstruos que confunden el camino, que inventan falsos enemigos y ocultan a los reales, que anuncian avances y en realidad recetan retrocesos. Si no se proyecta, si no se hace presente en esta época con su cariz propio, con su rebeldía de siempre, el movimiento no tiene posibilidad de defenderse de los ataques que sufre, de los más visibles y en especial de los más sigilosos. La vieja política está herida, pero no está muerta. El interés de clase que anima a sus adversarios es poderoso, y también lo es su control de la situación, por más agrietada que esté.

El peligro fundamental del movimiento es sucumbir a una conducción que lo encarrile a los márgenes de la vieja política: que separe su demanda social de su reivindicación política, entendiéndola como pura cuestión corporativa y la segunda esencialmente como acción electoral e institucional de sus cúpulas. Si su demanda es corporativa, se responderá con más subsidios y regulación estatal, lo que, a la postre, incrementará el poder de los intereses de los sectores dominantes, por cuanto llevará una mayor parte de las arcas fiscales a su ganancia, y consolidará su presencia en el negocio de los derechos. Luego, si su proyección política es tradicional, carecerá de la potencia transformadora de las fuerzas sociales, y podrá ser ubicada como minoría en el Estado, legitimadora de un sistema político en crisis. Esto es perfectamente posible, lo sabe la élite, con una gratuidad

universal y una nueva constitución como cambio formal. Una casta dueña de más espacios de la vida, con más recursos de las arcas fiscales a su merced, pero con un nuevo ropaje civil y nuevos grupos políticos que demuestren, con su pura existencia y participación en el juego electoral formal, que se trata de la definitiva superación de la Transición a ninguna parte.

En tal empeño la élite juega de manera sostenida y a varios tiempos, imbricándose en distintos espacios y sometiendo al movimiento a presiones por la izquierda y por la derecha. Desde una descomposición violentista que juega a ubicar un reclamo inorgánico y centrado en la drasticidad de las formas –¡pero ignorando la verdadera radicalidad que está en la ampliación social del conflicto!–, a una moderada política de reconocimiento de avances que profundizan la subsidiariedad, y de proyección parlamentaria como “política central”. En todos estos empeños dominan los monstruos del presente. Aunque sean distintos y aparentemente contradictorios, en su cúspide se haya la élite, en la producción del desarme político de los subalternos.

Echemos una mirada a esta iniciativa. La vieja política respondió a 2006 reponiendo la división de lo social y lo político. Para las reivindicaciones sociales, se recetaron cambios tecnocráticos a la enseñanza en nombre de la calidad, que implicaban más recursos públicos a privados (más bonos, *vouchers* o créditos), y las reivindicaciones políticas simplemente se ignoraron. Irónicamente la derogación de la LOCE,⁵ esa radical demanda de cambio de régimen político, terminó haciendo más fuerte a la Constitución de 1980, con más lucro y menos educación pública. Y ante el 2011 la receta fue distinta en discurso, pero similar en los hechos. El aumento de recursos públicos a privados no sería en nombre de la calidad sino –paradójicamente, según Eyzaguirre y el progresismo que le servía de escudero– de la “desmercantilización”. Se profundizó el carácter subsidiario del Estado, aumentando *vouchers* y controles al mercado educativo, sin reconstruir sustancialmente la educación pública. Se traicionó la bandera de la gratuidad, transformándola en un *voucher* que enriquece a los mismos de siempre. Usando la propia energía del movimiento, el *progresismo neoliberal* (Ruiz Encina, 2015) se las ingenió para acrecentar los subsidios a los privados, y con ello, para consolidar el mercado educativo y le llama a eso

⁵ LOCE: Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (N. de las E.)

“gratuidad” y “reforma”, e insiste en exigir que los estudiantes “celebren”, enviando a sus juventudes oficialistas a animar la fiesta.

Mientras se intenta así neutralizar la demanda social, la demanda política de cambio constitucional y de régimen se canalizó en un proceso constituyente de baja intensidad, sin contenidos claros y sin dar la soberanía al soberano. Se instala entonces la idea en las fuerzas de cambio que se gestaron en estos años de movimiento estudiantil, que el conflicto educacional –y el movimiento estudiantil por añadidura– ya no es base posible de proyección política, y que la centralidad debe ser la contienda electoral y el proceso constituyente.

Es así como se separa lo social de lo político, y con tal separación, la élite se impone. Reformas de un lado, técnicas y asépticas; nueva constitución por otro, sin debate constituyente real; y cada una separada de sí misma y ambas de la sociedad. Es una política de clase, maquiavélica, que no se perpetra limitada a los canales oficiales y estatales, a donde nos hacen mirar a nosotros, y se instala en el seno del poder social, tal cual es, atravesando todas esas esferas y unificándolas al mismo tiempo. Una política que penetra, hay que aceptarlo, a sectores del propio movimiento estudiantil. Hoy la élite reconoce que el movimiento estudiantil es un hecho, pero intenta domesticarlo y reducir a las nuevas fuerzas políticas a una situación de minoría integrada.

Como espolón de esta estrategia, el *progresismo neoliberal* se encarama sobre el movimiento estudiantil de tal manera de neutralizarlo, y reducirlo cuando ya no le sirve –cuando ya ha recuperado el gobierno– a un puro reclamo irracional fácil de desechar. Es un progresismo que en 2011 invadió y colonizó el movimiento, sus vasos comunicantes con la política y la prensa. A sus hombros se encaramó en matinales y programas radiales; llevó sus medios a algunos círculos más allá de lo que había logrado la década pasada, y adquirió más determinación y organicidad en los estrechos espacios sociales donde existía. En política intentó ganar la pelea dentro de la Concertación, pero no fue capaz de levantar un programa, una práctica transformadora, sino únicamente una de ajuste. En su intento de aplicarlo, cayó defenestrado, no sin antes desoír al propio movimiento, que seguía esperando por genuinas transformaciones.

En 2016 se ha visto como nunca la claridad de tal táctica, del sentido puramente instrumental del uso del movimiento por parte de la vieja política. Cuando en un puro coro el violentismo posmoderno y el progresismo neoliberal trabajan juntos –y aparentemente en las antípodas de cada uno!– para este proceso de desarme, cuya consecuencia fundamental es la expulsión de los subalternos del escenario político del país. Sin presencia popular, las tecnocracias ocupan el control de las reformas y las campañas electorales el control de la política; el *progresismo neoliberal* desecha al movimiento y juega activamente su desarticulación, mientras dice representarlo.

¿Podrá el movimiento sortear estos monstruos? En primer término, no tiene mayor sentido que se reste de los espacios. Nunca la desconexión ha sido la respuesta. Sea de la lucha reivindicativa, de las reformas, ni de los procesos constituyentes, por más ambiguos que sean. La pregunta es cómo irrumpir. Lo que nos lleva de vuelta a la anécdota que inició este prólogo. Para sortear a los monstruos, y proyectarse, el movimiento estudiantil no se basta en sus formas precedentes. El hecho de hacerse consciente de este camino, obliga a que la rebeldía que animó su gestación se proyecte a otros planos, y sin abandonar su lucha, intervenga en ella justamente en una perspectiva política.

La rebeldía intuitiva de ayer rechazó los subsidios a la ganancia privada y cimentó el camino a la lucha por desmercantilizar. Se opuso a un procesamiento tecnocrático de sus demandas en 2007 y 2008, y puso arriba de la mesa la idea de “educación pública, gratuita y de calidad” en 2011, contra todos los intentos –¡de los mismos que hoy dicen representar al movimiento en la política!– de impedir que fuesen esas las demandas centrales. Pero lo hizo sin conciencia plena e histórica de lo que hacía. Por eso abrió espacio a que la vieja política recuperara conducción sobre la capilaridad social construida, y acometiera el travestismo arriba descrito de la “gratuidad”.

Es por ello que textos como este son tan relevantes. Porque permiten un nivel de conciencia mayor, que desde tal sitio es capaz de desarmar los monstruos que le cercan. El movimiento estudiantil contemporáneo es el anuncio de un nuevo Chile, que brota de las entrañas del neoliberalismo. No será sangre nueva para viejos fracasos. No es pura juventud, no es pura educación. Es esencialmente un movimiento de clase. Su batalla es por tanto la oposición de dichos intereses. No se juega, exclusivamente, un

cambio en la enseñanza, sino los términos de la relación de poder entre subalternos y dominantes. Desmercantilizar es democratizar; la ampliación de la democracia es el interés político negado de las grandes mayorías. Es aquella demanda, política, la que debe entroncarse con los reclamos sociales. Tal destino corre en el conflicto educacional, por su determinación en los intereses sociales. Es de este conflicto, entonces, por su enorme arraigo social, que puede principiar un cambio en la balanza de fuerzas. La imposición de cambios que alteren y hagan retroceder al neoliberalismo. Una verdadera expresión política nueva de este nuevo Chile. Esta es la significación política de reconstruir la educación pública, y con ella, hacer retroceder al mercado. Esta es la batalla que el movimiento deberá ganar en estos años.

Hay base ya, entonces, para una rebeldía distinta, que se haga consciente de sí misma. Que por eso mismo pueda decir lo que quiere, y no sólo apuntar lo que rechaza. Esta rebeldía no puede, por supuesto, limitarse al movimiento estudiantil, en un sentido histórico, pero encuentra en él su expresión más nítida hoy. Es que sin anclaje en esa rebeldía, cualquier proyección política parte liquidada, reducida a voluntarismo o vanguardismo (de centro, izquierda o derecha). Y sin consciencia histórica, esa rebeldía queda como pura oposición social. Así, no se trata sólo de protestar, sino de rechazar una “solución” que beneficie al enemigo de clase, imponiendo el proyecto propio. Hoy, en términos concretos, se trata de cuestionar la gratuidad como *voucher*.

Si esto es siquiera posible, es porque el movimiento estudiantil es una base social y cultural que se resiste a ser subsumida, en definitiva, en la política de la Transición, en su concepción de lo público, del bienestar, de la vida. Pero que también se resiste a la pura memoria y melancolía del Chile pre-73, al reclamo que es solo recuerdo, y que no logra proyectarse desde las formas más dinámicas de vida social actual. Que enfrenta, desde ellas, a sus enemigos de clase, por más que se vistan de ropajes democráticos.

Es hora que tal actitud ya no sea un puro sentimiento o intuición sino una convicción reflexiva, informada y además estudiada. Una convicción que encuentre en ese juvenil gesto rebelde que principia este prólogo su origen, pero no su límite. Se trata de construir una convicción que no se abandona como extravío de juventud, sino que se cultiva y se hace adulta.

Que luego se expresa en la adultez y por ende en el trabajo. Una rebeldía de clase, que no pertenece a individuo alguno, que es de esta época, de la historia del movimiento estudiantil de este siglo. Sus antecedentes están en 2006, en la forma de “No a la LOCE”, y en 2011, con la consigna “educación pública, gratuita y de calidad”. Una rebeldía que logra ser socialmente amplia y políticamente radical. Que estuvo siempre allí, en los recovecos anónimos de esas historias, en sus tantos episodios de preparación, en sus avances y retrocesos. Como un viejo topo, a decir de Marx, las clases subalternas construyen su propia desobediencia, no sólo social o cultural, sino política. Los primeros adoquines de su propia conciencia de clase, de sus instrumentos humanos y organizativos para ingresar a la lucha política, y destronar el *apartheid* de clase de la Transición. La obra de Thielemann constituye un aporte a ello: es la aplicación de una anomalía intelectual, encaramada en “hombros de gigantes”, a la comprensión de una anomalía social. Todo a contracorriente. La juntura de las dos anomalías, como conciencia improbable y objeto improbable, anuncian la búsqueda, a fin de cuentas, de la anomalía política. De un nuevo horizonte reflexivo y consciente para el pueblo chileno del siglo XXI. Ese pueblo al que el autor y los miles de protagonistas de esta historia dedican sus esmeros y acciones. Del que provienen, del que son parte, y junto al cual está jugada su suerte.

Referencias

- Altbach, P. G., Reisberg, L., & Rumbley, L. E. (2009). *Trends in Global Higher Education : Tracking an Academic Revolution*. Paris: UNESCO
- Bellei, C., Cabalin, C., & Orellana, V. (2014). The 2011 Chilean student movement against neoliberal educational policies. *Studies in Higher Education*, 39(3), 426–440. doi:10.1080/03075079.2014.896179
- Figueroa, F. (2012). *Llegamos para quedarnos. Crónicas de la revuelta estudiantil*. Santiago: LOM.
- Goldfarb, E. (2007). *No todo está perdido. La encrucijada de las pymes y de la clase media*. Santiago: Tajamar.
- Moulian, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: LOM.

- Orellana, V. (2011). Nuevos estudiantes y tendencias emergentes en educación superior. Una mirada al Chile del mañana. En M. Jiménez & F. Lagos (Eds.), *Nueva geografía de la educación superior*. Santiago: Foro Aequalis - Universidad San Sebastián.
- PNUD. (1998). *Desarrollo humano en Chile - 1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago. doi:10.3989/ris.2004.i37.240
- Ruiz Encina, C. (2015). *De nuevo la sociedad*. Santiago: LOM - Fundación Nodo XXI.
- Ruiz Encina, C., & Boccardo, G. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflictos sociales*. Santiago: El Desconcierto - Fundación Nodo XXI.

INTRODUCCIÓN

Hasta la revuelta de 2006, o incluso hasta las grandes movilizaciones de 2011, hablar del movimiento estudiantil en el Chile de la Transición era más o menos difícil. La posibilidad del tema era puesta en cuestión: “¿Existe aún el movimiento estudiantil?” Esta pregunta, que se suponía a sí como un momento previo al problema de fondo, terminaba copando toda disquisición posible. Quien ponía en cuestión el tema era comúnmente un académico o un político que había vivido o los años sesenta y la “reforma”, o los años ochenta y la lucha contra la Dictadura. Para esa gente, los disturbios en la Alameda, algunas tomas en Ñuñoa o las palabras de los dirigentes comunistas por la prensa les parecían algo lejano, una especie de residuos o ecos de su propia historia ya terminada.

La existencia del movimiento estudiantil chileno entre los años 1906 y 1987 y los años 2006 al presente, es bastante clara. Pero entre ambos períodos existen pocas similitudes más allá de lo formal. El movimiento estudiantil del siglo xx nace en un período marcado por el ascenso de formas modernas de la política, en las que la participación de las masas se hizo fundamental, y en que las posiciones políticas asumidas por los sectores populares tendieron a la reforma profunda del orden oligárquico tradicional. En ese “siglo-xx corto” (porque terminaría con la Dictadura) el movimiento estudiantil fue protagonista. Así, los estudiantes estuvieron en las luchas populares de las primeras décadas junto al belicoso movimiento obrero, manifestándose y poniendo atención sobre las condiciones de vida de las clases trabajadoras en el país. A su alero, en 1919, se conformaría también la que se denominó como la “Federación chica”, es decir, la organización de los estudiantes secundarios. Las dos fueron enemigas del conservadurismo, siendo la sede de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) incendiada, por jóvenes católicos y conservadores, en el marco de la exaltación nacionalista de la “guerra de Don Ladislao”. La FECH fue también parte importante de la lucha contra la dictadura de Ibáñez, y en 1931 protagonizó las protestas que terminaron con su salida. En 1943, la

FECH dejó de ser el sindicato estudiantil nacional, pasando a ser la exclusiva representante de los estudiantes de la Universidad de Chile. Comenzó así a compartir terreno con la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), sus tradicionales “enemigos”, fundada en 1938, y con la FEUTE, nacida a partir de las organizaciones de estudiantes de la ex-Escuela de Artes y Oficio, la que desde 1947 se convirtió en la Universidad Técnica del Estado (UTE) –hoy Universidad de Santiago de Chile (USACH)–. Con la aprobación en 1956 de un proyecto reformista en la FEUC, comenzó en casi todas las universidades, un largo ascenso de más de una década del proceso de reforma universitaria.

Aquí cabe hacer un alto de importancia. Si bien el movimiento estudiantil siempre estuvo junto a los sectores populares en sus luchas, la mayor parte del tiempo no fue un movimiento fuertemente ligado a la izquierda. De partida, porque el carácter social de los estudiantes era más bien elitario y con el correr del siglo XX se le integraron los sectores de las capas medias, principalmente hijos de funcionarios, profesionales liberales y profesores normalistas. Aunque la izquierda (especialmente el Partido Socialista, PS) mantuvo una presencia importante, sobre todo en sus primeras décadas, la FECH –y luego las demás federaciones– en general tuvieron direcciones de sectores juveniles de los partidos de las capas medias como radicales, demócratacristianos. La FEUC fue dominada casi sin interrupción por estudiantes falangistas hasta por lo menos 1968.

En los “largos sesenta” chilenos (1957–1973) esta situación cambió en algo. El movimiento estudiantil se posicionó la mayor parte del tiempo del lado de políticas como la reforma agraria, el aumento del poder y bienestar de los obreros, la construcción de viviendas para los sectores populares o la misma reforma universitaria. Fue un apoyo no sólo de palabra, sino que a través de cientos de miles de voluntarios. Mientras esta alianza duró, es decir, mientras los sectores medios ilustrados y los sectores populares caminaron juntos en las luchas sociales, fue posible que la izquierda alcanzara cierta hegemonía en algunas universidades y presencia importante en otras.

Dicha unidad –entre sectores medios ilustrados y sectores populares– se manifestó en los procesos de reforma emprendidos desde 1967 en adelante. Pero en ese mismo año, tanto las franjas más pudientes de las capas

medias, como los partidos que encontraban allí su correspondencia de clase, comenzaron a alejarse de las tendencias de reforma profunda, para comenzar un acelerado paso a la reacción. Esto se explica en la “amenaza roja” –real o sentida– que las capas medias veían asomar entre los grupos sociales populares y que se asumía proyectada hacia el lugar de relativo bienestar del que gozaban.¹ Cuando Salvador Allende llegó al poder en 1970, el movimiento estudiantil chileno, luego de una breve unidad reformista, se encontró dividido en dos grandes grupos, a la vez que debió enfrentarse al nacimiento de una inédita y novedosa derecha universitaria. Un grupo era la “vieja” Democracia Cristiana (DC) que desde 1968 vivió una serie de rupturas desde sus militantes más jóvenes, atraídos por el marxismo. En el otro, confluían los partidos de izquierda, con dos subdivisiones, una en torno a la Unidad Popular y la otra, relacionada con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que era fuerte en la Federación de Estudiantes de Concepción y algunas facultades de Santiago y otras regiones. La radicalización tenía raíces materiales: los años de 1967 a 1973 fueron los de mayor expansión de la matrícula en la historia del Chile preneoliberal, expansión que se nutrió de jóvenes obreros o de clases populares urbanas. El gobierno de la Unidad Popular terminó destruido y doblegado por el terrorismo de Estado de la dictadura dirigida por Augusto Pinochet y apoyada por la oligarquía. Con ello acabó también el sueño reformista de los sesenta y la mítica unidad republicana y progresista de los estudiantes chilenos. Todas las federaciones, menos la FEUC que fue intervenida, fueron declaradas en receso, y ser dirigente estudiantil de izquierda o de centro pasó de ser una dignidad reconocida socialmente a una especie de prontuario que ameritaba la persecución de los agentes del Estado dictatorial.

En 1973 comenzó a morir el siglo xx, sus formas sociales y políticas, su inocencia republicana, el mito del “desarrollo hacia dentro” y la política como experiencia de masas. Las luchas por la democracia de los años ochenta, que hicieron que el movimiento estudiantil se enfrentara a la Dictadura, no tuvieron la incidencia ni la unidad de las luchas de los sesenta, aunque se fijaron en la memoria con la misma fuerza que el proceso

¹ Marcelo Casals A., *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964*, Santiago, LOM, 2016.

de masas anterior. Los breves años de la década de los ochenta en que se pudo enfrentar abiertamente a la Dictadura desde el “poder estudiantil” –digamos más o menos desde 1983 a 1987– no registraron la potencia creadora del siglo que terminaba, más bien, fueron la resistencia enconada de un colectivo humano que se negó a ver su mundo desaparecer. A pesar de que en 1990 volvieron los gobiernos civiles, no volvió con ellos la universidad estatal, ni un proyecto científico y tecnológico pensado en el país y especialmente en los sectores populares; no volvió la Democracia Cristiana o el Partido Radical, ni siquiera el Partido Socialista, a los tiempos de una ideología maximalista o por lo menos reformista, y mucho menos volvió la democracia de la “reforma” al gobierno universitario. Por su parte, las capas medias se encontraron con que el neoliberalismo que tanto aplaudieron como modernización, también estaba corroyendo rápidamente las bases materiales de su constitución: la escuela pública era pobre y la situación económica de los profesores estaba más cerca de convertirlos en proletarios que en intelectuales de capas medias; la universidad llevaba casi dos décadas bajo asedio, pauperizando y precarizando su capacidad productiva y de incidencia social; el funcionariado del Estado se vio reducido, primero, y tercerizado después, con los gobiernos civiles; los pequeños productores y comerciantes estaban siendo machacados por el *retail* y la apertura económica. El siglo xx estaba liquidado y faltaba poco para que también muriera el movimiento estudiantil de ese siglo y de ese carácter social.

Entonces aquí es cuando volvemos a la pregunta: luego de 1987 y antes de 2006 (o 2011) ¿existió el movimiento estudiantil en Chile? Una forma de responder a esta pregunta es buscar en la bibliografía respectiva, pero allí no encontramos respuesta. A pesar de la importancia política y en muchos casos formadora del movimiento estudiantil, los historiadores e investigadores de las ciencias sociales le han dedicado poco trabajo a este colectivo humano. Sin embargo, entre los escritos que podemos destacar se encuentra el primer esfuerzo por realizar una comprensión global del movimiento estudiantil en los cinco estudios de la “Biblioteca del Movimiento Estudiantil”, editada por Sur en 1985.² Esta recopilación

² Manuel Antonio Garretón, Javier Martínez; “Universidades chilenas: historia, reforma e intervención”; “La reforma en la Universidad Católica de Chile”; “La reforma en la Universidad de Chile”; “El movimiento estudiantil: conceptos e

recorre la historia del movimiento estudiantil del siglo xx, pero no lo que ocurre con los años de Transición que son posteriores a su publicación. La misma edición de los textos respondió a la necesidad de darle continuidad a una historia que suele mantenerse en lo oral y desaparecer con la veloz renovación generacional de las bases y direcciones del movimiento estudiantil, así como también con la represión dictatorial. Este hecho, el que cada cinco o seis años renueve totalmente sus bases, lo distingue fundamentalmente del movimiento obrero y en general de cualquier otro movimiento social registrado hasta ahora. Sobre los estudiantes en el siglo xx, acompañan la recopilación de Garretón y Martínez, el trabajo de Fabio Moraga, centrado en la FECH de los años treinta;³ junto al de Diego García, José Isla y Pablo Toro, sobre la FECH en la Dictadura, y que nos permite matizar las afirmaciones de este texto sobre las movilizaciones de finales de la década de los ochenta.⁴ Esos tres trabajos son de los más importantes y conocidos sobre el movimiento estudiantil del siglo pasado. Poco más se ha elaborado intentando dar una mirada global al fenómeno. De lo que sí se ha escrito y con una abundancia saludable, es sobre las grandes movilizaciones estudiantiles producidas entre 2006 y 2012, aunque la historiografía va muy atrás de la sociología, el periodismo o la ciencia política.

En la bibliografía actualmente disponible sobre movimiento estudiantil en Chile, el vacío de los años ochenta hasta 2006 no permite responder la pregunta que planteamos. De todas formas, no ha sido un vacío absoluto. Tres trabajos historiográficos se han centrado en los años noventa del siglo xx, los que fueron de inmensa ayuda para este escrito. Dos de ellos fueron editados en 2006: el de Alexis Meza S., quien desarrolló específicamente el caso de los estudiantes organizados en la Universidad de Concepción entre 1990 y 2000; y el de Fabio Moraga, quien realizó similar trabajo en el marco de la crisis y recomposición del movimiento

historia”; y “Antecedentes estructurales de las universidades chilenas”, Santiago, Ediciones Sur, 1985. Disponibles en <http://www.sitiosur.cl> [consultado el 20 de mayo de 2014].

³ Fabio Moraga V., *Muchachos casi silvestres: la Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*, Santiago, Ediciones Universidad de Chile, 2007.

⁴ Diego García, José Isla, Pablo Toro, *Los muchachos de antes. Historias de la FECH (1973-1988)*, Santiago, Ediciones UAH, 2006.

estudiantil de la Universidad de Chile. Por último en 2011, Víctor Muñoz Tamayo publicó un estudio comparado, desde la perspectiva generacional, de la izquierda estudiantil en la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de Chile.⁵ Cabe destacar en este grupo, aunque no una investigación histórica, un escrito de 2005 de Rodrigo Roco, quien fuera presidente de la FECH desde 1995 a 1997. El escrito de Roco, más que una investigación, es un ensayo testimonial sobre el período y al igual que Muñoz y Moraga, se centra en el caso de la Universidad de Chile.⁶

Si bien tenemos cierto conocimiento de la situación del movimiento estudiantil en la Universidad de Chile, y en menor medida del gran Concepción, en los años noventa, la inmensa mayoría de las organizaciones y prácticas estudiantiles de la década permanecen sólo en la memoria, en riesgo y moldeable, de sus protagonistas. Así las cosas, debemos proponer una ruta para responder la pregunta sobre la existencia del movimiento estudiantil de los años noventa. Comenzamos en 1987 pues creemos que la movilización de ese año en la Universidad de Chile constituye el último movimiento estudiantil propio del siglo xx y a su vez, marca el comienzo de la crisis del mismo. Fue un movimiento “bisagra”, en que el tradicional repertorio estudiantil sirvió de escenografía de la capitulación política de la lucha social contra la Dictadura. El camino recorrido de ahí a 1993 es el del desfonde político del tipo de movimiento estudiantil del siglo xx: entendido como correa transmisora de la iniciativa de los partidos hacia lo social. Esto, en la práctica, significaba su desaparición histórica en el marco de una nueva realidad. Es el mismo camino de casi todos los movimientos sociales populares del período, pero el movimiento estudiantil

⁵ Alexis Meza, “Un tropezón no es caída. Historia del Movimiento Estudiantil en la Universidad de Concepción (1990-2000)”. En Taller de Ciencias Sociales ‘Luis Vitale’ (ed.) *Historia sociopolítica del Concepción contemporáneo. Memoria, identidad y territorio*, Santiago, Escaparate/UARCIS, 2006, pp.99-256; Fabio Moraga V., “Crisis y recomposición del movimiento estudiantil chileno, 1990-2001”. En Renate Marsiske (ed.) *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina (III)*, México DF, Centro de Estudios Sobre la Universidad / Plaza & Valdés, 2006, pp.179-252; Víctor Muñoz T., *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile – UNAM 1984 – 2006)*, Santiago, LOM, 2011.

⁶ Rodrigo Roco, “La FECH de fines de los 90: relatos de una historia presente”, *Anales de la Universidad de Chile*, Sexta Serie, n° 17, Santiago, diciembre de 2005.

se distinguirá al reconstruirse en apenas tres años, convirtiéndose en la anomalía de dicho proceso.

Es importante, de igual forma, explicar por qué la investigación termina en el trienio 1998-2000. Creemos que en estos años se pone fin a la fase de reconstrucción de las organizaciones estudiantiles y al resurgimiento de la subjetividad de izquierda que tomará su dirección y hegemonizará sus discursos. Así, en el trienio planteado, el movimiento estudiantil entra en un remanso en que debió reconocer sus límites, tanto los que se alcanzaban al enfrentar al Estado, como los que le imponía su inmadura cohesión programática y política. Dicho remanso no significó una nueva crisis, sino que el definitivo término del proceso de crisis anterior, al confirmarse la reconstrucción y el ascenso de la organización. Ese proceso es el tema central de este escrito y el texto anexo al final no modifica aquello, sino que solo ensaya sus vínculos con los hechos ocurridos desde 2006 en adelante.

Los años que cubre la investigación fueron los años en que se asentó el autofinanciamiento. Terminada la Dictadura, la democracia institucional comenzó a chocar con la política neoliberal inalterada desde los años de Pinochet. La crisis de la educación pública fue firmemente agenciada desde el Estado, el gobierno y las burocracias institucionales. Lo hicieron bajo una cultura que promovía las lógicas de gestión de las empresas privadas para las universidades, sin revisar su particularidad histórica ni su carácter público y educacional. Fueron los años en que comenzó la radicalización neoliberal que forzaba a cualquier cosa a administrarse como una “fábrica de jabones”, situación que en sí misma e independiente de sus consecuencias era vista como un éxito.

Los años de reconstrucción y radicalización del movimiento estudiantil ocurrieron en y motivados por la persistencia de una crisis del sistema público de educación, así como del financiamiento de las ayudas estudiantiles, generada en Dictadura y profundizada en los gobiernos civiles hasta por lo menos el año 2005. Dicha situación mantuvo en constante movilización a importantes segmentos de la población estudiantil chilena, principalmente a los universitarios. En ese sentido, y como ha sostenido el sociólogo Carlos Ruiz E., la persistencia de la crisis del sistema educacional es la mejor imagen del fin de los viejos mecanismos meritocráticos de ascenso en que se ha basado centenariamente la clase media. De esta

forma, para Ruiz, “el dilema de la educación, bajo el ideario dominante, toca la frustración con las barreras con que la elite impide el ascenso social y la inexistencia de una meritocracia como reza la promesa liberal”.⁷

Este no es un estudio del movimiento estudiantil “como movimiento social”, aunque es difícil no hacerlo desde la perspectiva de la teoría de los nuevos movimientos sociales. En ella, el movimiento estudiantil encajaría con cualquiera de las definiciones teóricas que pueden hacerse al respecto, llenando sin dificultades la “ficha de admisión”, como la existencia de repertorio, organizaciones permanentes, etc. La proposición teórica de Charles Tilly y, en especial, de Sidney Tarrow sobre los denominados “ciclos de acción colectiva” se acopla bastante bien a la dinámica histórica del movimiento estudiantil.⁸ El problema surge cuando, a la manera de Charles Tilly, se entienden los ciclos de protestas “más como la expresión de las actitudes, los intereses o las condiciones sociales del momento que como elementos de una historia de largo recorrido”.⁹ Es aquí donde debemos plantear un alcance teórico a la propuesta de Tilly y Tarrow, el que tiene que ver con la falta de historicidad de la misma propuesta, su generalidad allana los ciclos de acción colectiva, impidiendo ver las probadas trayectorias de las disputas. Si bien el ordenamiento conceptual y de comportamientos realizado

⁷ Carlos Ruiz E., *Conflicto social en el “neoliberalismo avanzado”. Análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile*, Buenos Aires, CLACSO, 2013, p.56. Ver del mismo autor, “Actores sociales y transformación de la estructura social”, *Revista de Sociología*, nº21, Santiago, 2007, pp.209-233.

⁸ Tarrow define los ciclos de acción colectiva como “una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades. Esta confrontación generalizada produce efectos externos que proporcionan una ventaja, al menos temporal, a los disidentes y les permite superar la debilidad en su base de recursos; exige a los Estados la organización de respuestas de estrategia amplias, bien sean represivas, facilitadoras o una combinación de las dos; y produce un resultado general mayor que la suma de las consecuencias de una serie de acontecimientos desconectados”. Ver Sydney Tarrow, *Poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp.202-203.

⁹ Charles Tilly, *Los movimientos sociales. 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica, 2010, p.30.

por ambos intelectuales ha sido un avance para el estudio de los conflictos sociales, creemos que sirve a una forma de movimiento social que responde a períodos de orden y paz en la lucha de clases, en que los conflictos, en términos de Antonio Gramsci, suelen ser más coyunturales que orgánicos.¹⁰ La vertiente más conocida de la teoría de los nuevos movimientos sociales no tiene lugar para la izquierda organizada ni para la politización en términos históricos que efectivamente ocurrieron en el movimiento estudiantil. Tampoco ha puesto atención a la relación evidente entre la modificación histórica de la base material del sistema de educación superior y la lucha estudiantil, o lo que es lo mismo, entre endeudamiento y frustración juvenil y la movilización y radicalización de esos mismos jóvenes.

Es por ello que comprenderemos la estructura de ciclos de protesta como una forma en movimiento, en modificación de sí a razón del conflicto mismo, en que en el mediano y largo alcance los actores adquieren aprendizajes y definen sus objetivos y estrategias. Todo esto está determinado por la existencia de una contradicción, un malestar masivo. Según Perry Anderson, si la experiencia de injusticia —el agravio— produce “un bosque de interpretaciones”¹¹ entre las víctimas, la preeminencia de ese agravio, la base de condiciones materiales que produce el conflicto y genera esas víctimas, toma determinada tendencia (un movimiento estudiantil de izquierda, por ejemplo) según la decisión y acción política de los agentes que allí viven y se organizan para ello. Si el movimiento estudiantil comenzó a impugnar los fundamentos de la transición a la democracia, especialmente el carácter subsidiario del acceso a la educación superior, esto no fue sólo fruto de su experiencia, sino además de la agitación y organización en clave de izquierda que condujo esa experiencia hacia la lucha social que se abre desde los noventa. Por tanto, no es posible minusvalorar el rol de la izquierda en el movimiento estudiantil en tanto uno de sus constructores fundamentales, menos por la vía de considerarla algo ajeno a la movilización. Esto suele suceder con la teoría de los nuevos movimientos sociales, que al caer con su pesado molde sobre los hechos concretos, termina por empobrecer el conocimiento

¹⁰ Antonio Gramsci, “Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas”. En *Escritos Políticos (1917-1933)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp.342-351.

¹¹ Perry Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI, 1985, p.31.

de la realidad que estudia en función de legitimar el paradigma. Muchos movimientos sociales, especialmente en períodos de crisis o politización, no llenan el molde predefinido de la teoría, sino que lo rompen en cada ciclo de luchas y prueban nuevas formas. En otras palabras, son parte del movimiento histórico y no sólo un estadio particular y estable. Su historicidad es un elemento constituyente (y este trabajo buscó en todo momento ayudar a reforzarla) y por tanto es de esperar que su comportamiento se politice y salte la valla de lo estrictamente social para modificar lo político. En el fondo, la transformación de los elementos supuestamente estables del movimiento es también el objeto del estudio de la historia del movimiento social estudiantil y de cualquier movimiento social.

En ese marco estructurante, y situando en la historia de Chile de 1987 a 2000 los elementos teóricos recién mencionados, creemos que es posible plantear que la herencia de una tradición de organización y lucha del siglo xx, hacia el componente estudiantil de la década de los noventa, y que se expresó en la supervivencia del carácter conflictivo de las organizaciones estudiantiles al enfrentar la arremetida neoliberal, marcó una diferencia con los demás movimientos sociales populares propios del Chile anterior a la Dictadura. Fueron las izquierdas –dicho así, en un plural muy diverso– el único sector político con capacidad y legitimidad para enfrentar el reimpulso de la iniciativa neoliberal en los gobiernos civiles, aprovechando la profundidad de la crisis del sistema de educación superior tradicional. La transición del viejo movimiento estudiantil del siglo xx al moderno movimiento estudiantil de masas del siglo xxi resulta inseparable de la transición vivida en los mismos años por su corriente interna más dinámica: la izquierda radical estudiantil.¹²

Siguiendo esa línea interpretativa, proponemos que la izquierda radical de las universidades, fuera del terreno parlamentario, fue capaz de reinventar el movimiento estudiantil reinventándose a sí misma. Ella sobrevivió

¹² Con izquierda radical nos referiremos a la izquierda que no fue parte de la Concertación y que se mantuvo crítica del modelo neoliberal durante la década. Será un término que incluirá a las Juventudes Comunistas (JJCC o *Jota*), al movimiento SURDA, a los colectivos locales que se aliaron a estas dos organizaciones y a la miríada de organizaciones que surgieron de la disolución de las organizaciones armadas e insurreccionales de los años ochenta.

los noventa como dirección política del conflicto concreto de los estudiantes (y extensivamente de sus familias) y no desde una posición exclusivamente identitaria, ideológica o partidaria. De esta forma, el movimiento estudiantil logró servir de base de elaboración y experimentación “en lucha” de nuevas formas políticas y orgánicas, como por ejemplo, los colectivos y las asambleas, o el autonomismo y el anarquismo, etc. Es un movimiento estudiantil de transición entre el viejo movimiento elitario y partidizado del ciclo de 1967-1987 y el movimiento estudiantil de masas que asoma en 2001, con direcciones menos centralizadas y más radicales, así como alejado de los grupos sociales más ricos y anclado mayoritariamente en las capas medias y los sectores populares, y por tanto prisionero de sus contradicciones.



Esta investigación ha hecho uso de todo tipo de fuentes, orales y escritas. Se revisaron documentos oficiales de las federaciones, publicaciones periódicas de centros de estudiantes y de colectivos políticos, declaraciones públicas, correspondencia entre dirigentes y entre organizaciones estudiantiles, correspondencia desde éstas a las reparticiones del Estado, especialmente al Ministerio de Educación. La gran mayoría de ellas se encuentran en el Archivo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (en adelante, AFECH), único fondo documental físico en Chile que trata sobre la historia del movimiento estudiantil. La importancia de este archivo además está dada porque se ha ido convirtiendo en un centro de memoria de las luchas estudiantiles y de otros movimientos sociales que se han vinculado a la FECH. Es difícil dimensionar las posibilidades que dicho archivo abre con un fondo de documentos que aún no se termina de catalogar y que crece cada tanto con nuevos aportes. De la misma forma, me fueron facilitadas varias entrevistas a dirigentes del período, realizadas por Víctor Muñoz Tamayo, a quien agradezco por su generosidad. A su vez, en ocasiones, la revisión de prensa fue la única forma de acercarse a ciertos hechos, de los cuales casi no quedó registro en otro tipo de fuentes. Por último, cabe destacar que muchos de los acontecimientos y procesos relatados en las páginas de este escrito han sido comprendidos o interpretados bajo la óptica del autor, quién los conoció a través de primeras fuentes, en los años en que participó activamente del movimiento estudiantil, es

decir, desde el año 2000 en adelante. En esos años opacos para la lucha social, hitos como la crisis de 1993 o las movilizaciones de 1997, establecían faros para la memoria de la generación de estudiantes que se organizó en el alba del siglo XXI y antes de los hechos de 2006.

Entonces, volvemos a la pregunta del comienzo ¿existió movimiento estudiantil en los noventa? El movimiento social no es un tipo ideal a definir en la medida que cumple determinados criterios, como ya se explicó más arriba. El movimiento social encuentra prueba última en la historia. El concepto se conforma (y renueva) a partir del establecimiento probado de ciertas generalidades en los acontecimientos del pasado que protagonizan colectivos humanos. La historia concreta de esos colectivos pone los límites teóricos, no al revés. El movimiento estudiantil de los noventa existió en su forma propia, actuando en los marcos de la tradición y a veces haciéndolos saltar. Sus transformaciones, incluso su crisis, no nos pueden hacer dudar de su existencia, pues, se comportó como un movimiento social (y popular), a pesar de que no respondiese a cabalidad con la forma que tuvo en otros períodos históricos.

Este libro no busca ni sueña ser “LA” historia del movimiento estudiantil de los noventa. Por el contrario, es sólo un breve estudio sobre una arista específica del movimiento estudiantil: el campo de la lucha política que lo ha atravesado de costado a costado, determinando sus orientaciones y funcionamiento, desde su nacimiento hasta el presente. Es de esperar que este escrito abra muchos temas y que nuevas investigaciones lo dejen pronto obsoleto. Conociendo el abundante material documental que aún hay por revisar, los vacíos por llenar son muchos. Así, es posible construir una historia cultural del movimiento estudiantil que tome en cuenta la enorme y desconocida producción musical, artística o literaria de las comunidades en torno a las organizaciones específicas, producción que se dinamiza en los períodos de movilización. También está pendiente un análisis de otro tipo de actividades de las organizaciones sociales y políticas de los estudiantes, como los trabajos voluntarios o los “operativos” de las propias disciplinas en barrios populares, área en donde Rolando Álvarez realizó hace poco un trabajo pionero.¹³ Por último, un estudio de

¹³ Rolando Álvarez, “Trabajos voluntarios: el ‘hombre nuevo’ y la creación de una nueva cultura en el Chile de la Unidad Popular”. En Julio Pinto Vallejos (editor), *Fiesta y*

la transformación del carácter social de los estudiantes desde los grupos elitarios del siglo XIX hasta ahora, sigue estando pendiente a pesar de algunos avances citados en este escrito.

Este trabajo surgió como tesis de Magíster en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Aunque el objeto originalmente era otro y luego de algunos años de postergación del cierre de ese ciclo, tomé este tema empujado por los hechos del mismo movimiento estudiantil. Desde 2008, pero sobre todo desde 2011, me vi obligado a reunir algunos materiales sueltos y realizar talleres sobre la historia del movimiento estudiantil a dirigentes estudiantiles y público en general. Estos talleres fueron organizados por federaciones, centros de estudiantes y en algunos pocos casos, facultades e institutos de historia. Cuando decidí terminar el Magíster, me di cuenta que años de realizar el mismo taller, y de diálogo con muchos jóvenes militantes y activistas del movimiento, habían ensanchado el acervo documental y ya no eran solo algunos papeles sueltos. Este libro es esa tesis y es fruto de ese proceso de construcción y aunque ha sido editado especialmente para esta publicación, el texto se ha mantenido íntegro casi en su totalidad. El capítulo anexo también fue escrito exclusivamente para esta versión, y no es un estudio histórico propiamente tal, sino que un ensayo sobre los dos hechos que marcan el primer lustro del siglo XXI en el movimiento estudiantil: la fundación de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES), y el fin del Fondo Solidario del Crédito Universitario y el origen del perverso Crédito con Aval del Estado (CAE). Debe ser leído de esa forma, como algunas notas a modo de ensayo y no como un estudio historiográfico.

La creación y publicación del presente volumen debe agradecerse a muchas personas. Primero que todo, a mi madre y a mi padre que hicieron lo imposible por educarme. A ellos les debo los valores y principios que guían este trabajo. También a Carolina Olmedo C., compañera intelectual y de la vida, quien ofició de editora de la primera versión de este libro. A los amigos y compañeros, cuyos escritos y conversaciones son parte fundamental de la elaboración teórica que sirvió de base a esta investigación, especialmente a Víctor Orellana C., quien probablemente es el intelectual que mejor entiende el conflicto educacional en Chile,

drama: nuevas historias de la Unidad Popular, Santiago, LOM, 2014, pp.173-203.

también a Francisco Arellano, Andrés Bustamante, Giorgio Boccardo, Pablo Contreras K., Francisco Díaz G., Alejandro Fielbaum, Sebastián Henríquez, Juan Cristóbal Marinello, Líber Muñoz, Cristóbal M. Portales y Diego Sáez T. También a los colegas que ayudaron de una u otra forma a que este escrito saliera a la luz: Joaquín Fernández A., Sergio Grez Toso, Manuel Loyola, Fabio Moraga y Víctor Muñoz Tamayo. A Gloria y Claudia de Tiempo robado editoras, por la oportunidad de publicar esta obra en una editorial que lleva a la práctica la mezcla ganadora de buena calidad en el trabajo y de rebeldía sin concesiones. A los trabajadores y voluntarios del Archivo de la FECH, quienes facilitaron enormemente el trabajo de recopilación de fuentes y también ayudaron en la edición final. Por último, a los estudiantes de todos los tiempos, pero en especial a aquellos que con el reloj de la deuda corriendo y que provenientes de hogares sin diplomas universitarios en las paredes, postergaron y siguen postergando cursos y vida en pos de organizarse y luchar por la recuperación del derecho social a la educación. Les agradezco porque sin la lucha de estas décadas, difícilmente podríamos ser lo que somos, difícilmente podría imaginar otra historia posible para Chile.

CAPÍTULO I

De la caída de Federici a la despolitización (1987-1990)

Orientado hacia la lucha social contra Pinochet desde comienzos de la década de 1980, al movimiento estudiantil le afectaron directamente los cambios que en el frente opositor a la Dictadura sucedieron desde 1986, especialmente la derrota política de su sector más radical. Visto así, las movilizaciones de la Universidad de Chile en 1987 son representativas de un momento de cambio en las lógicas políticas que habían imperado durante la década de los ochenta en el país. Por una parte, expresaron el renovado liderazgo “moderado” en la confrontación con la Dictadura, más allegado al diálogo bien contenido y a los canales institucionales que a las acciones de fuerza y de movilización de masas. De esta manera lograron acercarse a los sectores políticos que –aun cuando se identificaban con la derecha– buscaron salir pronto del régimen militar. Por otra parte, sirvieron de bisagra en la transformación que vivió el movimiento estudiantil con el fin de la esperanza insurreccional en 1986, proceso compartido por gran parte del movimiento opositor. La lucha universitaria de 1987 en todos los estamentos, colocó en segundo lugar la movilización estudiantil –y con ello, a una de las bases fuertes de la izquierda radical–, dando espacio político a los sectores moderados como el de los académicos. Además, consiguió un triunfo que se puede caracterizar como el primero del “No”: un movimiento capaz de derrotar y desalojar la imagen omnipotente del dictador Augusto Pinochet, sin alterar un ápice de la institucionalidad construida bajo el terrorismo de Estado. También fue la última movilización de carácter nacional del movimiento estudiantil del siglo xx, antes de diluirse en la intrascendencia, la corrupción y la burocracia. Y por último, aunque igualmente importante, fue una de las primeras movilizaciones cuyo origen radica en el desfinanciamiento de la universidad, agenciado conscientemente por las políticas subsidiarias de la tecnocracia dictatorial.

Con posterioridad a estos hechos, el movimiento estudiantil disminuyó la intensidad y amplitud social de su activismo, reduciéndose en la redundante burocracia gremial y sobre todo en el esfuerzo electoral de la Concertación de Partidos por la Democracia en 1988 y 1989. La absorción del activo estudiantil por estas campañas –tan intensas en activismo como desprovistas de política– generó a su vez el vaciamiento político del sentido mismo de la organización y la lucha en colectivo. De esta forma, con la velocidad de transformación que lo caracteriza, el movimiento estudiantil vio sucumbir rápidamente las viejas formas de lucha social del siglo xx en manos del nuevo espíritu de época: la pérdida de valor de la política de masas y el “fin de la historia”. Estos años de decadencia fueron, sin duda, el caldo de cultivo de la generación que tuvo que reconstruir el rebelde movimiento estudiantil de la Transición.

1 | El vacío político de la “victoria” de 1987

El último de los combates del siglo xx, el primero de un nuevo y permanente conflicto

En un constante desangramiento institucional y de recursos originado en el asedio neoliberal a la educación pública, la situación de la Universidad de Chile era prueba de la pobreza general de las corporaciones del Estado desde las políticas de ajuste de 1975, y más radicalmente, desde la crisis económica abierta en 1982. Las reformas que emprendió el rector Roberto Soto Mackenney, general del Ejército designado por la Junta Militar en dicho cargo en 1981, intentaron responder a la crisis en el marco de los lineamientos del gobierno militar, pero así y todo, fueron leídas en clave política y crítica por el círculo de Pinochet. Soto Mackenney le dio mayor rango de libertad a los decanos, en una acción que buscó integrarlos al plan para capear la crisis económica, pero esto no fue suficiente para un déficit que al segundo semestre académico de aquel año sumaba ya los mil millones de pesos.¹ Con su renuncia, que se sumó a la de Guillermo Clericus a la rectoría de la Universidad de Concepción ocurrida por razones similares en febrero de 1987, se instaló la idea de que los militares delegados en las rectorías,

¹ “Por qué el general Soto se fue de la Universidad”, *La Época*, Santiago, 24 agosto de 1987, p.1.

además de ser ajenos al espíritu universitario, no eran capaces de darles una gestión de nivel a las corporaciones, así como tampoco de contener el afán privatizador y de jibarización institucional que bajaba desde el gobierno central.² Durante agosto, la crisis universitaria se sucedería con las renunciaciones en cadena de los rectores de la Universidad de Magallanes, Universidad de La Frontera, Universidad de Tarapacá, y de la Universidad de Playa Ancha.³

El año 1987 no fue cualquiera en la historia nacional, sino el primero del trienio final del itinerario electoral que puso término a la situación de “emergencia” que contemplaba la Constitución de 1980. Al obligar a renunciar al rector que parecía desafiar el voto de obediencia cerrada que tenían los funcionarios civiles y militares a Augusto Pinochet, éste se afianzaba en el endurecimiento exhibido luego de los hechos de 1986. En aquel año, el general no sólo vio el colapso de las tesis insurreccionalistas de la izquierda en los fracasos de Carrizal Bajo y el atentado en El Melocotón en la precordillera de Santiago,⁴ sino que además logró que los círculos políticos de apoyo a la Junta Militar no tuvieran otra alternativa que defender su propia versión táctica del itinerario de salida: o sea, su ungimiento como candidato único en el plebiscito de 1988 para continuar en la presidencia del país. La renuncia de Soto Mackinney y la nominación de José Luis Federici para el cargo obedecía a esa radicalización del pinochetismo, a la vez que ofrecía un escenario de confrontación directa con la amplia oposición en una cancha donde ésta podía ganar.

Gonzalo Rovira, vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (en adelante FECH) durante 1984, y uno de los

² Cuenta del Rector Roberto Soto Mackenney, *Anales de la Universidad de Chile*, n°12, serie 5, noviembre de 1986, pp.11-36.

³ Vicaría de la Solidaridad, *Memorias para construir la paz (cronología 1987-1989)*, en Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, en <http://www.archivovicaria.cl/archivos/1987-1989.pdf> [consultado el 25 de marzo de 2013].

⁴ Carrizal Bajo es una caleta al norte del país en la que el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), grupo armado vinculado al PC, realizó un desembarco de armas durante 1986. Fueron descubiertos en agosto de ese año, perdiendo parte importante del material y muchos de sus militantes fueron tomados detenidos. En El Melocotón, en septiembre de 1986, la caravana de Augusto Pinochet fue emboscada por militantes del FPMR, causando varios muertos y daños pero sin lograr la muerte del dictador.

voceros de los estudiantes comunistas, definió la renuncia del rector delegado como un avance en la democratización universitaria:

La salida del rector [...] Roberto Soto no hay que confundirla con un triunfo definitivo del movimiento estudiantil [...] Los avances sostenidos de la organización estudiantil, académica y funcionaria, han permitido no sólo la renuncia de Soto hoy día, sino también la del rector de la U. de Concepción, además de poner en desarrollo un proceso democratizador en varias universidades. Todo esto no ha significado, sin embargo, la solución de los problemas universitarios. Todo está ligado a la profunda crisis económica de las universidades.⁵

Para un militante comunista como Rovira, la renuncia de los rectores, así como las desavenencias entre funcionarios militares de la Junta, podían presentarse ante la opinión pública como signo de la crisis del régimen y muestras de fatiga en su línea de mando. Si la universidad era vista como una comunidad cuya soberanía estaba secuestrada por la Dictadura, y los rectores delegados eran la expresión de aquello, la caída en cadena de los rectores se mostraba como un signo de debilidad de poder; por lo tanto, era la oportunidad de rescatar esa soberanía. El paralelo entre la democratización de la universidad y la democratización del país estuvo presente desde el comienzo de la lucha estudiantil contra la Dictadura. Es por ello que el paro y las movilizaciones de los estudiantes, académicos y funcionarios de la Universidad de Chile contra la designación de José Luis Federici como rector pudieron ser vistos por algunos sectores como un ensayo general de la idealizada confrontación de todo el país contra Pinochet en el primer año del itinerario electoral.

José Luis Federici, nacido en Viña del Mar en 1934, tenía una trayectoria ligada a las privatizaciones (por ejemplo, de la Empresa de Ferrocarriles del Estado). Era un ingeniero comercial sin un currículum académico, pero sí con uno que destacaba varios ministerios en Dictadura. Cuando en 2008 se le preguntó por qué aceptó la rectoría de la principal universidad del país, respondió que “don Augusto no me dejó alternativa. No podía decirle que no. Lo poco que tenía hasta entonces era gracias a

⁵ Gonzalo Rovira: “Soto debió renunciar hace cinco años”, *Fortín Mapocho*, Santiago, 15 de agosto de 1987, p.5.

las labores que él me había encomendado en su administración. No podía decirle que no”.⁶ Visto así, fue relativamente obvio que su perfil fuese asociado a los neoliberales y a la liquidación de la universidad pública.

El pionero de la reforma universitaria, Luis Scherz García, se preguntó entonces por el destino de la universidad, como un todo. A dos días de la renuncia de Soto Mackenney y en medio de la conmemoración de las dos décadas del inicio de la reforma universitaria, sus reflexiones constituyen un importante resumen de la concepción opositora respecto del estado moral e institucional del sistema de educación superior en el país hacia 1987:

Fácil es advertir, otra vez, más allá de la miopía del fanático que no quiere ver, que las inquietudes y críticas de esta hora obedecen en primer lugar a una situación de real bancarrota de la Universidad actual. De la misma que ha sido llamada Universidad vigilada. Vigilada y empresarial, podríamos agregar. Sí, porque la actual está sujeta a vigilante control político o gubernamental, con sus rectores delegados, en obediencia a los dictados de la Doctrina de la Seguridad Nacional; y porque su organización se ordena como una empresa económica según los lineamientos del neocapitalismo.

Ha vuelto así, con rostro nuevo, sedienta de eficiencia, la Universidad Profesionalizante. De nuevo está allí, autoritaria, sumisa a los poderes externos, acrílica y sólo abierta a la elite del dinero, pues como negocio que busca autofinanciarse cobra altas tarifas a sus alumnos clientes.

Se encuentra, empero, al borde del colapso.⁷

El activismo de la comunidad universitaria, ampliamente dominado por los partidos de la oposición, vio en la universidad intervenida un reflejo y símbolo de la sociedad pinochetista; y en los vertiginosos días de movilización de 1987, una dictadura al borde del colapso. También la democratización universitaria fue establecida como el fundamento para superar la crisis institucional, de la misma forma que la crisis económica que

⁶ “Don Augusto no me dejó alternativa”, *El Mercurio*, Santiago, 13 de enero de 2008. Recuperado de <http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id={12b33853-d87e-446c-a176-1e14ef71a88d}>

⁷ Luis Scherz García, “La Reforma Universitaria: un proceso inconcluso”, *La Época*, Santiago, 16 de agosto de 1987, p.7.

se inicia en 1982 había agudizado la demanda por el restablecimiento democrático en todo el país.

El 17 de agosto de 1987, los académicos de la Universidad de Chile realizaron un paro de actividades. Su seguimiento fue desigual y en algunas facultades hubo clases normales, mientras en otras el acatamiento al llamado de la organización de académicos fue total.⁸ Las movilizaciones eran –en realidad– la reanudación de las acciones que se vieron suspendidas el 30 de junio de 1987, cuando se ofreció una tregua al rector de entonces para buscar una salida a la crisis económica. Los académicos demandaron entonces un 30% de aumento de sus salarios. El presidente de la Asociación de Académicos, Patricio Basso, insistió en el carácter político del paro, como una interpelación al gobierno central. En los días en que aún no había un nuevo rector en la Universidad de Chile, sus dichos volvieron inmediato el conflicto de los decanos con la Junta. Basso señaló el 17 de agosto que el paro duraría:

hasta que el Gobierno entienda que tiene que entregar una respuesta al problema concreto que han planteado los decanos, más allá de las políticas generales que el Ministerio pueda estar pensando [...]. Los problemas de corto plazo son generados por la política que ha seguido este Gobierno en estos últimos años en las universidades y el Ministro tiene la obligación de resolverlos [...] no puede hacer caso omiso de los problemas generados por una política de financiamiento inadecuada para la Universidad de Chile que ha significado un deterioro tanto en la infraestructura como en las remuneraciones de los académicos.⁹

Ese mismo día la FECH en pleno se “cuadró” con las demandas de los académicos, en medio de una creciente movilización en los *campus* debido a los problemas con el crédito fiscal, la crisis institucional y la agitación opositora a la Dictadura.

En estas condiciones, tanto los sectores opositores de izquierda radical como aquellos conformados por la renovación socialista y el Partido

⁸ “Alejamiento de Rector Soto: tema principal hoy en la U., donde académicos pararon parcialmente”, *La Segunda*, Santiago, 17 de agosto de 1987, p.9.

⁹ “U. de Chile: parcial suspensión de labores académicas”, *El Mercurio*, Santiago, 18 de agosto de 1987, cuerpo c, pp.1 y 8.

Demócrata Cristiano (DC) vieron en este movimiento una oportunidad. Los sectores renovados y la DC encontraron allí una vía de recuperación de la conducción de la lucha antidictatorial de los grupos referenciales de las capas medias, como estudiantes y académicos universitarios, aislando así la fortaleza de la izquierda en el campo de los pobladores.¹⁰ Por otra, los comunistas y los demás grupos de la izquierda radical vieron en este conflicto la posibilidad de superar el aislamiento político que sufrían desde 1986 en un sector como el estudiantil, donde habían logrado importantes avances.¹¹ De cualquier manera, en ambos sectores, tanto en las intenciones de movilizarse como en la política de alianzas, lo que primó no fue el problema de la universidad como institución, sino las perspectivas de la lucha total contra la Dictadura.

*Racionalización neoliberal y democracia sin democratización:
los contenidos políticos de la lucha universitaria de 1987*

Durante los dos meses que duró el conflicto, del 29 de agosto al 29 de octubre de 1987, y debido a la codificación del mismo en la clave de la

¹⁰ Sobre la valoración de las capas medias en el proyecto DC, así como sobre las necesidades de realzar su importancia ante las luchas de los pobladores contra la Dictadura, ver Ricardo Yocelvezky R., “La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 47, n°2, México DF, abril-junio de 1985), pp.287-352; también Gabriel Salazar, *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*, Santiago, Uqbar, 2012, pp.47-49.

¹¹ Edgardo Boeninger fue el puntal de este aislamiento específicamente al sector estudiantil en 1986, indicando en un documento de octubre de aquel año, el tipo de cerco que debía aplicarse a la línea política de los comunistas y la izquierda radical (Movimiento Democrático Popular, MDP): “desde el punto de vista del partido, lo anterior implica la decisión –que por lo demás se está implementando– de no aceptar alianzas con fines electorales en el campo social, particularmente en las universidades, porque la distinción entre lo político y lo social no convence a nadie (especialmente en las universidades, dado que los estudiantes están organizados políticamente). Desde una perspectiva nacional es hoy preferible perder una elección universitaria a integrar listas u otras fórmulas similares con el MDP. Por lo demás a los jóvenes DC casi siempre les queda el recurso de ir solos y afrontar una segunda vuelta sin compromisos”. Edgardo Boeninger, “Carta a los dirigentes del Partido Demócrata Cristiano”, 13 de octubre de 1986; citado por Alfredo Riquelme S., *Rojo atardecer: El comunismo chileno entre Dictadura y Democracia*, Santiago, Dibam, 2009, p.151.

política nacional, absolutamente determinada por el fin de la dictadura, es posible evidenciar tres características fundamentales del momento político. Primero, una irrenunciable y casi desesperada iniciativa neoliberal hacia las universidades, muy evidente en la denominada “racionalización” emprendida por Federici, y que no servía para construir el consenso de la Transición. Segundo, un desplazamiento desde los contenidos políticos de la demanda por democracia hacia aquellos procedimentales de la misma, así como también a fines gremiales y corporativos. Tercero, la toma de la conducción del movimiento opositor por parte de los grupos moderados, expresado en el rol de los académicos en el movimiento, y en la subordinación de los estudiantes a su iniciativa.

El concepto de “racionalización”, utilizado para denominar el proceso iniciado por Federici en agosto de 1987, nunca pudo ser bien explicado, y es probable que no haya sido más que una marca amigable para las reformas liquidadoras de la universidad en código neoliberal. La terminología abstracta e históricamente fría usada para describir procesos traumáticos resultó ser una marca registrada de los regímenes terroristas y el caso chileno no fue la excepción.

En la Universidad de Chile, la racionalización impulsada por los cuadros neoliberales que habían sobrevivido en el aparato estatal a la crisis de 1982, fue un intento de obligar al sistema público de educación superior a competir en el mercado y a autofinanciarse, mediante su jibarización presupuestaria y de personal. La académica y periodista María Olivia Mönckeberg sintetizó muy bien el origen y carácter de la iniciativa de reformas del nuevo rector en un escrito de 1987 en el periódico *Fortín Mapocho*. Según Mönckeberg, la racionalización habría sido dirigida por una comisión informal y no reconocida —“la comisión”—, cuyo poder “actúa, opina y recomienda traspasando todas las estructuras formales como el Consejo de Rectores y las Juntas Directivas de las Universidades”. El origen de este grupo data de 1985, cuando ocurre la “resurrección del poder de los economistas de Chicago”. Mönckeberg agrega que la comisión estaba presidida por el coronel de Ejército, Javier Salazar, quien entonces era secretario general subrogante de la presidencia y uno de los más próximos asesores de Pinochet. Además participaba de ella Sergio Melnick, entonces ministro de

Odeplan¹² y líder del grupo de economistas que Mönckeberg denomina como “los Tucanes”, conformado por el entonces director de presupuesto, Jorge Selume; el gerente general del Banco Osorno, Álvaro Saieh; y el gerente general de Chilectra, José Yurazek. Otros integrantes de “la comisión” eran el ingeniero Bruno Philippi, el economista Gerardo Cofré y el abogado Juan Guillermo Valenzuela. Mönckeberg considera que:

El nuevo ministro de Educación, Juan Antonio Guzmán, aparece públicamente como el hombre de la política universitaria. Pero, según se informó a *Fortín*, Guzmán no sería más que un ejecutor de los designios del grupo capitaneado por Büchi [entonces ministro de Hacienda] y Melnick. Más aún, comentó una fuente, desempeña el papel de “fusible”, porque estaría puesto ahí para quemarse en el conflicto. Federici, a su vez es el hombre elegido para implantar la racionalización en el foco del problema: la Universidad de Chile.¹³

La ofensiva de “la comisión” fue resistida por la comunidad universitaria, debido tanto al ataque a su fuente de trabajo, como por la relación que se hacía de la defensa de la Universidad de Chile con la defensa y promoción de la democracia y el ideal de república. Por otra parte, el Gobierno se fue aislando de su propio sector desde el primer momento, cuando los actores y bases que tradicionalmente lo habían apoyado se plegaron a la crítica a la racionalización desde la perspectiva “procedimental”.

Entre las bases de la derecha, los primeros en alzar la voz contra la designación de Federici fueron los estudiantes militantes de Renovación Nacional (RN). En su momento, un vocal de RN en la FECH, el estudiante de Derecho Carlos Stevenson, señaló a *El Mercurio*

el descontento bastante grande por el procedimiento que se dio en la designación del rector [...] creo que ya era el momento de que la Universidad de Chile pudiera generar sus propias autoridades y no usar el artículo transitorio de un estatuto universitario.¹⁴

¹² Oficina de Planificación Nacional, en 1990 se transformó en Ministerio de Planificación Nacional y desde 2011 en Ministerio de Desarrollo Social.

¹³ María Olivia Mönckeberg, “La misión de Federici: demoler y privatizar”, *Fortín Mapocho*, Santiago, 31 de agosto de 1987, p.4.

¹⁴ “Convocada por FECH: Toma paralizó 8 facultades en la U. de Chile”, *El Mercurio*, Santiago, 28 de agosto de 1987, cuerpo a, p.1 y cuerpo c, p.8.

El mismo partido, a través de su Juventud, emitió una dura declaración contra Federici. Este acto significó una abierta rebeldía desde la derecha hacia el dictador y su círculo. El texto señalaba que:

no resulta positivo que el camino a la “normalización” de nuestra casa de estudios sea efectuado pasando por alto la jerarquía académica de la universidad. Creemos que tanto las autoridades como las políticas universitarias deben gestarse al interior de la corporación, con la participación de los que sean mejor calificados y no por otros motivos, cualesquiera que éstos sean. Llamamos a los estudiantes a reivindicar seria y prudentemente el principio de la real autonomía universitaria.¹⁵

A su vez el editorial de *El Mercurio*, días antes que comenzase la movilización de los académicos y estudiantes, mostraba su desacuerdo con el proceder de las reformas:

Si el Gobierno aparece empeñado en una nueva política universitaria, lo procedente es que en el futuro se aplique el citado mecanismo en todas las corporaciones donde se requieran cambios de la máxima autoridad unipersonal de ellas, para así ir consolidando la institucionalidad delineada hace un sexenio. Si las Juntas Directivas van a continuar siendo privadas de una facultad esencial de su quehacer, se estaría reconociendo en los hechos la poca coherencia del modelo eleccionario, que es el correcto, y que algunos sectores académicos politizados buscan reemplazar lisa y llanamente por una votación general de profesores.¹⁶

Las fracturas en el oficialismo arreciaron. El doctor René Orozco, futuro presidente del club de fútbol de la Universidad de Chile, ex vicerrector de la misma institución y opositor a Allende cuando éste era presidente de la República, fue uno de los más importantes participantes de la movilización de 1987, actuando desde su puesto en la Junta Directiva de la institución.¹⁷ El Partido Nacional (PN), otro de los grupos que pujaba por el

¹⁵ “Declaración de la juventud. Renovación Nacional rechaza movimientos políticos en la U”, *La Tercera*, Santiago, 30 de agosto de 1987, p.6.

¹⁶ “Rectorías y Juntas Directivas”, *El Mercurio*, Santiago, 23 de agosto de 1987, cuerpo A, p.3.

¹⁷ María Angélica de Luigi, “La Universidad desobediente”, *El Mercurio*, Santiago, 13 de septiembre de 1987, cuerpo D, p.1.

afianzamiento de la institucionalidad de la Constitución de 1980, emitió una declaración a mediados de septiembre de 1987, donde daba un “pleno respaldo” a los académicos y decanos movilizados y en rebeldía. El PN se alineó con la crítica “procedimental” a la nominación de Federici y a la tardanza en la “normalización” de la Universidad, posición del estamento académico y que terminó por representar el sentido común de la movilización, agregando incluso que dicha situación constituía “una irritante imposición que no sólo crea una legítima desconfianza sobre los propósitos que se abrigan, sino que se transforma en un obstáculo insalvable para efectuar los cambios que la Universidad requiere”.¹⁸

Sin bases de derecha o pinochetistas en los *campus* y con el sector moderado de la oposición conduciendo las movilizaciones, el Gobierno y los medios adeptos a él intentaron en vano acusar de manipulación política a los sectores movilizados. Consultado entonces por el conflicto universitario, Augusto Pinochet sostuvo la siguiente tesis:

Me he encontrado también, y eso lo puedo decir en público, que después del 11 de septiembre de 1973 profesores comunistas, socialistas, marxistas, se enquistaron, obedecieron órdenes e hicieron muchas cosas y ahora están aflorando. [...] Han envenenado durante 14 años la mente de los muchachos y es por eso que aparecen ahora personas que tratan de crear problemas en las universidades.¹⁹

El argumento de la manipulación partidaria en la agitación universitaria era la expresión local de aquella tesis general según la cual las fuerzas opositoras estaban manejadas por los “señores politiqueros”, en palabras de Pinochet, y estos, a su vez, eran dirigidos por “el marxismo internacional”. Tanto en octubre de 1987 como un año más tarde en el plebiscito, dichas tesis no alcanzaron la credibilidad suficiente como para impedir las dos derrotas de Pinochet. Las mismas demandas, muy moderadas y afines al sentido común, junto a la amplitud política de los estamentos en pie de guerra, volvían ridícula dicha afirmación. Pero a la vez, la mera defensa ante esas acusaciones, negando la politización del movimiento, contribuía

¹⁸ “PN solicitó al Gobierno rectificar actuación en la Universidad de Chile”, *El Mercurio*, Santiago, 16 de septiembre de 1987, cuerpo c, p.4.

¹⁹ “Presidente Pinochet: ‘Hay que expulsar a marxistas que crean problemas en Ues’”, *El Mercurio*, Santiago, 19 de agosto de 1987, cuerpo c, p.1.

a la suspensión o invisibilización del conflicto de fondo: las condiciones de existencia de la Universidad de Chile en la nueva realidad neoliberal. Con parecida escasez de habilidad política, Federici intentó disciplinar a los decanos expulsando a los más rebeldes y exonerando a decenas de académicos. Incluso llegó al punto de cerrar algunas carreras. Estas medidas, a todas luces impopulares, no hicieron más que afianzar el apoyo moderado hacia los decanos en rebeldía. Con todas las armas en la mano y, por tanto, consciente de la imposibilidad de ser vencida, la Dictadura se encontró en un conflicto que, por el contrario, tampoco podía ganar.

En ese marco predefinido desde el Gobierno, encontramos la segunda característica de la política nacional en el conflicto universitario de 1987: el desplazamiento de la lucha por la democratización a la lucha por la “normalización”. Hemos visto ya cómo se plegaron importantes franjas de la derecha académica y política a la movilización, criticando desde la perspectiva procedimental el proceso de racionalización. Lo que corresponde ahora es ver de qué forma esto fue posible gracias a un vaciamiento crítico de la lucha por la democracia y contra las reformas neoliberales, postergando sus definiciones de contenido a un futuro posdictatorial.

Jaime Lavados, futuro rector y entonces decano de la Escuela de Medicina dijo a la prensa, en agosto de 1987 que le pareció “lamentable que se haya bloqueado la normalización de la Universidad de Chile al imponer un rector a través de un procedimiento que no le ha gustado a nadie”.²⁰ Para Lavados la “normalización”, se correspondía con el retorno a las formas de gobierno previas a 1973, sin especificar si se refería a la universidad de la reforma o a la anterior. De cualquier forma, esta discusión se dejaba para después de ese mismo proceso, el de “normalización”. Patricio Basso, a nombre de los académicos, se mantuvo en similar posición argumentativa: “Las reestructuraciones anunciadas por el ministro de Educación van a ser resistidas por la comunidad académica, la cual no está dispuesta a abdicar de la autonomía y de su libertad académica para obtener recursos del Fondo Único de Racionalización”. Paradojalmente, de inmediato Basso defendió la petición de mil millones de pesos para la Universidad de Chile, algo rotundamente operacional y corporativo, definiéndola como una

²⁰ “Académicos ante designación de rector: ‘Procedimiento atropelló a comunidad universitaria’”, *El Mercurio*, Santiago, 22 de agosto de 1987, cuerpo c, p.7.

“confrontación entre la universidad autónoma y libre y el modelo de intervención que pretende imponer el ministro Guzmán”.²¹

Situando de esta forma el conflicto, en la clave de dictadura *versus* democracia, los sectores dirigentes y más organizados de los académicos pudieron elevar al escenario político nacional un conflicto absolutamente corporativo e institucional. Ante dicho encuadre, el movimiento estudiantil no pudo sino plegarse a las posiciones de los académicos. Esto se debió principalmente a tres razones. En primer lugar, la hegemonía entre las dirigencias y vocerías la tenía ampliamente un sector ligado a la Democracia Cristiana, partido que, como ya hemos dicho, buscaba la representación política de los sectores medios, donde encontramos a los académicos. Un segundo motivo fue la mantención de la polarización del conflicto en torno a los procedimientos de nombramiento del rector (autonomía universitaria *versus* autoritarismo desde el Estado), donde el actor principal fue el sector conformado por decanos y académicos, obstaculizando la dirección desde lo estudiantil y por ende, de los sectores más radicalizados que allí se nucleaban. Por último, tras la derrota de las tesis de movilización social e insurrección popular para expulsar a la dictadura, las posibilidades de una alternativa al discurso de la oposición moderada – espacio hegemonizado por la Democracia Cristiana– se hicieron casi nulas. Esto se vio expresado en la lectura similar que tuvieron las dirigencias de algunas federaciones estudiantiles. Carolina Tohá, entonces vicepresidente de la FECH, llamó a sus bases y al país “a exigir el fin de la intervención y el establecimiento inmediato de la autonomía universitaria”.²² Germán Quintana, presidente de la FECH, consideró la designación de Federici como “una afrenta a la Universidad”,²³ e interpretó la movilización del estamento académico como “una clara muestra de la voluntad democrática de los decanos y su disposición a defender los espacios democráticos de nuestra universidad”.²⁴ Las izquierdas, en específico la Izquierda

²¹ *Ídem.*

²² Mirna Concha, “Se reanudó el paro de los académicos universitarios”, *La Época*, Santiago, 18 de agosto de 1987, p.13.

²³ “En protesta por designación de rector. Cese total de actividades acuerdan los académicos”, *El Mercurio*, Santiago, 23 de agosto de 1987, cuerpo c, p.2.

²⁴ “Dicen universitarios de la FECH: ‘esto es una provocación’”, *Fortín Mapocho*, Santiago, 23 de agosto de 1987, p.5.

Cristiana (IC) y las Juventudes Comunistas (JJCC), se limitaron a exigir en un principio la triestamentalidad como criterio de elección de autoridades en la universidad, sin poder salir de la lectura procedimental del debate.²⁵

En este escenario de subordinación activa del estamento estudiantil al académico es que podemos ver la trama política que se activaba entre las filas universitarias. En los movimientos de reforma universitaria de los años sesenta del siglo xx, fueron los académicos el sector que se volvió más conservador, a la vez que el estudiantil era el más volátil y radical, asumiendo cierta vanguardia del proceso. En la década de los ochenta, fue el estamento académico quién logró la conducción del movimiento de resistencia a la Dictadura. Si bien los estudiantes representaron la mayoría movilizada y su base más activa y creativa, la vocería final del conflicto estuvo en manos de académicos, dominados por un ideal democratizador, a todas luces difuso o sin contenidos, y por un plan de lucha corporativo e institucional. Esto se corresponde con el objetivo de los sectores moderados de la oposición durante el movimiento de 1987: “despartidizar” las luchas sociales, con el fin de encauzar su fuerza por las vías institucionales de la Transición según la Constitución de 1980.

Meses después de terminado el conflicto y evaluando el rol de los partidos en él, Carolina Tohá, afirmó en tono favorable que “en ningún acto, de todos los que hicimos, hubo banderas ni consignas de las juventudes políticas [...]. Se respetó a la Federación, a sus instancias y sus decisiones democráticas”.²⁶ De esta forma, se profesó positivamente la democracia como un espacio libre de la politización; es decir, una “democracia protegida”. Las palabras de Tohá muestran dos ideas a destacar: una visión muy negativa de la actividad política y una idea de que existen espacios “por fuera” de la política. No es necesario resaltar lo parecido de ambas tesis con las posiciones del gremialismo universitario. La antipolítica, a pesar de las intenciones, no le significó al movimiento estudiantil una especie de autonomía política, sino que su derrota y, en los hechos, fue

²⁵ “Universidad de Chile: Piden que académicos elija una terna para designar a nuevo rector”, *El Mercurio*, Santiago, 18 de agosto de 1987, cuerpo c, p.5.

²⁶ Entrevistada por Ricardo Brodsky junto al entonces dirigente estudiantil DC Germán Quintana, en Ricardo Brodsky, *Conversaciones con la FECH*. Santiago, CESOC-Ediciones ChileAmérica, 1988, p.188.

una iniciativa que buscó precisamente sacar a la izquierda radical de las organizaciones sociales a través de la imposición de una reducida definición normativa de democracia.

Germán Quintana –presente en la misma entrevista de 1988– reafirmó las palabras de Tohá, tomando la bandera “emancipadora” de la despolitización, agenciada y dirigida por la Alianza Democrática / Concertación desde –a lo menos– los últimos meses de 1986.²⁷ Quintana destacó en el movimiento de 1987

una baja de perfil [...] en la presencia e influencia de los partidos políticos en el accionar de la FECH [...]. Ya no existió más esa instancia en que se reunían cuatro personas en una cafetería, definían todo lo que había que hacer y después obtenían la aprobación formal de las instancias de la federación, como un mero trámite. Eso se acabó.²⁸

Esta iniciativa despolitizadora fue visible en la lucha estudiantil misma de aquellos meses de 1987. Las tomas y ocupaciones fueron usadas principalmente como presión a los sectores moderados de los académicos, pero en ningún caso como búsqueda por construir una “nueva universidad”.²⁹ La opción política por una separación en la base de los ámbitos políticos de las instituciones, de lo social, asumida por los partidos de la Alianza Democrática (AD) desde mediados de 1985, facilitó en las franjas organizadas una rápida despolitización del conflicto universitario a medida que este acontecía. De la misma forma, la demanda democrática despolitizada sirvió como neutralizador de cualquier vanguardia de ruptura o de conservación. La oposición moderada consiguió así aislar tanto la porfía dictatorial como la radicalidad de la izquierda, de la conducción del movimiento universitario de 1987.

²⁷ Alfredo Riquelme, *Rojo...*, *op. cit.*, pp.134 y ss.

²⁸ Ricardo Brodsky, *Conversaciones...*, *op. cit.*, p.185.

²⁹ Dijo Germán Quintana tras una espiral de tomas que se sostuvieron entre el 26 y el 28 de agosto de 1987: “todas estas tomas se hicieron con un gran marco de estudiantes, tuvieron carácter pacífico y en ninguna de ellas se produjo algún conflicto con algún decano sino que, por el contrario, se desarrollaron diálogos y reuniones en un amplio espíritu universitario y los decanos vieron que las peticiones de los estudiantes eran justas y que las iban a elevar al Consejo Universitario para su posterior aprobación”. En “Convocada por FECH: Toma paralizó 8 facultades en la U. de Chile”, *El Mercurio*, *op. cit.*

Esto fue posible no sólo gracias a la derrota de las tesis insurreccionales de la izquierda en 1986, sino también a la marginalidad en la que fue arrinconada la iniciativa neoliberal “pura”, cuando los grupos sociales y políticos universitarios afines a la derecha se plegaron a los movilizados.

La salida pactada del movimiento de 1987

En los dos meses que duró, el conflicto de 1987 adquirió un estatus nacional, debido a la importancia de la Universidad de Chile en el país. “Afirmamos responsablemente que en la suerte de la Universidad de Chile se juega la libertad del país”, fue el tono de la declaración pública de la Asociación de Académicos de la Universidad Austral, agregando que “si hoy no tenemos el coraje de decir vigorosamente basta a todo lo que está sucediendo, por lejanos de nuestra vida cotidiana que nos parezcan los acontecimientos, mañana será muy tarde y la destrucción nos arrasará a todos”.³⁰ Los días 11 y 12 de septiembre de 1987 las asociaciones de académicos de doce universidades del país acordaron una movilización nacional en favor de sus demandas, y específicamente en apoyo a la lucha del estamento en la Universidad de Chile. Los académicos fueron tajantes en establecer que la “racionalización” era un proceso que los afectaría a todos más temprano que tarde.

Desde la reunión de los académicos, se convocó para el 24 de septiembre una movilización que fue conocida como el “Día de la Defensa de la Educación Superior”.³¹ Ésta se volvió tristemente célebre cuando, en una marcha por el centro de Santiago, la estudiante de música María Paz Santibáñez fue baleada en la cabeza por un carabinero en servicio. Santibáñez estuvo grave un largo tiempo, para luego tener una lenta recuperación que incluyó el abandono del país. Como era usual en dictadura, los medios se apresuraron a calificar el baleo como “un confuso incidente” motivado por “elementos antisociales”.³² Aquel día la movilización

³⁰ E. S. J. Valdivia, “En la U. de Chile se juega la libertad del país”, *La Época*, Santiago, 12 de septiembre de 1987, p.13.

³¹ “Sobre suspensión de actividades: Acuerdo de Académicos de doce universidades”, *El Mercurio*, Santiago, 13 de septiembre de 1987, cuerpo c, p.6.

³² “Universitaria herida a bala: Disturbios estudiantiles en Sector Céntrico”, *El Mercurio*, Santiago, 24 de septiembre de 1987, cuerpo a, p.1.

nacional contó con un apoyo transversal, realizándose marchas y concentraciones en las universidades ubicadas en las ciudades de Antofagasta, Chillán, Concepción y Valparaíso. La gravedad de la situación y la demostración de fuerza que realizaron los movilizados aquel día impusieron el comienzo de una nueva fase en el largo paro de 1987, y que se caracterizará por el actuar “a la defensiva” de la política dictatorial.

En un proceso agudizado por los hechos de septiembre, el “subsidio coercitivo” del que habían gozado los neoliberales para imponerse políticamente desde 1973, se empequeñecía en la misma medida que se acercaba el plebiscito de 1988. La contradicción evidente de una dictadura que, para eternizar su proyecto, debía institucionalizarse gracias a un plebiscito, hacía que la represión y la arbitrariedad dictatorial se detuvieran por motivaciones electorales. La Dictadura debía mostrarse como la fundación de una nueva estabilidad, ocultando su historia iniciada en 1973 y caracterizada por la coerción. En un libro editado en marzo de 1988, y probablemente escrito durante 1987, el abogado y entonces columnista de *El Mercurio*, Hermógenes Pérez de Arce, resumía con simpleza y claridad la contradicción del pinochetismo:

Así como en 1980 el presidente Pinochet podía decir “yo o el caos”, ahora no puede hacerlo. Su propia Constitución ofrece una salida perfectamente civilizada y ordenada: si pierde el plebiscito, incluso, no significa que perderá el Gobierno, pues resta una instancia constitucional [...] la elección con varios candidatos del 11 de diciembre de 1989.³³

Para la segunda quincena de octubre de 1987, la iniciativa del Gobierno para “racionalizar” la Universidad de Chile, encarnada en la soledad de Federici, chocaba una y otra vez contra el mismo muro. Aquel mes comenzó con una de las últimas ofensivas del rector por retener el control de la Universidad de Chile. El día 2 anunció un sumario contra el director del INTA (Instituto de Nutrición y Tecnología de Alimentos), Fernando Mönckeberg, y exoneró a Pilar Armanet (directora del Instituto de Estudios Internacionales), a Hugo Zunino (decano de Ciencias Químicas), y a

³³ Hermógenes Pérez de Arce, *Sí o No*, Santiago, Zig-Zag, 1988, p.81.

Luis Merino, de Artes, junto a otros treinta y cinco académicos.³⁴ Con esto, ya no quedaba nadie a quien ganar para su bando: esta última acción, sumada al baneo de la estudiante del día 24 de septiembre, terminó por dibujar un conflicto polarizado entre el Estado violento y neoliberal y la Universidad de Chile, como cuerpo, en representación de todo el sistema público de educación superior. Para el día 3, los sectores más moderados de la oposición comenzaron a alertar en los medios sobre la extensión del conflicto y su ingobernabilidad. Gabriel Valdés S. —presidente de la DC, ex senador y entonces líder de la Alianza Democrática— reaccionó considerando una intervención de la universidad desde un “grupo ideológico”, para “llevar a cabo la privatización de todas las estructuras públicas de este país y la Universidad de Chile está siendo objeto de este desafío de convertirla en una Universidad privada, dividida y sin recursos del Estado”.³⁵ Andrés Zaldívar, de la DC, al igual que Valdés, apoyó la tesis de la FECH de plebiscitar la continuidad del rector:

Los demócratacristianos somos respetuosos en ese sentido de la opinión de las mayorías y creemos que la gravedad que ha alcanzado la crisis en la Universidad exige que se consulte a las bases y sean ellas las que determinen los caminos a seguir.³⁶

Octubre transcurrió así, ya no bajo la duda de si debía o no renunciar Federici, sino que cuándo lo haría. El rector había quedado en una posición de rotunda soledad y la imponente figura de Pinochet a sus espaldas era entonces su único respaldo. Los denominados “Tucanes” comenzaron a desaparecer de la línea de frente, y poco a poco la atención se centró en la decisión del dictador. El 21 de octubre de 1987, el sumariado Fernando Mönckeberg, quién se había convertido en una especie de “rector de los movilizadores” en tanto presidente del Consejo Superior, explicitó esta ansiedad optimista por el fin del conflicto: “La lógica y la justicia me hacen pensar que la decisión está muy cerca”. Como líder del proceso,

³⁴ “En U. de Chile: Exonerados 38 académicos y dos decanos”, *El Mercurio*, Santiago, 3 de octubre de 1987, cuerpo A, p.1.

³⁵ “Gabriel Valdés en Valparaíso: ‘Hay la intención de desarmar y terminar con la U. de Chile’”, *El Mercurio*, Santiago, 3 de octubre de 1987, cuerpo c, p.3.

³⁶ “Andrés Zaldívar en Antofagasta. Crisis de la “U” exige que se consulte a las bases”, *La Tercera*, Santiago, 6 de octubre de 1987, p.9.

Mönckeberg dejó en claro que el destrabe del conflicto dependía de la continuidad de Federici y no de un cambio en el carácter mismo de la universidad en Dictadura, aunque ambos ejes se hayan fundido muchas veces. El líder académico planteó:

Hay etapas, y creo que un elemento fundamental es que Federici deje el cargo de rector de la Universidad. Luego veremos cómo solucionamos las otras contingencias que han producido daños, como han sido la expulsión de decanos, injustamente exonerados, como ha ocurrido también con los académicos, cuya única falta ha sido defender la Universidad, al igual que los estudiantes, que han estado bajo proceso de sumario.³⁷

El día 26 de octubre se realizó un paro nacional de médicos en apoyo a los movilizados, otorgándoles un nuevo “baño de masas”, además de un espaldarazo de un sector estratégico de las capas medias.³⁸ La Junta Directiva de la Universidad envió una carta pública al general Pinochet, explicando que “el nuevo Rector ha ido adoptando una serie de medidas – sin consultar jamás a la Junta– que lo único que han conseguido es ahondar en la crisis hasta llevarla al grado intolerable en que ahora se encuentra”; y terminaba “confiando” en que “responderá con prontitud y acierto al desafío de esta crisis como lo ha hecho en otras circunstancias tanto o más difíciles, poniendo siempre por encima de toda consideración el bien superior del país”.³⁹ Al día siguiente y tras no recibir respuesta, renunciaron en pleno.⁴⁰

Después de un incidente en la Escuela de Derecho, en que no se reconoció al nuevo decano recién nombrado y tras un debate con casi doscientos estudiantes, Iván Hübner, el directivo en cuestión, presentó su renuncia el

³⁷ “Dr. Fernando Mönckeberg en Valparaíso: ‘Fundamental es que Federici deje el cargo’”, *El Mercurio*, Santiago, 21 de octubre de 1987, cuerpo c, p.5.

³⁸ “Paro médico nacional en apoyo a la ‘U’”, *La Época*, Santiago, 27 de octubre de 1987, p.1. “Personal de la salud paralizó en protesta por anuncios de la Rectoría de la U. de Chile”, *La Segunda*, Santiago, 27 de octubre de 1987, p.4.

³⁹ La carta está firmada por “Dra. Carmen Velasco, Dr. Hernán Barahona, Ing. Efraín Friedmann, Prof. Carlos Mercado, Dr. René Orozco”. “Redactada carta de respuesta a académicos de U. de Chile”, *El Mercurio*, Santiago, 28 de octubre de 1987, cuerpo c, pp.1 y 4.

⁴⁰ “Dimitió Junta Directiva de la U. de Chile”, *El Mercurio*, 29 de octubre de 1987, cuerpo a, p.1.

día 29. Ese mismo día y precipitado por el fracaso de la operación de instalación de Hübner, renunció Federici a solicitud de Pinochet.⁴¹

A pesar de haber obtenido la renuncia de Federici a través de una reafirmación de la autoridad de Pinochet sobre la Universidad de Chile, los estudiantes agrupados en la FECH volvieron a clases al comenzar noviembre. La agenda se vio copada por la urgencia de terminar el semestre, y a los pocos meses todo estaba bajo el manto de la espera hacia el plebiscito de 1988. Como bien ha sostenido el sociólogo e historiador Jorge Vidal,

ellos [los estudiantes de 1987] se sentían protagonistas de la historia, y creen que jugaron un rol en la caída de la dictadura, que era su principal meta, pese a que en los procesos de negociación post-plebiscito no cumplieron un rol clave, porque como señaló Carolina Tohá ...: “la FECH no se preparó para el poder”, estaba preparada para movilizar, y medir, pero no para gobernar.⁴²

Quién lideró el proceso de “normalización” hacia los gobiernos civiles fue el estamento académico, bajo el mando del “hombre libre” Juan de Dios Vial Larraín, quién por un año tuvo el pleno poder de la Universidad, mientras los estudiantes se diluyeron entre el apoyo oficialista y la desmovilización política. La “racionalización” se impuso de todas formas en la Universidad de Chile, pero ahora bajo la mano de un rector “blanqueado” por su carrera académica, mientras los profesores lo legitimaban en comisiones impotentes y los estudiantes trataban de pasar el semestre.⁴³ Sería un presagio de lo que vendría más tarde: la administración democrática del proyecto de la Dictadura en pos de su despliegue legitimado por el derecho a voto.

Describimos el paro de 1987 en profundidad porque comporta los últimos espasmos del moribundo, aunque importante, movimiento estudiantil del siglo xx, como los primeros signos vitales de un nuevo período, marcado por la burocratización y decadencia de sus organizaciones. A su vez,

⁴¹ “¿Por qué falló el “plan” de Federici?”, *El Mercurio*, Santiago, 1 de noviembre de 1987, cuerpo c, p.2.

⁴² Jorge Vidal B., *La voz de la FECH en los ochenta. La travesía de un movimiento estudiantil en la universidad vigilada* (Tesis para optar al grado de licenciado en Sociología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano), octubre de 2006, p.339.

⁴³ Diego García M., José Isla M., Pablo Toro B., *Los muchachos...*, op. cit., pp.337-340.

permite observar las formas reales que tomó la despolitización de los conflictos sociales, proceso que –como hemos visto– fue impulsado de manera consciente desde los partidos que protagonizaron la transición a la democracia en el Chile finisecular. El movimiento estudiantil comenzó así, subordinándose a los decanos y olvidando todo ideal de la ya vieja “reforma”, su larga crisis de incidencia política que no terminaría sino en el siglo siguiente. En el intertanto, en los largos noventa, vivió su propia transición.

2 | La movilización electoral como desmovilización política

Como hemos señalado, la extensión dedicada al movimiento de 1987 en este trabajo responde a su importancia como situación de bisagra, entre un movimiento estudiantil propio de las luchas contra la Dictadura y uno determinado por la crisis de los actores colectivos del siglo xx. Tras lo que algunos sectores progresistas del movimiento estudiantil y universitario calificaron como “victoria”, en 1987, se perfiló la posibilidad de derrotar a Pinochet en lo electoral.⁴⁴ En el movimiento estudiantil, lo que hasta hacía poco era visto como una salida claudicante, fue entonces tomado como signo de la utopía: la derrota en paz del dictador.

De esta forma, el “Comité por las Elecciones Libres” fue fundado el 13 de marzo de 1987 por los mismos personeros del Acuerdo Nacional y bajo la iniciativa política de los partidos ejes de la Alianza Democrática, el Partido Socialista (corriente de Núñez) y el Partido Demócrata Cristiano, en torno a la necesidad de articular un programa y una candidatura de gobierno para el escenario posterior al plebiscito;⁴⁵ dando un quehacer efectivo a un movimiento estudiantil, cuyas dirigencias se encontraron en medio de la denominada “salida pactada” de la Transición. La hegemonía en el movimiento estudiantil de los sectores juveniles de los partidos políticos,

⁴⁴ Si bien algunos estudios han planteado la crítica al triunfalismo en torno a la movilización de 1987, es conocida la apropiación por parte de los discursos de memoria de la Concertación de la “victoria” de aquel año, marcada por la renuncia de Federici. Ver Diego García M., José Isla M., Pablo Toro B., *Los muchachos...*, op. cit., pp.337-343.

⁴⁵ Edgardo Boeninger, *Democracia en Chile: lecciones para la gobernabilidad*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1987, p.331. Partido Socialista de Chile (Núñez), *Carta Informativa a los Regionales*, n°9, noviembre de 1986.

especialmente la Juventud de la Democracia Cristiana (JDC), la Democracia Cristiana Universitaria (DCU), y las distintas facciones del campo socialista renovado aunadas en el denominado Bloque Socialista (BS), permitió promover el itinerario electoral de la Transición como un plan de lucha propio del campo estudiantil. La superposición de los objetivos electorales del sector moderado –y cada vez más dominante– de la oposición a la Dictadura con los del movimiento estudiantil fue el signo de los años 1987 a 1990. La movilización en función de las batallas electorales nacionales dejó sin programa propio a la lucha sectorial, tal y como estaba sucediendo en otros movimientos.⁴⁶

El activismo electoral consumió el tiempo y los recursos de las juventudes políticas, y desde ahí se agitó al movimiento estudiantil. Pese a parecer sencillo, este proceso fue complejo: las diferencias entre la izquierda radical (principalmente las Juventudes Comunistas, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y otros grupos) y el campo moderado de la oposición se expresaron también entre los estudiantes. Jaime Veas, entonces dirigente de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE, ex-Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile) y militante de la Izquierda Cristiana, relata las diferencias entre ambos sectores:

Nosotros estábamos a favor del plebiscito, la *Jota* no, el PC no, y la CONFECH trabajó fuertemente por promover el plebiscito, enseñar a la gente a votar, en comunidades, juntas de vecinos, a inscribirse en los registros electorales, hacer educación cívica. Armamos monitores, teníamos plata de las organizaciones no gubernamentales que nos pasan materiales *pa'* hacer este trabajo. Yo me confronté con los compañeros de la *Jota*, Marcos Fuentes que era el presidente de mi federación, me confronté en el Instituto Profesional de Osorno en donde yo estoy a favor del plebiscito y él está en contra, en un debate. Y eso marca el futuro del CEP [Centro de Estudiantes del Pedagógico], lo deja en una condición de alta debilidad.⁴⁷

⁴⁶ Philip Oxhorn, "Where Did All the Protesters Go?: Popular Mobilization and the Transition to Democracy in Chile". En *Latin American Perspectives*, Vol. 21, N°3, Riverside, 1994, p.53.

⁴⁷ Se refiere a la CONFECH fundada en Dictadura y que desapareció tras el plebiscito. Entrevistado por Víctor Muñoz T., a quien agradezco facilitarme la cita de su archivo de entrevistas.

La división de la oposición estudiantil agudizó aún más la tendencia a la despolitización. Mientras los grupos ligados a la Alianza Democrática movilizaban estudiantes para los esfuerzos electorales del plebiscito y de las elecciones generales de 1989, la izquierda radical no tenía más que ofrecer que la desconfianza hacia dichos eventos; desconfianza que se expresó en ideas en negativo como el boicot electoral, la denuncia del fraude por venir y los llamados a la confrontación directa con la Dictadura. La alternativa para los estudiantes de base era confiar todo al acto de votar, o sostener una lucha que carecía de posibilidades de triunfo a corto plazo. La primera alternativa fue la más apoyada por los estudiantes aunque significase la delegación del poder conseguido en los años de lucha antidictatorial, principalmente porque ofreció un quehacer a los pocos que seguían votando en las elecciones de federación. La segunda alternativa sería abandonada por las mayorías del país y, salvo algunas organizaciones que actuaron en los primeros años de los gobiernos civiles, su desmoronamiento sería el tono local de la crisis general de la izquierda radical en Occidente en las últimas dos décadas del siglo xx.⁴⁸

Aunque con mayor dramatismo, una situación similar se vivió entre los escolares movilizados contra el régimen militar. El otrora combativo movimiento secundario se convirtió en ejemplo típico de este verdadero disciplinamiento de las franjas organizadas del campo popular. El IV Congreso de la Federación de Estudiantes Secundarios (FESES), en noviembre de 1989, aplastó la plataforma reivindicativa que caracterizó al movimiento en Dictadura y aprobó un simple apoyo a la candidatura presidencial de Patricio Aylwin, mediante una mesa política efectuada antes del mismo congreso, como se reconocería más tarde.⁴⁹ La descomposición de la *Jota*, al finalizar la década, dejó sin una de las principales fuerzas orgánicas al movimiento secundario.

⁴⁸ Patricia L. Hipsler, “Democratization and the Decline of Urban Social Movements in Chile and Spain”. En *Comparative Politics*, Vol. 28, n°3, New York, 1996, pp.282-287.

⁴⁹ Anónimo, *Breve reseña histórica de la FESES o el derecho a la memoria*. Santiago, Ediciones el Pingüino rojo, 1992, pp.9-10. Citado por Patricio Lagos F., “Sobre algunas formas de construcción de organización y movimiento estudiantil a fines del siglo xx” (Texto presentado en *Tertulia por el Socialismo y Luchas Sociales*, Centro Cultural “El Sindicato”, 6 de julio de 2006), en Archivo Chile, www.archivochile.com [consultado el 25 de noviembre de 2012].

Por tanto, tiene credibilidad el sostener que el movimiento estudiantil se disolvió en el movimiento electoral, respondiendo al comportamiento general del movimiento de oposición al régimen. El historiador Víctor Muñoz Tamayo narró este fenómeno con particular elocuencia: “Quedaban atrás los años de la ingobernabilidad y todos los esfuerzos se fueron a la campaña: concentraciones por el No a Pinochet, brigadas para enseñar a votar, preparación de apoderados de mesa”.⁵⁰ Rolando Álvarez, quien ha estudiado a las Juventudes Comunistas en el movimiento secundario en Dictadura, concluye respecto de esa generación de comunistas que:

la decepción y el desencanto hizo presa de muchos de ellos. La mayoría abandonó la política. Otros aterrizaron en partidos de la izquierda concertacionista. Algunos continuaron militando y otros, fieles a los “principios revolucionarios”, se inmolaron en los grupos radicales que continuaron la lucha armada después de 1990.⁵¹

Se acabó así la lucha estudiantil contra la Dictadura, disuelta en la lucha contra el dictador. La paradoja de la movilización electoral consistió en que al retornar a los *campus*, en marzo de 1990, el movimiento estudiantil se dio cuenta que desde la crisis de la reforma en 1973 no tenía un programa de cambio para la universidad. La movilización electoral terminó con la movilización contra el régimen, y con ello sepultó en el olvido la línea reformista de los estudiantes en contra de la universidad construida bajo los militares.

3 | La despolitización en positivo: el corporativismo estudiantil

No sólo fue la movilización electoral la que apuntaló la despolitización del movimiento estudiantil, también colaboró a ello un espíritu juvenil muy crítico de los partidos políticos, sobre el cual se montó un discurso de los dirigentes estudiantiles de la Transición que valorizó dicho

⁵⁰ Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, p.119.

⁵¹ Rolando Álvarez, “Las Juventudes Comunistas de Chile y el movimiento estudiantil secundario. Un caso de radicalización política de masas (1983-1988)”. En Rolando Álvarez, Manuel Loyola (Eds.), *Un trébol de cuatro hojas: Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*, Santiago, Ariadna – América en Movimiento, 2014, p.217.

cuestionamiento. Lo históricamente relevante es que quienes mejor elaboraron dicha crítica fueron los intelectuales de la renovación socialista: intelectuales orgánicos, hombres “de partido”.

Argumentando la necesidad de desligar lo político de lo social, los intelectuales de la renovación socialista teorizaron la desmovilización antidictatorial como movilización despolitizada. En ese sentido, se pasó de contener la movilización social, en la línea política del sector moderado de la oposición, la AD, a establecer una línea divisoria de los tipos de luchas sociales, bajo los postulados de los teóricos funcionalistas de los “Nuevos Movimientos Sociales”. Aunque este no es el espacio para describir dichas tesis, es importante destacar aquellos elementos que incidieron en una nueva comprensión del movimiento estudiantil, y que fueron comparados por las seccionales universitarias de los partidos de la AD.⁵²

Como ha subrayado la historiadora Cristina Moyano, intelectuales orgánicos como Eugenio Tironi, sostuvieron, durante la década de 1980, una línea política basada principalmente en “una relación de respeto y de doble nutrición con el movimiento social. El partido debía dejar de ser la estructura paternalista que guiaba el proceso, el individuo debía cortar esas cadenas y liberarse por completo”.⁵³ Carolina Tohá, entonces dirigente de la FECH y militante del Bloque Socialista, fue parte de la condena a la politización de lo social dirigida al activismo de la izquierda, resaltando contemporáneamente la autonomía del movimiento de 1987: elevándolo, como ya vimos, a la categoría de “respeto”. Se profesó positivamente la democracia como un espacio libre de la politización, es decir, una democracia protegida del conflicto.

⁵² Sobre esta discusión, más a fondo, ver Gabriel Salazar, *Movimientos..., op. cit.*, pp.47-59. También ver Luis Thielemann H., “El Movimiento Popular y la historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado”, *Revista de Historia y Geografía*, n° 29, Santiago, 2013, pp.105-130.

⁵³ Cristina Moyano B., “De Gramsci a Foucault: los referente teóricos y los inesperados rumbos de la renovación socialista en el MAPU 1973-1989”, *Cyber Humanitatis*, n°35, invierno 2005. Disponible en http://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto_sub_simple2/0,1257,PRID%253D16159%2526SCID%253D16169%2526ISID%253D576,00.html [Consultado el 6 de marzo de 2014].

Desde la sociología, Enzo Faletto afirmó que en Chile ocurría una revalorización “antileninista” de Antonio Gramsci:⁵⁴ a partir de ella el socialismo renovado propuso el concepto de hegemonía simplemente como consenso, y no como dominio proletario de ningún tipo, ni siquiera como una mayoría social popular. Se generaba dentro del pensamiento renovado una nueva percepción de lo social, como un universo autónomo de lo político, según la cual la polarización de lo primero –lo social– desde el segundo universo –lo político– podría devolvernos a los “excesos”⁵⁵ del gobierno de la Unidad Popular. El movimiento estudiantil, nativo del malestar social de los ochenta, no sólo comenzó a separarse de las necesidades concretas de la lucha política, sino que además aquella transformación fue planteada como un deber. La historia de la crisis de los sujetos del siglo xx y la voluntad política por destituirlos se conjugaron en el alba de la Transición, todo para que el nuevo pacto tuviera su reinado en los años noventa: un período tradicionalmente visto como apático y desmovilizado.

En 1985, en la estación renovación socialista, de su propia transición, José Joaquín Brunner sostuvo provocativamente que:

El movimiento estudiantil ha muerto [...] si movimiento estudiantil significa un fenómeno de masas juveniles relativamente homogéneas, que se identifican por oposiciones y alianzas relativamente estables, y que buscan incidir en la marcha de la institución

⁵⁴ Enzo Faletto, “Qué pasó con Gramsci”, *Nueva Sociedad*, n°115, septiembre-octubre 1991, pp. 90-97.

⁵⁵ La idea de que hubo excesos en la Unidad Popular, y que además dichos excesos son homologables al terrorismo de Estado de la dictadura de 1973-1990, ha sido una lenta construcción discursiva desde la renovación socialista y que se ha mantenido hasta fecha tan cercana como febrero de 2014. En una carta al director del diario *El Mercurio*, Eugenio Tironi sostiene que: “¿Qué lecciones sacar del Caso Políticos/Estudiantes *versus* Bachelet/Peirano? Me parece que una de las importantes, es que en este *round* triunfó el dogmatismo totalitario y la descalificación. [...] Estas dos interpretaciones transformadas en ideología y operadas políticamente como vimos estos días, tienen una larga vida en la historia de la humanidad. Y consecuencias bien conocidas. En Chile fueron esas visiones y comportamientos los que nos condujeron a los excesos de la UP y el Gobierno Militar”. Eugenio Tironi, “Peligros del pasado”, *El Mercurio* (cartas al director), 6 de febrero de 2014. Disponible en <http://www.elmercurio.com/blogs/2014/02/06/19260/Peligros-del-pasado.aspx> [Consultado el 10 de marzo de 2014].

universitaria para convertir a ésta en una partera de la modernidad, entonces diremos que ese movimiento estudiantil ha desaparecido y que no volverá. [...] En cambio, podría sugerirse que crecientemente nos encontramos con unos movimientos estudiantiles (plural) altamente diversificados, con connotaciones locales, apegados a sus instituciones, orientados hacia la defensa y promoción de intereses gremiales o corporativos. Difícilmente dichos movimientos podrán sumarse en un solo Movimiento Estudiantil (Nacional), así, escrito con mayúsculas como solía hacerse en los '60. [...] Lo que posiblemente sucederá menos en el futuro próximo será una oposición estudiantil de tipo radical que exija, en términos de un nuevo principio de organización universitaria, un cambio significativo de la institución. Más improbable aún es que dicha oposición pudiese alcanzar un grado de movilización nacional, levantándose por ejemplo frente al sistema de educación superior en su totalidad.⁵⁶

Por lo menos desde 1992, esta tesis se volvió difícil de sostener en el campo universitario. Aunque no por su hipótesis sobre el fin del tipo de movimiento estudiantil fundado en los años sesenta (politizado en vez de corporativo), la cual se demostró cierta, sino que en las visiones sobre el futuro puestas en juego por Brunner.

La descomposición y masificación de la universidad pública tradicional, inevitablemente fue acompañada de conflictos por la defensa y recuperación de la institución. Esta hipótesis –como veremos luego– más que verificarse en la realidad, fue la base del voluntarismo que veía en los movimientos sociales de la Transición “actores del funcionamiento y no del cambio de la sociedad”.⁵⁷ Por sobre un análisis del estado de la cuestión, la de Brunner fue una propuesta política: un deseo que, de verificarse, darían por ciertas todas las tesis de la sociología neosistémica sobre la “transición dictatorial a la democracia”.⁵⁸

Más allá de los deseos de los intelectuales del pacto de la Transición, lo que sucedió en los años noventa, desde la perspectiva del movimiento

⁵⁶ José Joaquín Brunner, “El movimiento estudiantil ha muerto: nacen los movimientos estudiantiles”, *Material de Discusión*, n°71, Santiago, FLACSO, 1985, pp.19-20.

⁵⁷ Eugenio Tironi, *Autoritarismo, modernización y marginalidad*. Santiago, Ediciones Sur, 1990, p.15.

⁵⁸ Gabriel Salazar, *Movimientos...op. cit.*, p.55.

estudiantil (ese que Brunner describe “con mayúsculas”), fue la disputa por controlar un conflicto social de parte de los proyectos de dos iniciativas. Una fue la iniciativa de la Concertación, desmovilizadora y despolitizante, representada en la cita de Brunner. La otra consistió en la voluntad de las izquierdas (principalmente los comunistas pero también una creciente diversidad de la izquierda radical heterodoxa) por impedir el cierre de la política en la mediocridad histórica de los noventa. Estas iniciativas tuvieron por campo de batalla los *campus* y patios universitarios, las calles y parques de las ciudades, en donde se mantuvo un permanente ir y venir a través de los límites políticos y económicos de la Transición.

CAPÍTULO II

La crisis del movimiento estudiantil del siglo xx (1990-1994)

Entre 1990 y 1994, Patricio Aylwin y los grandes partidos de la Concertación gozaron de la enorme legitimidad de ser el primer gobierno electo en las urnas en diecisiete años, lo que lograron además con una aplastante votación a favor (55% de los votos y casi dos millones de sufragios de ventaja sobre el candidato del pinochetismo, Hernán Büchi). Así, la Concertación inició un período de hegemonía en y desde el Estado, que duró, por lo menos, hasta 2010, copando velozmente muchas de sus instituciones y reparticiones con sus militantes. Todo esto impactó de distintas formas a las franjas organizadas del movimiento estudiantil. La cancelación del programa reformista desde 1987 en adelante, redujo los estímulos nacionales, mientras los intelectuales desacreditaban o desahuciaban la lucha social. Los militantes se vieron de vuelta en los *campus*, tras años de esfuerzo electoral, sin objetivos de fondo que le diesen sentido a la organización entre los mismos estudiantes.

Al mismo tiempo, en los primeros años de los gobiernos civiles, producto de su abandono por parte del Estado, en las universidades se agudizó la crisis económica así como la consecuente crisis institucional. Para sortearlas, estas instituciones se vieron ante el dilema de agonizar hasta desaparecer o sobrevivir sometándose a las recetas neoliberales. En este capítulo se revisará el período que va desde el retorno de los gobiernos civiles en 1990 al desmoronamiento de las organizaciones estudiantiles en 1993-1994. Dichos años fueron de crisis del sistema educacional en su conjunto, la universidad pública rozó en varios momentos la quiebra, y el movimiento estudiantil vivió sus años más oscuros, sumido entre la corrupción y la violencia, entre la apatía y el sinsentido de la organización.

1 | La caída en desgracia de la política universitaria

Desde 1990, las dirigencias estudiantiles de la Concertación de Partidos por la Democracia se enfocaron en temas gremiales de escaso contenido crítico, producto de una paulatina burocratización, acompañada por las crecientes sospechas de corrupción. La Concertación abandonó los patios para recluirse en las oficinas de las organizaciones estudiantiles, esperando la era dorada anunciada por Brunner, donde las preocupaciones centrales serían, por ejemplo, “el mejoramiento de la excelencia académica del cuerpo de profesores del plantel”¹ o “impulsar el desarrollo del país fomentando la creación de empresas”.²

De la misma forma, la despolitización y abandono de las “demandas históricas”, así como de cualquier apelación a las reformas globales, dio paso a un vaciamiento de objetivos, de sentido, entre los integrantes del movimiento estudiantil. Mientras la FEUC se movilizaba contra la limitación para extender el crédito universitario a las universidades privadas o por las causas de derechos humanos;³ la FECH entraba en la ya descrita decadencia de credibilidad y alcance, llegando incluso a solicitar a una consultora la elaboración de un lema e imaginario para 1992. Las dos principales federaciones del país estaban en manos de la Concertación y su praxis hablaba en su nombre. En el mismo proceso, a principios de 1992, variadas juventudes políticas, entre ellas las de la Unión Demócrata Independiente, de Renovación Nacional, de la Democracia Cristiana, la

¹ Palabras de Arturo Barrios y Álvaro Rojas (hijo de Patricio Rojas, entonces ministro de Defensa) describiendo el proyecto de la lista a la FECH 1991-1992 “Concertación por un tiempo nuevo, una FECH nueva”. “Oficializadas tres listas a elecciones de la FECH. Comicios son el 24 y 25 de octubre”, *El Mercurio*, Santiago, 13 de octubre de 1991.

² Manuel Inostroza, de la Democracia Cristiana, presidente de la FECH entre 1990 y 1992. “La Universidad, la FECH...”. Programa electoral, septiembre de 1991, p.3, original AFECH.

³ “Fulvio Rossi, presidente de la FEUC: “Estamos abriendo puertas”, *La Nación*, Santiago, 24 de junio de 1993; “FEUC contra ley Aylwin”, *La Segunda*, Santiago, 19 de agosto de 1993. “Los rectores de los planteles estatales temen a una *competencia* justa y leal. [...] La función social no se cumple por el hecho de tener un *nombre* determinado [...] son necesarios también otros requisitos, como desarrollar investigación, tener calidad académica y tener un perfil social para el profesional que se quiere formar”; “Exigen apertura de fondo solidario a Ues privadas”, *La Tercera*, Santiago, 22 de julio de 1993 (las cursivas son nuestras).

Unión de Juventudes Socialistas, la Juventud Rebelde Miguel Enríquez del MIR, y las Juventudes Comunistas intentaron reconstruir la FESES, pero fueron rápidamente cooptadas por la iniciativa “Las autoridades escuchan a los Centros de Alumnos”, dirigida por el Gobierno y bajo una agenda de eventos musicales y recreativos así como enfocada en la gestión y los problemas juveniles.⁴ Desde ahí, la FESES decaerá en la intrascendencia hasta su desaparición en 2001.

A pesar de ello, y al igual que en el resto del país, la Concertación aún mantenía el impulso que le habían dado los triunfos nacionales de 1988 y 1989. En la elección de la FECH de 1991 para 1992, la última en que votaron juntos los estudiantes de la Universidad de Chile con los del IPS-UTEM⁵ y de la UMCE⁶; la Concertación se impuso con el 63,3% de los votos. La izquierda, por su parte, no alcanzó sino a obtener un 19%, apenas dos puntos de apoyo por sobre la lista de la derecha.⁷ La gran polémica fue la negativa del rector Jaime Lavados de aceptar a Arturo Barrios (Juventud Socialista –JS–), presidente electo de la FECH en el Consejo Superior, ya que éste era estudiante del ex-Pedagógico. Los etéreos objetivos de esta lista –como el mencionado “mejoramiento de la excelencia académica del cuerpo de profesores del plantel”– y la imposibilidad de otras fuerzas de generar alternativas creíbles frente a la Concertación, fueron alejando a los universitarios de la participación y del necesario control de sus dirigentes, quienes comenzaron a manejar crecientes recursos provenientes del Estado.

Un caso particular de estudio de este proceso, simultáneo y recíprocamente determinado, de burocratización despolitizada y corrupción creciente, es el de la directiva de la FECH, y lo podemos seguir a través de las actas del Consejo de Vocales, una asamblea representativa de los grupos políticos y segundo órgano en importancia de la Federación, entre 1991 y 1993. Si bien es una fuente que nos muestra un solo caso, entre muchas

⁴ Anónimo, *Breve...*, *op. cit.*, p.12.

⁵ IPS: Instituto Profesional de Santiago, que en 1993 se convierte en la Universidad Técnica Metropolitana, UTEM.

⁶ Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, ex-Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Denominada durante gran parte de los noventa como “el Pedagógico”.

⁷ “Arturo Barrios: socialista es el nuevo presidente de la FECH”, *El Mercurio*, Santiago, 26 de octubre de 1991.

federaciones existentes entonces en Chile, los hechos de 1993 confirmaron que se trataba de un proceso bastante generalizado.

En la reunión del 26 de noviembre de 1991, el Consejo de Vocales de la FECH (CVF en adelante) recalca el profundo gremialismo en que estaba sumida la Federación. Esto se hacía visible en la existencia de apenas dos comisiones formadas por los vocales –de un total de cinco–, dedicadas a tratar temas extraestudiantiles: medioambiente y derechos humanos. Ninguna de ellas expresaba temas polémicos como el financiamiento estudiantil o la democracia institucional. Las otras comisiones correspondían a extensión, bienestar y docencia. Por su parte, en la misma reunión, la comisión de extensión destacó los eventos realizados por la FECH en 1990-1991: “fonda, fiesta de fin de año, festival de la primavera, semana mechona, olimpiadas, semana de los derechos humanos”.⁸ Los proyectos de los vocales en la FECH de 1991-1992 fueron igualmente expresivos de la centralidad de los temas gremiales. En el acta del CVF del 19 de diciembre de 1991, se destacan: “Casa de la solidaridad, Trabajos voluntarios, Crédito universitario, Corfuch⁹, Navidad y Docencia”.¹⁰ La permanencia de los temas de derechos humanos como única temática extraestudiantil que voluntariamente movilizó a las dirigencias de las juventudes de la Concertación durante el período, nos plantea la paradoja de una lucha contra uno de los problemas no resueltos heredados de la Dictadura –la impunidad del terrorismo de Estado impuesto entre 1973 y 1990– y la invisibilización simultánea de otros nudos del mismo carácter, y mucho más cercanos, como la mercantilización y la crisis del sistema público de educación.

A comienzos de 1992, dicha situación ya era reconocida por Arturo Barrios, recién electo presidente de la FECH. El acta del CVF del 10 de enero de ese año, así lo señala:

Arturo Barrios nos hace un pequeño resumen sobre el plan de trabajo realizado por la directiva para el presente año en curso, en el cual resalta la poca comunicación de la Federación con los estudiantes, la buena capacidad para realizar los megaeventos y la poca

⁸ CVF, “Acta consejo vocales n°02”, 26 de noviembre de 1991, original AFECH, p.1.

⁹ Corporación de Fútbol Profesional de la Universidad de Chile. (N. de las E.)

¹⁰ CVF, “Acta consejo vocales n°04”, 19 de diciembre de 1991, original AFECH, p.1. (mayúsculas en el original).

preocupación por las reivindicaciones estudiantiles, como son docencia y financiamiento. Es resaltado el rol de los dirigentes en cuanto a lo político, pero lo gremial no se ha sabido realizar.¹¹

Estos fueron los años durante los cuales la democratización y “modernización” del movimiento estudiantil fue entendida, según el lenguaje común de los militantes, como un exilio forzado de los partidos —considerados negativamente—, de los espacios de deliberación de los nodos organizados de las bases de estudiantes. Si entendemos que lo gremial es aquello que se interesa por lo social, en la afirmación de Barrios se hace fuerte la tesis del *apartheid* entre lo social y lo político, muy de moda entre los socialistas de la renovación a comienzos de los noventa, hipótesis que veía en los movimientos sociales de la Transición “actores del funcionamiento y no del cambio de la sociedad”.¹²

En ese marco de desentendimiento respecto de las necesidades gremiales, la derecha estudiantil, encabezada entonces por la Juventud de Renovación Nacional, denunció a través de la prensa, en marzo de 1992, posibles indicios de corrupción en los trabajos voluntarios de la FECH.¹³ Estas denuncias no fueron tomadas en cuenta por el ejecutivo de la Federación, el cual, entonces, estaba debatiendo su ingreso al Consejo Nacional de la Juventud, instancia gubernamental nunca concretada y antecedente directo del Instituto Nacional de la Juventud.¹⁴ De haberse incorporado, la adopción de las políticas de gobierno, por parte de la FECH, no sólo habría sido por voluntad de sus dirigentes de entonces, sino que por su propia pertenencia al aparato del Estado.

Pero las acusaciones siguieron, y en abril de 1992 surgió entre los vocales de izquierda la sospecha sobre la circulación de altas sumas de dinero entre algunos dirigentes, en torno a actividades sociales como los trabajos voluntarios. La acusación apuntaba a ciertos miembros de la

¹¹ CVF, “Acta consejo vocales n°07”, 10 de enero de 1992, original AFECH, p.1.

¹² Eugenio Tironi, *Autoritarismo, op. cit.*, p.15.

¹³ CVF, “Acta reunión n°1”, 10 de marzo de 1992, original AFECH, p.2.

¹⁴ CVF, “Tabla consejo vocales”, 18 de marzo de 1992, original AFECH, p.1. Sobre el Consejo Nacional de la Juventud y el INJ en la década de los noventa del siglo pasado, ver: Óscar Dávila León, “¿La década perdida en política de juventud en Chile; o la década del aprendizaje doloroso? Hacia una política pública de juventud”, *Última Década*, 14, 2001, pp.9-47.

mesa directiva del gremio que habrían recibido “sueldos” de treinta mil pesos de la época.¹⁵ El CVF pidió aclaraciones y, en la siguiente reunión del Consejo, el entonces secretario de finanzas, explicó que “en directivas anteriores existieron gastos de representación para alimentación, movilización, *bippers*, etc., los que no eran documentados a Casa Central por existir un problema con la Contraloría y la forma de rendir dichos gastos”, agregando que el protocolo era el siguiente: “En la primera etapa se justificará el ingreso y posteriormente existirá un convenio de honorarios”, y precisaba que “no existe claridad desde cuándo están percibiendo dicho sueldo. El acuerdo con Casa Central era a todos los de la directiva que fueron a Trabajos Voluntarios”.¹⁶

La trascendencia para la autonomía de la FECH de propuestas como el ingreso al Gobierno por la vía del Consejo Nacional de la Juventud, y prácticas como el pago de “sueldos” a los miembros de la directiva desde rectoría, significó el traspaso de un límite. Ni antes, ni después de estos hechos, se alcanzó en la historia centenaria del movimiento estudiantil una relación de tanto compromiso con un gobierno y con las autoridades universitarias. Según el acta de esa reunión, los miembros del Consejo se enteraron por la prensa, por lo que es probable que nadie más, aparte de la directiva y los jefes de los grupos políticos que allí estaban representados, haya sabido de los sueldos a los dirigentes. El acta consigna cómo reflexionaron los vocales en torno a “la imposibilidad de pagarle a todos los que trabajen, [pues] de esta manera nos convertiríamos mejor en una FECH S.A. ¿Dónde quedó el carácter estudiantil? ¿Pasamos a ser una productora de eventos?”¹⁷

A su vez, algunos vocales se mostraron preocupados porque “el sueldo puede sentar un precedente para que futuras gestiones vayan en ese sentido, uno netamente comercial”, planteando que “la opción de ser dirigente es una opción de compromiso que no debería ser remunerada”. La relación entre los dirigentes, el dinero y las jerarquías dentro de los partidos que controlaban la FECH se evidenció cuando los vocales hicieron notar que “al momento del pago existe un criterio de jinetas y no de trabajo efectivo,

¹⁵ CVF, “Acta reunión n°2”, 2 de abril de 1992, original AFECH, p.1.

¹⁶ CVF, “Acta consejo vocales n°04”, 23 de abril de 1992, original AFECH, pp.1-3.

¹⁷ *Ídem.*

cosa que es difícil de medir”. El CVF de aquel día terminó con una serie de cuestionamientos, similares a los planteados por Barrios un par de meses antes, relativos a la pérdida de sentido de la FECH ante las bases:

Estamos alejados de los estudiantes, además, de la poca participación de parte de ellos. ¿Dónde y en qué momento se tocan temas de la vida universitaria? ¿Cuál fue la importancia que se le dio al Reglamento de Evaluación y Calificación Académica? ¿y la ley de Educación Superior?¹⁸

El alejamiento de las bases y la ausencia de su participación hacía aún más fácil la deriva corrupta. A fines de aquel año, las actas indican que no se presentó una rendición de cuentas de la semana mechona del año 1992.¹⁹ Posteriormente, el 26 de marzo de 1993, se llegó al extremo de establecer en el acta que “a futuro” Javier Martínez, encargado de dicho informe y actividad, “no tocará más plata de la FECH”.²⁰ La sospecha de corrupción que caía sobre el ejecutivo de la FECH se fortaleció cuando la comisión organizadora de los trabajos voluntarios de 1992 no entregó un informe de gastos de dinero proveniente de fondos estatales y de la Universidad. Ante ello, el CVF exigió el informe, planteándole al entonces presidente de la Federación, el socialista Álvaro Elizalde, “la preocupación por la no entrega del informe económico”.²¹

Solo hasta esta fecha están disponibles las actas del CVF. Como veremos más adelante, los hechos de corrupción detectados terminarán en 1993 con una crisis general, no sólo de la FECH, sino que de todas las franjas organizadas del movimiento estudiantil, especialmente aquellas dirigidas por juventudes de los partidos de gobierno.

¹⁸ *Ídem.*

¹⁹ CVF, “Acta consejo vocales n°02”, 16 de noviembre de 1992, original AFECH, p.1.

²⁰ CVF, “Acta consejo vocales”, 26 de marzo de 1993, original AFECH, pp.1-2.

²¹ *Ídem.*

2 | Las oscuridades de la izquierda estudiantil en tiempos de la caída del muro

En este esquema codependiente de redundancia burocrática y desconfianzas con la gestión, las juventudes de la Concertación resistieron por algunos años, manteniendo altas aprobaciones en las elecciones estudiantiles. Sus dos contendores más cercanos fueron incapaces de superarlos electoralmente. La derecha, porque estaba prácticamente vetada por un sentido común estudiantil que la asociaba directa y justamente con la Dictadura. La izquierda radical, por su parte, estaba sumida en la crisis del fin de los socialismos reales en el mundo, y del fracaso de la lucha frontal contra el régimen militar. El primer actor, desde entonces, ha sido casi inexistente en el movimiento estudiantil, el segundo, en cambio, pasará a ser hegemónico. Antes, eso sí, se vio enfrentado a una profunda crisis.

Esta desorientación política y debilitamiento de la incidencia de masas de la izquierda radical se expresó en los *campus* en la descomposición orgánica, en el caso de los comunistas, y en la radicalización violenta de las acciones, en el caso de los grupos herederos del MIR, del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) y otros de la izquierda armada. Es así como, al igual que las poblaciones más tradicionalmente combativas de las ciudades (como La Victoria, La Pincoya o Lo Hermida), algunas escuelas y facultades fueron convertidas en especies de refugios para la izquierda revolucionaria. Este fue el caso de la ciudadela de la Universidad de Concepción, el barrio universitario de Playa Ancha en Valparaíso, el gran *campus* de la USACH, y, por supuesto, el denominado “Cordón Macul”, barrio del oriente de Santiago, en la comuna de Ñuñoa, donde conviven grandes sedes de la UMCE, la UTEM y la Universidad de Chile.

En esta última zona, entre las dirigencias campeaban los socialistas, pero en los patios universitarios comenzaba a aparecer una actitud crítica a los liderazgos de la Transición. En los recovecos del ex-Pedagógico, en el frontis de la UTEM por Las Palmeras o en avenida Grecia con Los Presidentes, frente a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, la izquierda radical se mantuvo participando o apoyando las acciones directas de cortes de calles y enfrentamiento con carabineros con piedras y bombas *molotov*, y a veces incluso, utilizando armas de fuego. Las fechas correspondían a las conmemoraciones emblemáticas de asesinatos

y movilizaciones ocurridas durante la Dictadura. Entre otras, el 29 de marzo, denominado el “Día del joven combatiente” en memoria de Rafael y Eduardo Vergara Toledo, jóvenes militantes del MIR asesinados en esa fecha de 1985, por carabineros; el 15 y 16 de junio, por lo que se conoció como la “Matanza de *Corpus Christi*” u “Operación Albania”, acción en que la Central Nacional de Informaciones (CNI) asesinó a doce miembros del FPMR en 1987; siendo la más importante el 11 de septiembre, aniversario del golpe de Estado de 1973, fecha recordada con particular violencia y en cuyos disturbios la participación de los estudiantes se tornaba masiva.

Fue precisamente en 1993, cuando se conmemoraban 6 años de la “Matanza de *Corpus Christi*” –en una “salida a la calle” como se le llamaba a los cortes de ruta realizados por decenas de encapuchados–, que fueron heridos cinco carabineros frente al ex-Pedagógico. Los “combatientes caídos” el año 1987 fueron recordados con barricadas y en un enfrentamiento con carabineros en que abundaron las botellas con bencina, hubo varios detenidos pasados a la justicia militar, como se acostumbraba en aquel tiempo con los apresados en disturbios violentos.²² La noticia causó conmoción, principalmente porque no se veía una violencia de ese tipo, en los *campus* de Santiago, desde la época de la Dictadura. A partir de estas acciones se comenzó a hablar de los “encapuchados”, una nueva subjetividad colectiva, en lugar de los “extremistas” o “terroristas” de los grupos de la izquierda armada de la década anterior. Se hacía referencia así a una diversidad de grupos que, desde fuera de sus círculos, fueron vistos como homogéneos, básicamente porque compartían un repertorio de prácticas, discursos y vestimentas. Al permanecer hasta el presente en el movimiento estudiantil, los encapuchados terminaron por construir un mundo propio, algo así como una marca, o un fantasma, como se quiera ver.

El rector del ex-Pedagógico, ante la noticia, salió a aclarar rápidamente que “el grupo que organiza esto no supera las 20 personas, las que no han sido identificadas hasta ahora porque actúan encapuchadas”. De inmediato advirtió que, quienes fueran sorprendidos en estos actos serían expulsados de la Universidad “porque aquí no vamos a titular profesores

²² Manuel Villar, “A justicia militar detenidos por desórdenes”, *La Nación*, Santiago, 18 de junio de 1993.

que tengan desequilibrios sicosociales”. No lanzaba amenazas sin fundamentos, el mismo rector indicó que durante 1992:

cerca de 200 alumnos fueron expulsados por razones académicas, por daños a la propiedad o por agresiones físicas contra terceros [...]. Ellos no son universitarios sino instigadores que tratan de armar luchas que ya están caducas. [...] Los que participan en los disturbios son un grupo minoritario y aunque las causas que defienden pueden ser buenas, los métodos que usan son deplorables.²³

El mismo rector, en una columna en el diario *La Nación* algunos días más tarde, señaló que “resulta injusto confundir el auténtico Pedagógico con un mito de violencia que en nada se condice con la realidad y el espíritu que lo anima”.²⁴

En un clima de generalizado rechazo a la violencia como herramienta política, como era lógico esperar tras el fin de la Dictadura, en algunos casos, los estudiantes repudiaron las acciones de los encapuchados y, en otros, sin llegar a defenderlos, se manifestaron en contra de la crítica a estos. Por ejemplo, en la controversia suscitada en el ex-Pedagógico, luego de los hechos de junio de 1993, los miembros del Centro de Estudiantes dirigido por grupos de la Concertación, realizaron el 24 de junio una actividad de rechazo a los encapuchados en el *campus* de Macul de la UMCE, bajo el eslogan “Estamos aquí porque no estamos ni ahí con la violencia...”. Los estudiantes se dividieron entre quienes apoyaron la actividad y quienes la consideraron como un respaldo a Carabineros. Este último grupo rompió el lienzo central de la actividad, espetando a los organizadores: “¡¿por qué no invitan a carabineros a firmar?!”.²⁵

Pero no fue hasta 1994, en medio de la movilización conjunta de la UMCE y la UTEM contra el cobro de deudas mediante letras bancarias,²⁶ que los estudiantes organizados comenzaron a mostrar distancia abierta con las acciones de los encapuchados. El hecho que motivó dicho distanciamiento público se produjo el 21 de abril. El carabinero de 21 años, Patricio Espinoza

²³ “UMCE: Aquí no hay terroristas”, *La Época*, Santiago, 18 de junio de 1993.

²⁴ Alejandro Ormeño, “El verdadero Pedagógico”, *La Nación*, Santiago, 20 de junio de 1993.

²⁵ “Estudiantes dan ‘filo’ a los violentistas”, *La Tercera*, Santiago, 25 de junio de 1993.

²⁶ Ver capítulo v.

Figueroa, de la 18° comisaría, fue herido en una pierna por una bala que habría sido disparada desde la entrada de la UTEM de Macul con Las Palmeras, en el momento en que encapuchados comenzaban a cortar el tránsito con neumáticos y bombas *molotov*. Carabineros no dio con el autor, pero detuvo a dos estudiantes que, según *La Nación*, “violentamente fueron introducidos en el microbús policial donde fueron golpeados”.²⁷ Rápidamente, la instancia más alta de organización estudiantil de la Universidad, el Consejo de Presidentes de la UTEM, rechazó la violencia y negó el vínculo entre su movimiento y el ataque armado a carabineros.²⁸

De la misma forma, el 23 de abril de 1994, los consejos de presidentes de los centros de alumnos de la Universidad de Chile, la UMCE, la USACH y la UTEM realizaron una conferencia de prensa conjunta para expresar “su más rotundo rechazo a la agresión armada en el acceso a la sede de la UTEM, y reiteraron que estos actos violentistas son cometidos por elementos ajenos a los movimientos pacíficos que están realizando por reivindicaciones”.²⁹ Así y todo, estos actos no significaron un respaldo a Carabineros ni una condena a los grupos más radicales. Casi un mes más tarde, cuando la movilización de los estudiantes de la UMCE y la UTEM continuaba, los alumnos del ex-Pedagógico denunciaron a la prensa la instalación de vehículos de vigilancia de carabineros de punto fijo en las afueras de esta universidad, lo que consideraron “una acción de evidente hostigamiento”, rechazando “todo tipo de amedrentamientos, en especial las amenazas telefónicas” que algunos dirigentes de la UMCE habrían recibido.³⁰

Las grandes organizaciones de la izquierda estudiantil como las JJCC, la SURDA³¹ o los anarquistas, se alejaron de estos grupos, sosteniendo incluso encuentros violentos con ellos por el control de los patios y facultades en momentos de movilización. Públicamente, la izquierda se separó de manera permanente de las acciones de los encapuchados cuando observó

²⁷ “La violencia desvirtuó movilización universitaria en el ex-IPS”, *La Nación*, Santiago, 22 de abril de 1994.

²⁸ *Ídem*.

²⁹ “Universitarios rechazan la agresión armada”, *La Nación*, Santiago, 23 de abril de 1994.

³⁰ “Rechazan venta de ex-Pedagógico”, *La Nación*, Santiago, 18 de mayo de 1994.

³¹ SURDA: Organización política de izquierda radical surgida en 1992, de orientación marxista y autonomista, activa principalmente en las universidades. Se disolvió en 2007. Ver capítulo iv.

cómo su principal garantía de supervivencia como alternativa política, la lucha estudiantil de base, se vio amenazada por el desprestigio social que generaban tales actos. Este mismo sector que en esa época, en conmemoraciones como las del 11 de septiembre casi nunca rechazó la violencia en que terminaban los actos en las facultades, posteriormente se distanció de ella, a pesar de su persistencia hasta el presente en muchos espacios universitarios. No fue sólo cierta madurez de la izquierda y de las organizaciones de base lo que causó esta distancia, sino también un sentido común posdictatorial reinante en importantes sectores de la sociedad de rechazo a las formas violentas. En julio de 1993, algunos estudiantes del “cordón Macul”, entrevistados por el diario *El Mercurio* sobre el tema, dejarían en claro aquel ambiente de rechazo, al comparar la violencia usada contra la Dictadura a aquella practicada por los encapuchados: “No es lo mismo [...] porque venimos de vuelta. Hay democracia y queremos estudiar”.³² Bajo ese nuevo sentido común, la izquierda intentó construir una voluntad de lucha en medio de una sociedad pasiva y dócil, cansada de años de violencia y conflicto. Como veremos más adelante, esta posición generacional fue una de las contradicciones que debió superar la articulación discursiva del movimiento estudiantil.

3 | La crisis institucional de las universidades

Aunque no es parte del tema central de este trabajo –la izquierda y el movimiento estudiantil de los noventa–, es necesario revisar la crisis de las instituciones de educación superior, que encontró uno de sus cenit en 1993, pues completa el cuadro de reconstrucción del movimiento estudiantil en esa década.

En un estudio de la Fundación Terram realizado en 2005, se indicaba:

si consideramos el aporte fiscal total a educación según la ley de presupuesto, observamos que mientras en el año 1990 se entregaban recursos por más de \$500.000 millones, en 2004 el monto asignado llegaba a los \$2,157 billones. De éstos, el aporte directo a la educación superior a través del ministerio corresponde a \$242.000

³² “Culpan a extremistas por mala imagen de la U. Metropolitana”, *El Mercurio*, Santiago, 26 de julio de 1993.

millones, un 11,25% del total en educación [...]. Este porcentaje se ha venido reduciendo progresivamente, ya que en 1991, correspondía a prácticamente el doble.³³

Según este mismo estudio, el aporte en dinero por crédito universitario se reducía al mismo ritmo que la matrícula crecía, todo esto sin que la capacidad de pago de los estudiantes aumentara, lo cual generó una falta de liquidez de las instituciones, que se expresaba en una pobreza permanente de las universidades tradicionales, principalmente las del Estado.³⁴

Por otra parte, ante el creciente abandono de las universidades públicas por parte del Estado, el mismo sistema de crédito universitario de 1987, modificado formalmente en 1994,³⁵ comenzó a constituir la principal fuente de ingresos institucionales promoviendo así el autofinanciamiento. De esta forma, se fue orientando la misión universitaria hacia la búsqueda de más recursos, en los menos de los casos; a la reducción de fondos no rentables (según el esquema imperante), como los de investigación o bienestar; a la tercerización de los servicios como aseo, casinos o seguridad, a las alzas de precios de los aranceles, y a la bancarización de su sistema de préstamos y cobro de deuda.

La falta de financiamiento del sistema público de educación superior, gatillada por las reformas que la condenaban al autofinanciamiento y su subordinación al mercado, se hizo visible en los sucesivos colapsos económicos que aquejaron a los planteles en 1993. En mayo de ese año, la UMCE, agonizante desde su separación como Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, fue declarada por el rector Alejandro Ormeño en “reestructuración”. Como diría el mismo Ormeño a la prensa:

Es un plan similar al que llevó a cabo la USACH [...]. La Universidad tiene una planta aproximada de mil funcionarios, incluyendo el cuerpo académico. La hemos reducido exactamente en 179 personas, de las cuales 60 son académicos [...] ya no se autoriza el pago

³³ Marco Kremerman S., *Crisis en el sistema de educación superior en Chile: análisis y propuestas*, (documento de trabajo), Santiago, Fundación Terram, 2005 pp.19-20. Disponible en: www.terram.cl/docs/Rpp17_educacion.pdf, [consultado el 10 de marzo de 2014].

³⁴ *Ídem*.

³⁵ Ver capítulo iv.

de horas extraordinarias, en lo que se gastaban 200 millones. Otro ejemplo: se van 60 auxiliares y en su reemplazo contratamos un turno completo con una empresa externa que hará el trabajo de aseo por un costo 40 por ciento inferior.³⁶

La misma suerte de la UMCE correrían otras instituciones. La Universidad de Antofagasta despidió a cerca de 60 académicos y a unos 100 funcionarios ese mismo año y por las mismas razones; mientras la Universidad Católica del Norte alegaba un déficit de 400 millones de pesos de la época.³⁷ La USACH también había entrado en reestructuración y el Instituto Profesional de Santiago, al cambiar su carácter a universidad como UTEM, emprendió igualmente medidas de “modernización de la gestión”.

El rector Ormeño, propuso entonces vender uno de los *campus* del ex-Pedagógico, ubicado en la intersección de las avenidas Macul y Grecia, en Santiago, para así resolver la crisis.³⁸ Inmediatamente, con los ánimos ya caldeados, comenzó una movilización de sus estudiantes, reagrupados en torno a colectivos de izquierda, que sobrepasaron a las organizaciones estudiantiles como el Centro de Estudiantes del Pedagógico (CEP), logrando impedir esta venta y produciendo una conmoción entre los académicos, reforzada con la derrota de Ormeño en las elecciones de rector de 1994. Este caso será analizado más adelante con mayor profundidad.

Antes de seguir nos parece importante una aclaración. El colapso institucional de varias de las universidades llamadas tradicionales en 1993 fue un elemento de mucha importancia en la recomposición del sentido de la organización y la lucha de los estudiantes, pero no fue el único gran catalizador. La otra situación permanente, y con el tiempo la más definitiva, que dotó de sentido y continuidad al conflicto en las universidades fue la incapacidad y desidia (y también algo de voluntad de sabotaje) del Estado al administrar un sistema de préstamos estudiantiles, que terminó generando una inmensa masa de estudiantes y sus familias, empobrecidos mes a mes por las cuotas de escolaridad, u obligados a optar por el abandono

³⁶ “Universidad Metropolitana fue declarada en reestructuración”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 30 de julio de 1993.

³⁷ “Despidos en la Universidad de Antofagasta”, *La Tercera*, Santiago, 6 de noviembre de 1993.

³⁸ “Ex Pedagógico se renueva”, *El Mercurio*, Santiago, 17 de octubre de 1993.

de los estudios. Esta distorsión de la misión de instituciones que históricamente se habían considerado “públicas”, abrió una veta crítica respecto del sistema en su totalidad que con el tiempo se fue profundizando.

4 | La crisis de las organizaciones estudiantiles

Danilo Núñez, vicepresidente de la FECH entre 1995 y 1997, y miembro de la Juventud Socialista, comentaba en un reportaje de la revista *The Clinic*, en 2009, que, como vimos, la crisis de la FECH se gatilló en parte cuando ésta empezó a recibir recursos:

Lo que pasa es que a la vuelta de la democracia se incorporó mucha plata a las federaciones, pero éstas no tenían personalidad jurídica y en muchas ocasiones estaba el “guatón de la chequera”, que era el que pasaba los cheques en garantía para los auspicios, que arrendaban los camiones a las facultades, etc. Entonces, en casi todas las federaciones se empezaron a formar grupos que manejaban muchas *lucas* y nadie tenía idea de cuánta plata había, quién las manejaba, etc. Se empezó a generar mucha desconfianza en los alumnos. Desconfianza que se traducía, en las escuelas más alejadas de la FECH, derechamente en críticas y en ausentismo en las elecciones.³⁹

A diferencia de Núñez, creemos que el desarme político y la burocratización que las separó abismalmente de las bases, fueron el caldo de cultivo de la corrupción de las dirigencias estudiantiles en la primera mitad de los noventa. La aparición de dinero fue el detonante de una situación ya latente en ese escenario.

La crisis de la FECH fue la más bullada del país. Luego de la imposibilidad del presidente de la Federación, Álvaro Elizalde de contener las críticas por las múltiples acusaciones de corrupción, su federación terminó el año 1993 prácticamente disuelta. Casi todas las listas se retiraron de la contienda electoral, entre ellas la de la DC, RN y las JJCC, a modo

³⁹ Carla Celis, “En 1993 quebró la JS en medio de la crisis de la federación: el día que MEO fue candidato a la FECH”, *The Clinic*, Santiago, 5 de septiembre de 2009. Disponible online: <http://www.theclinic.cl/2009/09/05/en-1993-quebro-la-js-en-medio-de-la-crisis-de-la-federacion-el-dia-que-meo-fue-candidato-a-la-fech/> [consultado el 5 de marzo de 2014].

de protesta por la situación de la institución. Incluso, la lista de la JS, el PPD (Partido Por la Democracia) y los radicales decidió retirarse “debido a la campaña de amedrentamiento y boicot que se desarrolló en los últimos días”.⁴⁰ Entre estos hechos se cuenta la acción del colectivo “Estudiantes por la Reforma” que se tomó la sede de la Federación para denunciar la actitud de subordinación acrítica de ésta frente al Gobierno.⁴¹ Así, la principal federación de estudiantes del país y de su historia, entró en receso a fines de 1993, manteniendo esa situación hasta 1995.⁴²

No fue el único caso, como hemos dicho, sólo fue el más trascendente. Ya en 1991 había colapsado la Federación de Estudiantes de la Universidad Austral de Chile (FEUACH) en Valdivia, entonces dirigida por la Juventud Socialista, para no levantar cabeza sino hasta 1997.⁴³ En 1993, se denunció que la presidenta de la FEUSACH, Magdalena Alid, asociada al “Colectivo 90”, un grupo escindido por la derecha del Partido Comunista a comienzos de la década, habría “autorizado indebidamente el uso de recursos de la organización para apoyar la candidatura presidencial de Manfred Max Neef” por unos cuatrocientos mil pesos de la época. Según la prensa, habría tenido la complicidad del vicepresidente, Julio Durán y, al parecer, las firmas de los cheques usados habrían sido falsificadas. El diario *Las Últimas Noticias* sintetizó así lo sucedido con el gremio: “Todo hace suponer que el desorden administrativo y la degradación de la práctica política en la Federación, se expresaron en esta crisis, la cual llevó

⁴⁰ “4 Listas boicotean elección de FECH”, *El Mercurio*, Santiago, 28 de octubre de 1993.

⁴¹ “Estudiantes por la Reforma” fue un grupo autónomo de estudiantes de izquierda radical cercano a la SURDA y que actuó especialmente en los *campus* universitarios de Ñuñoa de la UMCE y la Universidad de Chile. Sobre estos hechos, Fabio Moraga V., “Crisis y...”, *op. cit.*, p.197.

⁴² “Durante los primeros meses (octubre de 1995 a febrero de 1996) la FECH poseía básicamente un fax y su timbre histórico, y sesionaba en los locales del Centro de Estudiantes de Geografía en el *Campus* Andrés Bello”. Rodrigo Roco, “La FECH...”, *op. cit.*, p.2. Valga destacar, como ejemplo de la crisis institucional de ese año en la organización estudiantil, que en el archivo de la FECH no existen documentos ni institucionales ni relacionados, correspondientes a 1993.

⁴³ Entrevista con Diego Sáez (presidente FEUACH 1999-2002 y dirigente del movimiento SURDA), realizada el 6 de septiembre de 2012.

al suelo a la directiva y a la legitimidad de la FEUSACH”. La organización estudiantil no se recuperó sino hasta 1996.⁴⁴

En Concepción la situación no fue diferente y en 1994, la dirección concertacionista de la FEC, llevó a la organización al desarme en medio de escándalos por corrupción económica y política, situación no superada hasta 1996.⁴⁵ La FEUC se distinguió de esta crisis, pero la Concertación de la Universidad Católica no. Desde 1994 hasta 1997, el gobierno estudiantil estuvo en manos del Movimiento Gremial (MGUC), ligado a la Unión Demócrata Independiente (UDI), los que mantuvieron una actitud desmovilizadora y ajena al acontecer nacional.

Luego de la crisis de 1993, se instaló una situación desventajosa para el estudiantado, marcada por la desesperación de las universidades por conseguir financiamiento, las que se dirigieron a obtener recursos desde los estudiantes y sus familias; y por otra parte, por una indefensión de los mismos al estar sus organizaciones en receso o crisis. Las universidades tradicionales, especialmente las estatales, salieron de la crisis adaptando sus instituciones a la competencia con los privados, modificando sus prácticas docentes y científicas según el nuevo formato de subsidio estatal a la demanda y de competencia por fondos de investigación. Esta salida implicó, por arriba, un pacto que consagró la universidad autofinanciada y en crisis de la Transición, y, por abajo, una desconfianza cada vez más abierta con las promesas de cambio de la Concertación. La universidad pública, a pesar de su carácter jurídico de propiedad, fue convirtiéndose, cada vez más, en una universidad de mercado en lo que constituirá la base del largo ciclo de luchas estudiantiles de 1992 a 2011.

⁴⁴ “Escándalo en la FEUSACH”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 19 de agosto de 1993; “Falsificación de cheques remece ahora a la FEUSACH”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 21 de agosto de 1993; “Presidenta FEUSACH se declara inocente”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 22 de agosto de 1993.

⁴⁵ Alexis Meza S., “Un tropezón...”, *op. cit.*, pp.211-220.

CAPÍTULO III

Por el derecho a endeudarse: la crisis permanente del sistema público de educación y el sujeto que la enfrentó

En este punto necesitamos detenernos en la base material sobre la cual actuó la subjetividad política que reconstruyó el movimiento estudiantil de los noventa. En el sentido del relato, importa hacerlo ahora, después de revisar la crisis y antes de comenzar a ver el renacer de la organización estudiantil, porque fue precisamente el cambio en esta base material, lo que las juventudes políticas de la Concertación ignoraron y sobre lo cual la izquierda radical se construyó como el actor central del campo estudiantil. Dos preguntas intentaremos responder en este punto ¿Por qué o contra qué se movilizaron los estudiantes desde 1992? y ¿cómo eran, en general, los estudiantes entre 1992 y 2000? Por último, nos proponemos realizar una breve exploración sobre la generación de los noventa.

1 | Financiamiento y crisis

Para responder a la primera pregunta, nos basaremos en un documento de 2005, de la Fundación Terram, elaborado por Marco Kremerman, en que se describe el proceso de crisis del sistema de crédito universitario y en general del sistema público de educación superior.¹ Desde la

¹ Marco Kremerman S., *Crisis...*, *op. cit.* Usaremos este documento como base de esta primera parte por dos razones: porque existen muy pocos, por no decir ninguno, sobre el estado específico de la educación superior de los años noventa que cumplan con el nivel de rigurosidad, perspectiva integral y crítica respecto del problema. Además, porque nos entrega datos sobre el sistema en el marco de sus realidades específicas del período, en que se sucedieron reformas al sistema de financiamiento que nos permiten proyectar los resultados sobre el universo estudiantil e institucional actual (o sea, desde 2006 en adelante, período sobre el que hay muchos estudios) hacia dicha década. En el fondo, el estudio de Kremerman es tanto una fuente primaria como secundaria. Sobre el proceso de conformación del sistema universitario de la Transición, ver María Olivia Mönckeberg, *La Privatización de las Universidades. Una*

perspectiva de este estudio y como ya lo hemos enunciado, dos fueron los elementos que generaron el malestar entre las bases de los estudiantes: el descalabro institucional de 1993 y 1994 y la bancarrota permanente de los créditos estatales.

Si bien los efectos concretos de la crisis institucional de 1993 y 1994 ya han sido abordados, es importante volver sobre el financiamiento de las instituciones en su doble dimensión: el presupuesto y el punto del proceso educacional donde se colocaba el gasto. En el año 2005 y en referencia a los cambios que se llevan a cabo desde 1990 en adelante, Kremerman indica que, si bien Chile presenta un elevado y creciente gasto en educación –al nivel de países desarrollados–, este requiere un desglose más acabado.

Nuestro país gasta un reducido porcentaje del PIB en investigación y desarrollo. Así, mientras el promedio de los países desarrollados asciende al 2,2%, en Chile sólo se destina un 0,5% del Producto Interno Bruto para este sector, nueve veces menos que en Suecia.²

Al deficiente gasto en investigación y desarrollo durante el período en cuestión, debemos sumar otro aspecto del abandono estatal de las instituciones. Mientras en 1991, el ítem “Educación Superior” en el presupuesto anual del Ministerio de Educación (Mineduc) ocupaba el 21,6% del total, en el año 2000 apenas estaba por sobre el 13%.³

El desglose del aparentemente elevado gasto fiscal en educación sigue en el documento de Kremerman revelando un elemento central del malestar estudiantil de los noventa:

Después de la reforma de 1981, el gasto público en educación superior cayó en términos reales un 47% entre 1982 y 1990. Posteriormente, cada año se ha ido incrementando, pero sólo recién

historia de dinero, poder e influencias, Santiago, Copa Rota, 2005; Robert Austin, “Armed Forces, Market Forces: Intellectuals and Higher Education in Chile, 1973-1993”, *Latin American Perspectives*, Vol. 24, n°5, Riverside, 1997, pp.26-58; Guy Burton, “Hegemony and Frustration: Education Policy Making in Chile under the Concertación, 1900-2010”, *Latin American Perspectives*, Vol. 39, n°4, Riverside, 2012, pp.34-52.

² Marco Kremerman S., *Crisis...*, *op. cit.*, p.21.

³ *Ibíd.*, p.19.

en 2001, se pudo recuperar el nivel de gasto que se realizaba en 1980, en un nuevo escenario que fomenta el autofinanciamiento de las distintas instituciones que componen el sistema.⁴

Como vimos más arriba, la falta de recursos estatales provocó la sobredependencia de las universidades del pago de aranceles de matrícula, ya sea a través del dinero estatal de los préstamos o a través del pago directo de las familias, desnaturalizando su función original como centro de producción, debate y enseñanza del conocimiento. A su vez, este descentramiento de los objetivos universitarios, fue produciendo un empobrecimiento de las otras áreas no específicamente comerciales de las instituciones, como la investigación y el bienestar docente y estudiantil. Así se hizo visible en la analizada crisis institucional de 1993 y 1994, pero también en sucesivos y ascendentes intentos, desde los estudiantes, por defender los bienes de la universidad o resistir la mercantilización interna de las instituciones, expresada en la venta de servicios al interior de la comunidad universitaria desde las unidades académicas. Esto será descrito con atención más adelante.

En tal situación de abandono, el sistema público de educación superior en la Transición se financió principalmente con fondos privados. Pero no de los empresarios, los que donaban una muy baja parte del total invertido en educación y principalmente en universidades privadas; sino que principalmente de las familias. Así lo explica el documento de Kremmerman:

Al desglosar el gasto en educación superior, nos encontramos con la misma dinámica privatizadora descrita a lo largo de toda de esta investigación y que se explicita en un 1,7% del PIB aportado por fondos privados y sólo un 0,5% por fondos públicos. Así, Chile se convierte en uno de los países en que menos aporte realiza el Estado a las instituciones que componen el sistema de educación superior, con un 19,6% del gasto total. El porcentaje restante (80,4%) proviene de las familias chilenas, principalmente.⁵

¿En los noventa, cómo financiaban las familias la educación superior? En general, por el pago de aranceles pero también a través de los créditos, los que a la larga se convirtieron en deuda de la nueva familia del deudor,

⁴ *Ibid.*, p.18

⁵ *Ibid.*, p.19.

es decir, el estudiante. Eso, sin contar el gasto de mantener a un estudiante que no trabaja pero sí come, duerme y se viste.

Desde 1981, un decreto con fuerza de ley estableció cuatro vías para el financiamiento desde el Estado hacia las universidades. La primera consistía en el Aporte Fiscal Directo (AFD), el cual se entregaba diferenciadamente de acuerdo a criterios históricos. Durante la década de los noventa, un 5% de ese fondo se comenzó a repartir en función de la “eficiencia” de las universidades. Una segunda vía fue el Aporte Fiscal Indirecto (AFI), el que fue creado, según Kremerman, “como un incentivo a la competencia entre las distintas instituciones que componen el sistema de educación superior chileno”. Es asignado según el número de alumnos con altos puntajes en la Prueba de Aptitud Académica (PAA, actual Prueba de Selección Universitaria, PSU), que cada establecimiento consigue atraer. Son alrededor de 27 mil estudiantes los que portan cada año este subsidio estatal a la demanda de educación superior universitaria. En tercer lugar, el sistema de becas del Estado, que en los años noventa creció y se complejizó hasta constituir, en el presente, una enorme red de pequeños y grandes subsidios “por mérito” a la demanda, de origen estatal y privado. Los principales recursos de este tipo fueron la beca Mineduc (actual Bicentenario), otorgada a alumnos con mejores puntajes en la PAA y por sus notas de enseñanza media, y la beca Juan Gómez Millas, que beneficiaba a alumnos destacados que demostrasen una “situación económica deficitaria”. Por último, está el Crédito Universitario, el sistema de préstamos estatales que existió hasta 2005, y que requiere una revisión más larga.⁶

Los fondos del Crédito Universitario inicialmente se repartían entre las universidades, en base a lo que recibían las mismas a modo de aporte estatal hasta 1980. Las condiciones establecían un interés anual del 1%, con diez años de plazo para el pago y dos de gracia, posterior al egreso. Pero en 1987 es derogado parte importante del decreto inicial a través de la Ley 18591, constituyéndose los Fondos de Crédito Universitario (FCU), administrados por las universidades. Esta medida profundizó la desnaturalización institucional: no sólo debían conseguir matrículas en el mercado, también debían efectuar tareas de préstamo y cobranza de deudas. Por otra parte, este elemento se volvió determinante para el manejo de los

⁶ *Ibid.*, pp.15-20.

conflictos estudiantiles, ya que las autoridades podían asignar, reasignar, aumentar o entregar parceladamente los créditos como medida de negociación ante el malestar de los estudiantes. Recién cuando este fusible saltaba, el movimiento se volvía una interpelación general al Estado.

Finalmente, en 1994, se crearon los Fondos Solidarios de Crédito Universitario, mediante la Ley 19287, sistema que operó, con algunas reformas menores fruto del conflicto mismo, hasta 2005. Este se basó en la entrega de fondos desde el Mineduc a las 25 universidades del Consejo de Rectores.⁷ El monto de estos fondos se definía según la situación socioeconómica promedio de los estudiantes de la institución y la proporción de los alumnos más pobres que lograba “captar”. Además de estos recursos, siempre escasos como veremos, las universidades dependían también de otros financiamientos igualmente difíciles de obtener, como la recuperación de los préstamos a los estudiantes ya titulados. Con este sistema era posible que dos estudiantes de igual situación socioeconómica pero de distintas instituciones, pudieran obtener desigual asignación de préstamo.

Sus características como crédito eran bastante blandas: un interés fijo de 2% anual, un plazo de doce a quince años para saldar la deuda, a cuyo término podía ser condonada. No permitía pagos superiores al 5% del ingreso mensual del deudor, y si no percibía ingresos o eran inferiores a seis Unidades Tributarias Mensuales (UTM)⁸, se suspendía el cobro. Para conseguirlo sólo se necesitaba ser chileno, estar matriculado en una universidad del Consejo de Rectores, acreditar la pobreza como impedimento del pago del arancel, tener un puntaje igual o superior a 450 puntos en la PAA y llenar el “Formulario Único de Acreditación Socioeconómica” (FUAS), que se entregaba al matricularse, junto a una entrevista con un trabajador social de la universidad.⁹

No fueron estos criterios el principal motivo para la extensión del conflicto. Además, como préstamo, el sistema mismo era bastante amable

⁷ El “Consejo de Rectores” agrupa a los rectores de las veinticinco universidades (llamadas también “tradicionales”) fundadas o herederas de las existentes previo a los cambios en el sistema, ocurridos en la década de 1980.

⁸ Unidad de cuenta que se actualiza según la inflación, usada en Chile para efectos tributarios y para multas.

⁹ Marco Kremerman S., *Crisis...*, *op. cit.*, pp.15-16.

comparado con el “Crédito con Aval del Estado” que lo reemplazó. Si hubo conflictos con el sistema de préstamos estatales fue por la escasa cantidad de dinero asignada y el aumento simultáneo del precio de las matrículas. Según el estudio de Kremerman:

Al analizar la distribución de los fondos por crédito y la cantidad de beneficiados entre 1990 y 2002, podemos observar que mientras al comienzo de la década pasada, 71.986 estudiantes recibían un aporte promedio de \$378.340, en 2002 los beneficiados eran 113.263 jóvenes (46,5% de la matrícula total en las 25 universidades del Consejo de Rectores) con un promedio de \$426.079.

El problema es que el arancel promedio de todos los planes de estudio de este conjunto de instituciones para el año en cuestión alcanzaba el valor de \$1.295.868. Es decir, el aporte estatal permite cubrir un tercio del monto total a pagar mes a mes por los alumnos.¹⁰

2 | Un nuevo sujeto: características de los estudiantes entre 1992 y 2000

Contestada la pregunta por el motivo principal de las movilizaciones estudiantiles de la década de los noventa, podemos avanzar hacia la segunda de las interrogantes ¿cómo eran, en general, los estudiantes entre 1992 y 2000?

Para reconocer ciertas generalidades entre los estudiantes universitarios del período, revisaremos la tesis de licenciatura del sociólogo Víctor Orellana Calderón, quien establece una muy bien lograda descripción de los “viejos y nuevos profesionales”, nombre con que titula su estudio.¹¹ Durante el período de nuestro análisis (1987-2000), la matrícula total en la educación superior, pasó de 200 mil alumnos a más de 400 mil para el cambio de milenio. Este ascenso no fue un proceso uniforme, como bien lo destaca Orellana:

En una interpretación más general, se pueden distinguir tres períodos: la década de los ochenta, marcada por un alza de toda la

¹⁰ *Ibid.*, p.21.

¹¹ Víctor Orellana C., *Nuevos y viejos profesionales en Chile. Impacto de la educación superior en la estructura social (1983-2010), elementos para una interpretación sociológica* (Tesis para optar al título profesional de sociólogo, Universidad de Chile, 2011).

matrícula privada, la década de los noventa y parte de la del dos mil, donde tal tendencia de crecimiento se detiene en las instituciones técnico profesionales y se concentra en las universidades, y finalmente, un tercer período que se origina en 2006, donde las universidades privadas se estancan y crecen las instituciones técnico profesionales, todo lo anterior en un contexto de caída relativamente constante de la matrícula del Consejo de Rectores, so pena de la excepción comentada de la década de los noventa.¹²

Para el subsistema universitario del Consejo de Rectores, donde se concentra el grueso del movimiento estudiantil del período que revisamos, los datos presentados por Orellana hablan de una caída desde el 60% de la matrícula en 1983 a una cifra cercana al 45% en 1990, y fluctuando entre el 40% y el 50% durante toda la década. Como indica Orellana, la irrupción de la matrícula privada en la primera década del presente siglo, casi igualó ambos subsistemas con alrededor del 35% del total de la matrícula cada uno.¹³

La edad de los estudiantes durante este período se concentró mayormente entre los 18 y 23 años, aunque al mismo tiempo, la edad promedio de los alumnos pasó de 21,9 años en 1990 a 23,4 en el 2000. En estos años, la proporción de jóvenes que entraron a la educación superior pasó de estar en torno al 15% en 1990 al 25% en 2000. Si bien en 1990 los hombres constituían cerca del 55% del total de la matrícula, hacia el siglo XXI dicha proporción se fue haciendo coherente con la distribución general de la sociedad chilena.¹⁴

Muchos de ellos son migrantes. Han debido viajar desde zonas donde las universidades no tienen el mismo prestigio que las de la capital o simplemente no hay. Según Víctor Orellana:

Las cifras de inmigración tienden a aumentar en las zonas centrales y a disminuir en las extremas. Esto porque como se sugiere, las universidades que despiertan mayor deseabilidad (primeras postulaciones) se concentran en la zona central, al mismo tiempo que crece la demanda de manera general en todo el país.¹⁵

¹² *Ídem.*

¹³ *Ibid.*, p.115.

¹⁴ *Ibid.*, pp.118-120.

¹⁵ *Ibid.*, p.126.

Su origen socioeconómico se ha democratizado en el período, según Orellana “como fenómeno general, el perfil del estudiante se ha desplazado de un carácter social elitario y restrictivo a uno de tipo más amplio”. En los noventa, los sectores altos de la sociedad ya no podían aumentar su participación en la educación superior, creciendo fuertemente las capas medias, las que –sabemos– se han nutrido en gran parte de sectores nuevos, “ex-pobres de los ochenta”, nuevos profesionales, etc. La universidad dejó de ser así un campo elitario para convertirse en uno de masas, principalmente de capas medias en proceso de recomposición histórica. A pesar de la escasa participación de los sectores populares en las universidades tradicionales, es importante notar que su paulatina incorporación fue bastante significativa. Desagregado por quintiles, entre 1990 y 2000 la cobertura de la educación superior aumentó en los sectores más ricos del 35% al 53,2%, lo que según Orellana constituye su punto de saturación. En los sectores medios, prácticamente se duplicó: el III quintil pasó del 10% al 21% y el IV del 18% al 32%. Misma situación ocurrió en los sectores más pobres (I y II quintil), donde también se duplicó la cantidad de estudiantes. De este modo, mientras la proporción de estudiantes de sectores acomodados crece a un ritmo muy menor, es en los sectores más pobres donde aumenta notoriamente la cantidad de jóvenes en las universidades, durante estos años, especialmente, entre las que reciben Aporte Fiscal Directo. Así y todo, aunque significativa, su presencia sigue siendo menor en la totalidad de la matrícula, y el grupo social que más crece, en la década de los noventa, se asienta en las capas medias.¹⁶

En resumen, citando a Orellana,

Los cambios en las instituciones de educación superior de las últimas décadas, y en particular la acelerada expansión de su cobertura, han producido un escenario completamente distinto en tres décadas. Se ha pasado desde un sistema fuertemente controlado por el Estado a uno privado, y el perfil del estudiante ha variado de un tipo fundamentalmente masculino, joven, de sectores sociales altos y medio-altos y sin mayor movilidad inter-regional, a otro en donde la cobertura no establece diferencias en términos de sexo, se observa

¹⁶ *Ibid.*, pp.127-134.

una mayor dispersión etaria, con alta movilidad regional y de gran –además de creciente– amplitud social.¹⁷

Podemos decir que el movimiento estudiantil, en los noventa y después también, tuvo una forma, y fue producto, de un contexto social, político, institucional y económico que hizo que no encajara en las tradicionales representaciones de las capas medias, a saber, los partidos de centro como la Democracia Cristiana o del progresismo liberal, como el Partido Socialista renovado. Eran nuevos grupos y su malestar no encontró oídos sino entre la izquierda radical estudiantil, la única dispuesta a criticar la nueva realidad de la Transición. Su situación material, distinta a la del estudiantado típico del siglo xx, fue minando la unidad de las capas medias en torno a la siempre incompleta y crítica modernización neoliberal que dirigió la Concertación, proceso que fue su partera, y también el origen de su malestar. Estos sectores fueron desacoplándose del polo concertacionista y de la tesis de la promesa de movilidad social vía inversión en educación, y comenzaron con una crítica a los excesos más drásticos del neoliberalismo, específicamente en el campo educacional, aunque no a su sustancia. En el fortalecimiento de esta crítica, la dirección de la izquierda radical comenzó a hacerse hegemónica.

Pero cabe aún un alcance sobre esta hegemonía: a pesar de que las organizaciones de izquierda fueron ganando sostenidamente la mayor parte de las elecciones de federación desde el primer tercio de la década de los noventa, y la cultura de los estudiantes organizados seguía siendo “izquierdista”, centrada en las formas del período clásico de los años sesenta y hasta 1973, existía también otro término en esta relación, que entraba en contradicción: era la cultura juvenil de masas de los años noventa, muy determinada por el acceso al consumo de manufacturas de origen global y por el rechazo a la política organizada. A través del tiempo, ambos campos mantuvieron cruces y también distancias. Así, las semanas “mechonas” o las actividades de bienvenida a los nuevos estudiantes organizadas por directivas de federaciones de izquierda radical, contemplaron fiestas y música comercial en algunos días, mientras en otros se realizaban recitales que incluían bandas de rock de conocida posición contestataria, como

¹⁷ *Ibíd.*, p.138.

Sol y Lluvia, Los Miserables, Fiskales Ad-Hok, La Floripondio, entre otras. En otros casos, como en la conmemoración del 11 de septiembre o en los días de movilización, la solemnidad propia del evento se sumaba a una profunda seriedad de la izquierda, donde ni la música ni las consignas eran dejadas al azar. En las tomas de facultades o *campus*, especialmente donde dominaban las Juventudes Comunistas, la disciplina, el establecimiento de “ley seca”, los horarios de acceso y salida y otros controles del territorio, intentaron contener, con éxito en muchas ocasiones, el espíritu lúdico, recreacional o festivo de los estudiantes no militantes.

Estos cruces denotan la ausencia de una síntesis entre ambos campos, y más bien, el aprendizaje que la izquierda radical estudiantil tuvo que hacer, a duras penas, para transformarse a sí misma y seguir siendo representante de un malestar que poco tenía que ver con los conocimientos clásicos utilizados para interpretar al movimiento estudiantil. Ya no eran los tiempos en que su mayoría estaba compuesta por una mesocracia segura de su futuro gracias a su paso por la universidad. Eran los tiempos de la universidad de masas, en que el sistema privado esquilmba a los estudiantes y el sistema público los endeudaba a cambio de salas ruinosas y laboratorios paupérrimos, todo para caer en las fauces de la inseguridad y la precariedad laboral al egresar. En la universidad de masas se formó el movimiento estudiantil de masas del siglo XXI: endeudado, con un futuro incierto, muchas veces frustrado, aprendiendo que la etiqueta “profesional” o “clase media” puede llevar aparejada la pobreza y el malestar.

CAPÍTULO IV

La reconstrucción “en caliente” del movimiento estudiantil (1992-1996)

Los años que van desde las primeras protestas estudiantiles en los nuevos gobiernos civiles, en 1992, a la ruptura de relaciones entre las autoridades académicas y las organizaciones estudiantiles, en 1996, constituyen un período clave no sólo para las características del movimiento estudiantil sino para su existencia misma en el siglo XXI.

Al comienzo de los noventa, las franjas organizadas del movimiento estudiantil se podían contar apenas en decenas en la mayoría de los *campus*. Por su parte, la militancia de izquierda se encontraba desmoralizada, confusa, carente de certezas y doblemente derrotada (en 1973 y en 1986-1990). En ese marco adverso, la urgencia de enfrentar la crisis del sistema de educación pública en su conjunto, llamó a la acción al deshuesado movimiento estudiantil. En soledad, sin apoyo de los grandes partidos, sin fondos monetarios de importancia ni reconocimiento de las autoridades de las universidades, y sin un sentido histórico, el movimiento estudiantil—especialmente el de izquierda—debió reinventar lo viejo, rehacer antiguas nociones teóricas y reafirmar la voluntad política para pensar una lucha social que pudiera sobrevivir en el “fin de la historia”. Las organizaciones estudiantiles no sólo se refundaron en aquellos años, también se reinventaron como lucha social en muchos sentidos.

La izquierda estudiantil que sobrevivió a la descomposición de comienzos de la década, no tuvo tiempo para reflexionar fríamente, por el contrario, debió armarse mientras intentaba conducir la refundación del movimiento mismo. Este proceso se hizo en diálogo con bases que manifestaban escaso interés en los temas de fondo que planteaba la izquierda, pero que se mostraban radicalizadas en las luchas gremiales. En la opaca década de 1990, los estudiantes organizados enfrentaron un conflicto que determinó y cambió tanto a la izquierda como al movimiento estudiantil. Desde 1992, los sectores más radicalizados de ella fueron asumiendo la dirección de las luchas gremiales de los estudiantes en medio del vacío

político que dejaba la actitud defensiva que tuvieron las juventudes de la Concertación. La izquierda fue resolviendo su propia crisis de sentido e incidencia en los patios de las universidades pero ha minimizado su propia experiencia ya que ni siquiera después de 2011 ha realizado una reflexión serena sobre la anomalía de esta movilización social, colectiva y reivindicativa, en los años de mayor consenso neoliberal.

Esta “oportunidad de dirección” del movimiento estudiantil se nutrió de la conflictividad que creció por la base en la medida que escasearon los recursos, ya sea para créditos de estudio o para financiar el funcionamiento de las instituciones. La reconstrucción de las organizaciones gremiales se vio fuertemente determinada por la necesidad de contar con mejores instrumentos de lucha en un conflicto que se demostró prolongado. A su vez, dicha reconstrucción fue también una apuesta de la izquierda ante la creciente presencia de sus dirigencias en las luchas del movimiento estudiantil. Como veremos, izquierda, movilización y organización estudiantil eran partes del todo en el proceso de refundación del movimiento estudiantil entre 1992 y 1996. Y es por la fortaleza de esa articulación de elementos que el movimiento de esos años pudo romper con los límites del viejo movimiento estudiantil (pequeño, muy elitario y fuertemente determinado por las necesidades de la pequeña política tradicional). A la vez, y a partir de una revalorización de su herencia libertaria, fue la base de un movimiento que articuló masas y se ancló tanto en los malestares de la descomposición irreversible de las viejas capas medias como en la acelerada conformación de los nuevos sectores populares. En este capítulo veremos cómo las demandas políticas del movimiento estudiantil se fueron asentando sólidamente en el malestar creciente en la base, cotidiano y familiar, caldeado en la mercantilización de lo que se comenzó a entender por derecho a la educación.

1 | El divorcio estudiantil con la Concertación: las protestas de 1992

En 1992, como ya hemos dicho, se produjo la primera movilización general de estudiantes de todo el país bajo los recién estrenados gobiernos civiles. El motivo fue lo exiguo de los montos asignados por crédito universitario a los estudiantes de las casas de estudio tradicionales, los que casi nunca alcanzaban a cubrir la demanda o lo hacían solo en una parte

menor del arancel de matrícula. La movilización comenzó en la UMCE (ex-Pedagógico), durante el primer semestre y se extendió por más de un mes, luchando en solitario contra las autoridades de esta casa de estudios, a las que se responsabilizaba por los escasos montos y créditos asignados. Se inauguraba así otra práctica tradicional del ciclo de conflictos por el crédito para estudiar: las rectorías saltaban como primer fusible, en donde a veces era contenido el conflicto y en otras ocasiones era desbordado para enfrentarse al Ministerio de Educación.

Otra característica particular de este conflicto fue la relación que se estableció entre los estudiantes de la UMCE y la FECH. Si bien en esos años el ex-Pedagógico tenía una organización propia (el CEP), aún votaba por el presidente de la FECH y participaba de sus espacios resolutivos. Pero cuando solicitaron su intervención y participación se encontraron con dos problemas. Primero, la desnutrición de masas de las organizaciones producto del alejamiento de la directiva de los problemas de sus bases, hecho reconocido por sus propios dirigentes, como Arturo Barrios. En segundo lugar, la militancia de Barrios y de la dirección de la FECH en la JS y otros partidos de gobierno, hizo que estos desistieran de enfrentarse a un Gobierno que sentían como propio y especialmente a un ministro, como Ricardo Lagos, que era parte del mismo partido.¹

Esto significó que, a pesar de la presión de las bases, la FECH decidió no sumarse a las movilizaciones de 1992, perdiendo la posibilidad de dar conducción nacional al conflicto. Tanto porque se encontraron con este vacío de dirección como porque los estudiantes comunistas se habían propuesto atacar la figura de Ricardo Lagos, líder natural de la izquierda dentro del Gobierno y la Concertación y a la sazón ministro de Educación, desde un principio la *Jota* apostó por conducir la movilización. El repliegue de la FECH le permitió a esta y también a la nueva izquierda que comenzaba a articularse entre el movimiento estudiantil, liderar libremente lo que se convirtió en un doble descontento: con el Gobierno por la falta de fondos

¹ Así lo destaca tanto Rodrigo Roco en 2005, como Fabio Moraga en 2006, los dos, además de ser autores sobre textos del período (Moraga es, además, especialista sobre el tema), fueron testigos y actores de dichos hechos. Rodrigo Roco, “La FECH..., *op. cit.*”, p.54; Fabio Moraga V., “Crisis..., *op. cit.*”, p.194.

para el crédito universitario y con los dirigentes afines a la Concertación por abandonar a sus bases.²

Esta situación no se limitó únicamente a la capital. El mismo año 1992, en Concepción, las movilizaciones estudiantiles también fueron contenidas por las juventudes de la Concertación. Así, mientras en la Universidad de Concepción, donde la JS era fuerte en la Federación, hubo sólo algunos paros, en la Universidad del Bío-Bío (UBB) y en la Universidad Técnica Federico Santa María, sede Talcahuano (UTFSM), en cambio, la movilización fue bastante activa. Esta situación no pasó desapercibida en la Universidad de Concepción, especialmente entre los estudiantes de izquierda, que vieron cómo las juventudes concertacionistas abandonaban a sus bases en la lucha contra el Gobierno:

El llamado de la Concertación fue de irse para la casa, cosa que dirigentes de la Concertación en las universidades supeditaron, continuando con la política de decir que ahora las organizaciones estudiantiles tienen que ser más eficientes que luchadoras y para ser eficientes tienen que parecerse a una empresa. Entonces empezó a operar una política, ni burguesa diría yo, una política infantil respecto de las Federaciones que se basaba en la administración del recurso y en las decisiones de cúpula.³

Otras opiniones de estudiantes de la misma Universidad de Concepción en el período confirman esta percepción:

Muchos de nosotros empezamos a hacer una lectura ahí. Aquí lo que está pasando es esto: la Concertación mandó a la gente *pa'* la casa, y a los estudiantes, estos *locos* después de 2 años, en que nosotros ya queremos empezar a pasar boleta [...] están todavía pidiendo que la gente se espere.⁴

A pesar de que se redactó una nueva legislación sobre el crédito universitario, que se aprobaría en 1994 (el 4 de febrero se aprobó la Ley 19287

² Fabio Moraga, "Crisis y...", *op. cit.*, pp.193-194.

³ Entrevista de Alexis Meza S. a Eduardo Ampuero, estudiante de Pedagogía en Español, militante de la JJCC, ex secretario general de la FEC (1996-1997). En Alexis Meza S., "Un tropezón...", *op. cit.*, p.214.

⁴ Entrevista de Alexis Meza S. a Javier Sandoval, estudiante de Pedagogía en Español 1992-1998, militante de la SURDA y presidente de la FEC 1996-1997. *Ibid.*, p.212.

“de Fondos Solidarios”⁵), las movilizaciones de 1992 tuvieron un escaso impacto político y social fuera de los *campus*, mientras que dentro de ellos no hay indicios de que hayan alcanzado a constituir un hito de masas. En cambio el efecto fue grande entre los estudiantes organizados y también entre quienes por primera vez, volvían a movilizarse desde la Dictadura. Así, a pesar de que los estudiantes en su mayoría volvieron a votar por la Concertación en las elecciones de federaciones de todo el país a finales de 1992, los *quórum* bajaban a la misma velocidad que avanzaba la descomposición del viejo movimiento estudiantil. En medio de esta debacle, la izquierda radical anotó su primer triunfo: mostró la incoherencia de las promesas democráticas y sociales de la Concertación para llegar al poder respecto de su actuar en el Gobierno y hacia los estudiantes y las alicaídas instituciones públicas de educación superior. La crítica a esta contradicción tuvo sus réditos cuando la movilización logró algunos triunfos respecto de los fondos del crédito universitario y de esta forma, la izquierda estudiantil que la había encabezado, pudo mostrarse como una alternativa eficiente, poseedora, a la vez, de un discurso coherente en la dirección de las luchas estudiantiles.

2 | La reemergencia de la movilización como contraparte de la mercantilización (1993-1994)

Como hemos visto, la negativa de las organizaciones dirigidas por la Concertación a enfrentarse al Gobierno y a las autoridades institucionales en 1992, fue una de las causas directas de la crisis de legitimidad y de organización que vivieron casi todas las federaciones del país, especialmente en el año 1993. La izquierda fue aprovechando desde entonces el vacío de poder en la organización estudiantil, originado en la entrada “en receso” de una importante cantidad de federaciones y fue creciendo como conducción “de hecho” del descompuesto pero activo movimiento estudiantil, a costa del espacio político que dejaban organizaciones como la Juventud Socialista y la Democracia Cristiana Universitaria (DCU), lo que se vio facilitado por su incapacidad para otorgar una línea política a la movilización estudiantil, cuando tras los años de lucha antidictatorial

⁵ Ver capítulo III.

se encontraron integrados a la misión del Gobierno, estrategia que se contraponía en la teoría y en la práctica a las necesidades directas y formas de lucha social de los estudiantes. Por último, las cabezas históricas del movimiento estudiantil estaban deslegitimadas ante sus bases y la opinión pública debido a los casos de corrupción que se confirmaron en muchas federaciones, las que en su amplia mayoría eran dirigidas por las juventudes de la Concertación. En esta situación, la crisis institucional que se abrió desde 1992 y que como tema central se mantuvo hasta 1997, junto al problema del crédito universitario,⁶ fue el elemento catalizador de una nueva generación de luchadores estudiantiles.

La mayoría de los estudiantes que empezaron a participar de los paros, marchas y tomas no eran militantes y no estaban motivados por las ideologías políticas —las que en 1994 cargaban con un muy bien publicitado certificado de defunción—, ni por alguna moda activista como las que anunciaba Brunner en 1985. Si observamos las movilizaciones estudiantiles que hemos registrado y revisamos aquellas que ocurrieron con posterioridad a la crisis de las federaciones de 1993, se constata que los estudiantes se movilizaron, principalmente, para evitar o mitigar las consecuencias que había generado el autofinanciamiento de las instituciones públicas y la mercantilización del derecho social a la educación. Nos referimos a la venta de terrenos y edificios; a la bancarización de la relación entre la universidad y los estudiantes —disparo al corazón de la idea de comunidad universitaria—; a la pauperización o incluso desaparición de los sistemas y servicios de bienestar; la precarización de la planta docente; etc.

Más arriba hemos sostenido que tanto el deterioro institucional como la crisis permanente del sistema de créditos universitarios estuvieron a la base del malestar estudiantil. En las siguientes páginas veremos que la respuesta a la crisis por parte de las rectorías —otorgada justo a tiempo por la tecnocracia neoliberal de dentro y fuera del Gobierno y el Mineduc— fue buscar recursos en las alzas de aranceles, la reducción de los préstamos estudiantiles y la venta de la deuda estudiantil a la banca.

La crisis del ex-Pedagógico, ya tratada en páginas anteriores, se reactivó en enero de 1994. El día 2 de ese mes, *El Mercurio* llamaba la atención sobre la crítica de “Tres asociaciones gremiales” que culparon al rector

⁶ Ver capítulo III.

Alejandro Ormeño de haber llevado adelante “una gestión inadecuada en el plano financiero”. La autoridad respondió que “la anomalía proviene de un desequilibrio estructural mayor”. La misma nota establecía que las alarmas sonaron cuando no se pagaron oportunamente las remuneraciones de diciembre de 1993. Ante el no pago de sus salarios, las asociaciones gremiales de académicos, de funcionarios y de docentes del Liceo Manuel de Salas firmantes,⁷ declararon

que con este hecho culmina la crisis de la gestión rectorial del señor Alejandro Ormeño, demostrada, entre otros aspectos, por el creciente endeudamiento que desde 1990 ha venido afectando a la institución sin que exista una transparente información al respecto.⁸

Un editorial del mismo medio, publicado el 14 de enero, indicaba que

el problema es de una envergadura mucho mayor y consiste en un incremento del gasto institucional desde 1990 [...] lo esencial es encuadrarse en el presupuesto disponible, ver formas de generar recursos propios y, por cierto, intentar la recuperación del crédito universitario adeudado por los alumnos, si bien la profesión pedagógica es mal remunerada en Chile, lo que afecta en particular a los docentes recién titulados.⁹

Esta recetas de autofinanciamiento no eran nuevas, el mismo medio citado resaltó en marzo de 1994 cómo la Universidad de Chile obtuvo un 70% de sus recursos de 1994 en el mercado, es decir, se autofinanció. En la prensa, se señalaba que el monto en dinero correspondía a unos 100 millones de dólares de la época y se subrayaba cómo el Estado repartiría focalizadamente nuevos fondos a las universidades estatales, en la misma medida que reducía los aportes basales.¹⁰

⁷ Firmaban los docentes del Liceo Manuel de Salas, pues desde 1981 este colegio (que hasta 1942 dependía de la Universidad de Chile), había pasado, junto al Pedagógico, a formar parte de la UMCE. El 2002, mediante una ley, el Congreso ordenó el retorno de su administración a la Universidad de Chile.

⁸ “Preocupa sería crisis económica de la UMCE”, *El Mercurio*, Santiago, 2 de enero de 1994.

⁹ “Crisis pedagógica”, *El Mercurio*, Santiago, 14 de enero de 1994.

¹⁰ “Ues tendrán aportes fiscales ante necesidades específicas”, *El Mercurio*, Santiago, 31 de marzo de 1994.

En el primer año luego de la crisis de la FECH de 1993, por lo tanto sin la organización para la defensa estudiantil, y en medio de una crisis financiera de proporciones, no fue raro que la UMCE, la recién creada UTEM y la Universidad de Chile, decidieran establecer un sistema de letras bancarias para cobrar las deudas a alumnos y a egresados. A pesar de la carencia de una organización centralizada, los estudiantes intentaron resistir desesperadamente el vendaval liquidador de la universidad. El 11 de abril se tomaron algunas sedes de la UTEM en contra de la aplicación de las letras bancarias. Pedían “retornar al antiguo sistema de pago, mediante papeletas en cuotas fijas y sin intereses”. Los dirigentes de base del ex-IPS indicaron entonces a la prensa que:

Ahora hay alrededor de mil 200 mechones que postularon al crédito y se les dio uno “autoritario”, de la noche a la mañana, sin conocer su situación económica real y ahora a muchos de ellos les están protestando las letras de pago, que vencían el 30 de marzo, en circunstancias de que los avisos recién les llegaron en abril.¹¹

La prensa también notó que los estudiantes afectados con los “protestos” sumaban alrededor de dos mil quinientos, del total de seis mil que había en la universidad. El entonces rector Luis Pinto sostuvo que: “su única obligación [refiriéndose a los estudiantes] es firmar documentos y la flexibilidad ha sido permanente”.¹² La firme decisión de traspasar a los alumnos los costos de la crisis universitaria significaba la permanencia de los criterios de administración pública heredados de la Dictadura en aquel primer lustro de gobiernos civiles. La nueva relación individuo-empresa que comenzó a operar a la hora de cobrar las deudas estudiantiles contraídas ante una universidad arrojada al autofinanciamiento, fue visible en las palabras de la directora de administración y finanzas del plantel, Nolfá Ibáñez, para quien “las dificultades de pago que eventualmente pudieran enfrentar algunos estudiantes no se resuelven modificando el sistema de cobranzas”, añadiendo que existía “plena disposición a revisar situaciones individuales de alumnos que acrediten su incapacidad para cumplir los compromisos asumidos.”¹³

¹¹ “Por aranceles se toman el ex IPS”, *La Nación*, Santiago, 12 de abril de 1994.

¹² *Ídem*.

¹³ “U. Metropolitana mantendrá cobranza con letras bancarias”, *La Época*, Santiago, 15 de abril de 1994.

La movilización se incrementó y las cinco sedes de la universidad se encontraron ocupadas el 14 de abril. Pero en 1994, las franjas organizadas del movimiento de las universidades de Santiago, al parecer habían entendido que las ocupaciones los ponían en riesgo de quedar encerrados en los *campus*, y reaccionaron a ello intentando hacer públicas las demandas sin dejar las tomas. El dirigente de los estudiantes de la UTEM, Alexis Gutiérrez, explicó que con sus movilizaciones buscaban:

no sólo dejar la toma al interior de los planteles, sino que sacarla a la calle, en forma responsable, y parar el tráfico. Es decir, mostrar el conflicto hacia la gente incluso con rayados en los muros del plantel central.¹⁴

También la demanda escaló, los estudiantes exigieron la salida del rector y dos días más tarde los académicos organizados los apoyaron en su movimiento.¹⁵

En la misma quincena de abril se sumaron los estudiantes de la UMCE. El motivo era el mismo: protestar contra el sistema de pago con letras bancarias. El 19 de abril, luego de un intento de toma del *campus* de Macul, y que fue desalojado por carabineros, unos cien alumnos ocuparon pacíficamente la rectoría de la Universidad. Tras obtener el compromiso de una mesa de negociación entre estudiantes y las autoridades del ex-Pedagógico, los universitarios abandonaron la ocupación.¹⁶ En los mismos días, los estudiantes de la UTEM realizaron importantes muestras callejeras de movilización. Algunos de ellos se encadenaron en el Ministerio de Educación, y dos detenidos fueron pasados a la justicia militar. La prensa indicó que ambos habían sido golpeados por carabineros “uno de ellos con esguince en la mano y el otro, contusiones en la cabeza”.¹⁷ Esta respuesta represiva –incluido el paso por los tribunales militares– se convirtió en una práctica extendida contra las movilizaciones estudiantiles de los años noventa. Ante ello, el 20 de abril, los estudiantes de la UTEM se manifestaron de dos

¹⁴ “Académicos apoyan a estudiantes”, *La Nación*, Santiago, 16 de abril de 1994.

¹⁵ “Dirigentes de la UTEM piden salida del rector”, *La Época*, Santiago, 14 de abril de 1994; “Académicos apoyan a estudiantes”, *La Nación*, Santiago, 16 de abril de 1994.

¹⁶ “La tensión abrió camino al diálogo en la UMCE”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 20 de abril de 1994.

¹⁷ “Universidad puertas afuera”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 21 de abril de 1994.

formas. Primero, a las 6.45 horas de la mañana, según consignó la prensa, sacaron varias sillas y escritorios desde la sede Macul y los colocaron en la calle, obstruyendo el tránsito por el sector. Carabineros se vio obligado a despejar la calle, sin encontrar resistencia ni defensa de las ilustradas barricadas. Horas más tarde, al mediodía, unos cincuenta estudiantes llegaron hasta el Ministerio de Educación, para protestar por la acción de Carabineros contra sus compañeros. En ninguno de los hechos se registraron detenidos o heridos.¹⁸

Pero la sangre llegó al río, literalmente, en los incidentes del 21 de abril:¹⁹ un carabinero fue baleado desde un *campus* de la UTEM. La gravedad de este hecho influyó en un proceso de acercamiento entre los estudiantes y las autoridades y el 25 de abril, un acuerdo selló el final del movimiento. Este incluyó la formación de una comisión bipartita que buscaría “otros instrumentos financieros que permitan a la UTEM disponer de los recursos necesarios para cumplir sus compromisos y mejorar su infraestructura”, y fue firmado por el rector de la UTEM, Luis Pinto, y el presidente del Centro de Estudiantes, Alexis Gutiérrez.²⁰ El último remanente de conflicto en la UTEM, la toma de la sede de la Escuela de Trabajo Social, se entregó el 25 de mayo, tras la renuncia del rector. En su lugar asumió un rector subrogante, Manuel Hevia, quien llegó rápidamente a un acuerdo con Dante Pancani, vocero de los estudiantes en toma.²¹

En la UMCE, el 25 de abril se completaron varias semanas de paro y una de toma, y entre cien y ciento cincuenta estudiantes permanecieron en el *campus* ocupado esos días. A diferencia de la UTEM, la UMCE llevaba mucho más tiempo en crisis y sus autoridades veían como última salida para obtener recursos –y en un marco ideológico muy neoliberal– recurrir a la bancarización de las deudas estudiantiles. Así, ya muy agotados por la duración de la movilización, los estudiantes decidieron deponer la medida de presión el 3 de mayo, aceptando una propuesta que, para el dirigente

¹⁸ *Ídem.*

¹⁹ Ver capítulo II, punto 2.

²⁰ “Retorno a clases en la UTEM”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 26 de abril de 1994; “Terminó toma en la UTEM”, *La Época*, Santiago, 26 de abril de 1994; “Estudiantes concluyeron toma en la UTEM”, *La Nación*, Santiago, 26 de abril de 1994.

²¹ “UTEM. Terminó conflicto”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 25 de mayo de 1994.

Pablo Varas, no era “plenamente satisfactoria”, a pesar de que él “entendía” que “la solución al conflicto está determinada por la crítica situación económica de la universidad”. El dirigente indicó entonces que los estudiantes de la UMCE iniciarían “acciones y movilizaciones tendientes a sensibilizar al Gobierno respecto de la necesidad de modificar el financiamiento universitario”.²² En las palabras de Varas se refleja lo que comenzó a ser la comprensión, de las franjas organizadas del movimiento estudiantil, sobre el significado del abandono en el mercado, de parte del Estado, de las universidades de su propiedad, y la consiguiente “enajenación” de su rol educacional ante la urgente necesidad de financiarse. Estos conflictos también fueron entendidos como los primeros frutos de la mercantilización de la universidad, especialmente en la carrera por obtener más y más recursos de los estudiantes y sus familias, vía alzas de aranceles y reducción de ayudas y créditos. Dos días más tarde, el 5 de mayo, y cuando los estudiantes debían volver a clases, hubo una muy baja asistencia al ex-Pedagógico. El rector Alejandro Ormeño, entonces reconoció que el acuerdo logrado con los dirigentes no los había dejados plenamente satisfechos. Lo explicó así: “eso es parte de lo que sucede generalmente. Esperamos que los conflictos no se sucedan y que la normalidad de la actividad académica pueda llevarse a cabo”. El rector Ormeño agregó que se mantenía el sistema de letras bancarias “pero las que estén en mora –de los favorecidos por algún crédito universitario– serán cobradas por la universidad”. En conclusión, la universidad se encargaría de la cobranza y no la banca.²³

En la UMCE las movilizaciones continuaron en torno a la proximidad de las elecciones de rector, programadas para mayo de 1994. Alejandro Ormeño se presentaba a la reelección e incluyó en su programa la propuesta de vender el *campus* de Macul del ex-Pedagógico. Esta medida fue inmediatamente rechazada por los estudiantes quienes consideraron, a un mes de la fecha de las elecciones y con prístina claridad, que vender el *campus* era:

una solución que se acomoda a una malentendida normalidad pregonada por el señor Raúl Allard [entonces jefe de la División de Educación Superior del Mineduc]: vender e hipotecar como parte natural del quehacer universitario, pero no aborda el problema de

²² “Solucionado conflicto en la UMCE”, *La Época*, Santiago, 4 de mayo de 1994.

²³ “Baja asistencia en clases de UMCE”, *La Nación*, Santiago, 6 de mayo de 1994.

fondo: el rol del Estado en la educación. Pronto, si es que no se logra hacer conciencia del problema, el Estado será una agencia de caridad a la que se le agradecerá su aporte, teniendo que realizar colectas nacionales para la educación superior.²⁴

Los estudiantes organizados de la UMCE, a través de los voceros del Consejo de Presidentes Ignacio Ugarte, Luisa Paredes, Felipe Berríos, Ana Castillo y Pablo Vargas, lamentaron por la prensa

que la comunidad universitaria está viendo con inseguridad y desconfianza el futuro de la UMCE, que va más allá de la elección del nuevo rector, ya que en el proceso sólo participa parte de la comunidad universitaria que decidirá sobre un proyecto de Universidad que compete a todos los estamentos: académicos, funcionarios y estudiantes.²⁵

Al otro día, Ormeño fue derrotado, pero la crisis de la UMCE demoraría años en superarse e implicaría la pérdida de parte importante de su patrimonio en el proceso. El nuevo rector, Jesús González, se comprometió a no vender el *campus* de Macul y a establecer el diálogo en torno al tema de las letras bancarias.²⁶ Esta mezcla explosiva de pendientes de la Transición, así como la ausencia de una democratización efectiva de las universidades, su abandono y mercantilización, y la falta de un proyecto educacional más allá del mercado, le dio durante los primeros años noventa cierta solidez crítica al movimiento estudiantil en su lucha por fortalecerse y superar su crisis.

Lo vivido en los meses de abril y mayo en la UMCE y la UTEM no fueron hechos aislados. Similares situaciones se vivieron en la Universidad Austral un año antes, en julio de 1993, cuando los estudiantes decidieron tomarse el *campus* Pelluco, en Puerto Montt. En esta ocasión demandaban el aumento de los créditos, de las becas y protestaban por las deficiencias del casino y otros temas relacionados con la infraestructura. Cuando la autoridad académica amenazó con expulsarlos y anular el semestre, intervino el alcalde y los concejales de la comuna, logrando que los decanos

²⁴ “Rechazan venta de ex-Pedagógico”, *La Nación*, Santiago, 18 de mayo de 1994.

²⁵ “Critican a candidatos”, *La Nación*, Santiago, 25 de mayo de 1994.

²⁶ “Jesús González elegido nuevo rector de la UMCE”, *La Época*, Santiago, 26 de mayo de 1994.

desestimaran la medida. Tras siete días de toma y diez días de paro, se estableció una mesa de diálogo y el fin de la toma.²⁷

Mientras tanto, en 1994, en la Universidad de Chile resistieron a igual sistema de cobros con letras bancarias, realizando marchas con varios miles de participantes y movilizaciones que duraron dos semanas y media. Sin la dirección de la FECH los estudiantes se organizaron en torno al Consejo de Presidentes, dominado por la izquierda, y desde allí condujeron la lucha contra las nuevas medidas de cobro.²⁸ Las demás movilizaciones –como la defensa de la radio institucional ante su posible venta o la lucha contra el proceso de reestructuración institucional– serán materia del siguiente punto, pues están muy interconectadas con el particular proceso de refundación de la FECH.

En la Universidad de Concepción también hubo luchas estudiantiles en 1994, y al igual que los hechos de Santiago, daban muestras del surgimiento de un nuevo movimiento. El trabajo de Alexis Meza permite conocer cómo se dieron allí movilizaciones similares a las de Santiago y Puerto Montt. Según Meza, en el primer semestre de 1994 y en medio de los lujosos festejos por el 75° aniversario de la Universidad,

en el marco de las demandas estudiantiles por el Servicio de Bienestar, la carencia de becas y recursos para el Crédito Universitario, se organizan asambleas en el Foro universitario, sazonadas con una olla común, que congrega a un interesante número de estudiantes.²⁹

En dicha asamblea se decidió ocupar el casino denominado “Los Patos”. Acto seguido, comenzaron a repartir almuerzos entre los estudiantes que así lo pidieron. Ante esos hechos, las autoridades anunciaron que no negociarían con estudiantes movilizados, quienes decidieron tomarse la rectoría, y tras negociaciones, lograron ganar ciento cincuenta becas de alimentación y otros avances en materia de bienestar estudiantil. Meza destaca que el

²⁷ “Estudiantes se tomaron universidad”, *El Mercurio*, Santiago, 15 de julio de 1993; “Mantienen toma de Universidad Austral”, *La Tercera*, Santiago, 17 de julio de 1993; “Toma de *Campus*”, *El Mercurio*, Santiago, 17 de julio de 1993; “Intendente busca solución a toma universitaria”, *La Tercera*, Santiago, 18 de julio de 1993; “Desalojan Toma”, *La Tercera*, Santiago, 22 de julio de 1993.

²⁸ Rodrigo Roco, “La FECH...”, *op. cit.*, p.55; Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, p.123.

²⁹ Alexis Meza S., “Un tropezón...”, *op. cit.*, pp.227-228.

principal triunfo estudiantil fue legitimar la organización y la lucha estudiantil como métodos válidos y, sobre todo, efectivos.³⁰

Un relato parecido realizó en 1996 Javier Sandoval, presidente de la FEC en 1997. Al recordar dicho proceso de movilización, destacó el origen de una nueva organización estudiantil de izquierda y con forma de asamblea, que dirigió las movilizaciones. Las palabras de Sandoval son muy ilustrativas del sentido histórico que tuvieron las movilizaciones de 1993-1994, como espacio de fundación de una renovada crítica al sistema educacional en su conjunto, pero especialmente como hito de reflexión para el nacimiento de un nuevo movimiento estudiantil:

Levantamos una olla común y tomamos en repetidas ocasiones el casino ‘Los Patos’, entre largas veladas en las que se discutía la necesidad de revivir el movimiento estudiantil, proyectar un referente que superara las formas tradicionales de hacer política en la U, hace tiempo caducas y que lo hiciera desde los estudiantes y en torno a la diversidad de nuestras demandas, prescindiendo de la representación delegada a las juventudes políticas. Así, bajo el criterio de la autonomía, surge Estudiantes en Movimiento, con la moral en alto luego de conseguir 200 becas de alimentación.³¹

3 | La reconstrucción de la organización (1994-1996)

A estas alturas del texto estamos en condiciones de afirmar que el movimiento estudiantil de los años noventa se conformó “en caliente”, es decir, a través de reflexiones y acciones en un marco de conflicto, siempre bajo la urgencia de una agenda de gobierno que no podían alterar sino con lucha callejera, a veces para defender la universidad, a veces el bienestar y otras, la posibilidad de estudiar; en la mayoría de los casos, la lucha era por las tres demandas a la vez. En ese sentido, un caso paradigmático lo constituye el proceso de refundación de la FECH entre 1994 y 1996. Nuevamente, la principal organización estudiantil del país nos sirve de ejemplo, y en el

³⁰ *Ídem.*

³¹ Javier Sandoval, “Estudiantes en Movimiento ¿Por qué la FEC?”, *SURDA*, n°10, año 3, Santiago, 1996, p.8.

período, tuvo el mismo sentido para los estudiantes de otras universidades que observaron con atención lo que ocurría en la Universidad de Chile.

En 1994, sin la FECH de por medio, la rectoría de Jaime Lavados se aprestó a realizar variadas operaciones comerciales que respondían a la necesidad de autofinanciamiento. Rodrigo Roco, presidente de la FECH entre 1995 y 1997, relató la ofensiva de la rectoría en estos términos:

... la Rectoría de la época dejó de pagar los arriendos correspondientes a las dependencias de la organización central de los estudiantes, mientras se abocaba a aplicar medidas tales como: la venta de activos para financiar la operación, la concesión a privados del canal 11 RTU, o el intento de cobrar aranceles a los estudiantes a través de letras de cambio bancario.³²

Roco, en el mismo escrito testimonial de 2005, agrega que la última de las medidas aplicadas, la de las letras bancarias, “fue fuertemente rechazada a través de movilizaciones en diferentes facultades, lo que derivó en su anulación”.³³ Esta iniciativa liquidadora fue defendida por el mismo rector, quien en enero de 1995, insistiría con decisión en su iniciativa, destacando, respecto de la cesión de derechos de la señal de televisión de la Universidad de Chile a capitales venezolanos, simplemente que: “Lo vendimos bien”, aunque no entregó detalles del monto o de otros aspectos de interés sobre la operación misma. En la prensa de la época, Lavados negó que se estuviese disminuyendo el patrimonio de la universidad, y para demostrarlo presentó los planes de un canal de televisión por cable, que habría de estar listo en mayo de 1995:

A través de una red nacional interconectada, el televidente podrá recibir instrucción desde un punto del país a otro, incluso comunicarse con el extranjero: no se trata sólo de impartir cursos a regiones, sino de cosas más complejas. Por ejemplo, preparar médicos en nuevas técnicas quirúrgicas o abogados en la aplicación de las nuevas leyes aprobadas en el parlamento.³⁴

³² Rodrigo Roco, “La FECH...”, *op. cit.*, pp.54-55.

³³ *Ídem.*

³⁴ “Rector Jaime Lavados: ‘No estamos disminuyendo nuestro patrimonio’”, *El Mercurio*, Santiago, 20 de enero de 1995.

La lucha contra esta iniciativa liquidadora la condujo principalmente la izquierda que, como veremos más adelante, se reconstituía paralelamente a la organización estudiantil. De esta forma, el combustible del proceso refundacional de la federación en la Universidad de Chile fue la resistencia a la jibarización institucional emprendida por Lavados y basada en el empuje estatal hacia el autofinanciamiento.

El Consejo de Presidentes de Centros de Estudiantes de la Universidad de Chile era la única organización unitaria de los alumnos de dicha casa de estudios que se mantenía en pie en 1994, cuando se intentó realizar un Congreso de Estudiantes, el cual no tuvo éxito debido a la división entre los grupos concertacionistas y los de izquierda que impidió reunir el *quórum* suficiente para tener legitimidad. No obstante, un documento del Consejo de Presidentes elaborado en 1995 para el debate sobre la refundación, y basado en la discusión posterior al congreso frustrado de 1994, destaca la importancia que tuvo a futuro este evento y su fin:

Durante el año 1994, ante la profundidad de la crisis universitaria, el Consejo de Presidentes de ese entonces se empeña en realizar un congreso que aglutinara a todas las escuelas y facultades de la universidad en perspectiva a reconstruir la Federación. Sin embargo hicieron falta la madurez y la altura de miras que nos permitieran superar las desconfianzas generadas por años de desencuentro, prácticas viciadas y peleas no dadas que fraccionaron el congreso y donde terminaron participando sólo la mitad de los estudiantes de la U. Sin embargo la discusión que se generó sirvió para dar pie a un debate postergado y urgente respecto a temas de profundo alcance en pos de un proyecto de universidad más digno.³⁵

El debate de la refundación comenzó desde una base compartida por casi todos los grupos políticos y por los estudiantes organizados, a saber, la crítica a los protagonistas de los hechos de 1993 que terminaron con la Federación. De esta forma se construyó un relato del pasado que justificaba la refundación en la importancia de la FECH y en la gravedad de su

³⁵ Consejo de Presidentes FECH, Documento resumen de la discusión del Consejo de Presidentes en relación al tema FECH del viernes 27 de septiembre en la Facultad de Arquitectura (c.1995), impreso, original AFECH.

pérdida debido a la crisis. En esta reconstrucción del pasado, lo primero que se hizo fue reafirmar el sentido político y de incidencia nacional que esta debía tener:

Históricamente la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) jugó un papel fundamental tanto en la defensa de los derechos estudiantiles como en los de la sociedad en general. Inspirada en los más altos valores democráticos de nuestra sociedad como la justicia, la solidaridad y el compromiso con el cambio social; la FECH influía en el destino de la vida pública nacional, pues era depositaria de los mismos principios que habían conducido a la creación de nuestra universidad.³⁶

El mismo documento presenta una síntesis del debate político realizado entre 1994 y 1995, donde se afirma que esta tradición se había visto interrumpida con el carácter impuesto por las dirigencias concertacionistas entre 1990 y 1993. En esas discusiones participó la corriente mayoritaria entre los estudiantes de la Universidad de Chile, integrada por los sectores cercanos a las Juventudes Comunistas y el recién formado Colectivo de Estudiantes de Izquierda. La mirada de estos grupos, sobre la historia de este período, era muy negativa:

Con el advenimiento de las elecciones y los gobiernos civiles, surgió la esperanza, por parte de los estudiantes, de que la FECH se abocaría a impulsar el tan necesario proceso de redemocratización al interior de la Universidad y comenzar a revertir las nefastas consecuencias del modelo universitario heredado de la dictadura militar, base jurídica e ideológica de la actual crisis universitaria.

Sin embargo, muy por el contrario, los dirigentes de la FECH de aquel período (1990-1993), la transformaron en correa transmisora de corrientes partidistas, totalmente ajenas a los intereses estudiantiles y al rol que estos deben cumplir dentro del quehacer universitario y nacional. Durante varios años la FECH no fue más que un trampolín político para alcanzar puestos dentro de los partidos de gobierno y de los organismos estatales. A esto, se sumaron manejos administrativos y financieros viciados que la hicieron protagonizar

³⁶ *Ídem.*

más de un escándalo público y los acuerdos tomados a espaldas del estudiantado con las autoridades universitarias y ministeriales.

De esta manera, la Federación consebida [*sic*] como un poderoso instrumento de intervención estudiantil, se alejó cada vez más de los estudiantes, de los problemas universitarios y de la crisis por la que pasaba y pasa la universidad, perdiendo la FECH legitimidad y credibilidad de sus dirigentes frente al estudiantado.³⁷

Esta reflexión, escrita probablemente en 1995, nos muestra el camino que tomó la historia reciente del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile para ese mismo movimiento en su fase refundacional. Este abría la puerta para una conclusión obvia y que terminaba por liquidar la legitimidad de las juventudes de la Concertación que administraron la FECH en esos años: “Efecto de esta crisis es la pérdida de influencia estudiantil en las decisiones que afectan a la Universidad (consejo universitario, aranceles, becas, propuestas intelectuales, etc.), generando así una gran dispersión y desorientación del movimiento estudiantil”.³⁸ La izquierda, el único espacio político donde aún había capital de legitimidad como para emprender la reconstrucción de la FECH y defender su necesidad histórica, se planteó primero la necesidad de volver a las bases, a sus problemas concretos, ya que se entendió que esa era la forma de recuperar anclaje social y, paradójicamente, sería desde allí que se elaboraría, con el correr de los años, una nueva “crítica al sistema en su conjunto”.

El proceso refundacional marcó por primera vez las diferencias entre las dos grandes corrientes de la izquierda radical del movimiento estudiantil. Si bien lo veremos más adelante, cabe por ahora caracterizarlas, de manera general. Una de ellas buscó construir en el movimiento estudiantil un instrumento para las luchas anticapitalistas globales, articulado con otros actores políticos y sociales (como el PC y la CUT, por ejemplo); en tanto la otra, si bien pretendía lo mismo, concebía una transformación previa o simultánea del instrumento mismo, como ejemplo de una nueva ética de izquierda, y donde se resaltaba un discurso crítico sobre los partidos. En el caso de la FECH esto se expresó en las diferencias entre un bloque articulado y conducido por las JJCC e integrado por una nueva JS distante de la organización

³⁷ *Ídem.*

³⁸ *Ídem.*

dirigida por Arturo Barrios y Álvaro Elizalde; y un grupo conformado principalmente por los “Estudiantes por la Reforma”, donde se articuló parte importante de los “cuadros sueltos” de la vieja izquierda insurreccional, y cuya corriente dirigente estaba organizada en el movimiento SurDA.

Víctor Muñoz T. destaca que la discusión de estos tres actores (la JS, las JJCC y los Estudiantes por la Reforma –MER o La Reforma–) se organizó en torno a la relación del movimiento con el instrumento de organización:

Para la JS, las JJCC y EEI [Estudiantes de Izquierda], la reconstrucción era una prioridad a fin de poder tener un referente representativo desde el cual impulsar movimiento estudiantil reivindicativo. Para el MER, en cambio, el acento era puesto en el movimiento estudiantil como dimensión a estructurar a nivel particular y con independencia del instrumento organizativo general, es decir, las prioridades se cambiaban: primero, lograr un movimiento estudiantil fuerte y luego una FECH construida a semejanza de tal movimiento autónomo y horizontal generado en las bases.³⁹

Según este historiador, esta oposición generó las primeras divisiones entre unos que fueron denominados como “gobiernistas” (la JS), blandos o poco decididos (las JJCC) y “ultras” (La Reforma, la SurDA y otros grupos menores de izquierda).⁴⁰ Rodrigo Roco, sin contradecir la polaridad en formación que destaca Muñoz, establece un abanico más amplio de opiniones sobre el proceso refundacional de la FECH:

Para algunos, el eje de dicho debate [sobre “Qué hacer con la FECH”] pasaba por la (no) legitimidad de la re-existencia de la FECH como organización formal y tradicional. Otros, decretaban la muerte del movimiento estudiantil masivo y apelaban a la existencia de muchos movimientos según intereses (culturales, religiosos, deportivos, etc.). Algunos incluso, gustaban del modelo seguido por universidades privadas, con servicios institucionales para la animación de los estudiantes-clientes y en donde la organización estudiantil es prescindible. Por último, para otros, el problema radicaba en darse el tiempo suficiente para triunfar en una elección abierta.⁴¹

³⁹ Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, p.222.

⁴⁰ *Ídem.*

⁴¹ Rodrigo Roco, “La FECH...”, *op. cit.*, p.55.

Si buscamos una conexión entre el tono crítico respecto del período 1990-1993 en la FECH, es decir el de las dirigencias concertacionistas, presente tanto en el documento de síntesis de 1995 citado anteriormente, y las posiciones del debate de la refundación, encontraremos que el elemento común era la idea de la pérdida de sentido de la organización estudiantil misma. Esta situación respondía principalmente al nuevo rol que tenía la universidad en el orden social de la Transición. La antigua federación que había luchado por los ideales de la “reforma” y el socialismo, primero, y por la democracia después, lo hacía como la dirección gremial de una minoría especial y selecta, los estudiantes del siglo xx. Este movimiento se caracterizó, entre otras cosas, porque en general se movilizó en función de otros sectores sociales, salvo en el caso de las alzas de transporte público o por conflictos netamente gremiales. Este rol los ubicaba en el campo de la política formal como agentes para una subjetividad que no era la propia (el proletariado, los pobres del campo y la ciudad, etc.). Con la expansión de la matrícula desde la década de 1960, hecho que se agudizó con la reforma universitaria, se inició un ciclo de masificación de la educación superior que no se detuvo con la Dictadura y se desplegó como sistema de mercado con los gobiernos de la Concertación. En esa nueva universidad, de masas, descompuesta de su rol central, frente a una masa inmensa pero desmovilizada de estudiantes, las franjas organizadas de las universidades tradicionales del país tenían la necesidad de reconstruir las federaciones, pero no sabían para qué. La pregunta acerca de “qué hacer con la FECH” (o con cualquier federación de estudiantes) que planteó Roco, expresaba el cuestionamiento fundamental que atravesó a toda la generación de estudiantes organizados de los noventa.

Lo que facilitó la respuesta fue la práctica misma de los sectores organizados en las movilizaciones de 1995-1996. La FECH se demostró como una necesidad primaria, básica: la defensa estudiantil. Y así, a lo largo de la década movilizadora de 1990, las federaciones se fueron refundando como una especie de sindicatos estudiantiles, que funcionaban como comités de conflicto por los créditos, como comités de bienestar y recreación y como focos de politización estudiantil. Este imaginario definió, antes que todo, la necesidad de reconstruir a la brevedad las federaciones. En la FECH, la síntesis de las propuestas marcó un claro triunfo

del sector que aglutinó a las JJCC y en menor medida a la JS, pues fueron quienes lograron conducir el proceso mismo, aislando a los Estudiantes por la Reforma. A pesar de ello, el documento de declaración de principios y el reglamento transitorio de la FECH –denominada como “refundacional”– incluyó muchos de los elementos aportados por este último grupo y también por otros de la izquierda radical, especialmente aquellos críticos del antiguo sistema orgánico, como el juicio a su verticalidad y a la preeminencia dada al rol de los partidos políticos. Los Estudiantes por la Reforma no se restaron del proceso de construcción de la FECH refundacional, y de hecho aportaron con una propuesta de Declaración de Principios que tenía un marcado acento de izquierda, latinoamericanista y antiautoritario. A pesar de las diferencias, existió un mínimo acuerdo en torno a la vocación por refundar la organización y no abandonar su tradición de lucha libertaria y republicana, ni tampoco el compromiso de defensa con los sectores populares, el que estuvo presente en todo el proceso. Así, mientras la propuesta de los Estudiantes por la Reforma indicó en uno de sus párrafos que:

La Federación aquí definida es heredera de la tradición e historia de la FECH, fundada a principios de siglo, reivindicando así todo un movimiento que ha sido gestor y partícipe de la historia de nuestra universidad y de nuestro país. Asumimos esta herencia como un compromiso consciente y responsable de rescatar cada uno de los logros obtenidos y de corregir todos aquellos errores cometidos, impulsando así el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile hacia la consecución de sus metas en una forma real y eficiente.⁴²

La declaración final incluyó esta indicación y la integró de la forma que sigue:

La Federación aquí definida es la instancia máxima de representación y participación de los estudiantes de la Universidad de Chile, y es heredera de la tradición e historia de la FECH, fundada en 1906, reivindicando así el papel del movimiento y la organización estudiantil que

⁴² Movimiento de Estudiantes por la Reforma, *Propuesta de declaración de principios de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile* (21 de septiembre de 1995), impreso, original AFECH.

han sido gestores y partícipes de la historia de nuestra Universidad y de nuestro país. Así mismo esta herencia como un compromiso consciente y responsable de rescatar cada uno de los logros obtenidos y de corregir todos aquellos errores cometidos, impulsando así el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile hacia la consecución de las metas que este mismo se fije a través de los instrumentos que le son propios, en especial la FECH. La Federación por tanto, pertenece a los estudiantes de la Universidad de Chile, a la diversidad, riqueza espiritual, intereses y capacidades de los mismos.⁴³

Un último punto del reglamento de la FECH transitoria que es necesario destacar, pues se mantendría en los estatutos creados en el congreso de estudiantes de 1996, fueron los cambios orgánicos respecto de la FECH “recuperada” de 1984. Estos incluyeron el reemplazo del Consejo de Vocales, especie de parlamento de partidos políticos, por un consejo de representantes electos en cada facultad, cuya cantidad se fijaría según el número de estudiantes matriculados. Este cambio fue acompañado de la supresión del secretario de finanzas, para que así el ejecutivo no tuviera conflictos por el dinero con una fuerza política distinta, evitando con ello su parálisis por diferencias entre organizaciones. Lo interesante de estas transformaciones es que en ellas primó el espíritu contrario a las denominadas “mesas de partido” o “mesas políticas”, y a la memoria negra de la crisis de 1993. La desconfianza hacia los partidos parece haber sido el principal motor de estos cambios y es importante notar que haya sido reconocido abiertamente por las franjas organizadas en una fecha tan temprana como 1995. El documento ya citado de septiembre de ese año, que normó el funcionamiento de la FECH refundacional de 1995-1996, indicó entonces que:

Respecto del ampliado de consejeros de la FECH, órgano que reemplazaba al antiguo consejo de vocales, el documento de acuerdo de la FECH refundacional establecía que: “La función de dicho ampliado debe ser el **TRABAJAR** (*a diferencia de los ex-vocales cuya casi única función era su voto*) en diversas **comisiones permanentes** que le permitan a la Federación **hacerse cargo de distintos temas en forma**

⁴³ “Estatutos de la Federación de Estudiantes Universidad de Chile”, disponible en <http://es.scribd.com/doc/209387152/Estatutos-de-la-FECH> [consultado el 31 de marzo de 2014].

sería y responsable, dejando así libre al Consejo de Presidentes para sus funciones fiscalizadoras y el trabajo en las facultades, a la vez de no recargar al ejecutivo en tareas de corte más operativo-práctico”. De esta forma el, llamémosle “cuerpo legislativo” de la FECH, se compondrá por estudiantes de distinto tipo cuyo único requisito será contar con la representatividad suficiente en su facultad. A diferencia del antiguo Consejo de Vocales (surgido en otro contexto: los 80), éste no estará integrado sólo por representantes de fuerzas o corrientes estructuradas en una parte o en toda la universidad (léase partidos y movimientos políticos u otros), haciendo de la Federación Transitoria un organismo lo más representativo posible de la realidad estudiantil de cada facultad y de la U en general.⁴⁴

De la misma forma, el fracaso del Congreso de 1994 fue un antecedente relevante para importantes sectores de las franjas organizadas de los estudiantes de la Universidad de Chile, los que optaron por apresurar la conformación de una directiva interina, cuyo período procurara normalizar la existencia de una dirección unificada del movimiento estudiantil de la principal universidad del país. La situación del sistema universitario nuevamente llamó a la lucha y aceleró los procesos. En medio de lo que se comprendió como una ofensiva liquidadora de Lavados y el Gobierno, se volvió necesario que un grupo de dirigentes se hiciese cargo de la refundación de forma permanente, a la vez que asegurase la representación estudiantil perdida en 1993. Para poder realizar estas funciones con una mínima legitimidad, esta dirección, debía ser electa por toda la comunidad. En otras palabras, urgía elegir una FECH interina. El documento resumen de 1995 afirmó aquello y estableció un itinerario y normas para dicho objetivo:

Reiteramos que parte de las garantías que hoy no existen para dar de buena forma y con todos los estudiantes esta discusión, es la ausencia de un organismo operativo y único que conduzca coherentemente el proceso integrando ordenadamente todas las visiones (esta es, entre otras, una causa de porqué fracasó el Congreso 1994). En dicho proceso deberán participar la mayor cantidad de estudiantes posibles materializándose esto en un camino de información y discusión que

⁴⁴ Consejo de Presidentes FECH, *Documento...*, *op. cit.* (cursivas, negritas, subrayados y mayúsculas en el original).

abarque a la totalidad de carreras, escuelas y facultades de la U, luego de lo cual deberá desarrollarse un Congreso en el cual debe participar con plenos derechos: el ejecutivo de FECH transitoria, los consejeros, Presidente y Vice-presidente de cada CAA de Facultad, Presidente de cada CAA de carrera, 1 delegado por cada 200 estudiantes electo por votación secreta y universal posterior a la discusión.⁴⁵

El proceso de refundación de la FECH entró en camino recto en octubre de 1995, fecha en que se eligió la nueva directiva mandatada para la emergencia y la organización de un congreso para levantar la FECH. Si bien la SurDA y los Estudiantes por la Reforma llamaron a no votar, reduciendo con ello el porcentaje de participación en facultades como las de Filosofía o Ciencias Sociales hasta el 20% del total de estudiantes, de todas formas el proceso fue exitoso con un 48% de participación en toda la universidad.⁴⁶

La sorpresa se instaló ante el triunfo de la lista de los comunistas (35% de los votos), superando a la derecha (13%) y a la Concertación que participó dividida, con una lista en solitario de la DC (21%), y otra oficialista de la JS y el PPD (30%). Esta división fue sindicada por la prensa, principalmente afín a la derecha o al Gobierno, como la “responsable” de que las Juventudes Comunistas tuvieran la principal vocería estudiantil del país, por primera vez, desde 1973 y por segunda vez en su historia.⁴⁷ Roco se apresuró a desmentir que esa fuera la razón de su triunfo, indicando que “los estudiantes estiman que nuestra propuesta es la mejor para resolver la crisis de la Universidad de Chile”.⁴⁸ En otra entrevista agregó:

Finalmente primó en la votación los liderazgos locales. Fuimos capaces de construir una alternativa de izquierda que no sólo se plantea crítica, sino propositiva: ¡El asumir defender la universidad de quienes hoy la están ahogando, devolverla a sus fines históricos es una cuestión imperiosa!⁴⁹

⁴⁵ *Ídem.*

⁴⁶ Rodrigo Roco, “La FECH..., *op. cit.*, p.56.

⁴⁷ “El comunismo otra vez. Sorpresa en elecciones de la FECH”, *El Mercurio*, Santiago, 29 de octubre de 1995; “JJCC ganan en la FECH”, *La Nación*, Santiago, 25 de octubre de 1995.

⁴⁸ “JJCC ganan en la FECH”, *La Nación*, Santiago, 25 de octubre de 1995.

⁴⁹ “Rodrigo Roco, presidente PC de la FECH: ‘Quienes se imaginaron que los comunistas estábamos sepultados, se equivocaron’”, *La Segunda*, Santiago, 25 de octubre de 1995.

El peso del pasado reciente se hizo sentir fuerte en el triunfo de los comunistas, varias veces procesado como una advertencia sobre el final que podía tener este nuevo intento de hacer movimiento estudiantil en los años de la Transición. En una entrevista dada a *El Siglo*, el diario del Partido Comunista, al ser consultado sobre cómo impedir una crisis como la de 1993, el nuevo presidente de la FECH demostró que éste era un tema bastante trabajado por él y su organización:

Para nosotros, la garantía está dada en la capacidad de socializar el debate entre los estudiantes, en crear ese espacio de discusión pública que estaba perdido. Pero fundamentalmente está dada porque, independientemente de los resultados que tengamos como izquierda en las elecciones, nosotros no nos pasamos “películas”, en relación a que la Federación transitoria sea la salvación de la Universidad. El ideal sería que fuera así y nos vamos a jugar por obtener la mayor cantidad de espacios al interior de la Federación, pero nuestro rollo fundamental es construir movimiento estudiantil, desde la base, un movimiento con autonomía de las políticas de gobierno que pueda sobrepasar, si es necesario, a los mismos dirigentes, que antes les conocimos *chuecuras*, tan grandes como respaldar leyes en contra de los estudiantes porque tenían acuerdos políticos con el Ministerio de Educación o porque obedecían órdenes de sus partidos. No hay una garantía *a priori*, pero nuestro empeño es que la construyamos.

[...] Nuestra postura es fortalecer las asambleas de estudiantes de izquierda en las facultades, que se conviertan en una fuerza activa que sea capaz de ir marcándole el camino a la Federación, empujándola a que asuma la defensa de la Universidad. Es un camino que ya se demostró eficaz y la prueba es que, contra lo que muchos auguraban, estamos eligiendo una nueva Federación. El tema para la izquierda es clave, ya que también tenemos el temor de que las juventudes de la Concertación repitan sus antiguas prácticas y posiciones. En todo caso, vemos que en muchas de estas juventudes hay niveles de dispersión importantes, como en la Juventud Socialista, el PPD. Su “rollo” no está muy claro, yo los definiría como el poder por el poder. La DC sí tiene una posición más abierta de defensa de la rectoría y el gobierno, asumiendo que están construyendo el futuro

al entregar el país a los intereses de los empresarios y los grupos económicos transnacionales.⁵⁰

Roco y las JJCC de la Universidad de Chile no estaban solos. La semana anterior a las elecciones de la FECH, el comunista Jorge Pavez había conquistado la presidencia del Colegio de Profesores, desbancando de la dirección del gremio docente a los partidos de la Concertación, principalmente a los socialistas y demócratacristianos. Tal vez la explicación para el ascenso comunista a las primeras vocerías sociales sobre educación en Chile se explica en las palabras del periodista Hernán Millas:

Si la FECH debía ser un reflejo aproximado del país, no era extraño que en un Chile que se abochornaba por los fraudes en la Onemi, el millonario desmalezamiento de la Refinería de Concón y el “davidazo” en Codelco⁵¹, conociera también un “condoro” de los jóvenes. En 1993, cuando era presidente el socialista Álvaro Elizalde, se produjo una turbia rendición de cuentas en los trabajos de verano. Los más, se sintieron traicionados porque había corruptos en el acto más generoso de la juventud como era sacrificar sus vacaciones para ir a trabajar en ayudar a los más desposeídos en olvidadas comarcas. [...] Después de 87 años, de acuerdo a ese fenómeno, no resulta por eso extraño que en las elecciones de la FECH triunfara esta semana el comunista Rodrigo Roco, y que días antes los profesores eligieran al comunista Jorge Pavez.⁵²

Como hemos sostenido, el proceso de refundación de la FECH se nutrió en todo momento de la urgencia de resistir la iniciativa del Gobierno y de la rectoría de Lavados. Ya en enero de 1995, los estudiantes de la JS de Danilo Núñez se movilizaron en contra de la venta de los terrenos del cerro Calán,

⁵⁰ “Rodrigo Roco. Las razones de la izquierda para una nueva FECH”, *El Siglo*, Santiago, 14 al 20 de octubre de 1995.

⁵¹ Estos fueron hechos de corrupción de la primera mitad de los años noventa. El caso de la refinería de petróleo de Concón tuvo que ver con sobrepagos pagados a una empresa por limpieza de los terrenos de esa institución en 1993, dineros que habrían sido usados en campañas políticas. Por su parte, el “davidazo” hace referencia al caso de desfalco de Codelco en 1994, protagonizado por el ejecutivo de la estatal Juan Pablo Dávila, y en que se perdieron doscientos millones de dólares.

⁵² Hernán Millas, “El historial de la FECH. Años de rebeldía”, *La Época*, Santiago, 29 de octubre de 1995.

ubicado en Las Condes (Santiago), y donde se encuentra el Observatorio Astronómico de la Universidad de Chile. La demanda de los estudiantes iba más allá de la defensa del patrimonio de la institución: “somos parte importantísima de la comunidad universitaria y nos afecta esta decisión. Sin embargo, parece que se nos considera como meros clientes a los cuales hay que prestar servicio”.⁵³

La venta del canal de televisión o del cerro Calán eran muestra de una universidad que estaba cayendo en la misma crisis que otras universidades como la UMCE. En marzo de 1995, el rector Jaime Lavados anunció que la Universidad de Chile entraría en proceso de “reestructuración”, un nuevo eufemismo para el ajuste neoliberal tan buscado, similar a la “racionalización” de 1987 y contra la que el mismo Lavados se había movilizad. Este argumentó entonces: “La universidad no puede seguir con el problema histórico del presupuesto, que año a año se convierte en la gran discusión. Ese es el gran debate y no, por ejemplo, lo estrictamente académico”. De inmediato trató de apagar las alarmas que él mismo había encendido: “Las cifras de endeudamiento son conocidas por todos. Pero veamos lo que tenemos para compensar estas deudas. Cuando una las mira en comparación con otras instituciones, es bajísimo para las cantidades que mueve”.⁵⁴

Los estudiantes, motivados por el empuje refundacional, comenzaron rápidamente la resistencia al proceso. Primero, sin intentar modificar el itinerario de la FECH refundacional, pero sí buscando demostrar la importancia de mantener movilizad a los sectores estudiantiles organizad, los Estudiantes por la Reforma realizaron una ocupación de la Casa Central el 5 de septiembre de 1995, entre las 11 y las 17 horas. Demandaron el retiro del proyecto de ley estatal sobre universidades, propuesto por el Gobierno en distintas versiones desde 1993, como una forma de regular lo que consideraban un mercado de la educación superior.⁵⁵

⁵³ “Alumnos en desacuerdo con venta de cerro”, *El Mercurio*, Santiago, 27 de enero de 1995.

⁵⁴ “U. de Chile está en proceso de reestructuración”, *La Época*, Santiago, 28 de marzo de 1995.

⁵⁵ “Ocupación temporal de casa central de la U”, *El Mercurio*, Santiago, 6 de septiembre de 1995. Sobre dicho proyecto de ley y su itinerario entre 1993 y 1997, ver el punto siguiente y el capítulo v.

Rápidamente, la nueva FECH se vio inmersa en este proceso y las primeras entrevistas y acciones de su presidente comunista, Rodrigo Roco, se refirieron a este tema. En una marcha realizada a las pocas semanas de la elección, y como una demostración de fuerza de la nueva FECH, unas dos mil personas, entre estudiantes, funcionarios y académicos, marcharon por la Alameda desde la Facultad de Arquitectura hasta La Moneda. Al ritmo de bombos, bajo coloridos lienzos, gritaban consignas como “Frei, entiende: la Chile no se vende” y “No más gasto militar, sí más plata *pa'* estudiar”. Según el diario *El Siglo*, las demandas tenían que ver con la creación de un fondo de estabilización que incrementara el Aporte Fiscal Directo a las universidades estatales, “como forma de paliar la crisis que afecta su estabilidad a corto plazo”; el pago, por parte del Estado, de las deudas de arrastre que en los noventa asfixiaban a tales instituciones; la entrega real del reajuste al sector público a académicos y funcionarios. El mismo medio indicó que “lo más urgente para los universitarios” era el retiro del Congreso del “proyecto de Ley de Modernización”,

que privatiza ya sin encubrimiento a estas instituciones educacionales, con el objetivo de que el total de la comunidad participe en la elaboración de un proyecto de Educación Superior Estatal basado en el desarrollo científico, tecnológico, artístico y cultural que permita a Chile encarar el futuro de manera independiente y soberana.⁵⁶

En esa ocasión, Rodrigo Roco indicó el sentido de la marcha callejera que encabezó:

Hace más de cinco años que los universitarios no realizaban una acción de esta magnitud. Hoy, más allá de los problemas puntuales de crédito, becas o salud, se está emprendiendo una lucha quizás más abstracta, una lucha que tendrá repercusiones en cinco, diez o quince años, pues se trata de la lucha por recuperar la U para lo que fue creada, para que permita el ingreso de todos los que tengan la capacidad sin importar sus recursos, sean hijos de empresarios, obreros o campesinos. En definitiva es la lucha para que la Universidad sea una institución “cuyo norte sea Chile y las necesidades de su pueblo” como lo deseó Andrés Bello.⁵⁷

⁵⁶ “Frei, entiende: La Chile no se vende”, *El Siglo*, Santiago, 18 al 24 de noviembre de 1995.

⁵⁷ *Ídem.*

Como veremos más adelante, a nivel interno de la FECH, 1996 fue un año de resistencia al proceso de reestructuración de la Universidad de Chile, mientras se comenzaba a articular nacionalmente el movimiento estudiantil para combatir la nueva ley de universidades estatales. El detonador de la movilización de las bases estudiantiles seguía siendo el mismo desde 1992: la permanente crisis del sistema de préstamos estudiantiles. Pero mientras tanto, la FECH se fue fortaleciendo con sus dos banderas de lucha: la democratización y la crítica radical a la mercantilización de la educación pública. Ambas demandas se sintetizaban en la consigna “por la recuperación de la educación pública”, cuyo referente era la universidad reformada previa a 1973. En este proceso fue fundamental el afianzamiento de las bases de las JJCC y su “frente de masas”, el colectivo Estudiantes de Izquierda (EEII), así como la integración a la organización estudiantil de los grupos que antes habían criticado el proceso, como la SurDA y los restos sueltos de Estudiantes por la Reforma, quienes se disolvieron tras la fuerte autocrítica por su actuar en la refundación.

En octubre de 1996, el proceso de refundación de la FECH culminó cuando todas las fuerzas políticas participaron de las primeras elecciones normales de directiva y consejeros. En estos comicios, a pesar de la unidad de la Concertación, el viraje del estudiantado hacia la izquierda radical se confirmó, y las listas de dicha tendencia representaron un 55% del total de los votos. En esa elección fue reelecto Rodrigo Roco como presidente de la FECH, en representación de las JJCC y EEII. La Concertación obtuvo la vicepresidencia, en la figura de Danilo Núñez, al alcanzar un 30% de la votación.⁵⁸

La nueva FECH cambió sus estatutos. Aparte de los ya tratados cambios orgánicos en el “legislativo” de la Federación, se estableció un criterio de continuidad con la organización recuperada de los años ochenta. Como ya vimos, esto se expresó en la declaración de principios, y en la definición como objetivo estratégico de la demanda de arancel diferenciado, nacida en esa década.⁵⁹ La federación refundada significó una apuesta por renovar la organización estudiantil, para defenderla de los vicios del modelo orgánico y cultural del movimiento del siglo xx, y adaptarla a un ciclo de

⁵⁸ Rodrigo Roco, “La FECH..., *op. cit.*, p.65.

⁵⁹ *Ídem.*

masificación de la condición de estudiante universitario. A la vez, se buscó esta renovación sin perder el sentido histórico que había tenido la FECH como puntal progresista y antioligárquico en la historia de Chile. En esta transición efectivamente hubo elementos de cambio y continuidad que se mantuvieron en tensión, precisamente por la vitalidad que le imprimió la constante activación conflictiva de sus franjas organizadas en las luchas por el crédito y la crisis institucional, desde por lo menos 1992.

El proceso extensamente relatado acá debe comprenderse como parte de la transición que vivió el movimiento estudiantil en los noventa. Si nos centramos en el caso de la Universidad de Chile, es porque de ella se ha conservado la mayor cantidad de registros en su archivo institucional. Así y todo, se deben destacar dos casos igualmente importantes sobre los que se disponen menos fuentes. El primero, es el de la FEUSACH, refundada tras un proceso similar al de la Universidad de Chile, sostenido principalmente por las Juventudes Comunistas. Tras el III Congreso de Estudiantes convocado para detener la iniciativa antidemocrática del nuevo estatuto (obligado por la discusión de la Ley Marco desde 1993), la Federación de la Universidad de Santiago comenzó a levantarse. Con un renovado movimiento estudiantil, conducido por las JJCC y varios colectivos autonomistas a través de la Coordinadora Estudiantil,⁶⁰ se realizaron en 1996 las primeras elecciones de directiva desde 1992; las que fueron ganadas por las JJCC en solitario. Para *El Mercurio*, resumir la historia reciente de la FEUSACH fue algo simple: “la Federación de la U. de Santiago emerge tras tres años de desaparición debido a manejos irregulares en las finanzas y exceso de política partidista”.⁶¹ Pero para los sectores organizados de los estudiantes esto era distinto y así lo dejaban en claro en un capítulo especialmente dedicado a ello en los estatutos aprobados en 1997:

⁶⁰ La Coordinadora Estudiantil primero sufrió la salida de las JJCC, luego de ello, dio paso a ETHA (Estudiantes Tratando de Hacer Algo) y al MIAU (Movimiento de Izquierda de Autonomía Universitaria), ambos con influencia e incidencia de la SURDA.

⁶¹ Patricio Lagos F., “Sobre algunas formas de construcción de organización y movimiento estudiantil a fines del siglo xx” (Texto presentado en *Tertulia por el Socialismo y Luchas Sociales*, Centro Cultural “El Sindicato”, 6 de julio de 2006), p.13. En Archivo Chile, www.archivochile.com [consultado el 25 de noviembre de 2013]. “De las Juventudes Comunistas: Jeanette Jara triunfó en elecciones FEUSACH”, *El Mercurio*, Santiago, 14 de diciembre de 1996.

La crisis de la organización estudiantil es producto de una serie de factores, entre los cuales se reconoce el cambio del contexto histórico a fines del 80 y principios de los 90, tiempo en que sale la dictadura militar y se acaban las banderas de lucha que había levantado el Movimiento Estudiantil durante la década de los 80, las cuales se habían centrado en el objetivo casi único de derrocar a Pinochet.

A lo anterior se sumó la mala administración que realizaron las mesas directivas que se conformaron en el período de transición a la democracia, las cuales se destacaron por realizar una política de encierro entre cuatro paredes, no considerando la voz de los estudiantes ni promoviendo la participación efectiva de estos, lo que llevó a la cupularización de la federación y la marginación del estudiantado.

Otros factores que contribuyeron a la crisis de la organización estudiantil, en la cual coincidimos todos, fue el rol, que jugaron los grupos formales e informales, en particular el rol que tuvieron los partidos políticos en esta crisis, los que usaron los espacios estudiantiles, muchas veces en forma viciada, para difundir su política e intereses particulares, ignorando los planteamientos y la voz del resto de los estudiantes.

A los elementos anteriores vale agregar la ausencia de pluralismo y tolerancia, así como la apatía, el individualismo y todos los desvalores que el modelo propicia y genera. Todos los anteriores elementos, entre otros, contribuyeron al derrumbe de la organización estudiantil y a la crisis en que está sumida, y en torno a la cual se están buscando respuestas y soluciones, siendo una de estas la realización del III Congreso Estudiantil de la USACH.⁶²

La nueva FEUSACH declaró que sus estatutos venían a reemplazar los de la FEUTE, proscrita en 1973 por la Dictadura, “en consideración que la UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE es la sucesora legal de la UNIVERSIDAD TÉCNICA DEL ESTADO”.⁶³ También se definió en sus principios como autónoma, democrática, representativa, pluralista, unitaria, propositiva y crítica, y además, solidaria:

⁶² FEUSACH, Estatutos de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago de Chile (FEUSACH). FEUSACH, Santiago, 1997, p.2.

⁶³ *Ídem* (mayúsculas en el original).

Solidaria y comprometida con las necesidades y problemáticas del país y el estudiantado, velando y siendo promotor de la justicia y el cambio social. Fomentadora de la libre expresión de las ideas y la defensa, respeto y promoción de los Derechos Humanos, así como las luchas y demandas de otros sectores sociales enmarcadas dentro de estos principios. Todo ello partiendo especialmente de la propia Universidad y de sus misiones dentro de la sociedad.⁶⁴

El segundo caso a destacar es la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, refundada en 1996, luego de un proceso iniciado en 1992 por Estudiantes en Movimiento (EEM), colectivo estudiantil ligado a la SURDA. Luego de conducir variadas luchas por demandas internas –como el aumento de las becas, contra el empobrecimiento de las humanidades y las pedagogías, etc.– en abril de 1996, en el VI Congreso de Estudiantes “Caupolicán Inostroza”, la FEC convocó a elecciones que fueron ganadas por EEM, obteniendo la presidencia Javier Sandoval, de la SURDA,⁶⁵ quien en 1996, explicaba las razones de refundar la FEC, además de apostar por ganar las elecciones para conducirla:

Evaluamos que la única forma acertada de posicionarnos en nuestro contexto y aprovecharlo era pegarnos el salto y disputar la FEC, salir de los pequeños círculos más cohesionados y organizados en función de acceder a nuevos sectores estudiantiles, explotar la FEC como tribuna social y desatar un proceso profundo y sólido de democratización universitaria.⁶⁶

Y respecto de lo que venía luego del triunfo en la FEC, Sandoval agregaba:

Lo concreto es que a partir de aquí hay un cambio. Se inicia (además de un proceso de depuración interna de la institución) un proceso de recuperación de la Universidad, un proceso de largo plazo que deberá ser continuado por las federaciones posteriores. Se trata de la alteración de los enclaves antidemocráticos que inexplicablemente subsisten en la U. Considerando que ya ha pasado tiempo suficiente y la democracia no ha entrado a la Universidad y las autoridades

⁶⁴ *Ídem.*

⁶⁵ Alexis Meza S., “Un tropezón...”, *op. cit.*, pp.227-228; Javier Sandoval, “Estudiantes...”, *op. cit.*, pp.8-10.

⁶⁶ Javier Sandoval, “Estudiantes...”, *op. cit.*, p.9.

no lo harán por sí solas, por lo que corresponde esta tarea al nuevo movimiento estudiantil. Puesto que la sociedad no ha sido democratizada, por lo que no existe democracia real para el pueblo excluido del sistema político, gestarla en los diferentes territorios e instituciones, será tarea de los distintos movimientos sociales.⁶⁷

A diferencia de la FECH, donde el proceso fue conducido por las JJCC y la hegemonía discursiva, si bien fue de izquierda, también expresó un movimiento amplio de estudiantes por la recuperación institucional; la refundación de la FEC fue un proceso netamente conducido por la izquierda radical, la que copó todos los espacios orgánicos.

Lo que es común a los tres casos presentados es que fue la lucha social la que determinó un nuevo sentido para la organización estudiantil, y por tanto, la refundación de las federaciones parece responder a la organización en conflicto de los estudiantes de base. Este proceso se retroalimentó cuando la misma federación se convirtió en el catalizador de la organización de base. De esta forma, las organizaciones estudiantiles que renacieron entre 1994 y 1996 respondían a un nuevo cuestionamiento estudiantil, en formación y que combinaba una demanda integral por democratización –de las instituciones universitarias y de las mismas organizaciones de representación–, con una crítica cada vez más aguda y radicalizada del sistema educacional heredado de la Dictadura y administrado y perfeccionado durante esos seis años de gobiernos civiles.

4 | La rearticulación y lucha nacional del movimiento estudiantil

Habiendo ya revisado cómo fue el proceso refundacional de las federaciones, es importante también mirar el modo en que fue articulándose un movimiento estudiantil nacional en base a las mismas. Este se construyó en torno a la instalación referencial de ciertos puntos programáticos, como la defensa de la educación pública, lo que se logró no sólo por el ascenso de determinadas organizaciones de izquierda a la dirección de las organizaciones de representación estudiantil, sino también por episodios de lucha en que era visible una comunidad nacional en conflicto. Esta cultura permitió establecer algunos elementos basales que en la década

⁶⁷ *Ibid.*, p.10.

siguiente se harían notoriamente hegemónicos. Nos referimos a la crítica de izquierda a las políticas educacionales de la Transición, a la demanda por la democratización de las universidades y la defensa de la organización estudiantil.

En 1994 se había congelado en el congreso la Ley de Asociacionismo juvenil, promovida por el Gobierno y por ex dirigentes estudiantiles, como Carolina Tohá.⁶⁸ Esta ley fue presentada como solución ante la crisis de las federaciones por una parte importante del oficialismo y era tributaria del Brunner de 1985, quien pregonó sobre la “nueva” naturaleza que debían tener las organizaciones estudiantiles. Dicha ley fue descrita por Rodrigo Roco como algo bastante negativo, pues

buscaba facultar y formalizar a las organizaciones juveniles de diverso tipo, aspiraba a consagrar la existencia de más de un centro o de una federación de estudiantes para una misma carrera o universidad. Se intentaba así replicar el mismo esquema fragmentario impuesto a nivel de juntas de vecinos y de sindicatos bajo Dictadura. Según esa lógica, para una misma repartición cada tendencia política puede generar su propia organización en lugar de verse obligada a disputar de manera democrática su espacio en una instancia única y unitaria.⁶⁹

La amenaza de una reorganización “desde arriba” del movimiento estudiantil fue sentida como tal por sus sectores organizados. Es así como los primeros registros de reconstrucción de una organización nacional estudiantil datan de 1994. En octubre de ese año, y con la inyección de ánimo que significaron las movilizaciones estudiantiles del primer semestre en muchas universidades, los sectores estudiantiles mejor organizados realizaron el IV Encuentro nacional de estudiantes (o, según las fuentes, “de dirigentes estudiantiles” o de “organizaciones estudiantiles”), en La Serena.

Este encuentro incluyó una conversación con el jefe de la división de educación superior del Mineduc, Raúl Allard, la cual no dejó conforme a los dirigentes estudiantiles. Primero, porque al comenzar su exposición,

⁶⁸ Carolina Tohá, “Jóvenes y exclusión social en Chile”. En Estanislao Gacitúa, Carlos Sojo (Eds.), *Exclusión social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe*, Costa Rica, FLACSO, 2000, p.225.

⁶⁹ Rodrigo Roco, “La FECH..., *op. cit.*”, p.58.

Allard indicó a la audiencia que no contaba con suficiente tiempo para la discusión, y porque luego sus aclaraciones sobre el funcionamiento del sistema de crédito universitario y de la nueva ley de Fondos Solidarios evidenciaron la real comprensión que se tenía desde el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle y la Concertación sobre la expansión de la matrícula, la bancarización de la deuda y el sistema en general de subsidio a la demanda y de autofinanciamiento de las instituciones estatales y públicas. Según el acta de dicho encuentro, lo que entendieron los dirigentes estudiantiles de las palabras del personero del Mineduc fue lo que sigue:

[según Allard] No existe ninguna tendencia a la privatización, sino todo lo contrario, ya que anteriormente sólo tenían acceso a la educación superior el 40% más rico, que era quienes terminaban la enseñanza media. Ahora cualquiera puede acceder a ingresar a las universidades, por lo cual la enseñanza superior, en este momento, es más democrática.⁷⁰

Posteriormente, ante una consulta de un dirigente estudiantil sobre la posible venta de la cartera de deudores universitarios, por parte de la misma universidad o del Estado, a la banca u otras instituciones financieras, Allard indicó que:

si él [el dirigente estudiantil] era un profesional exitoso no tendría porqué temer que se le embargara; además que las deudas fueran pasadas a los bancos es un beneficio, ya que sería más cómodo pagar en un banco que está al lado de su oficina que ir directamente a las universidades. Por otra parte, las universidades también están facultadas para embargar sus bienes, así también es destacable que si el dinero que ganará en el desempeño de sus labores fuera reducido quedaría exento de pagar crédito universitario, sólo se embargaría a quienes que, ganando lo suficiente, no quieran pagar y finalmente es decisión de la universidad si vende o no su cartera de deudores a un banco.⁷¹

Al retirarse Allard, los estudiantes consideraron su vista como “poco positiva”,

⁷⁰ Federación de Estudiantes Universidad la Serena, *Reunión con Raúl Allard en el salón Alejandro Covarrubias*, 21 de octubre de 1994. Impreso, original AFECH.

⁷¹ *Ídem.*

alegando que no se dieron respuestas concretas y claras a sus planteamientos y que la disposición del Sr. Allard fue intransigente, escudándose detrás de las leyes, argumentando que es muy difícil sino imposible, cambiarlas, por lo cual hay que atenerse a éstas.⁷²

Si hemos relatado el paso de Allard por el encuentro estudiantil de La Serena es porque muestra la distancia entre una política decidida de conivencia con el mercado en el financiamiento estudiantil de parte del Mineduc y, como resultado crítico, la paulatina izquierdización del activo estudiantil. Esta radicalización reactiva a la iniciativa de los gobiernos de la Concertación se repitió en el caso de la Ley de Asociacionismo juvenil. Y también se había manifestado con motivo de la refundación de la FECH y el levantamiento de una crítica de fondo al sistema en su conjunto, proceso que inicialmente involucró a sectores reducidos del estudiantado. Sería la pauperización de las instituciones y de las ayudas estudiantiles, y la actitud intransigente de la iniciativa neoliberal del Gobierno, lo que fue alimentando la radicalización en clave de izquierda de la crítica estudiantil hacia el sistema de educación en su conjunto.

Volviendo al encuentro de octubre de 1994 en La Serena, sabemos que de él surgieron dos resoluciones importantes. La primera, una convocatoria a movilizarse nacionalmente el 16 de noviembre de ese año contra la Ley de Modernización de las Universidades Estatales, y por la conformación de la Unión Nacional de Estudiantes, UNES.⁷³ De esta forma, por primera vez desde la Dictadura, el movimiento estudiantil comenzaba a tener un espacio de organización y acción unitario para todo el país.

El 26 de octubre de 1994, el Consejo de Presidentes de la Universidad de Chile aprobó la incorporación a la UNES, levantando una demanda en pos de una mayor participación del Estado en la educación superior, así como la estatización de todo el sistema educacional. A la vez y demostrando una fuerte vocación por institucionalizarse y ser reconocidos como actor social estudiantil, propuso a sus bases que el tiempo antes de la movilización estudiantil del día 16 del mes siguiente, fuese usado para “que el ejecutivo provisorio de la UNES se reúna con el Mineduc, con el Consejo de Rectores, con la ANTUE (Asociación Nacional de Trabajadores

⁷² *Ídem.*

⁷³ FECH, “Acta del día 26 de octubre de 1994”, s/f, original AFECH.

de las Universidades del Estado) y con las universidades de la zona metropolitana”.⁷⁴ El 3 de noviembre, la UNES realizó su primera conferencia de prensa, en la que anunció su existencia como “un organismo que agrupa a 16 universidades adscritas al Consejo de Rectores”, e indicando ser el “movimiento estudiantil nacional”.⁷⁵ El mismo día, el Consejo de Presidentes de la Universidad de Chile demandó “el retiro de las leyes que consagran el autofinanciamiento de las *Ues* tradicionales, y para plantear el rechazo al reglamento de postulación al fondo solidario”.⁷⁶

A pesar de lo altisonante de sus declaraciones, la UNES apenas era un espacio de coordinación un poco más amplio que el grupo de militantes y los pocos dirigentes de federación que existían en 1994. Su precariedad resalta en las fuentes a primera vista. A pesar de ello, fue la primera experiencia de articulación nacional en los años noventa y permitió las primeras acciones en conjunto de lo que se comenzó a avizorar como un “nuevo” movimiento estudiantil.

En 1995, los sectores organizados de las universidades tradicionales privadas y de las estatales permanecieron en un estado de introspección, debido a los procesos refundacionales de sus organizaciones y a la situación de emergencia en que intentaron resistir las “reestructuraciones” emprendidas desde el Gobierno o desde las rectorías. Al parecer, no hubo tiempo ni recursos para pensar en un movimiento estudiantil nacional. El tema que se reinstaló fue el de la Ley de Modernización de Universidades Estatales, y cuando el proyecto de ley salió a la luz en julio de 1995, la primera preocupación de los sectores más conservadores fue la posibilidad del “cogobierno” o gobierno integrado de los tres estamentos de la universidad; en cambio, para parte de los académicos y funcionarios fue la seguridad laboral; para los estudiantes la posibilidad de privatización; y para los rectores, la falta de recursos y la injerencia del Estado en el gobierno institucional.

⁷⁴ Consejo de Presidentes U. de Chile, “A los compañeros de federaciones de estudiantes de todo el país”, Santiago, 27 de octubre de 1994, copia AFECH.

⁷⁵ UNES, “Conferencia de prensa, 2 de noviembre de 1994”, original AFECH.

⁷⁶ Consejo de Presidentes de la Universidad de Chile, *Convocatoria*, Santiago, 3 de noviembre de 1994, original AFECH.

En un reportaje de *El Mercurio* del 24 de julio, el ministro de Educación, Sergio Molina, el rector de la USACH, Eduardo Morales y el presidente de los académicos de la Universidad de Chile, Iván Saavedra, salieron a condenar el fantasma del cogobierno. El primero se apresuró en aclarar que, a pesar de que el proyecto de ley incluía participación estudiantil, esta “no es cogobierno”. Molina resaltó entonces que el cogobierno no era eficiente y que “tampoco es la forma de participación real”, agregando que en el Mineduc no creían que el cogobierno fuera “el mejor sistema de gobierno”. Por su parte, el rector de la USACH, Eduardo Morales, se manifestó preocupado por la elaboración de un estatuto con participación estudiantil, sin contar con una federación en esa universidad, por lo que se debía evitar que “grupos minoritarios de estudiantes se arroguen la representatividad estudiantil”.⁷⁷ Por último, el presidente de la Asociación de académicos de la Universidad de Chile, Iván Saavedra, mostró su oposición al cogobierno, pues

significa que gobierna el rector y los decanos en primera fila, y los funcionarios y estudiantes en segunda. Eso a nosotros no nos parece apropiado [...] otra cosa distinta es la participación [...]. Sería conveniente que los estudiantes, funcionarios y académicos tengan derecho a voto en los temas en discusión, de manera que por último quede consignado un voto de minoría. Lo otro es ir a sentarse simplemente sin ningún poder decisorio.⁷⁸

El 25 de julio fue presentado el proyecto de ley. Los tres puntos más polémicos eran: la facultad de las universidades de elaborar sus propios estatutos; la aplicación del Código del Trabajo y de reglas creadas por cada institución a sus trabajadores; y la atribución del Estado de nominar hasta un tercio de los miembros del consejo superior de cada universidad, mientras se reducían las trabas burocráticas para la gestión económica de las platas del Estado.⁷⁹ Rápidamente tanto los funcionarios, como los académicos

⁷⁷ “En proyecto de ley para el Congreso: Ministro afirma que no habrá cogobierno en ‘Ues’ estatales”, *El Mercurio*, Santiago, 24 de julio de 1995.

⁷⁸ *Ídem*.

⁷⁹ “s.e. Firma hoy el proyecto de ley sobre ‘Ues’”, *El Mercurio*, Santiago, 26 de julio de 1995; “Plan de modernización universitaria”, *El Diario Financiero*, Santiago, 27 de julio de 1995.

y rectores adoptaron una actitud crítica.⁸⁰ En general, la oposición a la ley era por intereses corporativos, salvo los estudiantes que reclamaban difusamente contra la “privatización”, la que si bien servía como consigna y respondía a una percepción acertada, no se encontraba suficientemente clara en las posiciones de los dirigentes.

Ya a fin de año, cuando las JJCC habían ganado la presidencia de la “FECH refundacional”, nuevamente se implementó una acción coordinada de federaciones de estudiantes. El 30 de noviembre, los representantes de trece federaciones de universidades estatales realizaron una conferencia de prensa en la que denunciaron como “relativa e insuficiente” la voluntad del Ministerio de incluir sus consideraciones. Rodrigo Roco sostuvo que había sido: “una falta de respeto invitarnos a conversar cuatro días antes que se termine el plazo para incluir proposiciones de las universidades”.⁸¹ Acusaron a su vez que la ley en cuestión tenía “un carácter economicista y mercantilista” y que

empuja a las instituciones al autofinanciamiento, que no consagra el rol social de estas casas de estudios; establece graves lesiones a la autonomía universitaria y tiende a restringir la participación de los estamentos en el gobierno interno de las universidades.⁸²

Por último, indicaron que “no se descarta una movilización nacional en 1996”.⁸³ Al día siguiente, el 1 de diciembre de 1995, los presidentes de once federaciones y los voceros de tres consejos de presidentes, representando en total a catorce universidades, solicitaron una reunión al entonces presidente de la República Eduardo Frei Ruiz-Tagle, “para poder discutir

⁸⁰ “Consortio objeta aspectos de la Ley de Universidades Estatales”, *El Mercurio*, Santiago, 2 de agosto de 1995; “De modernización de planteles. Ues estatales pedirán cambios a proyecto”, *El Mercurio*, Santiago, 5 de septiembre de 1995; “Asamblea en la USACH: Académicos descontentos con ley de universidades”, *El Mercurio*, Santiago, 29 de octubre de 1995; Marina Teitelboim, “‘Cuchillo privatizador’. Entrevista a Juan Carlos Jara, presidente de Asociación de Funcionarios de la U. de Chile”, *Punto Final*, Santiago, octubre de 1995.

⁸¹ “Conflicto por ley universitaria. Federaciones estudian ir a paro”, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 1 de diciembre de 1995.

⁸² “Del Congreso Nacional: Molina dijo a dirigencia estudiantil que no retirará proyecto de ‘Ues’”, *El Mercurio*, Santiago, 1 de diciembre de 1995.

⁸³ *Ídem*.

respecto de las políticas de Educación Superior que impulsa el Supremo Gobierno y sobre la posición particular del Señor Presidente ante la grave crisis del sistema universitario”.⁸⁴ No hay indicios de que la reunión se haya llevado a cabo, pero lo que los estudiantes demandaron entonces era el retiro del proyecto de ley:

Insistimos: Se requiere una definición clara respecto del autofinanciamiento impuesto por más de 15 años, por ser ésta la causa fundamental de las deudas y del deterioro de instituciones que son patrimonio nacional. Pensamos que la eficiencia y la modernización sólo son viables si van en función del cumplimiento de los fines universitarios y no bajo criterios economicistas [...] ¿es este “modelo de universidad” y estas políticas las que llevarán al país a afianzar su desarrollo al largo plazo y permitirán la consolidación de su democracia y soberanía? Al pretender eliminar las universidades estatales se está hipotecando el futuro de las nuevas generaciones y la posibilidad de construir una democracia real basada en el pluralismo, la identidad cultural y la igualdad de oportunidades para todos los sectores sociales.⁸⁵

En 1995, la profundización de una disidencia respecto de la iniciativa neoliberal comenzó a tomar visos de una crítica radical al sistema educacional mismo, pero por un tiempo y por lo menos hasta 2005, este cuestionamiento se mantuvo contenido sólo entre las franjas organizadas y militantes de los estudiantes.

A fines de 1995 las federaciones volvieron a reintentar la unidad. Esta vez se propuso una organización que se mantiene hasta el presente y que se armó en base a subdivisiones geográficas del país, llamadas “zonales”:

⁸⁴ Consejos de presidentes de las universidades de Santiago, Metropolitana y Tarapacá; Presidentes de Federaciones de las universidades Arturo Prat, Antofagasta, Atacama, La Serena, Valparaíso, de Chile, Tecnológica Metropolitana, Talca, Bío-Bío de Concepción, La Frontera y de Los Lagos. “Carta al Excelentísimo señor Presidente de la República de Chile, don Eduardo Frei Ruiz-Tagle”, 1 de diciembre de 1995), original AFECH (mayúsculas en el original).

⁸⁵ Consejos de presidentes de las universidades de Santiago, Metropolitana y Tarapacá; Presidentes de Federaciones de las universidades Arturo Prat, Antofagasta, Atacama, La Serena, Valparaíso, de Chile, Tecnológica Metropolitana, Talca, Bío-Bío de Concepción, La Frontera y de Los Lagos; “A la Comunidad Nacional y Universitaria”, 1 de diciembre de 1995, original AFECH.

sur, metropolitana, “quinta” (por la región de Valparaíso, la de mayor cantidad de instituciones tradicionales después de la Región Metropolitana) y norte. En el mismo período se abrió una mesa de diálogo con el Mineduc, para tratar temas como la regulación del sistema de educación superior, el financiamiento estudiantil y la modernización de los planteles. Algunas de estas reuniones se realizaron en marzo, pero no hay registro de que hayan llegado a algo más allá de un mutuo reconocimiento de posiciones.⁸⁶

La evolución de la UNES a la CONFECH (Confederación de Estudiantes de Chile) no fue fácil. No sabemos cuándo exactamente se produjo el cambio de nombre, pero sabemos que fue en 1996 y que constituyó algo más que una reforma en las siglas. Primero que todo, la idea de una confederación respondió a la nueva situación en que las federaciones estaban siendo reconstruidas, y a una alianza formal de estas que fortalecía la posibilidad de constituir un Movimiento Estudiantil —así, con mayúsculas—, unitario y de carácter nacional. Ya no correspondía hablar de “estudiantes” de manera genérica, como el nombre UNES sugería. Para 1996 eran “estudiantes federados”, es decir, organizados en federaciones por planteles, las mismas que estaban siendo reconstruidas desde movimientos amplios pero claramente dirigidos por organizaciones de izquierda, principalmente las JJCC y, en menor medida, la SurDA. Aunque las estrategias políticas de estas organizaciones se distanciaban cada vez más, ambas promovieron la articulación nacional y la unidad de las federaciones en la CONFECH, lo cual fue fundamental en la pervivencia de la misma.

Uno de los conflictos que debió resolverse antes de la formación de la confederación fue el criterio de ingreso a la misma. En mayo de 1996, los comunistas agrupados en torno a la FECH debieron enfrentar el cuestionamiento de algunas federaciones del norte del país a la participación de sus similares de universidades tradicionales no estatales, en el Encuentro Nacional de Estudiantes, espacio de reunión periódica que devino en la CONFECH. Era la primera vez que se planteaba el tema, un problema no resuelto hasta ese momento. Los dirigentes tenían dificultades para aceptar a dirigentes de universidades privadas tradicionales, como el caso de la Austral de Valdivia, la Pontificia Universidad Católica

⁸⁶ Ministerio de Educación, División de Educación Superior; “*Memorandum: Materias a tratar con las federaciones de estudiantes*”, 15 de marzo de 1996, original AFECH.

o la Universidad de Concepción. La identidad que adquirió el proceso de reconstrucción de las organizaciones en la izquierda al realizarse en la emergencia de la liquidación de las instituciones estatales, generó recelo respecto de las universidades tradicionales privadas, que habían sido mucho menos afectadas y empobrecidas en los años anteriores.

Rodrigo Roco respondió al conflicto con una carta al Zonal Norte de la CONFECH, donde sustancialmente se expresa lo que sigue:

La FECH considera que no es bueno marginar del movimiento estudiantil nacional por la defensa de la educación superior estatal a universidades que son parte de la tradición histórica del pueblo chileno [...] su solidaridad y apoyo es importantísimo. [...] Nos unen aspectos de fondo frente a la crisis universitaria [...] como el financiamiento a los estudiantes, el papel de la investigación para el desarrollo nacional, los modelos de universidad que se deben generar, el aporte fiscal de libre disposición, las normativas jurídicas generales, etc. son temas que, aún tocando sólo a algunas, nos unen obligatoriamente y nos deben unir en las luchas que vienen y de seguro se proyectan para los años que se avecinan.⁸⁷

Para demostrar sus palabras, la carta concluye con los resultados de las votaciones del encuentro, donde la mayoría de las federaciones cuestionadas se opusieron a la iniciativa del Gobierno además de suscribir el calendario de movilizaciones de ese año. Dos meses más tarde, en el Encuentro de Federaciones de Universidades Privadas con Aporte Estatal, realizado en Antofagasta el 5 y 6 de julio de 1996, primó el espíritu unitario y la intención de integrarse a los encuentros nacionales junto a las universidades estatales. A su vez, acusaron:

La reiterada actitud adversa al movimiento estudiantil nacional y sus demandas, que la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile ha asumido, [por lo que] hemos decidido enviar una carta a dichos compañeros para que se integren a la defensa del movimiento estudiantil, ya que de acuerdo a la situación

⁸⁷ Rodrigo Roco, *Sres. Presidentes de Federaciones de Estudiantes Zonal Norte*, Carta n°73, 28 de mayo de 1996, original AFECH.

que vive la educación superior, no existe institución alguna que no esté afecta a la crisis del sistema nacional universitario.⁸⁸

En la medida que la CONFECH se estaba fundando como una organización “de hecho”, diferencias como la recién mencionada, se solucionaban por la vía del diálogo entre presidentes de federación o entre encargados políticos de las organizaciones en que militaban los mismos. En una época en que no existía mayor información sobre lo que se discutía en esos espacios, que la prensa no cubría, en que no habían redes sociales y el internet era algo exótico de los más pudientes, la posición política y el rol comunicacional del dirigente, especialmente para informar a sus propias bases, se volvía fundamental. Muchas veces este era el único vínculo entre los estudiantes de regiones lejanas a Santiago y los debates y posiciones de la CONFECH. La presidencia de la FECH no sólo pesaba más por ser la más importante del país, sino porque era además la vocería de los comunistas a nivel nacional y, por tanto, también de la mayoría efectiva de las franjas organizadas del movimiento estudiantil. De ahí el valor de la carta al Zonal Norte: se le comunicaba que la integración de las “privadas tradicionales” era la posición mayoritaria, la de la oficialidad comunista y la más fuerte al interior del movimiento estudiantil.

Pero esta imagen no debe llevar a equívocos ni exageraciones. Aunque los comunistas dirijan el proceso de conformación de la CONFECH, aparece con claridad en las fuentes consultadas, la vocación unitaria que primó en el período. Esto habría estado muy determinado por la iniciativa del Gobierno, que no distinguía las viejas diferencias entre planteles ni entre la izquierda radical. La tendencia unitaria del movimiento estudiantil nos muestra hasta qué punto la politización del conflicto estudiantil fue acrecentándose y, en una comprensión a contrapelo de su tiempo, se unificó en lucha contra la política educacional de la Concertación. Y esto es algo muy importante, pues tiene un valor subversivo de la historicidad neoliberal. La emergencia de un movimiento social que buscaba detener y transformar lo que se presentó como la modernización en forma, en plenos años del “fin de la historia”, era algo totalmente imposible según las premoniciones de

⁸⁸ Actas del “Encuentro de Federaciones de Universidades Privadas con Aporte Estatal”, 5 y 6 de julio de 1996, original AFECH.

los brujos académicos de los gobiernos de la Concertación. El movimiento estudiantil de los noventa fue la anomalía social de la Transición.

En 1996 los estudiantes se movilizaron en contra de la Ley de Modernización.⁸⁹ Con la unidad alcanzada ese primer semestre de 1996, las federaciones convocaron a un paro nacional el día 12 de junio. Ya desde antes, el ex-Pedagógico se encontraba en paro indefinido y la UTEM fue tomada por el día de la manifestación. En tanto, algunas facultades de la Universidad de Chile, como la de Artes-centro, fueron ocupadas por sus alumnos para realizar foros y asambleas informativas.⁹⁰ El resultado de la movilización fue un éxito y su impacto político bastó para que la comisión de educación del Congreso decidiera suspender la tramitación de la ley, a pesar de que el ministro de Educación, Sergio Molina no estaba de acuerdo. El senador Roberto Muñoz Barra (PPD), entonces presidente de la comisión, indicó a la prensa que dicha comisión no podía seguir legislando “sobre un verdadero pantano de incertidumbre, porque nuestro trabajo se hace absolutamente estéril. Y también queremos señalarles claramente a los estamentos universitarios que lo positivo o negativo de este proyecto pasa por la responsabilidad del Gobierno”.⁹¹

Para los estudiantes organizados, en cambio, fue la verificación de la reaparición espectral en las calles del mítico “poder estudiantil”. El relato de *El Siglo* describe bastante bien la marcha, así como su repertorio de acciones y ritos, los que se harían permanentes en la cultura del movimiento estudiantil:

En Santiago se congregaron, desde tempranas horas, los estudiantes del Pedagógico y la UTEM en las cercanías del metro Los Héroes, esperando la marcha de la USACH y de la Universidad de Chile, que partieron de la Estación Central y Beaucheff, respectivamente. La Universidad de Santiago, ex UTE, se encuentra en paro prolongado

⁸⁹ La “Ley de Modernización” fue el nombre que tomó ese año de 1996 una de las varias iniciativas legales que emprendió la Concertación en distintos años (1996, 1997, 2001) hasta 2005 con el fin evidente de enviar al autofinanciamiento a las instituciones públicas de educación superior a la vez que buscaba entregar los créditos para el financiamiento estudiantil a la banca privada.

⁹⁰ “Universitarios se tomaron la Alameda”, *El Siglo*, Santiago, 14 al 20 de junio de 1996.

⁹¹ “La ley de la discordia. Modernización de las universidades estatales”, *El Mercurio*, Santiago, 16 de junio de 1996.

hace varios días a raíz de los bajos montos de crédito que les entregaron a los “cachorros”, por lo que su adhesión a la marcha fue notoria y numerosa, destacando los gritos contra el rector Morales y la Ley de Modernización. También se sumaron a la movilización varios centenares de alumnos de la Universidad Católica, que fueron recibidos con grandes aplausos por el resto de los universitarios.

[...] La alegría desplegada por los miles de manifestantes en el transcurso de la marcha fue mayor al llegar al Ministerio de Educación ubicado frente a la CUT, pues pudieron abrazar y saludar a los mineros de Lota que se encontraban en esas dependencias, gritando en conjunto, como en otros tiempos, “adelante, adelante, obreros y estudiantes.”⁹²

En esta coyuntura se pudo evidenciar la profundidad de los cambios ocurridos en el movimiento estudiantil respecto del ciclo anterior y que terminó junto con la Dictadura. En una declaración pública luego de las movilizaciones del 12 de junio de 1996, el Consejo de Presidentes de la USACH realizó una evaluación en que se rechazaba “el oportunismo de las juventudes políticas de la Concertación”, las que tras un año de inactividad, “aparecen descaradamente cuando el rechazo es generalizado”. De la misma forma, se felicitan por la convocatoria (“a lo menos 10 mil estudiantes en una marcha”) y se acusa a la represión de provocar los disturbios en que concluyó la movilización.⁹³ De esta forma se fue reactualizando la crítica a los partidos de la Concertación, desde su rol en la crisis de las federaciones a su intento de recuperar la conducción del movimiento. También se cimentaría un itinerario de movilizaciones, conformado por una escalada de marchas, paros y luego tomas, sin abandonar las primeras. Todo este proceso lograba rápidamente alcance regional y nacional.

Otro cambio importante fue la relación con el Gobierno. Si el movimiento de 1967 y 1968 negociaba directamente con los presidentes y senadores, el de los noventa fue marginado por la Concertación, y si bien en los primeros años de la década, promovió un proceso de reformas dialogado con las organizaciones estudiantiles, pronto cambió de parecer.

⁹² “Universitarios se tomaron la Alameda”, *El Siglo*, Santiago, 14 al 20 de junio de 1996.

⁹³ Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos USACH, “A la comunidad nacional”. Santiago, 13 de junio de 1996, original AFECH.

Cuando vio que estos no eran dóciles sino que se estaban armando para negociar en condiciones favorables, es decir, movilizados, el Gobierno dio paso a los repetidos intentos de anulación y marginación. Esto no hizo sino justificar los discursos que desconfiaban del Gobierno, los partidos de la Concertación e incluso, de cualquier institución de la política formal.

La movilización de 1996 fue la primera derrota de un proyecto de ley del Gobierno propinada por el movimiento estudiantil. Hacia fines de 1996, la CONFECH se encontró funcionando con cierta normalidad y, a pesar de los quiebres temporales de 1997 y 1998, y otros que se producirán en las décadas siguientes, no volvió a desaparecer y mantuvo su funcionamiento, en especial en los períodos de movilizaciones. Su mera existencia fue demostrativa de que nuevamente existía en Chile un movimiento estudiantil, aunque, como se demostró en el Congreso Nacional Estudiantil de 1998, tampoco pudo evolucionar hacia formas orgánicas más estables y permanentes y sigue siendo hasta el presente una organización alegal.

5 | Nuevas y viejas formas de la izquierda estudiantil de los noventa

En páginas anteriores revisamos el período de confusión ideológica y política de la izquierda estudiantil, de la cual probablemente nunca ha salido del todo. No obstante, sus corrientes más grandes e influyentes en los *campus* habían alcanzado algunas certezas, dando un salto político, determinado principalmente por el trabajo realizado en la dirección de las luchas estudiantiles a principios de la década, lo que las obligó a dejar de ser una mera disidencia y a actuar como una alternativa a la Concertación. No sólo se trataba de contar con un discurso y una organización alternativa, sino también con valores, formas y prácticas distintas.

La izquierda de este período fue distinta de la de las décadas de 1960 a 1980. El bosque de grupos organizados fue un espacio político y cultural de rebeldía, de reacción a la Transición, aunque sin un programa claro y de existencia bastante precaria. Como ha sugerido Víctor Muñoz T. en esta generación “la izquierda se asume como una referencia de identidad política que debe su definición constante a los sujetos que la piensan y

proyectan como continuidad-ruptura respecto a una tradición”.⁹⁴ De esta forma, tan importante como la música de Víctor Jara era la de los Fiskales Ad-Hok o la de Los Miserables, y los discos del primero sonaban a la espera de las tocatas de los segundos en las “tomas”. De la misma forma, la militancia de izquierda de la época criticaba a los partidos políticos de la izquierda tradicional sin dejar de homenajear a Allende y a la Unidad Popular cada 11 de septiembre. En esa y en otras fechas, como el 29 de marzo, Día del joven combatiente o, por un tiempo, el 19 de mayo en memoria de Daniel Menco, las barricadas y enfrentamientos violentos de estudiantes encapuchados contra carabineros eran respaldados por una parte importante de los jóvenes; mientras los dirigentes de las organizaciones y militantes de izquierda guardaban un cómodo silencio. La cultura de los noventa, aquella que era dominante en las organizaciones y escuelas, tuvo un marcado acento de lucha reivindicativa y de izquierda radical, aunque no logró resolver las contradicciones y vacíos heredados de las grandes derrotas del siglo.

Las Juventudes Comunistas, venían sufriendo una continua crisis desde 1987, la que se plasmó en quiebres y retiros masivos de militantes hacia 1990.⁹⁵ Para el caso estudiantil, la fractura más notoria fue la de 1990, en la cual renunciaron a las JJCC más de 500 militantes del regional orgánico de la Universidad de Chile, luego de un largo conflicto entre la dirección central y parte de los sectores “renovadores” del PC, influidos por la caída del Muro de Berlín, y cuyos referentes nacionales eran Luis Guastavino, Antonio Leal y Fanny Pollarolo. Este quiebre fue tan profundo que tras esta crisis, para 1993, las JJCC apenas congregaban a una quincena de militantes en esa misma universidad.⁹⁶ También el MIR y otros grupos de la izquierda radical sufrieron similares pérdidas de militantes, lo que no era sino parte de una crisis de sentido, de referencias y de confianza en la posibilidad del proyecto general de la izquierda.

La fragmentación de la izquierda se sumó al desbande en que se encontraban los grupos de la izquierda armada, como el Movimiento Juvenil Lautaro, el mismo MIR y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez,

⁹⁴ Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, p.46.

⁹⁵ Alfredo Riquelme S., *Rojo...*, *op. cit.*, pp.217-237.

⁹⁶ Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, pp.215 y ss.

fracción autónoma (FPMR-A). Esta variopinta turba de militantes utilizaron desde comienzos de los años noventa los *campus* como refugios, conformando un pequeño pero irreductible sedimento que resistió identitaria y agitativamente, no sólo como corriente política, sino que como cultura de izquierda radical.⁹⁷ De este campo nacería un sinnúmero de espacios organizados a modo de asambleas, de alcance limitado generalmente a la facultad o a las universidades regionales. Denominados por sus propios miembros como “colectivos”, fueron grupos pequeños, de no más de un par de decenas de participantes, y donde regularmente convivían veteranos de la izquierda radical muchas veces escondiendo su militancia real con jóvenes estudiantes que, sin experiencia orgánica, no estaban dispuestos a confiar en la vieja izquierda tradicional.

En los primeros años de la década de los noventa, muchos de estos colectivos llevaron a cabo prácticas de lucha callejera, a medio camino del ritual y la radicalidad de las formas. Como ha indicado Felipe del Solar, la transición de la izquierda armada hacia grupos anarquistas o insurreccionalistas tenía que ver con la atomización del campo de la izquierda y la desaparición paulatina de los espacios para la agitación subversiva y anticapitalista. Tras los años duros de la resistencia a la Dictadura, la historicidad y la estética de la lucha callejera dejaron su marca como signo del movimiento estudiantil radicalizado. Entre estos grupos, o alianzas de diversos cuadros “suelos” de las orgánicas de izquierda armada en retirada, estuvo La Vanguardia, surgida en 1990 en el denominado “Cordón Macul”, y cuyos miembros más tarde evolucionarían hacia otros colectivos. Otros se situaron a medio camino de la acción directa y el grupo identitario, como Resistencia Anarquista Estudiantil, La Punta, Motor Rebelde, etc. Años más tarde emergería la Coordinadora Revolucionaria del Pedagógico (CRP) en la UMCE, tristemente conocida porque una de sus militantes, Claudia López B., moriría baleada en un presunto enfrentamiento con carabineros en la población La Pincoya en 1998. Ante la muerte de López, el colectivo Motor Rebelde emitió un comunicado en que resaltaba el carácter de estos colectivos:

⁹⁷ Ver capítulo II, punto 2.

Chica Claudia:

Has iniciado un viaje que muchos hombres y mujeres valientes como tú iniciaron algún día. Te conocimos en los combates callejeros en contra de la mierda capitalista, ahí estabas tú, siempre en primera línea, osada, segura y decidida, como lo dijéramos en el momento que supimos de tu viaje, fuiste ejemplo para todos [...] Te reivindicamos como mujer subversiva y revolucionaria, hoy te quedas para siempre junto a nosotros, en cada barricada, en cada *capucha*, en cada *molo* [...] Chica esas balas asesinas no callaran tu voz, tu grito de libertad, la guerra está declarada desde hace mucho tiempo, hoy se ha hecho carne en ti, nos queda avanzar, cualificarnos, porque estamos ciertos de que la violencia de este capitalismo solo se combate con violencia revolucionaria.⁹⁸

Es desde aquí donde surgen los “encapuchados” como un nombre genérico para la práctica de lucha callejera organizada.⁹⁹ Y si bien tuvieron cierta importancia por lo disruptivo de sus acciones, la amplia atención mediática que concitaban, el secreto bajo el cual se movían y también por actuar a contrapelo de un sentido común muy reactivo a la violencia, estas organizaciones no fueron capaces de generar más fuerza que la necesaria para su propia reproducción. Terminaron siendo hasta hoy un espectro y un lugar en la normalidad de algunos *campus* y algunas manifestaciones, también una estética ritual más que una fuerza política transformadora en el movimiento estudiantil.

Otros colectivos nacerían de la matriz mirista, con prácticas similares a las de los grupos arriba mencionados, intentaron, no obstante, una construcción política más allá de la mera “gimnasia insurreccional”. En este campo destacan los Grupos de Acción Popular (GAP), de carácter semi-clandestino nacieron a mediados de la década reivindicando la tradición política del mirismo y se mantuvieron activos desde entonces para bajar en intensidad después de 2005. Si bien por bastante tiempo mantuvo cierta

⁹⁸ Motor Rebelde, c. septiembre 1998, panfleto, original.

⁹⁹ Felipe del Solar, Andrés Pérez, *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*. Santiago, Ril editores, 2008, pp.255-262. Sobre la cultura de los “encapuchados”, ver v/A *Los andamios de la ira*, Santiago, ediciones La Cópula, 2000. En <http://www.ultimorecurso.org.ar/drupi/node/309>.

hegemonía en la lucha callejera, nunca logró tener un rol de importancia en la dirección de las luchas estudiantiles. De la misma matriz surgió la SurDA, movimiento que tuvo un importante crecimiento desde el primer número de su revista, en 1992, con influencia principalmente en Santiago, Concepción y Valdivia. Este último grupo tuvo un desarrollo político notorio en la segunda mitad de la década de 1990, convirtiéndose en la principal alternativa de izquierda a la hegemonía de las JJCC hasta su autodisolución en 2008. Articulados en torno a una revista y luego en torno a su principal base, su estructura universitaria, el colectivo asumió el nombre del medio, *SurDA*, hacia fines de la década, manteniéndose como una organización semisecreta y cuya militancia se componía de cuadros destacados entre las organizaciones sociales en que se desplegaba.

De esta inagotable fragmentación y cruce de organizaciones sólo hemos mencionado a las más importantes en los *campus*, o a aquellas sobre las que existe algún tipo de registro o información, pero de ella surgió una renovación ideológica y práctica muy antiautoritaria, que se mostraría en varios casos reñida con la tradición del viejo movimiento estudiantil. Así, de las mesas políticas mencionadas por Quintana y Tohá en 1987, se pasó a espacios horizontales como las asambleas. Esta “nueva” forma de organización y debate estudiantil se presentó como un lugar de vinculación de masas de los centros de estudiantes y federaciones. Para algunos sectores, las asambleas fueron promovidas como forma de participación y también de agitación, debido al alcance sin igual que tenían estos eventos, los que a veces lograban reunir hasta tres mil personas. Para los dirigentes de la época, las asambleas sirvieron para hacer llegar el contenido de las posiciones políticas y de movilización a las bases, y para agitar y demostrar la fuerza colectiva con que se contaba.¹⁰⁰

Las asambleas también le sirvieron a la izquierda como espacio basal para conformar frentes de masas de sus organizaciones partidarias. Como decíamos, en su origen esta práctica se relacionó con el cuestionamiento a las tradicionales formas verticales de relación de los partidos con las organizaciones sociales, y también con una sentida necesidad de ampliar

¹⁰⁰ Diego Sáez T., en entrevista, menciona asambleas generales de la FEUACH a fines de los años noventa con presencia de tres mil personas, y también las de *campus*, que alcanzaban las 300 o 400 personas. Entrevista con Diego Sáez (presidente FEUACH 1999-2002 y dirigente movimiento SurDA), realizada el 6 de septiembre 2012.

su radio de influencia más allá de la militancia orgánica. En tiempos en que la militancia era algo muy mal mirado, en los patios los grupos de izquierda se lanzaron a participar al interior de colectivos más amplios que se fortalecían en la dirección y el activismo en las luchas por más crédito o por la democratización, propias de la década. De todas formas, no todos los colectivos tuvieron entre sus filas a militantes de la izquierda radical, y muchos contaron con militantes de organizaciones distintas e incluso opuestas. Ese fue el caso de Estudiantes en Movimiento, de la Universidad de Concepción, nacido al alero de las luchas de 1994 por más becas y en cuyo interior convivieron las JJCC y la SurDA.

El carácter asambleísta permitía la convivencia de tres centralidades fundamentales para la construcción de movimiento estudiantil en el período: una vocación por la resolución directa e inmediata de los conflictos cotidianos; una valoración de los espacios deliberativos directos, públicos y masivos en comparación con la burocracia de los partidos; y una búsqueda de nuevas referencias orgánicas y políticas que reanimaran las ideas de la izquierda. Este formato, orgánico y de diversidad política de la izquierda, se vio reproducido en la USACH, a través de la Coordinadora Estudiantil que también replicó la unidad entre la SurDA y las JJCC, realizando el esfuerzo mayor por la recuperación de la FEUSACH en 1996.¹⁰¹ En la Universidad de Chile surgieron los Estudiantes por la Reforma,¹⁰² en la Universidad Austral, el colectivo El Puente, formado a partir de las luchas de 1997,¹⁰³ ambos muy ligados a la SurDA, organización que aprovechó de crecer en las universidades del sur, donde las JJCC habían sido tradicionalmente más débiles, a través de la formación de estos colectivos con una estética más radical y movimientista que la más formal *Jota*. Por su parte, MURGA (Movimiento Universitario Revolucionario Generando Acción) fue como se llamó este tipo de organización en la Pontificia Universidad Católica, conformado por diversos grupos de izquierda, existió hasta 1997, cuando se diluyó en el Frente de Estudiantes de Izquierda (FEI), agrupación

¹⁰¹ Patricio Lagos E., “Sobre...”, *op. cit.*, pp.13 y ss.

¹⁰² Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, pp.197-198.

¹⁰³ Entrevista con Diego Sáez, *op. cit.* Se puede revisar la publicación periódica de este colectivo, denominada *La Honda* (1999-2002) en <http://hachazo.cl/10autonomia/lahonda.html> [Consultado el 25 de noviembre de 2012].

que reunía a las JJCC, al colectivo Maestranza, la JS e independientes de izquierda, y que alcanzó la presidencia de la FEUC en 1998.

En general, el colectivo como frente de masas fue un formato mayoritariamente usado por la SurDA, cuyos militantes lo comprendían como un “segundo anillo” de politización y tuvieron por lo general nombres como “Estudiantes Autónomos” o “Autonomistas”. Durante la década, la presencia de cuadros de la izquierda radical “cerrados” (cuya militancia era un secreto) en estos colectivos fue reduciéndose y el peso orgánico del sector puramente autonomista aumentó. Esto produjo quiebres debido a la pérdida de confianza de los independientes hacia el sector militante, que es lo que sucedió con la mayoría de los colectivos arriba mencionados. En Concepción, los Estudiantes en Movimiento se desintegraron tras sucesivos conflictos internos y después de terminar la experiencia dirigencial en la FEC en 1996. En Santiago, los Estudiantes por la Reforma se disolvieron tras la autocrítica por no haber participado en las elecciones de la FECH de 1996. La SurDA de la Universidad de Chile sería entonces parte de la conformación de A Crear Movimiento Estudiantil (ACME)¹⁰⁴ los que también se disolverían antes de que terminara la década. La efímera existencia de estos colectivos es contradictoria con la permanencia de sus experimentaciones de organización y participación política. Además constituyeron el importante enlace de historicidad entre la vieja rebeldía estudiantil de izquierda del siglo xx con las nuevas generaciones de militantes críticos de la universidad neoliberal. De esta forma, en muchas ocasiones, el movimiento estudiantil estuvo conducido por estos colectivos ante la pasividad de las dirigencias oficiales dominadas por sectores concertacionistas. Es por ello que el discurso de la autonomía y de la lucha sin delegar soberanía parece estar tan presente en la genética de las nuevas organizaciones de izquierda estudiantil.

Estas formas de organización fueron poco comprendidas en su tiempo desde la óptica acostumbrada a la política tradicional de los medios. Los colectivos de la nueva izquierda obedecían a una realidad que era desconocida para la prensa, y tampoco hubo mayor esfuerzo por interiorizarse de su naturaleza. Un reportaje de *El Mercurio* entregaba en 1993 su impresión de estos colectivos en el ex-Pedagógico:

¹⁰⁴ Víctor Muñoz T., *Generaciones..., op. cit.*, p. 198.

En el Pedagógico conviven grupos sin referentes en la política nacional. Se hacen llamar “La Vanguardia”, “La punta” y “Estudiantes por la Reforma” [...] Los dos primeros no son más que bandas. Sus miembros se caracterizan por la droga o el alcohol. A muchos los expulsaron de la U por bajo rendimiento. Sus postulados pseudoanarquistas se conocen a través de rayados murales. Estudiantes por la Reforma tienen otra dinámica. Son radicales de ultraizquierda, escindidos de grupos extremistas como el MIR militar, el FMR [FPMR] o el Lautaro. [...] Pese a no tener una orgánica clara, salieron segundos en la última elección del Centro de Alumnos del Pedagógico, con más de un tercio de los votos. [...] La dinámica política del Pedagógico transita por el mismo camino que la situación política nacional. Hasta 1986, todos marcharon de las manos aunque con diferencias. Desde DC hasta PC. Luego, vinieron las escisiones y los quiebres.¹⁰⁵

El escepticismo de los jóvenes hacia la política no fue ajeno en los *campus*. Ni siquiera las JJCC pudieron sortear esta desconfianza creciente. Tras un primer ensayo frustrado de construir el MIDA juvenil¹⁰⁶ en las universidades, intentando “una profunda renovación en las concepciones de las formas orgánicas tradicionales”,¹⁰⁷ las Juventudes Comunistas se lanzaron a la construcción de Asambleas de Estudiantes de Izquierda, que en concreto cumplían la misma función que los colectivos autonomistas para la SURDA, es decir, un espacio de amplificación y expansión de la iniciativa del partido. Tras la mencionada crisis del PC de 1990 y el éxodo de la militancia de las JJCC de la Universidad de Chile, para 1993, la *Jota* ya contaba con aproximadamente una quincena de militantes activos. Con la refundación de la FECH y los procesos de reconstrucción institucional de 1995 y 1996, y también ante la evasión de las instancias electorales de los Estudiantes por la Reforma, las Asambleas de Estudiantes de Izquierda (EEII), afines a

¹⁰⁵ “Culpan a extremistas por mala imagen de la U. Metropolitana”, *El Mercurio*, Santiago, 26 de julio de 1993.

¹⁰⁶ Movimiento de Izquierda Democrática Allendista (MIDA), plataforma electoral amplia de la izquierda, dirigida por el PC, y que existió entre 1991 y 1993.

¹⁰⁷ Juventudes Comunistas de Chile, *Movimiento Estudiantil: movilización y lucha por la democratización y la defensa de la Universidad*. Documento previo al Encuentro Nacional Universitario de las JJCC, Santiago, 1992-1993.

los comunistas, pasaron de tener cuatro núcleos a nueve y en casi todas las facultades de la Universidad de Chile. Como veremos más adelante, los EEII fueron vitales en la política de reconstrucción institucional del movimiento estudiantil; pero, como bien ha indicado Víctor Muñoz Tamayo, contenían en su formación una “esquizofrenia” entre la militancia del frente de masas y la del partido.¹⁰⁸ Esta tensión entre espacios orgánicos sería el germen de la división entre los EEII y las JJCC en 2003.

¹⁰⁸ Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, pp.220-221.

CAPÍTULO V

Las movilizaciones de 1997

Muchos paralelos son posibles de hacer entre la movilización de 1987 y la de 1997. En ambas la lucha de la Universidad de Chile fue el eje central, ambas tuvieron al estamento estudiantil compartiendo conducción con los académicos. Asimismo, las dos movilizaciones y sus cierres, fueron leídos como triunfos por sus vocerías principales. De la misma forma, es posible establecer ciertas diferencias. En primer lugar, la importancia de la movilización estudiantil de 1997 en la centralidad de la política no tuvo la misma dimensión que la de 1987 y tampoco tuvo el efecto moralizador que sí logró esta última. Resulta paradójal que mientras en 1987 el vacío político del desenlace del conflicto universitario se revistió de un triunfo simbólico, en 1997, la percepción de éxito y de derrota en distintas federaciones significó una maduración de importancia en la visión de la política y de las posibilidades de la lucha social estudiantil. Por último, mientras 1987 tuvo un impacto mediático inmenso, las movilizaciones de 10 años después sólo fueron recordadas por sus participantes y, aunque fueron reconocidas en la prensa, no constituyeron un hecho central en la política del momento.

Este capítulo trata específicamente del conflicto estudiantil de 1997, proponiendo más bien una interpretación de los acontecimientos y su significado global en el período, antes que nuevos relatos puesto que consideramos que las narraciones contenidas en los escritos de Fabio Moraga, Víctor Muñoz T., Rodrigo Roco y Alexis Meza S., son difíciles de mejorar. De igual forma, se entrega una narración del conflicto, para luego realizar una revisión de las interpretaciones que de dicho período surgieron y los efectos políticos que se generaron.

1 | Una crónica de las protestas de 1997

Desde mediados de la década, el movimiento estudiantil venía manifestando su descontento con la Ley de Modernización de las Universidades Estatales. No fueron los únicos en esos años. Por lo menos, desde 1995 los estamentos de académicos y funcionarios venían mostrando su malestar con la iniciativa. Debido a la presión de la movilización de los estudiantes, la ley, presentada en julio de 1995, fue congelada en junio de 1996, para volver al trámite parlamentario en 1997. Por otra parte, en la Universidad de Chile, el proceso de reestructuración emprendido por Lavados había abierto muchos frentes ante académicos y estudiantes.

Así, en un intento por legitimar su propuesta de reestructuración, el rector Lavados convocó en mayo de 1995 a un encuentro permanente para elaborar un proyecto institucional. Levantado por el dirigente de los académicos Iván Saavedra, el encuentro fue anunciado en portada por *El Mercurio*. Pero en octubre de 1995, el mismo medio relataba que “el presidente de la asociación de académicos de la Universidad de Chile, Iván Saavedra calificó como un completo fracaso el intento de que los académicos elaboraran un proyecto institucional”, pues participaron 500 de los 4500 convocados por Lavados. Lo mismo había pasado ya en 1994 con las elecciones de rector, en las que el *quórum* fue bajísimo, según el mismo diario.¹

Por su parte, *El Mercurio* se planteó ante la ley, que desde 1997 pasó a ser denominada como “Ley Marco”, en un tono que mostró el favor de los sectores conservadores con la propuesta del gobierno de la Concertación. Entonces el matutino indicó que: “La coincidencia de los ministros de Hacienda y de Educación ha permitido diseñar una iniciativa que era necesaria. Cabe esperar que en su tramitación parlamentaria sea objeto de perfeccionamientos que parecen indispensables”. A continuación, el editorial de *El Mercurio* enumeraba lo que parecía considerar como los males del sistema:

La sobredotación de personal académico y administrativo; la mantención de activos prescindibles; la falta de una recuperación

¹ “3000 académicos: elaborarán ‘Plan estratégico’ para la U. de Chile”, *El Mercurio*, Santiago, 29 de mayo de 1995; “Fracaso en la U”, *El Mercurio*, Santiago, 3 de octubre de 1995.

suficiente del crédito universitario a los alumnos son pruebas de un manejo económico que no puede calificarse de adecuado.²

De esta forma, en 1997 la Ley Marco tuvo el apoyo de la vocería de las elites. Se completó así el arco de consenso entre la iniciativa modernizadora y de mercado de la Concertación, y las clases dominantes históricas del país. Las movilizaciones de 1997, como vemos, no fueron un mero “estallido” estudiantil. No lo fueron porque ninguna de sus condiciones de desarrollo –la fuerza de masas, la decisión de las organizaciones permanentes, el repertorio de acciones, el programa y las demandas– vivió algo así como una explosión en 1997, sino por el contrario, fueron la consecuencia natural de un largo proceso de conformación de esos factores en los años anteriores. Vista en perspectiva, la particularidad de las protestas estudiantiles de 1997 reside en que constituyeron el primer enfrentamiento entre un movimiento social y los gobiernos de la Transición. Originado en la conflictividad abierta por la crisis de la educación pública y la frustración con la Transición inconclusa, la confrontación alcanzó proporciones de interés nacional. La ruptura de la tranquilidad social, real o percibida, que predominó en la primera década de la posdictadura, acometida por la escalada de movilizaciones de 1997, así como la emergencia a la primera línea de discursos y dirigentes radicalizados, es tal vez la razón de por qué “el ‘97” marcó tanto la memoria de las generaciones estudiantiles de la Transición. 1997 fue el año en que la anomalía social de la Transición se hizo ineludible.

Existen dos planos de análisis para la lucha de ese año, uno nacional y otro local, específico a las universidades de Santiago. En el primero, los acontecimientos de 1997 tuvieron que ver con un petitorio largamente larvado en las instancias organizativas del movimiento estudiantil a nivel nacional, cuyo foco estaba centrado en la democratización de las universidades y la demanda por mayor participación. Se puso énfasis en el fin de la Ley Orgánica Constitucional de la Educación (LOCE) y de la Ley Marco. En este plano y como parte de las luchas de 1997, se distinguen enfrentamientos locales con los rectores e intendentes regionales que eran vistos como piedras de tope para la democratización. El segundo plano

² “Ley de universidades estatales”, *El Mercurio*, Santiago, 11 de octubre de 1995.

de análisis, en cambio, se encuentra conformado por la movilización de las grandes universidades de Santiago, específicamente la USACH y la Universidad de Chile, las cuales demandaban lo mismo que los planteles de regiones, pero poniendo el énfasis en las luchas internas por la reestructuración institucional y por la reforma de los estatutos heredados de la Dictadura. Como la dirección de ambas federaciones de Santiago –dos de las más importantes del país–, estaba en manos de las JJCC, estas pudieron conducir la movilización a nivel nacional, y ser los interlocutores frente al Gobierno y al Mineduc, en la mayor parte del período que duró la lucha. En específico, la primera vocería nacional la tuvo Rodrigo Roco, de las JJCC y presidente de la FECH, lo cual tendría consecuencias imprevisibles para los comunistas.

Las Juventudes Comunistas no evadieron este rol conductor y procedieron a imprimirle sus contenidos políticos a la lucha. La *Jota* determinó en su IX Encuentro de abril de 1997 que “todos los desafíos que tenemos para este año están marcados por un proceso de movilización que debe pasar de la reivindicación al conflicto político, al cuestionamiento al modelo neoliberal”.³ En ese encuentro se definió también una postura que sería fundamental en el desarrollo de los hechos: el petitorio incluiría las dos demandas históricas del movimiento estudiantil (financiamiento y democratización) en el código que la nueva hegemonía comunista en la FECH y la FEUSACH habían definido, es decir, como demanda por el “arancel diferenciado” –que era política comunista desde los ochenta y que fue reactivada desde 1992⁴– y la demanda por la “discusión de una nueva Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), que apunte a incorporar los cambios planteados y en general que tienda a democratizar las universidades”.⁵

³ Juventudes Comunistas de Chile, *Resoluciones IX Encuentro Nacional Universitario*. (Documento interno), abril de 1997.

⁴ La demanda del “arancel diferenciado”, es decir, que el arancel de una carrera de educación superior estuviese diferenciado por el nivel de recursos según una división del universo estudiantil por quintiles de ingresos, aparece como demanda de las JJCC para la educación superior en el documento de 1992, *Movimiento Estudiantil: movilización...*, *op. cit.*

⁵ Juventudes Comunistas de Chile, *Resoluciones...*, *op. cit.*

Las movilizaciones comenzaron hacia mayo de 1997, cuando terminaban de definirse las listas de “beneficiados” con el crédito universitario. Al igual que todos los años, los recursos no alcanzaron para todos los que solicitaron créditos fiscales, por lo que las izquierdas y dirigencias del movimiento estudiantil se lanzaron a agitar la tesis de que eran los criterios economicistas los que discriminaban a los alumnos, junto a una negligente actitud del Gobierno que mantenía la universidad autoritaria y de mercado, instaurada en Dictadura. Todo lo que, según las dirigencias estudiantiles, se plasmaba en la Ley Marco en trámite en el Congreso. El cuadro tenía lógica, apelaba a todo el sentido común, tanto el del cotidiano *reino de la necesidad* como el de los resabios ideológicos de la lucha antidictatorial.

Para junio, ya eran cincuenta mil los estudiantes movilizados en todo el país. La demanda por democratización y el descontento por el financiamiento se expandieron como el fuego por el país incendiando la pradera universitaria.⁶ En Concepción, los estudiantes pararon y ocuparon varias facultades de la universidad penquista, y el 12 de junio marcharon cuatro mil estudiantes de las universidades regionales por la ciudad.⁷ Durante junio, el movimiento estudiantil tuvo su cénit. Se sumaron casi todas las universidades del país, incluyendo las facultades con importantes bases de centro y de izquierda de la Universidad Católica, cuyos alumnos se habían mantenido al margen en los años anteriores.⁸ El 3 de junio, la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile fue ocupada, y la movilización creció en importancia a nivel nacional. La USACH también fue tomada por los estudiantes, y el mismo destino tendrían casi todas las instituciones estatales del país.⁹

Como lo ha sostenido el historiador Fabio Moraga, la respuesta de los sectores conservadores y del Gobierno se manifestó en una centralidad discursiva, incluso mintiendo a veces, en torno a la supuesta exigencia de cogobierno por parte de los estudiantes o insistiendo en una

⁶ “A las puertas de un estallido universitario”, *La Tercera*, Santiago, 4 de junio de 1997.

⁷ Alexis Meza S., “Un tropezón...”, *op. cit.*, p.234.

⁸ “Movimiento en la U. Católica”, *La Época*, Santiago, 7 de junio de 1997.

⁹ “Lavados reconoce difícil situación en la U. de Chile”, *La Tercera*, Santiago, 3 de junio de 1997; “Siguen ocupaciones estudiantiles: ahora se sumó medicina”, *La Época*, Santiago, 3 de junio de 1997.

pretendida infiltración de la movilización por grupos armados. Así, Francisco Cumplido, entonces secretario general de la Universidad de Chile, llegó a decir que la movilización estaba intervenida por el FPMR. En la misma línea, el entonces prorector de dicha universidad, Alfredo Lhasen, afirmó haber concedido todos los puntos del petitorio FECH, a pesar de lo cual esta entidad se mantenía movilizada en pos del cogobierno, hecho que fue desmentido de inmediato por Rodrigo Roco y en más de una ocasión.¹⁰

Durante aquellos meses de mayo, junio y julio se vivió una inusitada fiesta en las calles y *campus* universitarios. La vieja movilización contra la Dictadura, centrada en el enfrentamiento, daba paso a formas más carnavalescas de lucha, sin que se abandonara la resistencia y rebeldía callejera. La cultura estudiantil de izquierda se volvió dominante durante 1997, aunque su empuje emergente venía de varios años antes. Sin embargo, fue ese año cuando muchos vieron –por primera vez en sus vidas– cómo lucía una lucha social, algo que casi no conocían o sólo a través de relatos orales y libros ya roñosos. A su vez, las marchas y los posteriores juegos de arrancar del “guanaco” y de los carabineros a pie, generaban una comunidad de solidaridades entre los estudiantes que fueron fortaleciendo su carácter movimiental. Las luchas estudiantiles de 1997 se convirtieron en una experiencia que superó cualquier cálculo frío respecto de sus resultados concretos, porque significó una forma de vivir el colectivo que era inédita para las prácticas sociales de la Transición, tan centradas en un individuo solitario, al que la organización y la movilización le parecían anticuadas, inútiles o desconocidas.

Incluso para la renovada Juventud Socialista, que se había reconstruido desde 1994 en rechazo a la gestión de Álvaro Elizalde en la Universidad de Chile, esta experiencia fue aplastante y se vieron conducidos a luchar contra su propio Gobierno, precisamente por la fuerza de masas de los hechos. Esta distancia se expresó cuando Danilo Núñez, el dirigente JS en la mesa FECH, fue atacado por el presidente de su colectividad, el mismísimo Álvaro Elizalde, de ser “comparsa de los comunistas” por participar en las marchas. Esto significó un distanciamiento insalvable, pues sectores importantes de la militancia de base de la JS se quedaron del lado de la

¹⁰ Fabio Moraga S., “Crisis...”, *op. cit.*, pp.206-207.

movilización y contra el Gobierno, siendo desconocidos por los dirigentes de los partidos de la Concertación.¹¹

El 30 de junio, la FECH llegó a un acuerdo con la rectoría, que se expresó en el decreto 7360 que dio forma a la Comisión de Proyecto Institucional (CPI), la cual tras un largo periplo de eventos y conflictos interestamentales daría un nuevo estatuto a la Universidad de Chile que sería aprobado definitivamente en el Congreso Nacional en 2006, con los votos en contra de los parlamentarios de derecha.¹² La USACH, tras largos meses de toma, alcanzó un acuerdo para comenzar un proceso democratizador similar al de la Universidad de Chile, pero que sería finalmente contenido por los académicos, quedando congelado en 1999 y hasta el presente. Según la prensa, la FECH celebró “con challas y champaña” el acuerdo,¹³ pero las divergencias por la forma unilateral en que la principal federación del país, y también principal foco de atención mediático, se había *bajado* de la movilización, fueron creciendo y expandiéndose también como crítica a la conducción de la *Jota*.

2 | Algunas consecuencias de la movilización de 1997

Una primera consecuencia de las movilizaciones de 1997 fue la división de la CONFECH por parte de las federaciones de las universidades del sur, articuladas en la Confederación de Federaciones de Estudiantes del Sur, la CONFESUR. Esta entidad, en manos de la Concertación y dirigida por el entonces presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad del Bío-Bío, Rodrigo Peñailillo (PPD), buscó llegar a un acuerdo con el Mineduc, aislando así a la FECH y con ello a los comunistas y a Roco.

Esta división inició una forma de operar de las juventudes de la Concertación respecto de la CONFECH y las ubicó de forma permanente como enemigas de la organización estudiantil. La CONFESUR surgió cuando Peñailillo, en su segundo período como presidente, en julio de 1997, se erigió como vocero de las cuatro universidades regionales. Su fama se consolidó cuando se enfrentó al intendente regional, Martín Zilic de la DC, y

¹¹ Entrevistado por Víctor Muñoz T., en Víctor Muñoz T., *Generaciones..., op. cit.*, p.226.

¹² Víctor Muñoz T., *Generaciones..., op. cit.*, p.131.

¹³ “Con challas y champaña celebró la FECH”, *La Tercera*, Santiago, 1 de julio de 1997.

de ahí se lanzó a encarar la vocería de Roco, comunista y de Santiago. El 12 de junio de ese año diría, ante miles de estudiantes en el centro de la ciudad, que

Hacemos un llamado al Gobierno desde la VIII región para que cubran los déficits de crédito a las universidades. No es posible que cuando hablamos de igualdad de oportunidades sigan los compañeros retirándose o sin poder acceder a la educación superior por temas de financiamiento.¹⁴

Su discurso no era radical, pero expresaba la demanda básica de la movilización con claridad. Detrás de él, por supuesto, estaba el PPD y toda la maquinaria de la Concertación y el Gobierno que buscaba terminar con el conflicto. Peñailillo entonces agrupó a las federaciones concertacionistas o temerosas de la izquierda desde Talca hacia el sur. Sumó nueve presidencias, logró establecer un quiebre con la CONFECH y, para que nadie tuviera dudas, a esta nueva agrupación le pusieron otro nombre: CONFESUR. En la confusión, negociaron un protocolo de acuerdo con el Ministerio, aislando a la CONFECH, desatando la “bajada” de muchas tomas y paros. Roco entonces calificó a la confederación del sur de “blanda”, “ellos tienen la voluntad de decir a todo que sí, aunque el Gobierno esté pasando la aplandadora”, sostuvo entonces el dirigente de la FECH.¹⁵

Un reportaje publicado por el diario *La Tercera* en junio de 2014, citó la opinión de dos dirigentes del año 1997, uno de la derecha y otro que entonces era de la SurDA, respecto del quiebre de ese año. El primero, Frank Sauerbaum, a la época presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de la Santísima Concepción de la misma ciudad, señaló que Peñailillo oficiaba como “negociador permanente de la Concertación” y que en 1997 la tarea del dirigente “era bajarle el tono a lo duro de la crítica, el paro y la toma”. Para el segundo, Javier Sandoval, quien ese año era el presidente de la FEC, no se trató sólo de Peñailillo, sino que de un actuar colectivo de la Concertación frente a las luchas estudiantiles:

¹⁴ Juan Pablo Sallaberry, “Peñailillo en tres tiempos”, *Qué Pasa*, Santiago, 10 de abril de 2014.

¹⁵ *Ídem.*

Ellos tenían un *modus operandi*: movilizarse desde el principio y anticiparse a las movilizaciones de otras universidades. Y cuando las movilizaciones entraban en su punto alto, generaban un escenario de desacuerdo y de acusación directa a los comunistas, acusando querer generar una desestabilización artificial. Finalmente, sólo se entregaron recursos adicionales, no se atacó el problema estructural y pactaron por fuera con el Gobierno.¹⁶

La creación de la CONFESUR no constituyó una ruptura formal con la CONFECH, sino más bien una práctica de paralelismo que tendía a debilitar la fuerza de la segunda. La articulación de federaciones del sur dirigida por Peñailillo no fue una obra personal, sino que la ejecución de la táctica desmovilizadora de la Concertación sobre la organización nacional. Como se dijo, se fundó un modo de operar: en las asambleas de la Confederación, cada vez que las dirigencias concertacionistas perdían una votación ante la mayoría de izquierda, se retiraban y emitían una declaración alternativa firmada como CONFESUR, desconociendo o relativizando las decisiones de la CONFECH.

La ruptura de esta última articulada por la Concertación, a diferencia de lo que aseguró entonces la prensa, no fulminó al movimiento. La unidad se recuperó pronto y en general no hubo quiebres en las bases estudiantiles. Pero el daño fue enorme en lo inmediato y aunque no fue la causa, sí fue la forma en que el movimiento de 1997 fue derrotado. Sobre todo, la ruptura afectó la imagen de las JJCC entre los estudiantes de regiones, quienes perdieron confianza en sus militantes. La evaluación que hicieron los sectores organizados del resto del país fue en tono de frustración, como lo sugiere un dirigente estudiantil del período:

Todos estábamos por “las demandas nacionales”... y cuando la gente en “la Chile” negocia y se baja, nosotros quedamos tirados. Ahí intentan inventar un petitorio local [en la UACH], pero es ridículo, son 27 días de paro, para nada, inventan el petitorio local al final, para salvar. Daba lo mismo, porque era tan claro que estábamos

¹⁶ Emmanuel Ganora B., “Los años estudiantiles de Peñailillo”, *La Tercera*, Santiago, 3 de mayo de 2014. Disponible en <http://www.latercera.com/noticia/politica/2014/05/674-576449-9-los-anos-estudiantiles-de-penailillo.shtml> [consultado el 10 de marzo de 2015].

por lo nacional, que cuando se baja Roco, no hay nada que hacer. [...] Nosotros nos sabíamos de memoria el petitorio de la CONFECH, todos los puntos, nos subíamos a las micros a explicarlos, y el gran punto de ese petitorio era la participación estudiantil, la letra D o E del artículo... mmm... ¿53? de la LOCE que dice que los estudiantes no pueden participar en la elección de autoridades. Esa movilización era en contra de la LOCE, se agitaba un poco con el crédito, pero muy poco.¹⁷

Una impresión similar, pero en tono autocrítico, fue la que tuvo el dirigente de la FEC Marcial Torres y que fue rescatada por Alexis Meza:

La lógica de la “asamblea sin control”, hizo primar por la vía de los hechos, la lógica de quien llevaba más fuerza a la asamblea, y eso desordenó hartó el movimiento, y se disparó por el lado, o sea, no hubo capacidad de conducción [...]. No había una conducción desde la Federación [...]. El que hayamos desperdiciado la oportunidad, de haber sentado las bases del desarrollo del movimiento estudiantil en la Universidad de Concepción, que hubiese hecho retroceder las ideas que prevalecen entre los cabros de la “U” el haber perdido esa posibilidad, tal vez por problemas menores, es algo que lo entienden los *surdos*, lo entiende la ‘J’ y otra gente de izquierda lo tiene que entender también.¹⁸

De esta forma, en el sur, tanto la Concertación como las JJCC quedaron con una imagen dañada por los hechos de 1997. Fue en ese caldo de cultivo que creció la alternativa de los “autonomistas”, quienes habían ganado la FEC en 1996, y en 1997 en la Universidad del Bío-Bío, aprovechando el descrédito en que cayó la Concertación en Concepción, la SURDA derrotó al PPD y alcanzó la presidencia de la FEUBB, la misma que había presidido Peñailillo aquel año.

Así, si bien las movilizaciones de 1997 consiguieron avances considerables en democratización y recursos, sus principales efectos de largo plazo fueron: posicionar a los estudiantes como actores sociales indeludibles, probar la existencia de la fuerza del movimiento estudiantil y, por último pero más relevante que todo, el comienzo de la instalación

¹⁷ Entrevista con Diego Sáez, *op. cit.*

¹⁸ Entrevistado por Alexis Meza S. En Alexis Meza S., “Un tropezón...”, *op. cit.*, pp.239-240.

de la noción de crisis de la educación pública en importantes franjas de la sociedad. De la misma forma, las luchas estudiantiles de 1997 significaron una síntesis y superación de los horizontes del movimiento estudiantil de la década de los noventa. Las cuestiones de los años siguientes ya no serían para qué tener federación o el sentido de la organización, sino que tendrían que ver con el fortalecimiento del movimiento estudiantil, el crecimiento de los sectores de izquierda y la aparición de un debate muy original sobre el rol del movimiento estudiantil en un proceso de luchas sociales en el siglo XXI.

CAPÍTULO VI

Los años de reflujo (1998-2000)

Con el fin de las movilizaciones de 1997 se fue cerrando una etapa en el movimiento estudiantil. Nos referimos a la fase que comenzó con la crisis de 1993 y que reconstruyó no sólo sus organizaciones sino también sus formas de deliberación, su relación con la política y sobre todo, su capacidad de elaborar una crítica del sistema en su conjunto. A partir de 1997, el movimiento estudiantil detuvo el impulso de ascenso que traía desde 1994, período en que realizó la titánica tarea de renacer en una época contraria a toda lucha y organización y, en concreto, a cualquier esfuerzo colectivo. Desde 1997 las prácticas e identidades de los estudiantes organizados entraron en una fase de estabilización de aquello que había emergido en los noventa. En esta condición se mantuvo hasta por lo menos 2005, cuando el fin del sistema de créditos estatales para estudiar, modificó significativamente el sentido histórico del conflicto estudiantil. El año 1997, cuando lo que se jugaban los militantes del movimiento estudiantil, era la supervivencia de la organización misma, el afluyente de historicidad movilizadora, desembocó en un nuevo movimiento social.

Lo que vino entonces, fueron años de reflexión introspectiva del movimiento estudiantil en medio de luchas que siguieron dándose, aunque ya con la amargura de haber conocido los límites de la movilización. En esos años se constataron dos elementos de importancia: primero, que el movimiento estudiantil había logrado superar la crisis de la caída del muro o del “fin de la historia” que se llevó a la mayoría de los movimientos sociales al taller de los historiadores, convirtiéndose en una saludable espina en el costado del neoliberalismo. Segundo, que a pesar de esta existencia crítica, el movimiento estudiantil reconstruido desde 1994 no tenía fuerza suficiente para imponer sus posiciones al Gobierno. Dicho en otros términos: su alianza social era demasiado reducida como para horadar los muros de contención del proyecto educacional del neoliberalismo. Por el contrario, necesitó de movilizaciones inéditas —en los criterios de la época— para apenas detener un proyecto de ley en 1997. Así y todo, si bien los años de

1998-2000 significaron un reflujo respecto de la vocación movilizadora y de avance de la fase anterior, no implicaron ni por cerca el retorno a un estadio de estancamiento y colapso como el que se vivió entre 1990 y 1994. Lo de esos años fue un reflujo y no una crisis.

En este capítulo abordaremos algunos elementos del período 1998-2000 en el movimiento estudiantil, especialmente la discusión interna. Este debate sirvió como transición hacia la nueva fase que comenzó a abrirse en 2001 con el retorno del movimiento secundario y el ascenso de un movimiento estudiantil de masas. Se revisarán brevemente algunos aspectos del reflujo: el Congreso Nacional Universitario (o estudiantil) de 1998, el asesinato de Daniel Menco y la escalada represiva de 1999, y la reflexión política de las izquierdas en torno al movimiento estudiantil de fin de siglo.

1 | Las formas del reflujo

En tanto la izquierda yacía perpleja ante el agotamiento del empuje del ciclo iniciado a comienzos de los noventa, y frustrada por no poder capitalizar la fuerza de la revuelta de 1997 en alguna transformación de importancia, los restos de los partidos tradicionales pudieron obtener algunos triunfos temporales. Luego de 1997 y tras varios años a la defensiva, la Concertación e incluso la derecha, consiguieron triunfos electorales en algunas federaciones. Estas victorias fueron tanto sobre la izquierda desfalleciente y desmoralizada después del esfuerzo de las movilizaciones, como sobre la descomposición del movimiento, incapaz de reproducirse en sus direcciones.

Los traspés de la izquierda en las elecciones de federación de esos años no fueron frente a una alternativa política, sino que ante discursos despolitizantes y corporativistas. Es el caso de la FEUC, donde tras el quiebre de la alianza de izquierdas que gobernó en 1998 (en la cual convivieron Maestranza, las JJCC y la JS, además de independientes), las elecciones fueron ganadas en tres de los cuatro años siguientes por sectores cercanos a la Concertación. Esta agrupación que no se reconocía como parte del conglomerado y se hacía llamar “κ3”, terminó dividiéndose entre un grupo cercano a la Democracia Cristiana Universitaria, que se quedó por un año con el nombre κ3 y con las bases provenientes principalmente de los trabajos voluntarios de la FEUC; y “El Sector”, relacionado con la Juventud

Socialista de la coalición κ3.¹ Este grupo, si bien mantuvo una conducción en tono progresista, nunca llevó a cabo disputas o conflictos de importancia, ni local ni nacionalmente. Fue una clara muestra del vacío estratégico para las luchas sociales en la construcción política de la Concertación. Las organizaciones sociales, no tenían un lugar de importancia en la política de la Transición, en su política. Similar situación a la de la PUC se vivió en las elecciones de la FEC. Luego de las movilizaciones de 1997 y de la división de la izquierda y los sectores organizados del movimiento estudiantil, entre un sector ligado a la SURDA y otro a las JJCC, la federación fue ganada por la DC en 1998 con Roberto Yévenes, y en 1999 quedó bajo el gobierno de una alianza entre la DC y la derecha, cuyo nombre llevaba el ascéptico concepto de “Lista universitaria”.²

A pesar de la sensibilidad expresada por la Concertación y la derecha respecto de los temas urgentes de financiamiento e infraestructura universitaria, el rechazo a toda forma de movilización en pos de reformas en esas áreas, significó en la práctica una actitud desarticuladora del tejido estudiantil. El caso de la JS en la USACH, por algunos años, debe destacarse como excepción a dicha tendencia. Allí, los socialistas mantuvieron cierta hegemonía durante la primera década del siglo en curso, sobre todo luego de la derrota de las JJCC y el resto de las izquierdas del movimiento estudiantil tras las luchas de 1997-1999. En 2001, la JS ganó la FEUSACH y mantuvo su conducción por varios años.³ Al contrario de los casos mencionados anteriormente, la JS tuvo una política que no combatió la movilización e incluso promovió la organización estudiantil. Esto lo hizo tanto bajo presión de la oposición de la izquierda en las bases y Centros de Estudiantes, así como porque el estudiantado de la USACH se veía particularmente afectado por la crisis permanente del Fondo Solidario del Crédito Universitario.

La crítica a la Concertación por administrar el legado de la Dictadura en vez de reformarlo ya no era sólo el grito aislado de la izquierda radical, sino que se hizo parte del sentido común del malestar estudiantil, una

¹ El Sector, *Historia de El Sector*. 8 de febrero de 2006, disponible en <http://sector2006.blogspot.com/2006/02/historia-de-el-sector.html> [Consultado el 25 de noviembre de 2012].

² Alexis Meza, *Un tropezón...*, *op. cit.*, pp.242-249.

³ Patricio Lagos, *Jóvenes...*, *op. cit.*, pp.10-11.

vez fueron procesados los acontecimientos de fines de los años noventa. Las elecciones parlamentarias de 1997 demostraron el desencanto juvenil hacia la democracia de la Transición, expresado en su baja participación. El sucesivo rechazo a reformar el sistema de créditos universitarios, a todas luces insuficiente, la agudizada crisis de financiamiento de los establecimientos tradicionales, principalmente los estatales, así como la respuesta desproporcionadamente represiva ante cualquier protesta, decantó en una desconfianza hacia la clase política de la Transición, en especial hacia la Concertación, y marcó a fuego tanto al movimiento estudiantil como a la izquierda universitaria de esos años.⁴

El retorno de la Concertación a las dirigencias estudiantiles –de donde nunca se había del todo– fue efímero, incapaz de cambiar el carácter que se estaba fraguando al calor de las luchas estudiantiles contra la mercantilización. No fue tampoco el primer intento de retorno, ni menos su primer fracaso. Sus triunfos se basaron en un discurso despolitizador o centrado en la gestión “de calidad” de las organizaciones estudiantiles, muy agotadas por la movilización, y por lo mismo no podían (o no les interesaba) derivar ese apoyo a la disputa política nacional. La Concertación podía desmovilizar, pero no podía redirigir la movilización estudiantil. La izquierda, muy fragmentada hacia el fin del siglo, enfrentó el reflujo en reflexión y aprendizaje, y al parecer logró recuperarse. Si la derrota se iba a volver una norma en los ciclos de lucha estudiantil, también lo sería el reflujo y el nuevo ascenso. Acabado el receso y renovadas generacionalmente las bases del movimiento estudiantil, como sucedió en los primeros años de este siglo, la agitación antineoliberal recuperó vigor y la pradera volvió a incendiarse por la izquierda.

⁴ Giovanni Carrasco Azzini, “Participación y tendencias políticas en estudiantes universitarios: el caso de la Universidad de Chile”, *Última Década*, n°32, Santiago, 2010, pp.85-103.

2 | El Congreso Nacional de Estudiantes de 1998

Luego de la reconstrucción casi total de las federaciones de estudiantes en todo el país y tras su exitosa rearticulación nacional, así como bajo el impacto que generaron en las franjas organizadas del movimiento estudiantil los hechos de 1997, la idea de un encuentro nacional se extendió en las federaciones. Aquellas organizaciones cercanas a las JJCC y también a los grupos heterodoxos de izquierda y que controlaban las federaciones en la mayoría de las universidades, fueron las más entusiastas (probablemente porque la idea era suya) y se lanzaron a organizar un congreso que dotase al movimiento de una plataforma programática común, que fuese aceptada por todos los colores políticos, y que permitiera construir una orgánica permanente para la CONFECH.

Si bien la idea de realizar un congreso nacional de estudiantes existía desde 1996, cuando la UNES cambió su nombre a CONFECH e integró a las federaciones de las universidades no estatales del Consejo de Rectores, por diversos motivos éste no se había materializado. Luego de las divisiones que se hicieron evidentes en la Confederación, tras la *bajada* de la Universidad de Chile de las movilizaciones nacionales, en junio de 1997, fue la promesa de convocar a un Congreso Nacional de Estudiantes (CNE, también llamado “Universitario”, CNU) en 1998, lo que dio cierto norte a la Confederación. En 1998, la CONFECH era una asamblea de dirigentes con muchas indefiniciones políticas, con una débil comprensión del significado de la gran movilización de 1997 y muy desconfiada entre sí. Para las JJCC, este congreso era la oportunidad de capitalizar la reciente movilización y pusieron toda su esperanza en ello:

[...] el último conflicto dejó claro que existen condiciones objetivas para estructurar una organización estudiantil nacional, sobretodo porque se dejó de manifiesto esta voluntad, no sólo en los dirigentes estudiantiles sino que, fundamentalmente, en la base estudiantil. Es urgente que nos planteemos la realización del Congreso Nacional Estudiantil, con el fin de avanzar mucho más en esta idea de dotar al ME [Movimiento Estudiantil] de un programa transformador, esto nos permitirá ordenar los debates de los claustros logrados luego del conflicto a nivel nacional y mantener un grado de cohesión en la propuesta y en el ánimo de movilizaciones, permitirá además

posicionar al ME universitario como un protagonista de la realidad nacional, particularmente la realidad juvenil y sin lugar a dudas que se convertirá en un gran dinamizador del proceso de reconstrucción del Movimiento Juvenil.⁵

En el documento de invitación al CNE, publicado en mayo de 1998, quedó por escrito esta voluntad de expandir el movimiento estudiantil, deseo que no era solo comunista sino de la diversidad de izquierda organizada en los *campus* en ese entonces. Así, en dicho texto se sostiene que:

los estudiantes han sido capaces de posicionarse como actores de cambio. Es en este contexto que se hace imperioso avanzar en la formulación de un programa coherente que defina el tipo de universidad que queremos y el papel que ella juega en la construcción del destino de nuestro país.⁶

Más adelante, en el mismo documento, se sostiene la tesis de construir una orgánica nacional de estudiantes:

La constatación histórica da cuenta de una serie de problemas que surgen de la falta de una institucionalidad [...] Se hace indispensable la confección de una normativa que emane de un órgano constituyente de los universitarios, la cual permitirá dar las reglas que deberán ser respetadas por los diversos actores involucrados.⁷

El documento de invitación al CNE dejaba en claro los dos objetivos antes mencionados: el establecer una orgánica nacional de la CONFECH y la consagración de un programa (de izquierda) para el movimiento estudiantil nacional. Dado que, como hemos visto, las JJCC controlaban la mayoría de las vocerías federativas del país, es muy probable que el citado documento haya sido redactado bajo sus tesis políticas. Este hecho no nos debe hacer desconfiar de la veracidad o representatividad del escrito, sino, por el contrario, nos permite verificar hasta dónde los objetivos de la izquierda estudiantil se confundían con los del movimiento, pues, ambos, habían

⁵ Juventudes Comunistas de Chile, *x Encuentro Nacional Universitario*. (Documento interno), Valparaíso, segundo semestre de 1997.

⁶ Anónimo, *Por el derecho a la educación, adelante con el Congreso Nacional de Estudiantes. Junio de 1998*. (Convocatoria oficial al CNE), original AFECH, mayo de 1998.

⁷ *Idem*.

compartido el proceso refundacional de mediados de la década que terminaba y su destino parecía estar unido.

El congreso se realizó desde el viernes 26 hasta el lunes 29 de julio de 1998, en Valparaíso. Los delegados fueron electos por las bases en las universidades tradicionales de todo el país y sumaron alrededor de 450. Al puerto llegaron ese día viernes unos 337 delegados, provenientes de casi todas las universidades.⁸ Los únicos que no acudieron a la cita fueron los representantes de la Universidad Católica del Norte y de la Universidad de Atacama, correspondientes a las sedes de ambas instituciones ubicadas en la ciudad de Antofagasta. Las comisiones de trabajo fueron seis: proyecto de desarrollo institucional, gobierno universitario, LOCE, financiamiento, estructura de la CONFECH y movimiento estudiantil. El trabajo se realizó en dos plenarias, y como reza el resumen hecho por la FECH en su periódico:

El debate en las comisiones fue diverso. En algunas se logró un amplio consenso con bastante rapidez. En otras, sin embargo, la discusión fue más álgida y salieron un sinnúmero de propuestas. Ejemplo de ello fueron las comisiones de Financiamiento y de Estructura del CONFECH [...] Así, las distintas comisiones fueron completando sus discusiones hasta terminar los documentos que debían ser presentados al debate en la plenaria para su aprobación, rectificación o rechazo.⁹

Durante el segundo plenario, el domingo 28 de julio, y cuando le correspondía presentar su síntesis a la comisión que había trabajado el tema de la LOCE, el debate se trabó al intentar resolver si el Congreso era resolutorio o no. Que esto se haya debatido mientras se desarrollaba y no antes, demuestra la baja densidad orgánica e institucional alcanzada por el movimiento durante los años noventa, la que fue suficiente para mantener vivas las federaciones, pero no para articular una instancia nacional compleja. Mientras las JJCC y el resto de la izquierda consideró que el Congreso debía ser resolutorio, la Concertación, encabezada por la DC, se opuso. La disputa

⁸ Estas cifras son datos de la FECH. Fabio Moraga indica que fueron 478 los delegados electos en el país, y que los que llegaron fueron 326. Fabio Moraga, V., "Crisis...", *op. cit.*, p.217.

⁹ Anónimo, "Congreso Nacional de Estudiantes", *Santiago Bueras 120 (periódico de la FECH)*, n°1, agosto de 1998, pp.6-7.

se dirimió con una votación de los delegados, que fue ganada aplastantemente por la opción de que fuese resolutive, con 197 votos a favor y 19 en contra. Pero se abstuvieron alrededor de 80 delegados, ligados a la Concertación, que salieron de la sala en señal de protesta. Tras la votación, comandados por Eugenio Ravinet, militante DC y dirigente de la FECH, entre unos 60 y 100 delegados se retiraron para no volver más. El CNE estaba quebrado, la Concertación lo había quebrado.¹⁰ La razón de fondo más probable es que un congreso resolutive, aplastantemente dominado por la izquierda, establecería un programa, un plan de lucha y un grupo dirigente de la CONFECH seguramente comunista o afín. Todo ello era imposible de soportar para quienes tenían como primera prioridad defender al Gobierno y no a los estudiantes.

De todas formas y a pesar del retiro de las juventudes de la Concertación, el Congreso se siguió realizando en Valparaíso, pues el *quórum* para sesionar seguía estando por sobre los 200 delegados. La izquierda, ahora con la cancha abierta, pudo conducir sin sobresaltos el CNE, aprobando los días 28 y 29 los informes de las seis comisiones. Además, eligió una directiva de transición, conformada por Marisol Prado (presidenta de la FECH, de las JJCC), Álvaro Ramis (presidente de la FEUC, independiente de izquierda), Héctor Rabanal (presidente de la FEUTSM) y Sergio Pino (presidente de la FEUA, Federación de Estudiantes de la Universidad de Antofagasta). Esta mesa tenía por tarea convocar a un nuevo CNE “cuyos temas principales serían la conformación de la Mesa Coordinadora Nacional y un Estatuto de CONFECH”.¹¹

Lo sucedido con las resoluciones de dicho congreso nos muestran dos características del movimiento estudiantil del período. La primera, la aplastante hegemonía de la izquierda en los estudiantes organizados de los noventa, donde los sectores de dirigentes eran cada vez más indivisibles de las franjas militantes de las JJCC, la SURDA y otros grupos anticapitalistas. Prueba de ello está en las resoluciones del encuentro, en las que se puede apreciar el favor por la gratuidad como horizonte ideal y el arancel diferenciado como objetivo estratégico; la demanda por el cogobierno según

¹⁰ *Ídem*; Fabio Moraga S., “Crisis..., *op. cit.*, p.217-218.; Rodrigo Roco, “La FECH..., *op. cit.*, p.72.

¹¹ Anónimo, “Congreso..., *op. cit.*, p.7.

la reforma universitaria de los años sesenta del siglo XX; la reivindicación del rol principal del Estado en el sistema de educación pública; entre otros temas clásicos del programa de la izquierda chilena.¹² La segunda característica, es que las resoluciones del Congreso no pudieron refrendarse, demostrando así la incapacidad del movimiento estudiantil para sostener una organización permanente, más allá de las coordinaciones que se daban los colectivos políticos con presencia nacional. Para la izquierda, el ascenso de los noventa mostró asimismo sus propias limitaciones.

A modo de ejemplo de esta situación, podemos señalar la valoración que hicieron las direcciones de las JJCC, en abril de 1999, sobre el CNE:

La realización del Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios debe ser valorada como una conquista de la *Jota* y un avance de su política. Debemos destacar el gran esfuerzo que realizó el conjunto de la *Jota* por llevar adelante este evento. Debemos destacar además el despliegue realizado en las candidaturas de delegados al Congreso: del total de 375 delegados acreditados 108 correspondieron a la *Jota* y 70 a independientes de Izquierda. Aún así, debemos dar cuenta de la autocrítica que se realizó en ese minuto a la insuficiente preparación de muchos de nuestros militantes en los temas centrales de nuestra política. El retiro de la Concertación fue evaluado en el Comité Central como un elemento que fortalecía el Movimiento Estudiantil, por cuanto dejaba al desnudo el rol que la Concertación juega a nivel universitario y permitía avanzar en la denuncia de su falta de propuesta y conducta errática y oportunista.¹³

Inmediatamente después de este reconocimiento, se asume la autocrítica ante el fracaso de la implementación de las resoluciones del CNE:

Sin embargo, debemos decir que nuestro accionar *a posteriori* del CNU [CNE] no fue capaz de instalar esos elementos en el estudiantado. En términos de la propuesta, las resoluciones del CNU constituyen, en general, una excelente plataforma para la democratización del SNES [Sistema Nacional de Educación Superior] y para

¹² CONFECH, *Resoluciones finales Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios (Valparaíso, 26, 27, 28 y 29 de julio, 1998)*. Impreso, original AFECH.

¹³ Comisión Nacional Universitaria, Juventudes Comunistas de Chile, *XII Encuentro Nacional Universitario*. (Documento interno), Santiago, 17 y 18 de abril de 1999.

su reforma en el sentido de un Proyecto Nacional de Desarrollo. Durante el segundo semestre el (*sic*) CONFECH se desarticuló. No logramos que la mesa de consenso nombrada en el Congreso desarrollara las tareas que le asignamos y hoy nos encontramos con un proceso inconcluso.¹⁴

De esta forma, la CONFECH acumulaba su segundo quiebre en menos de un año y protagonizado por los mismos sectores. La Concertación acusó recibo de la pérdida de control del movimiento estudiantil, pues su ataque no buscó arrebatarle la conducción a la izquierda, sino que sencillamente impedir el desarrollo de la orgánica nacional de los estudiantes. El golpe fue fuerte, sobre todo para el crecimiento de la organización universitaria, frenando el avance exhibido desde 1994. La ruptura enseñó los límites del movimiento estudiantil y también el máximo soportable por la Concertación estando fuera de su conducción, pero no fue capaz de detener el afianzamiento de un nuevo tipo de movimiento.

3 | El asesinato de Daniel Menco y la política de represión contra el movimiento estudiantil en 1999

Durante todo el año 1998, además del CNE y de un intento por reactivar las luchas estudiantiles, la centralidad política estuvo puesta en la llegada de Augusto Pinochet al Congreso, por la vía de los “senadores designados”. Ante ello, por tradición de lucha antidictatorial y porque quienes dirigían el movimiento estudiantil eran militantes de la izquierda, las federaciones asumieron la lucha contra la investidura parlamentaria de Pinochet con vocación notable. En noviembre de 1997, para el cumpleaños 82 del exdictador, se realizó una marcha encabezada por la FECH en la que decenas de miles de estudiantes se movilizaron contra su llegada al Senado. La actividad concluyó con 120 detenidos y 26 heridos. Para marzo de 1998, las protestas continuaron con una escalada hacia el día 11, cuando el general retirado debía jurar en el Congreso. Los días anteriores se registraron marchas en Santiago, mientras que el mismo 11 se produjo una gigantesca manifestación en Valparaíso, arropada por las bases y dirigencias de las principales federaciones del país, incluyendo a la FEUC y a la

¹⁴ *Ídem.*

FECH, ambas bajo conducción de la izquierda. Esta movilización significó un día completo de disturbios en el plan del puerto.

Las protestas contra el ascenso de Pinochet al Parlamento –con protagonismo estudiantil– representaron la última gran lucha contra la Dictadura, una especie de espasmo final, *postmortem*, del viejo movimiento estudiantil. Pero también, son elocuentes de la importancia que aún tenía el recuerdo de la Dictadura, convocada como experiencia viva por la permanencia de su obra, entre las bases universitarias. La izquierda no pudo ni quiso abstraerse de ello, tanto los partidos tradicionales, la JS y las JJCC, como los colectivos y otros grupos nuevos, encontraron un punto de apoyo en la agitación política contra una situación que representaba la imagen de lo que se rechazaba: la permanencia inalterada del edificio político y económico de la Dictadura. Pinochet, libre y homenajead, accedía al Senado mediante el itinerario ineludible de su propia Constitución, mientras los chilenos sufrían la indolencia de las sagradas leyes de mercado, las mismas que aumentaban la cesantía, enviaban a las universidades al salvaje autofinanciamiento y a sus estudiantes a mendigar la deuda. El Chile pinochetista alcanzó su entronización con la llegada del exdictador al Senado, bajo la bendición y cuidados de las altas jerarquías de los partidos gobernantes, otrora perseguidos por el mismo general.

Tal fractura entre las bases del movimiento estudiantil y los partidos gobernantes se sumó a las que se habían vivido a lo largo de la década y terminaron por confirmar un quiebre que no tendría vuelta atrás, salvo contadas excepciones los siguientes años. Luego de un período, más o menos pacífico en los *campus*, aunque muy revoltoso en las calles por la llegada de Pinochet al Senado y su posterior detención en Inglaterra, en 1999 los estudiantes volvieron a salir a las calles. Esta vez la Universidad de Chile no concitó el protagonismo,¹⁵ pero las tomas volvieron a ser la tónica en instituciones como, por ejemplo, la USACH. En regiones, muchas universidades –como la Universidad del Bío-Bío, de Concepción, UTEM, Federico Santa María, etc.– se movilizaron.¹⁶ Una vez más, los estudiantes fueron derrotados, sus luchas no tuvieron el impacto de aquellas de 1997,

¹⁵ Víctor Muñoz T., *Generaciones...*, *op. cit.*, p.135.

¹⁶ Martín Sanzana, “Marcando los rumbos para el movimiento universitario”, *SurDA*, n°21, Santiago, junio-julio de 1999, p.19.

y tras conseguir más recursos para créditos y becas, sólo lograron postergar la iniciativa neoliberal.

Tanto las movilizaciones estudiantiles de 1998 y 1999, como la lucha contra el acceso al Parlamento por parte de Pinochet, hicieron visibles los enormes muros de contención que tenía el orden social del pacto político de la Transición. Se imponía así, por una parte, la vocación neoliberal de las políticas educacionales a pesar del descontento expresado por los estudiantes, y, por otro, se establecía la impunidad de los crímenes de la Dictadura, reintegrando a las esferas de poder al dictador, ahora legitimado por los gobiernos civiles. En ese marco, una ofensiva represiva se lanzó en 1999 sobre el movimiento estudiantil. En un año marcado por los efectos de la crisis asiática en suelo chileno, los garantes del modelo económico, decidieron reforzar su sesgo proempresarial y antipopular. Al mismo tiempo, la diplomacia de la Concertación –alegando razones humanitarias– hizo todo lo que estuvo a su alcance para evitar que Pinochet fuese juzgado en Londres y traerlo “sano y salvo” a Chile, objetivo logrado el año 2000. El siglo finalizó así en un momento en que la ilusión de la democracia de 1990 terminó por desvanecerse en las razones de Estado, en el pacto supremo con la Dictadura y en los sacrosantos equilibrios macroeconómicos.

Ante eso, los estudiantes que quisieron continuar la lucha recibieron todo el castigo estatal. El movimiento estudiantil contó a su primer mártir el 19 de mayo de 1999, cuando Daniel Menco Prieto, alumno de la Universidad de Tarapacá fue baleado. Menco murió el 21 de mayo producto de los perdigones incrustados en su cabeza y que fueron disparados por el carabinero Norman Vargas, cuando él y otros policías reprimían una manifestación nocturna en Arica. Daniel Menco tenía 23 años, vendía gas en un carro a pedales para ayudar a su familia y pagar la parte del arancel que no cubría el crédito universitario.¹⁷ Era la primera vez, desde el término de la Dictadura, que el Estado mataba a un estudiante desarmado. La respuesta no fue ejemplar sino desconcertante: no hubo ministro en visita para investigar el caso, Carabineros rechazó la acusación y el Gobierno respaldó a la institución. La investigación pasó a la justicia militar, cuya jurisdicción en caso de víctimas civiles es otro resabio dictatorial. Esta ordenó

¹⁷ Mauricio Buendía, “A Daniel Menco”, *Punto Final*, Santiago, 11 de junio de 1999.

simplemente el traslado de región del oficial responsable de los disparos a Menco. Los jueces militares fueron acusados de encubrir al uniformado Vargas.¹⁸ Recién en 2010, tras once años de impunidad, el Estado fue obligado a pagar una indemnización a la familia, aunque los autores ni la institución de Carabineros recibieron castigo como tampoco dieron explicación alguna. El mensaje que se entregó no sólo fue que cualquier estudiante podía morir en las protestas –Menco no era ni dirigente ni militante–, sino que además el Estado respaldaría a Carabineros en caso de que ello sucediese. En una situación definitiva, la Concertación optó por la razón de Estado y cerró las puertas al movimiento estudiantil y a la justicia.

La represión del Estado no se detuvo allí. Tres meses después del asesinato de Daniel Menco, el 24 de agosto, fueron detenidos por más de dieciséis días los dirigentes de la Federación de Estudiantes de la Universidad Los Lagos (FEULA), de Osorno, Rodrigo Martínez y Cristián Soto. Los universitarios fueron detenidos para ser procesados por la justicia militar por “instigación al maltrato de obra a Carabineros”, que era lo que entendía dicho sistema judicial por la convocatoria a marchas durante los meses de mayo y junio de 1999. Como medida de presión, “no punible por los señores fiscales militares ni por el Gobierno”, diez estudiantes en Osorno y cuatro en Santiago, todos de la Universidad de Los Lagos, más tres estudiantes de la Universidad de Chile e igual número de la Universidad de Santiago, realizaron una huelga de hambre indefinida y ayunos rotatorios en la sede de la FECH. Tras la intervención del ministro del Interior, José Miguel Insulza, se logró que la Fiscalía Militar dejara en libertad a los dirigentes detenidos, aún cuando los procesos en los tribunales castrenses no fueron cerrados.¹⁹

Pero al parecer, el caso de los detenidos en Osorno fue sólo la punta del iceberg. En octubre de 1999, el periódico de la FECH denunciaba que:

En la U. de Atacama cerca de cien estudiantes han sido citados a declarar a tribunales militares con el objeto de conformar “listas” con los nombres de los principales dirigentes participantes en las movilizaciones del primer semestre; idéntica situación ocurre en la

¹⁸ “Condenado a 3 años mayor Vargas por muerte del universitario Daniel Menco”, *La Estrella de Arica*, Arica, 10 de enero de 2003.

¹⁹ “Un precedente inaceptable”, *Alameda 341 (Periódico estudiantil de la FECH)*, n°5, Santiago, octubre de 1999.

U. de Concepción; en la U. Técnica Federico Santa María los nombres de los 4 representantes estudiantiles máximos fueron entregados al fiscal militar de Valparaíso.²⁰

Agregando que estas acciones, desde el asesinato de Menco hasta el amparo de la justicia militar, demostraban:

una política coordinada de represión y hostigamiento hacia el movimiento estudiantil cuya única finalidad visible es amedrentar a quienes hoy son dirigentes e intentar desarticular, mediante el miedo, cualquier acción que en forma organizada y responsable emprendamos en defensa del derecho a una educación universitaria pública y de calidad.²¹

Ante ello, los estudiantes de la FECH, la FEP (Federación de Estudiantes del ex-Pedagógico, de la UMCE) y la FEUSACH, se fueron a entregar “simbólicamente” ante la Fiscalía Militar el día 31 de agosto, leyendo una carta que contenía sus razones. La carta reafirmaba, en tono irónico, la vocación de lucha de los dirigentes estudiantiles:

La verdad señor fiscal, es que después de mucho reflexionar hemos concluido que ustedes, la justicia militar que pende sobre todos los chilenos, tienen razón. Gracias a Dios que ustedes existen, de lo contrario qué sería de este pobre país, a merced de tanto joven idealista y de tanto chileno marginado.

Somos un peligro para la sociedad. Debemos estar presos. Cómo se nos puede ocurrir luchar por la defensa de la universidad pública, sin la cual probablemente sus hijos y los de la mayoría de los Carabineros de Chile y de los ciudadanos de este país ni siquiera podrían pensar en estudiar. En fin, nos preguntamos lo mismo que usted: Hasta cuándo?! Hasta cuándo?!²²

La oleada represiva dirigida en contra de los estudiantes en 1999 les afectó profundamente. Por mucho tiempo, el 19 de mayo –fecha de la muerte de Daniel Menco– fue conmemorado con disturbios en varios recintos universitarios del país, especialmente en Arica. Pero sobre todo, demostró a

²⁰ *Ídem.*

²¹ *Ídem.*

²² *Ídem.*

los sectores organizados de los estudiantes que éstos podían ser reprimidos fuertemente y causar cierta desmoralización en sus bases, sin mayores costos para el Gobierno, a pesar de las evidentes contradicciones con su discurso proclive a la defensa de los derechos humanos. El asesinato de Daniel Menco y la oleada represiva subsiguiente no amainó, y la relación entre el Estado y los estudiantes no cambió demasiado en las décadas siguientes.

4 | Las reflexiones de la izquierda estudiantil ante el reflujo

Tras la pérdida de fuerza de la iniciativa comunista en el movimiento estudiantil, así como la reducción del impulso de reconstrucción institucional de las federaciones, sobre todo luego de las “derrotas” de 1997-1999, el movimiento estudiantil entró en un reflujo que también fue sentido por las organizaciones de izquierda. Las diferencias que afloraron son visibles en los documentos oficiales y escritos semipúblicos (como las revistas de circulación interna) de las dos fuerzas de izquierda más importantes del período: las Juventudes Comunistas y la SURDA, ambas junto a sus “frentes de masas” o colectivos de “segundo anillo”, como quiera que les hayan llamado. Estos grupos, si bien divergían en ciertos horizontes estratégicos, como respecto de la gratuidad para estudiar demandada por la SURDA, *versus* el arancel diferenciado que proponían las JJCC, en la lucha política real y en las reflexiones de ambos grupos, las diferencias pasaban sobre todo por la valoración de las luchas estudiantiles de la década que terminaba, por el rol del instrumento político y la democracia en ellas y por la relación con la Concertación en el Gobierno.

En 1999, las JJCC describían así el ascenso producido en 1997 de las fuerzas de izquierda, su aplastante hegemonía en las directivas de la federaciones en 1998 y el declive de ese mismo proceso desde 1999:

El año 1998 fue sin duda un periodo, en el que la *Jota* alcanzó el momento más alto de los últimos años en términos de su hegemonía y de su presencia en la dirección de las federaciones. En el XI ENU decíamos: “durante este período hemos aumentado nuestra presencia en las federaciones de estudiantes; tenemos 8 presidencias, 5 vicepresidencias y 10 otras responsabilidades” [...] En contraste con el año pasado, nuestra presencia en las Federaciones de Estudiantes ha bajado ostensiblemente. Hoy contamos con

presencia en 11 ejecutivos de federación: entre los cuales se cuentan 4 presidencias y 2 vicepresidencias. Se trata de un ostensible retroceso que marcará durante el año una correlación de fuerza, al menos en el ámbito dirigencial, notoriamente más negativa.²³

En similar tono, en febrero de 1998, la SurDA evaluará el año 1997 y los avances electorales de la izquierda —que incluso había ganado en la PUC, además de otras 7 presidencias de federación en manos comunistas— con mesura: “El sistema ha vuelto a hacer sentir su peso y se reorganiza combatiendo las visiones más radicalizadas del estudiantado [...] borrando espejismos o entusiasmos infundados”. Esta no era sólo una advertencia a los estudiantes, sino también “una perspectiva autocrítica [que demanda] que los movimientos de la izquierda autónoma construyamos lecturas más adecuadas de las actuales condiciones de lucha”.²⁴

De esa forma, los *surdos* consideraron un “ineludible desafío” el

construir un referente más amplio en el que puedan coexistir, interactuar y enriquecerse mutuamente estos esfuerzos [los movimientos de izquierda autónoma] a la vez que crea las condiciones para plantearse y convocar al estudiantado no sólo desde una perspectiva principista o valórica enraizada en un territorio en particular, sino efectivamente como una alternativa de construcción y conducción política del Movimiento Estudiantil a nivel nacional, con clara vocación e intención de ser parte de la reconstrucción de un Movimiento Popular dispuesto no sólo a luchar contra el neoliberalismo en su acepción económica, sino contra los procesos de desarticulación y despolitización que encarna el actual sistema político de democracia antipopular.²⁵

Para la SurDA, todo esto sólo era posible “desde la perspectiva de la autonomía política”, la cual fue levantada como la gran diferencia y el gran capital de la organización.²⁶ Para fines de la década, la SurDA ya había dado

²³ Comisión Nacional Universitaria, Juventudes Comunistas de Chile, *XII Encuentro...*, *op. cit.*, p.8

²⁴ Claudio Venegas, “Detrás de las cifras y de los ‘avances’”, *SurDA*, n°15, Santiago, febrero de 1998, pp.16-17.

²⁵ *Ídem.*

²⁶ *Ídem.*

pasos en función de unificar sus frentes de masas autonomistas, en lo que denominó “Franja Nacional de Estudiantes”, conocida simplemente como *La Franja* y que tuvo presencia en las universidades Católica del Norte, de La Serena, Federico Santa María, de Chile, UTEM, ex-Pedagógico, de Concepción, del Bío-Bío, Católica de Temuco y Austral de Valdivia. En este proceso, y por lo evidente que era la dirección de la SurDA en el mismo, comenzó una paulatina pérdida de confianza con los militantes de dicha organización, principalmente basada en el rechazo a los partidos políticos y sus formas tradicionalmente conspirativas de actuar. Pero en 1998 *La Franja* era una voz de importancia entre los grupos organizados del movimiento estudiantil. En una declaración presentada en la campaña de la FECH de aquel año, los miembros de *La Franja* se definieron como:

la unión de diferentes colectivos y organizaciones estudiantiles del país [...] con el fin de potenciar un movimiento estudiantil consciente y valiente que no sea carne de cañón de las fuerzas políticas tradicionales comprometidas con la seudodemocracia actual. Un movimiento que no sólo se plantee resistir, rechazando las convocatorias que legitiman el sistema, sino que se propone pelear la conducción del conjunto del estudiantado, no regalándole ningún espacio a aquellos que hipotecan sueños en pos de candidaturas al Parlamento y a la Presidencia. Nos declaramos autónomos, independientes de la forma de hacer política y de los mecanismos que utilizan los poderosos para convocarnos a participar de su chiste de democracia. Creemos que esa es la única forma de asegurar no sólo la creación de un movimiento estudiantil sino de un movimiento popular que no sea cooptado, dividido y manipulado, y que se enfile “más temprano que tarde” hacia la construcción de una sociedad mejor.²⁷

Esta crítica planteada por *La Franja* apuntaba principalmente a la *Jota* y, también, a las juventudes de la Concertación, las mismas que habían propinado una derrota a la SurDA en la FEC a fines de 1997. El cuestionamiento estaba motivado, creemos, por los resultados de la movilización de 1997 y también por el frustrado congreso de 1998. La memoria de

²⁷ “Federaciones: El desafío de irrumpir”, *SurDA*, n°19, Santiago, noviembre-diciembre de 1998, pp.18-19.

esas derrotas operaba con frescura entre los estudiantes autonomistas, tal y como recordó uno de sus voceros de entonces:

El petitorio local [de 1997] era una formalidad. Cuando *caga* el petitorio nacional con la bajada de Roco, con eso *caga* la *Jota*, porque Roco era la *Jota*, “las bases” le concedían legitimidad a la *Jota* para conducir la movilización nacional.²⁸

La crítica antielectoral también iba dirigida a la *Jota*. Estas visiones se profundizaron tras sus fallidos intentos por constituir “comandos triestamentales” que apoyasen la candidatura de Gladys Marín (entonces secretaria general del PC) a la presidencia de la República en 1999. Sobre esto, los comunistas constataban que:

En este periodo la candidatura presidencial de la izquierda ha logrado instalarse y desarrollar una significativa ruptura del bloque comunicacional. La candidatura de la izquierda ha logrado imponer su existencia y abrir su llegada a amplios sectores sociales, especialmente a aquellos que han desarrollado conflictos en el último periodo. La participación de figuras de izquierda no comunistas en la candidatura ha puesto al centro del periodo la posibilidad avanzar en la conformación de una articulación de izquierda con interesantes perspectivas. [...] Se ha planteado la idea de impulsar la creación de comandos universitarios triestamentales que sean capaces de articular el desarrollo de propuesta y de la campaña misma. Especial mención merece en el tema de la campaña presidencial de la izquierda, la necesidad de salir a trabajar y convencer para lograr que, en particular, los jóvenes se inscriban en los registros electorales.²⁹

En general, la aparición de *La Franja* y su aversión a las organizaciones políticas tradicionales y a la participación institucional, es expresiva de los dos elementos conformados durante los noventa y que definirán al movimiento estudiantil en la década siguiente; es decir, la crítica al sistema político y a la clase política, y la tendencia a la radicalización de izquierda en sus franjas organizadas.

²⁸ Entrevista a Diego Sáez, *op. cit.*

²⁹ Comisión Nacional Universitaria, Juventudes Comunistas de Chile, *XII Encuentro...*, *op. cit.*, p.4.

Para los *surdos*, la política comunista respondía: “al urgente requerimiento de acumular (votos y voluntades) en pos de la mentada coyuntura electoral nacional, sobre una legitimación ganada en función de las respuestas concretas a demandas presentes en el sector [estudiantil], posibles de referenciar”.³⁰ Ante eso, se proponía la autonomía política, entendida como:

la conducta necesaria para que el sector estudiantil no se vea arrastrado a la superficialidad de las coyunturas, en desmedro de su articulación como sujeto, sino que, por el contrario, las asuma con un posicionamiento y una lógica de construcción propias a su realidad en confrontación a las lógicas dominantes del sistema político.³¹

Ante cualquier interpretación “muy superficial de lo expuesto”, los *surdos* aclaran que este no es un llamado gremialista o apolítico, sino más bien un proceso que le

corresponde al ejercicio primero de una organización política que expone al conjunto del estudiantado, con un acento en los sectores más conscientes de éste, como apuesta constructiva, y en este plano apuntamos que los esfuerzos de nuestro colectivo político SurDA han ido siempre en esa dirección.³²

Los *surdos* fueron insistentes en sostener que esta apuesta no se debía confundir con una posición política que “se asume como ‘conductora de masas’ y se siente con el derecho de lucrar política y orgánicamente de sus niveles de articulación y referencialidad”.³³

Las Juventudes Comunistas no fueron ajenas ni sordas a esta crítica, y elaboraron su propia interpretación del origen y expansión de los colectivos autonomistas:

los procesos de articulación de izquierda no pasan por aquellos sectores, que escudándose en discursos como la autonomía de la organización social respecto de los partidos políticos, cuestionan el rol de

³⁰ Eva Carmona, Zarelli Fonseca, Fernando Sagredo, Javier Sandoval; “Que no se nos pierdan las cartas centrales del juego”, *SurDA*, n°18, Santiago, septiembre-octubre de 1998, pp.31-35.

³¹ *Ídem.*

³² *Ídem.*

³³ *Ídem.*

dirección de los partidos revolucionarios al interior del movimiento social. Estos sectores entraban la adquisición de conciencia política por parte del pueblo, ya que fomentan un discurso apoliticista que limita la acción del movimiento social, solo a la lucha gremial, y promueven concepciones disolventes que reducen el movimiento social a relaciones de horizontalidad que le impiden estructurar dirección propia. Con ellos, en algunos casos, podemos coincidir en lo programático pero, ciertamente no compartimos visiones respecto de cómo reconstituir el movimiento social y en muchos casos no queda tan clara su voluntad de hacerlo. [...] En general estas agrupaciones, más allá de lo dispersivo y antileninista de sus planteamientos, pueden decir que decayeron principalmente por un trabajo político enfocado solo a una parte de la masa. Concentraron sus fuerzas hacia un sector determinado de los estudiantes, que consideraban ellos que sería más fácil convencer dentro de un discurso muy autorreferente al Movimiento Estudiantil, y dentro de este a una parte de él (el Movimiento Estudiantil “de base”), sin plantear salidas claras o propuestas a la actual crisis económica y política del sistema universitario. Al mismo tiempo como dirigentes estudiantiles, su asambleísmo, lejos de acercarlos a la masa, desconectó a las organizaciones que representaban, de la discusión y la organización nacional estudiantil.³⁴

Más adelante, la crítica comunista se vuelve reflexión interna:

Es por eso que debemos hacer de la masa nuestro gran aliado político, lo cual exige y exigirá de la *Jota* y de cada uno de los militantes una mayor aplicación y constancia en el trabajo. No podemos hacer trabajo de masas solo cuando hay elecciones o movilizaciones, sino que en todo momento debemos saber involucrar a todo el estudiantado en la problemática universitaria. Informando y generando discusión en las carreras y facultades, tanto de la coyuntura local como nacional, haciendo claridad en la masa de cuáles son los problemas sólo de forma y cuáles son los de fondo.

Solo en el calor del debate, pueden identificarse cuáles son las auténticas propuestas de salida a los problemas de la Universidad, y cuáles tienden solo a entorpecer aún más la dinámica estudiantil y su rol

³⁴ Comisión Nacional Universitaria, Juventudes Comunistas de Chile, *XII Encuentro...*, *op. cit.*, p.20.

vanguardista de cambio. Como decíamos al principio, cualquier política de alianzas o táctica revolucionaria solo puede diseñarse en función de los objetivos estratégicos que nos lleven a alcanzar las transformaciones de fondo necesarias en el sistema. El trabajar solo en función de objetivos “alcanzables” o seguir las vías con menores costos, no sólo refleja una actitud conformista con el sistema, sino que en los hechos se está siendo cómplice de la reacción.³⁵

Cuando comenzó el año 2000, con la propuesta hecha al recién electo presidente Ricardo Lagos de levantar una mesa de diálogo, claramente las aguas estaban muy divididas y ya no era posible, como si lo había sido entre 1992 y 1997, mantener la unidad del movimiento estudiantil gracias a la de la izquierda, producto a su vez, de la hegemonía comunista y de la vocación movilizadora del período. Para la Concertación, fue un retorno a su accionar de los años noventa, cuando las organizaciones sociales servían para nutrir la política del Gobierno, o en caso contrario, para contener o desmovilizar al activo social. Para las JJCC, esta propuesta significaba cobrar las promesas de campaña de Ricardo Lagos, por lo que debían presionar en ese sentido:

Toda la esperanza del pueblo producto de las promesas contenidas en los discursos de Lagos pronunciados hasta este momento, deben obligarnos a asumir una férrea posición de lucha, tanto por el cumplimiento de las promesas como por la solución de los problemas del pueblo. [...] Así las cosas, este gobierno enfrenta la disyuntiva de aglutinar a los sectores antipinochetistas tras una plataforma mínima de cambios democráticos que permitan articular una nueva correlación de fuerzas que haga frente a la derecha y el militarismo, o mantener las cosas tal como están, y continuar operando en los marcos del modelo neoliberal, lo que crea inmejorables condiciones para un nuevo avance de la derecha, pavimentándole así el camino para las elecciones parlamentarias del 2001.³⁶

³⁵ *Ibid.*, pp. 20-21.

³⁶ Juventudes Comunistas de Chile, *XIV Encuentro Nacional Universitario* (Documento interno), 2000.

En cambio, para los colectivos autonomistas y para la SurDA esta propuesta significaba fortalecer el proyecto de reformas de profundización neoliberal de Lagos y de la Concertación estudiantil, el cual consistía en

reconstituir sus bases en el mundo universitario, consolidando su hegemonía en el mundo académico^[37], alineando tras de sí los grupos de poder institucional, desarmando posiciones de fuerza que puedan oponerse a su reestructuración de la Educación Superior, y generando compromisos con su proyecto mediante promesas de nuevos fondos o canales privilegiados con el poder [...]. La voluntad de integrar a nuevos actores al campo de las reformas, como las *Ues* privadas y los institutos profesionales, no tienen nada que ver con revertir la fragmentación del sistema, sino con estandarizar y regular los mecanismos que ya existen (fondo solidario) y expandir en forma diferenciada (jamás unificando) hacia todo el sistema, atacando una potencial fuente de conflictos, e imponiendo su iniciativa de reformas para neutralizar el indisciplinado movimiento estudiantil.³⁸

De esta forma comenzaba el siglo XXI para la izquierda radical estudiantil, tensionada por las distintas valoraciones de la relación con el Gobierno y con una actitud menos confiada respecto de sus intenciones. Desde nuestro punto de vista, el hito de 1997 marcó también un quiebre definitivo entre las izquierdas, determinado por un polo comunista y otro autonomista.

En este proceso de fragmentación de la izquierda, comenzaron a emerger otras fuerzas en el mundo estudiantil, que hacían eco de la crítica de *La Franja*, pero desde una posición aún más crítica e izquierdista. Entre ellos podemos mencionar la formación del “Congreso de Unificación Anarco Comunista”, en 1997, que dará paso a la formación de una corriente estudiantil libertaria en 2002, el Frente de Estudiantes Libertarios (FEL). El mirismo y otros colectivos de izquierda radical, tras un fallido primer encuentro en 1998 en el ex-Pedagógico (donde también

³⁷ Se debe destacar que desde 1997 y tras las movilizaciones de ese año, en la USACH comenzó un proceso de Claustro Triestamental. Tras las votaciones de sus resoluciones en 1999 en un *referéndum* en que participó toda la comunidad universitaria, el estamento académico impidió los avances en democratización debido al abrumador peso acordado a su votación (65% del total).

³⁸ Diego Sáez, Martín Sanzana y Karina Ibarra, “Resistir movilizándose por la Educación”, *SurDA*, n°25, Santiago, julio-agosto de 2000, pp.5-10.

participaron organizaciones de la “órbita” autonomista), darán forma al Cordón de Estudiantes Revolucionarios en 2002. En general, estos colectivos se convirtieron en algo así como un “movimiento estudiantil de independientes de izquierda” en algunas universidades, activado desde 1997 como una realidad nueva, como es el caso de Resistencia Estudiantil en la USACH o Maestranza en la PUC.

CONCLUSIONES

El tema específico de esta investigación nos presenta un problema difícil al momento de tener que terminar el texto: las conclusiones que obtengamos no pueden sino ser apresuradas. Serán apresuradas incluso cuando ya han pasado casi dos décadas de la mayoría de los eventos reseñados, porque el actor central de la investigación sigue estando presente, su camino aún no termina. De esta forma, no podemos sino ofrecer algunas reflexiones iniciales, aunque basadas en certezas probadas. De cualquier modo, el presente puede modificar –y lo ha hecho– las perspectivas desde donde observamos la movilización estudiantil del Chile reciente. Varias de las conclusiones ya han sido presentadas en cada capítulo y repetidas –a veces– a lo largo del texto, por lo que nos remitiremos a proponer una lectura global de lo que comprendimos del movimiento estudiantil entre 1987 y 2000.

Dividiremos el análisis en función de los tres ciclos que componen nuestro relato, es decir: la crisis del movimiento estudiantil, la reconstrucción y su estabilidad en conflicto y el ascenso de la izquierda radical. De cada uno de estos ciclos extraeremos reflexiones que sirven para identificar el proceso general de construcción del movimiento estudiantil del siglo XXI.

Primero, hemos podido comprender que la crisis del movimiento estudiantil no se habría debido exclusivamente a los hechos de corrupción ocurridos en 1993. Si bien la corrupción en varias federaciones del país aquel año, produjo un daño bastante fuerte en la credibilidad de los líderes estudiantiles, esta parece haber sido el punto de llegada de procesos larvados durante varios años. Sabemos también que varias federaciones se desintegraron sin que mediaran hechos de corrupción. En diferentes casos, las federaciones cayeron en desgracia por desinterés, por una disolución del sistema político o porque grupos de derecha aprovecharon la pérdida de convocatoria de la Concertación para arrebatarle la conducción de las organizaciones. Según se desprende de las fuentes, la crisis del movimiento estudiantil fue el desenlace de la decadencia de un modelo de organización y lucha que no pudo responder a la nueva realidad de conflicto y participación del Chile neoliberal. De esta forma, las condiciones de un general abandono de las organizaciones sociales, ante su pérdida de

utilidad concreta, por parte de los sectores populares y medios del país, no dejaron incólumes a las federaciones. Ante la decadencia del modelo de movimiento estudiantil, la Concertación universitaria, en lugar de buscar alternativas, agenció el distanciamiento de las bases de los espacios deliberativos de las federaciones, a la vez que consideró como positivo el fin de la búsqueda de incidencia política de éstas. En ese sentido y por lo menos desde 1987, las organizaciones estudiantiles en su forma clásica del siglo xx fueron perdiendo interés entre las bases estudiantiles, al tiempo que en medio de dicho vacío político, las mismas comenzaron a servir de trampolín para la consecución de recursos estatales, favores políticos e influencias para las carreras personales. Todo ello, a la larga, generaría las condiciones que hicieron estallar el sistema de federaciones estudiantiles en 1993. La corrupción de las federaciones fue la consecuencia de un vaciamiento de sentido de larga data y no al revés.

En ese vacío político que –además– ningún campo político tenía la legitimidad para llenar, la izquierda pudo tomar la iniciativa por descarte. Tras casi dos décadas de Dictadura, los grupos estudiantiles de la derecha, como las juventudes de la UDI y RN, no tenían posibilidades de convertirse en dirección moral e intelectual en un espacio como el universitario, que los consideró como enemigos de su misión histórica. La única excepción fue el Movimiento Gremial, que resistió el ascenso de la izquierda atrincherándose en el verdadero “bastión de clase” que es la Universidad Católica. Por otra parte, las juventudes políticas de la Concertación no volvieron a tener la capacidad creativa y constituyente de movimiento estudiantil que exhibieron durante la recuperación democrática de las organizaciones estudiantiles en los ochenta. Luego de la crisis de 1993, tendieron a comportarse como diques de contención a la politización en código de izquierda, por la vía de la gremialización y corporativización de los conflictos; o, en 1997 y 1998, como verdaderos saboteadores de la unidad política de la CONFECH. En ese escenario, la izquierda comenzó a conducir las luchas estudiantiles de base desde por lo menos 1992, encontrando la cancha abierta desde 1993 en adelante, siendo la única fuerza política con capacidad de dirigir e interpretar el malestar estudiantil en constante crecimiento.

La izquierda, a punta de voluntad, no podría haber reconstruido el movimiento estudiantil sin que existiera un masivo y creciente malestar en los sectores sociales que accedían a la educación superior. En otros campos de lo social, y a pesar de sus tenaces esfuerzos, la izquierda no pudo lograr lo mismo que entre los estudiantes, vale decir, una vigorosa articulación de organizaciones sociales y una lucha social que intentara resistir y revertir la expansión del Estado subsidiario.

Las contradicciones del campo universitario, las que a su vez expresaron el malestar creciente de nuevos grupos sociales de asalariados, la precarización de los profesionales y en general la pauperización crítica de las viejas capas medias y sus instituciones constituyentes, sirvieron de caldo de cultivo para el crecimiento de la izquierda radical entre los estudiantes. La desilusión con las formas neoliberales de la Transición fue abriendo un malestar concreto, real, expresado en la crisis de las instituciones públicas y el financiamiento universitario, que aprovechó la izquierda tanto para reconstruir el movimiento estudiantil, como para, en el mismo proceso, reconstruirse ideológica y políticamente.

Por último, y como se desprende de todo el texto y de estas conclusiones, podemos afirmar que la nueva estabilidad conseguida por el movimiento estudiantil después de 1996, no tuvo una diversidad multicolor de fuerzas en su sector más organizado ni tampoco fue un caso de neutralización por institucionalización, sino que tuvo un color claro: la izquierda. Esta fuerza, o conjunto diverso de fuerzas, se convirtió en hegemónica entre los estudiantes de las principales universidades y en otras se constituyó en actor central de la disputa por la conducción. Una izquierda dirigente en un movimiento social nacional como el estudiantil significó una novedad histórica a casi tres décadas del golpe de Estado de 1973. En los noventa, mientras movimientos sociales que habían sido poderosísimos una o dos décadas antes, como el de pobladores o el del sindicalismo campesino, desaparecieron en un par de años dejando apenas algunas ínsulas que servían más de patrimonio de un siglo que murió, que de bastiones de una fuerza real. El movimiento estudiantil pudo reconstruirse para su presente, estableciendo una verdadera anomalía desde lo social.

En esa estabilidad alcanzada desde 1996 en adelante, y sobre todo tras los hechos de 1997, la izquierda y el movimiento estudiantil reflexionaron

sobre sus límites y posibilidades. Los análisis giraron en torno a los problemas derivados de un movimiento que superaba entonces la etapa de la supervivencia. Se reflexionó, por ejemplo, sobre la relación de las bases estudiantiles con los partidos políticos, los que eran vistos como la paradoja entre ser rechazados pero a la vez considerados necesarios para sostener la conducción y articulación de un movimiento nacional, o sobre la nueva relación con el Estado después de 1997. Por otra parte, la discusión sobre los condicionantes últimos del malestar fueron agudizando la crítica a la Transición neoliberal y con ella, al rol dirigente que tuvo la Concertación en dicho proceso. Mucha reflexión del movimiento estudiantil de los noventa, especialmente en el trienio final de la década, tuvo que ver con la frustración de las esperanzas situadas en la Transición y en los gobiernos de la Concertación. Por último, el otro gran límite que comenzó a considerar el movimiento estudiantil era el de su propia resistencia al desgaste por la impugnación permanente al sistema educacional, demostrado en lo logrado en la movilización de 1997, en el fracaso del Congreso Nacional Estudiantil de 1998 y en la oleada represiva de 1999.

Podemos resumir el proceso de 1987 al 2000, como uno en que se pasa —con altibajos y no linealmente—, de un movimiento estudiantil que fue perdiendo volumen, producto tanto de los cambios estructurales como de las subjetividades que vivían en su interior, hacia otro, remozado, de masas, potente y con una crítica fresca sobre su presente. El movimiento estudiantil que recibió a los gobiernos civiles en 1990 se fue convirtiendo aceleradamente en un esqueleto de militancia recubierto de una piel burocrática, carente de toda musculatura de masas estudiantiles. En 1993 el vacío no era sólo de fibra, sino también de sentido histórico del quehacer organizacional de los estudiantes. Desde 1994, las luchas que estallaron por la base y originadas por la falta de fondos del crédito universitario, fueron perfilando un nuevo tipo de movimiento a la vez que una firme vocación de la izquierda por conducir dichos conflictos. En este movimiento estudiantil, la desconfianza en los partidos abrió paso a formas de organización que fueron consideradas más democráticas y en los que la participación de bases fue valorada positivamente. Este movimiento, desde los noventa a la fecha, ha sostenido un proceso en el que el cuestionamiento hacia los

excesos del modelo de educación neoliberal, ha ido perfilando una crítica acerada hacia los fundamentos políticos del mismo.

Así, es difícil pensar que el movimiento del 2006 en adelante haya surgido mecánicamente de la crisis del sistema educacional, y que la politización estudiantil sea su consecuencia extraña, indeseable. Por el contrario, esa crisis desató fuerzas largamente larvadas. Es visible cómo la creciente organización de los estudiantes, en clave crítica del sistema educacional en su conjunto, en un proceso donde la izquierda fue hegemónica en los principales *campus* del país, llevó a una maduración de ciertas franjas del movimiento que abrieron un cuestionamiento al modelo de orden político, económico y social fundado en Dictadura. Las bases de dicha crítica se fraguaron en los noventa, entre incoherencias teóricas y refundaciones orgánicas, entre la obligación de endeudarse y la necesidad de luchar contra ello.

Santiago, septiembre 2014

Algunas notas sobre el ascenso del movimiento estudiantil de masas (2000-2006)

El fin de siglo fue también el final de la fase de reconstrucción e institucionalización del movimiento estudiantil. Los años que van desde 1997 a 1999 habían mostrado los límites, específicamente de lo estrecho de su alianza social y de lo fuerte que eran los cimientos del enemigo que buscó derrotar. La izquierda estudiantil no salió indemne del reflujo y las dos principales corrientes perdieron sus bases, emergieron nuevas fuerzas de izquierda radical y existió un vacío estratégico que ni el identitarismo electoralista del Partido Comunista ni el movimientismo antipolítico de los colectivos autonomistas y la ultraizquierda pudieron llenar.

Así y todo, el movimiento estudiantil se vio en el fin de una fase pero no en el fin del ciclo de luchas iniciado en torno a las contradicciones generadas por la masificación de la educación superior, mediante el endeudamiento. Estas se harían notorias para todo el país desde 2006 en adelante y hasta el presente. Visto aquello ¿es posible encontrar un vínculo entre el movimiento estudiantil de los años noventa, definido por la fase de reconstrucción y ascenso del movimiento estudiantil, y aquel que estalla en 2006? Este texto final intentará responder tal pregunta poniendo la atención en dos procesos: la conflictiva emergencia del movimiento secundario entre 2000 y 2001 y el fin del ciclo del crédito universitario en la derrota de la lucha contra el Crédito con Aval del Estado (CAE) en 2005. Lo que sigue no son sino notas sobre la base de algunas fuentes y de la memoria personal del período, pero buscan, sin embargo, articular algunas hipótesis sobre el movimiento estudiantil chileno del primer lustro del siglo XXI.

1 | Sobre la fundación de la ACES (1999-2001)

En octubre de 2000, la Federación de Estudiantes Secundarios (FESES) desaparece definitivamente en su último congreso. En ese marco, nacerá la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES), que se hizo famosa por protagonizar una “toma de Santiago” en 2001. Una “toma de Santiago” es uno de esos eventos que el historiador Gabriel Salazar eleva a un sitio superior en sus relatos sobre revueltas en la capital del país. Fueron protestas, principalmente en abril de ese año, que por la masividad de secundarios que ocuparon el centro de la ciudad, sumado al hecho de que nadie esperaba que los estudiantes golpearan con esa fuerza, terminaron derivando simplemente en disturbios. Estas protestas con las que los estudiantes obtuvieron una modificación del decreto ley referente al “pase escolar”,¹ significaron además un impulso para la renovación del movimiento estudiantil. Si se observa la sorpresa provocada por el retorno de la masividad y rebeldía popular en la movilización callejera que mostraron los secundarios, se puede establecer un paralelo con las movilizaciones que ellos mismos protagonizaron entre marzo y mayo de 2006, previo al proceso de tomas que se desató en esa misma fecha.

La FESES desapareció por razones similares a las que provocaron las crisis en las federaciones universitarias en los primeros años de la década de 1990. Por lo menos así se hace visible en el relato de los dirigentes en 2001. “Se constató que la federación era insostenible, se estaban desfederando [*sic*] los colegios históricos –sólo quedaban 6 liceos– y su estructura no servía. Así, se empezó a hacer un trabajo de asambleas, sin el presidente de la FESES” dijo Lucas Castro, presidente del Centro de Alumnos del Liceo Darío Salas, a la revista *Punto Final* en abril de aquel año. Felipe Morales, quien al igual que Castro, era vocero de la ACES, diría en la misma fecha pero a otra publicación de Santiago:

Notamos que la FESES no tenía representatividad ante el alumnado. Con el problema de los pases escolares del año pasado se creó el “Frente de estudiantes contra las alzas”. Ahí se planteó hacer un

¹ Documento personal que debían portar los estudiantes de primaria y hasta universitarios, para probar su condición ante los funcionarios del transporte público (metros y buses) para pasar gratis o pagar un pasaje rebajado.

organismo más amplio que la FESES que era la voz de las juventudes comunistas ante los estudiantes. A partir de este trabajo se resolvió disolver la FESES.²

La ACES nació entonces en torno al conflicto por el pase escolar. En noviembre del 2000, el “Frente de estudiantes contra las alzas” señaló que su molestia era “evidente”. En una declaración indicaba que:

Pese a haber cumplido a tiempo nuestra “parte del trato” con respecto a la entrega del pase 2000, a seis meses del plazo puesto por el Gobierno y los Empresarios del Transporte una cantidad importante de pases no han sido entregados, mientras los demás han llegado a los liceos y colegios en medio de un irregular proceso del cual aún no existe claridad respecto de sus causales.³

El comunicado no terminó sin recordar

a la opinión pública que el estudiante es un agente no productivo que se prepara para aportar al desarrollo del país, y que al no recibir retribución económica alguna por esta importantísima misión, éticamente no debiese pagar costo alguno para ejercer su derecho a la Educación, que parte precisamente, en el paradero día a día.⁴

Creemos que el relato que mejor describe la formación de la Asamblea en 2001, es el de uno de sus fundadores y último presidente de la FESES, Julio Reyes:

El análisis general planteaba como estructurales las deficiencias de la federación, que por sus características, orgánica y relación político-partidista, la gente no se sumaba. La organización “regional” era incapaz de crecer más allá de diez liceos del centro, y eso evidentemente no le sirve a nadie. Ante esa realidad, marcada por la desmovilización y nuestras falencias, se acordó diseñar otro camino de construcción, otra organización que no se redujera a la izquierda

² Recopilación de archivos de prensa, transcritos en el sitio web de la ACES, en http://www.nodo50.org/aces/prensa/index_p.htm [consultado el 16 de julio de 2016].

³ Frente de estudiantes contra las Alzas, “Declaración pública. Sobre el conflicto del transporte público”, c. noviembre, 2000.

⁴ *Ídem.*

como siempre ocurrió con la federación. El acuerdo fue transformar la estructura, naciendo la ACES.⁵

La crítica a la FESES al parecer fue más que a la Federación. Era una crítica a las formas de organización social y política de los partidos tradicionales, en los que caían las JJCC. Úrsula Schüller, vocera de la ACES, indicaba en 2001 que:

La gente que llegaba a la FESES cargaba sobre sus espaldas una mochila muy pesada, porque siempre los tachaban de comunistas. En el congreso decidimos romper con ese cartel político, porque lo que nos interesa es trabajar por lo que pasa dentro de nuestros liceos.⁶

Es probable que las necesidades inmediatas de los estudiantes hayan sido lo que apuró la construcción de una organización más eficaz, aunque no era menos importante la fuerte identidad de izquierda libertaria y antiautoritaria existente en los grupos de conducción de la ACES. Los principios orgánicos adoptados, reflejaron ambos elementos, masificando la organización y buscando una democracia radical. Nuevamente volvemos al texto de Reyes para aclarar estos principios :

Lo primero fue establecer lo innecesario que es una organización estudiantil sin tejido social que la impulse. Por ende, construir desde arriba, con los cerebros dirigenciales trabajando a mil por hora escribiendo declaraciones fue desechado. No es la ACES una “coordinadora de presidentes de CCAA” [centros de alumnos], sino una de estudiantes organizados, lo que resalta la importancia de construir movimiento en micro en los liceos, como base de lo que se pare arriba. Sólo una organización real en las bases posibilitará que en algún momento se vuelva a hablar de federación representativa, y la construcción de ese tejido fundamental será tarea de todos quienes trabajen en la ACES.

La autonomía es un principio rector, así como la horizontalidad, que debe entenderse como “acción directa de masas”, lo contrario a delegar esa acción en un dirigente. Por esto no se plantea jerarquización ni dirección central como necesidad. Cada sector que se

⁵ Julio Reyes, “La rebelión de los pingüinos”, *El Rodriguista*, mayo de 2001.

⁶ Recopilación de archivos de prensa, transcritos en el sitio web de la ACES, disponible en http://www.nodo50.org/aces/prensa/index_p.htm [consultado el 16 de julio de 2016].

integre tiene la misma importancia. Las decisiones se toman abajo, en asambleas de libre convocatoria. Las clásicas directivas y sus funciones y atribuciones, son reemplazadas por comisiones ejecutivas que se ajustan a las resoluciones por todos tomadas y las ejecutan públicamente. Esta no es una forma “anárquica” de organizarse, sino una en que la democracia no se confunde con “voto y deleguismo”. La democracia se ejerce participativamente, la acción es directa.⁷

El nacimiento de la ACES fue un cambio respecto de lo que se había intentado en el movimiento estudiantil secundario durante los noventa. La movilización de abril de 2001 fue una arremetida social inesperada en medio de la crisis asiática. Los estudiantes de la ACES convocaron a marchar sobre el centro de la ciudad en una “cimarra masiva” y no fueron tomados muy en serio. Los partidos de la Concertación no le temían a los secundarios después de las derrotas agenciadas sobre los universitarios en los últimos años del siglo xx. Pero el paro tuvo una convocatoria inesperada. Julio Reyes lo relató así:

El paro marchó como nadie esperaba. El Gobierno apostaba a la desmovilización por medio del agotamiento, pero crecía el inconformismo en los liceos y las pérdidas municipales pesaban en el Ministerio. Masivas marchas burlaron todo cerco policial, la fuerte acción represiva implementada por La Moneda tampoco tuvo efecto. La señora Mariana [Aylwin, ministra de Educación] tuvo que negociar y tragarse sus condiciones pacificadoras de la falsa democracia del diálogo. Los secundarios ejercían poder, tomaban el timón del conflicto, imponían las soluciones. El Gobierno, forzado, retomaba la administración del pase. Los empresarios, vistos como corruptos y embusteros por la opinión pública, accedieron a la gratuidad, al menos, para quienes no recibieron el pase antes de agosto del 2000.⁸

Los detenidos en las jornadas de abril fueron cientos y la ACES se ganó tanto el interés de la sociedad chilena como el temor y virulencia del Gobierno. La Asamblea convocó a miles de secundarios en abril, causó millones de pesos en daños en el centro de la ciudad, presentó a menores de edad con discursos de izquierda radical como voceros y ganó su lucha. El retorno

⁷ Julio Reyes, “La rebelión...”, *op. cit.*

⁸ *Ídem.*

de los secundarios a la lucha estudiantil no podía haber sido más estelar. Fue denominada como “la rebelión de las mochilas” o “el mochilazo”. La movilización callejera, la demostración de masas, fue incorporada al repertorio por el movimiento secundario para no abandonarla hasta el presente.

La construcción de la ACES recorrió el mismo camino que el movimiento estudiantil universitario, pero en mucho menos tiempo. En dos años debió transformar sus organizaciones en espacios de decisión y participación más horizontales y laxos, además, de radicalizar su discurso a la vez que masificaba sus bases. Como en general le sucede a los movimientos sociales populares, debía construir sus instrumentos de lucha a la vez que peleaba y aseguraba sus propias condiciones de existencia, lo que también lo determinaba. A pesar de las evidentes diferencias, la movilización secundaria nacía, al igual que en el caso de los universitarios, motivada por los efectos en los bolsillos familiares de la mercantilización de un derecho social, en este caso, el acceso al transporte público. Las bases de ambos movimientos luchaban por seguir siendo parte de las mismas, es decir, por poder seguir estudiando.

Luego de 2001, la ACES entró en el reflujó propio de los breves ciclos del movimiento secundario. A diferencia de los universitarios, los estudiantes secundarios tienen con suerte dos o tres años para formarse, construir organización, dirigirla e intentar renovar al grupo dirigente antes de egresar. La ACES no fue inmune a esta situación, pero pudo armarse lo suficiente para reaparecer en 2006, pues así como sus ciclos son más breves, su renovación de bases y militantes también lo es. Los secundarios volvieron al combate en el inolvidable 2006, con cuadros y consignas distintas, pero con los principios asambleístas y de crítica radical al sistema educacional neoliberal, heredados de la generación de 2001, los que a su vez eran compartidos por una franja creciente de organizaciones de la izquierda radical universitaria.

2 | El fin del ciclo del crédito y el nacimiento del CAE (2001-2005)

El período de 2001 a 2005 en el movimiento estudiantil se caracteriza por su escaso poder movilizador. Así y todo, dos luchas de importancia se dieron entonces, la de 2001 y, sobre todo, la de 2005. Ambas fueron contra el Crédito con Aval del Estado y marcarán el término del ciclo de luchas por el crédito universitario, con su cultura y lógicas de movilización.

Durante este tiempo hubo transformaciones en el mapa de la izquierda radical, con un cambio en los liderazgos y en las organizaciones. Tanto la permanencia de la militancia de izquierda que heredó y se formó con los protagonistas del ciclo de los noventa, como la continuidad institucional de las federaciones, se constituirán en bases de importancia para la profundidad discursiva y amplitud de convocatoria que ha tenido el movimiento estudiantil desde 2006 al presente.

En 2001 los estudiantes volvieron a la lucha. En marzo de ese año, el Gobierno presentó lo que sería una primera versión del CAE. Las disputas comenzaron al igual que siempre por la permanente crisis del Fondo Solidario del Crédito Universitario. Tras algunas escaramuzas gremiales, los estudiantes debieron enfrentar además la iniciativa legal del Mineduc para traspasar el fracasado sistema crediticio a la banca privada. En mayo, justo cuando se cumplía el segundo aniversario de la muerte de Daniel Menco, los estudiantes marcharon hacia el Mineduc e hicieron fracasar este primer intento por privatizar el sistema de préstamos. Las movilizaciones fueron bastante amplias y en todo el país hubo tomas y paros, e incluso huelgas de hambre.⁹

El peso del reflujo provocó cambios en la izquierda. Como hemos planteado en otro escrito,¹⁰ el peso de las derrotas de 1997 a 1999 produjo –al parecer– cierta desconfianza de la dirección de la *Jota* en torno al actor estudiantil, incluyendo a los mismos estudiantes comunistas. Esto se vio reforzado además, por el viraje hacia el esfuerzo electoral que, en este ciclo, dio preeminencia a los esfuerzos comunales por sobre la lucha estudiantil. El desinterés o pérdida de confianza en lo estudiantil en los primeros años del actual siglo, por parte de la dirección de los jóvenes comunistas es visible en dos documentos. El primero, el *Informe al VI pleno del Comité Central de las JJCC*, en el cual apenas se menciona un encuentro nacional de dirigentes de Centros de Estudiantes de la CONFECCH, en comparación a las

⁹ Emilio Taddei, Clara Algranati, José Seoane, “Cronología. Mayo-agosto 2001. Neoliberalismo, crisis y resistencias sociales en América Latina: las configuraciones de la protesta”, *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, n°5, septiembre de 2001, p.50.

¹⁰ Luis Thielemann H., “Hijos de Recabarren, hijos de la Transición: La ‘Jota’ universitaria y el movimiento estudiantil de la crisis a la reconstrucción (1987-1999)”. En Rolando Álvarez, Manuel Loyola (Eds.), *Un trébol de cuatro hojas. op. cit.*, pp.218-248.

varias páginas que tratan del trabajo entre jóvenes pobladores para la campaña electoral del año 2000, llamada “la izquierda joven”.¹¹ El otro documento trata de la campaña de reclutamiento de las JJCC realizada en 2001, y en el cual se planteaba que “el esfuerzo central es el crecimiento a nivel poblacional”, considerando que ya habían suficientes estudiantes, y que era en lo poblacional donde se debía enfrentar a la derecha, cuyos partidos en las elecciones presidenciales de 2000 habían obtenido un importante avance en ese sector.¹² En 2003, los dirigentes que le habían dado triunfos al PC en las luchas educacionales, como Jorge Pavez, Rodrigo Roco, Iván Mlynarz, junto a muchos militantes profesores y estudiantes, renunciaron al partido. Lo hicieron a través de una carta pública, reconociendo así su pérdida de peso en el PC.¹³ En 2003, la derecha ganaría la FECH, aprovechando la disputa interna de los comunistas y la fragmentación en general de la izquierda. Acabó así la década de los comunistas en la conducción del movimiento estudiantil.¹⁴

La SurDA no fue ajena a este reflujo. En 2002, las luchas en Concepción, el que era entonces uno de sus bastiones más fuertes, desbordaron a las dirigencias *surdas* de las federaciones. Luego de un breve crecimiento detonado tanto por la ocupación del Centro de Estudios Públicos (CEP) y la interrupción de la cena de Ricardo Lagos con los empresarios en 2003, como por el declive de la *Jota* universitaria, los *surdos* empezaron a perder fuerza hacia mediados de la década de 2000. En 2005, la apuesta estratégica de la SurDA se centró en la conformación de un “polo democrático” o “frente amplio”, el cual hizo crisis a fines de ese mismo año.¹⁵ Hacia mediados de 2007, la SurDA mantenía militantes sólo en la dirección de la FEUACH, y en agosto se disolvió. La estructura estudiantil se mantuvo activa en el movimiento y desde 2008 en adelante fue construyendo, junto

¹¹ Juventudes Comunistas de Chile, *Informe al VI pleno del Comité Central*, julio de 2000.

¹² Comisión ejecutiva Campaña de Crecimiento de las JJCC, *Informe de la comisión ejecutiva al comité central de las Juventudes Comunistas de Chile*, octubre de 2001.

¹³ v/a, *Adhesión de dirigentes de la JJCC de la U. de Chile a Fuerza Social*, mayo de 2003. Versión digital en Archivochile.com

¹⁴ Sobre la *Jota* universitaria de los años noventa, ver Luis Thielemann H., *op. cit.*

¹⁵ Movimiento SurDA, *Un Frente Amplio para un nuevo Chile* (folleto impreso), noviembre de 2004.

a militantes formados en el ciclo de luchas iniciado en 2006, lo que después se convertiría en la Izquierda Autónoma.

En estos años surgieron otros grupos de izquierda, entre ellos lo que hoy es la Izquierda Libertaria, cuando se fundó en 2002 el Frente de Estudiantes Libertarios (FEL). El FEL desarrolló una política de crecimiento en base a jóvenes anarquistas, manteniendo una línea crítica de la participación en elecciones y otras instituciones durante sus primeros años.¹⁶ En el sur del país, se comenzaron a formar las bases de una izquierda de matriz mirista que en los años siguientes daría forma a grupos como la Fuerza Universitaria Rebelde (FUR), a la Sociedad Universitaria en Resistencia (SUR) y al Movimiento La Dignidad, entre otros. Así las cosas, parece evidente que la izquierda que hegemonizó el movimiento estudiantil en los años noventa estaba en crisis por exceso de éxito. Si bien había logrado construir un movimiento en el que la vida política estaba nutrida por una creciente red de organizaciones y colectivos de la izquierda radical, esa misma red militante ya no le permitía, con la facilidad del período anterior, mantener su conducción. La izquierda estudiantil de los noventa, tanto la *Jota* como *surdos*, debieron aprender a convivir desde el siglo XXI con esa creciente diversidad de izquierda, la cual además fue cambiando en la medida que el mismo movimiento estudiantil ampliaba su alianza social y densificaba su franja organizada.

Con la generación de secundarios de 2001, el movimiento universitario no sólo compartió algunos principios, sino que recibió a sus dirigentes egresados como cuadros de renovación para su alicaída articulación. Muchos de los dirigentes destacados en 2001 tuvieron importancia en las luchas de 2005 y 2006. También, muchos pasaron a formar parte de las direcciones de la izquierda radical surgida al calor de las luchas sociales que comenzaron esos años. Así, Úrsula Schüller fue vocera de la ACES en 2001, dirigente en 2005 y 2006 en la Universidad de Chile, y luego una de las fundadoras de Izquierda Autónoma. Víctor Orellana, quien prologa este libro, tuvo similar tránsito.

¹⁶ Sobre el origen del FEL ver Felipe Ramírez S., *Arriba los que luchan: un relato del comunismo libertario en Chile. 1997-2011* (Memoria para optar al título de periodista, Universidad de Chile, 2013), pp.82 y ss.

A fines de 2004, se anunció el proyecto de Ley de Financiamiento de la Educación Superior. Fue el segundo intento, y resultó exitoso. El Gobierno se lanzó así a terminar con el eterno déficit del Fondo Solidario del Crédito Universitario, entregando su administración a la banca y, por ende, al mercado, creando así el CAE. Las movilizaciones no se hicieron esperar y marchas, paros y tomas se sucedieron durante todo el primer semestre del 2005, al igual como había sucedido por más de una década. Esta vez, eso sí, con una importante novedad: se movilizaron estudiantes de algunas universidades privadas, haciendo fracasar además, el intento del Gobierno de enfrentar a los estudiantes de los establecimientos tradicionales con los de las universidades privadas, a quienes el mismo presidente Ricardo Lagos y el ministro de Educación en ese entonces, Sergio Bitar, sindicaron como los “beneficiarios directos” del CAE.¹⁷ Con este primer atisbo de protesta desde sectores estudiantiles hasta ese momento pasivos y que se creía deseaban la llegada de los préstamos bancarios, se hizo notorio que el rechazo al modelo educacional neoliberal había superado el estado de la crítica corporativa para avanzar hacia un cuestionamiento más universal, es decir, al sistema en su conjunto. En otras palabras, aparecen pequeños pero importantes brotes de una politización de la lucha por el financiamiento universitario, proceso tan esquivo en la década anterior.

A nadie le cabía duda que el CAE era profundamente neoliberal, y por lo mismo no sorprendió que fuera sustentado por el mismo Lagos y su ministro de Educación, ambos socialistas. Tampoco fue una sorpresa que recibiera el apoyo de los parlamentarios de la Concertación y de la derecha. A esas alturas, para los sostenedores del pacto de la Transición, se trataba de una política de “unidad nacional”. Por su parte, bajo la demanda de “Lagos, veta la ley”, los estudiantes realizaron las últimas movilizaciones de masas en mayo y junio, incluyendo una concentración en el Parque Almagro que congregó a unas diez mil personas, la más grande desde 1997. De todas formas no se pudo torcer la decisión de la Concertación de instaurar el CAE, cuya ley quedó promulgada definitivamente el 1 de junio de 2005. Debido a que se mantuvieron las protestas, se abrió una mesa de negociación entre el Gobierno y la CONFECH, que concluyó –en septiembre de 2005– con la

¹⁷ Paulina Hidalgo, Antonio Valencia, “¿Cuál es la lucha de los estudiantes?”, *La Nación*, Santiago, 7 de junio de 2005.

firma del famoso “Acuerdo CONFECH-Mineduc”. A pesar de la extendida creencia, éste no tuvo nada que ver con el CAE, pero concedía un 100% de cobertura a los estudiantes de los tres quintiles más pobres, incluía una reforma profunda del Formulario Único de Acreditación Socioeconómica (FUAS), la creación del arancel de referencia y de las becas de alimentación de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas (JUNAEB).

La derrota de 2005 fue resentida por los estudiantes universitarios. Terminó con el ciclo de luchas contra el crédito iniciado en 1992. Terminó con el peregrinar cada año al Ministerio, entre abril y junio, para demandar más fondos para el crédito. Terminó con un tipo de crítica, con un inmenso arsenal de conocimientos sobre la crisis del modelo de préstamos estatales, y con distintos repertorios de acciones para enfrentar las luchas. La SURDA, con su característica claridad para diagnosticar los procesos en marcha y también con la gran capacidad para sobredeterminarlos, diría en septiembre de 2005:

con la misma fuerza que festejamos este avance, debemos entender que aquí hay que terminar con un formato gastado. La exaltación de la lucha económica, que apela casi exclusivamente al bolsillo de los estudiantes, ha resultado una forma de supervivencia y a la vez un vicio del movimiento estudiantil. La famosa lucha por “arancel diferenciado” o inclusive por la educación gratuita no constituye en sí una transformación de fondo y revolucionaria. En muchos países latinoamericanos donde la educación superior es gratuita (como debe ser) la Universidad es de todas formas un espacio elitista, ajeno a las mayorías. Nuestro gran desafío es pasar de la demanda económica a la demanda política. Los estudiantes de Chile, tenemos la obligación de cuestionar el modelo, el sistema de vida que se nos impone, el egoísmo, la injusticia, la explotación del hombre por el hombre. Sabemos pelear, sabemos avanzar, sabemos arrinconar a la horda de políticos desalmados e inhumanos que nos gobierna. Ahora es el momento de apropiarnos del futuro, de luchar por algo más grande que el dinero, pasar de la lucha económica a la lucha política. Pasar del ahora al mañana, pasar del yo al nosotros, pasar del “arancel diferenciado” a la Universidad Popular, pasar de lo gremial a lo político.¹⁸

¹⁸ SURDA-Estructura Universitaria, ¡Avanzamos!, (volante, impreso), septiembre de 2005.

Brunner sostiene que la actual es la “universidad de masas”.¹⁹ De la misma forma, el movimiento estudiantil surgido en 2006 es un movimiento de masas. Se convirtió en un movimiento estudiantil histórico, pues pudo acumular un conocimiento intergeneracional, mantener organizaciones permanentes y una historicidad de lucha en marcha. El movimiento estudiantil no dejó de avanzar luchando. Avanzó, o por lo menos se movió, modificando su geografía. Y si bien no siguió un camino lineal, tampoco progresivo y mucho menos marcado teleológicamente, tiene una historicidad de luchas evidente. El movimiento de 2006, al igual que el de 2011, no se inventó a sí mismo desde la nada aunque su creatividad tampoco puede ser reducida a mera herencia.²⁰ A la pregunta del inicio sobre la posibilidad del vínculo entre el ciclo de los años noventa y el movimiento estudiantil que estalla en 2006, podemos afirmar que este vínculo existe. Lo vemos en la transformación democratizante de las organizaciones estudiantiles, en la extensión de los ideales antiautoritarios, en la permanencia de la crítica contra el sistema neoliberal de educación y contra la clase política de la Transición, y sobre todo, éste se encuentra encarnado en franjas de militantes que transitaron desde los noventa hasta el presente, buscando en el movimiento social más importante de las últimas décadas, las claves para un nuevo proyecto de emancipación popular en Chile.

Santiago, mayo de 2016.

¹⁹ “La educación terciaria iberoamericana mantuvo un estricto carácter elitista hasta comienzos de los años ochenta, con una tasa promedio de participación inferior a un 15%. Luego entró en una fase de rápida masificación, logrando una cobertura bruta de un tercio de la cohorte alrededor de 2005, para proyectarse actualmente hacia el umbral de la universalización, que Trow sitúa en el punto donde una mitad de la cohorte se halla representada en el nivel superior”. José Joaquín Brunner, “La idea de universidad en tiempos de masificación”, *Revista Iberoamericana de Educación Superior (RIES)*, vol. III, n° 7, México, UNAM-IISUE / Universia, 2012, p.135.

²⁰ Sobre la categoría de lo nuevo en el movimiento estudiantil, ver Alexis Cortés M. “O que há de novo no Movimento Estudantil Chileno”, *Revista Juventud.Br*, n°11, Sao Paulo, 2011, pp.6-12. También, del mismo autor, *Novedades y permanencias en el movimiento estudiantil chileno*, *Red Seca*, 22 de septiembre de 2011, disponible en <http://www.redseca.cl/?p=2280> [consultado el 15 de marzo de 2016].

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes Primarias

Diarios:

El Mercurio, La Época, La Nación, El Siglo, La Tercera, Las Últimas Noticias.

Revistas:

Punto Final, SurDA.

Medios oficiales de la FECH y otras federaciones (disponibles en el Archivo de la Federación Estudiantes de la Universidad de Chile, AFECH)

Documentos (actas, cartas, documentos de trabajo, etc.) de la FECH, CONFECH y otras federaciones (disponibles en AFECH).

Entrevistas a dirigentes del período (realizadas por Luis Thielemann y por Víctor Muñoz T.).

Fuentes secundarias:

Anónimo (1992), *Breve reseña histórica de la FESES o el derecho a la memoria*. Ediciones el Pingüino rojo: Santiago.

Brodsky, R. (1988), *Conversaciones con la FECH*. CESOC - Ediciones ChileAmérica: Santiago.

Brunner, J. J. (1985), 'El movimiento estudiantil ha muerto: Nacen los movimientos estudiantiles'. FLACSO Chile, Material de Discusión (Santiago), 71: 19 – 20.

_____ (2012) 'La idea de universidad en tiempos de masificación'. *Revista Iberoamericana de Educación Superior* (RIES), 3 (7).

del Solar, F. y Pérez, A. (2008), *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*. Ril editores: Santiago.

Duran Migliardi, C. (2012) 'El acontecimiento estudiantil y el viraje del proceso sociopolítico chileno'. *Observatorio Social de América Latina* 31: 39 – 59.

Garretón, M. A. y Martínez, J. (1985) *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*. Ediciones SUR: Santiago.

- Guzmán-Concha, C., (2012) ‘The Students’ Rebellion in Chile: Occupy Protest or Classic Social Movement?’. *Social Movement Studies* 11 (3 – 4): 408 – 415.
- Meza, A. (2006) ‘Un tropezón no es caída. Historia del Movimiento Estudiantil en la Universidad de Concepción (1990-2000)’ en Taller de Ciencias Sociales ‘Luis Vitale’ (ed.) *Historia sociopolítica del Concepción contemporáneo. Memoria, identidad y territorio*. Ediciones Escaparate/ UARCIS: Santiago, 199 – 256.
- Moraga, F. (2006) ‘Crisis y recomposición del movimiento estudiantil chileno, 1990 – 2001’ en R. Marsiske (ed.) *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina (III)*. Centro de Estudios Sobre la Universidad / Plaza & Valdés: México DF, 179 – 252.
- _____ (2007) *Muchachos casi silvestres: la Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Ediciones Universidad de Chile: Santiago.
- Muñoz, V. (2011) *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile-UNAM 1984-2006)*. LOM: Santiago.
- Núñez, D. (2012) ‘Proyecciones políticas del movimiento social por la educación en Chile’. *Observatorio Social de América Latina* 31: 61 – 70.
- Orellana Calderón, V. (2011) *Nuevos y viejos profesionales en Chile. Impacto de la educación superior en la estructura social (1983-2010), elementos para una interpretación sociológica*. Tesis de licenciado en Sociología, Universidad de Chile, Santiago.
- Pizarro, J. (2003) *La movilización social en la lucha democrática: El caso de la Asamblea de la Civilidad en el año decisivo*. Tesis de licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Riquelme, A. (2009) *Rojo Atardecer. El Comunismo chileno entre Dictadura y Democracia*. DIBAM: Santiago.
- Rivera A., C. (2008), ‘La verdad está en los hechos: Una tensión entre objetividad y oposición. Radio Cooperativa en dictadura’. *Historia*, 1 (41): 79 – 98.
- Roco, R. (2005) ‘La FECH de fines de los 90: relatos de una historia presente’. *Anales de la Universidad de Chile* 0(17): 51-83. doi:10.5354/0365-7779.2005.862

- Salazar, G. (2012) *Movimientos Sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*. Uqbar: Santiago.
- Ruiz E., C. (2013) *Conflicto social en el "neoliberalismo avanzado". Análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile*. CLACSO: Buenos Aires.
- _____ (2007) 'Actores sociales y transformación de la estructura social'. *Revista de Sociología* 21: 209 – 233.
- Somma, N. (2012) 'The Chilean Student Movement of 2011-2012: Challenging the Marketization of Education'. *Interface* 4(2): 296-309.
- Varios Autores (2000), *Los andamios de la ira*. Ediciones La Cópula: Santiago. En <http://www.ultimorecurso.org.ar/drupi/node/309> [consultado en diciembre de 2013].
- Yocolevzky, R. (2006), *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*. Fondo de Cultura Económica: México DF.
- _____ (1985), "La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto". *Revista Mexicana de Sociología* 47 (2): 287 – 352.

